AUTORA *BEST SELLER* DE *THE NEW YORK TIMES*

CHRISTINA LAUREN

La ECUACIÓN de las ALMAS GEMELAS



PRUEBA DE ADN + APP DE CITAS = ¿ENCONTRAR A TU ALMA GEMELA?

Jess es una experta en análisis de datos y estadística, pero cuando se trata de amor ha tenido que aceptar que no hay fórmula mágica. Hasta que conoce una empresa que se espera que revolucione el mundo de las citas:con una muestra de ADN analiza el perfil genético de dos personas y promete formar las parejas más compatibles.

¿Se animará Jess a probar esta tecnología
en nombre de la ciencia del amor?

DE LAS AUTORAS DEL ÉXITO *UNA LUNA SIN MIEL*, LLEGA *LA ECUACIÓN DE LAS ALMAS GEMELAS*, *BEST SELLER* DE *THE NEW YORK TIMES*.

Otro libro de la autora:



UNA LUNA SIN MIEL

Si te gustó esta historia,
no puedes perderte:



FARSA DE AMOR A LA ESPAÑOLA,
de Elena Armas



EXPERIMENTO DE AMOR
EN NUEVA YORK,
de Elena Armas



Foto: Alyssa Michell

CHRISTINA HOBBS Y LAUREN BILLINGS son un dúo de autoras y mejores amigas que hace años escriben bajo el nombre de Christina Lauren. Juntas han escrito más de diecisiete novelas superventas y han sido traducidas a más de treinta idiomas.
Una luna sin miel se convirtió en best seller instantáneo de The New Yo*rk* Times, un éxito rotundo entre la crítica y GoodReads, Publishers Weekly y Buzzfeed, entre otros, lo consideran de «lectura obligatoria».
Hoy nos vuelven a deleitar con La ecuación de las almas gemelas, una novela original que demuestra que el delicado equilibrio entre el destino y la elección nunca se puede calcular.

Visita su web
christinalaurenbooks.com

Y síguelas en
christinalauren

ENCUÉNTRANOS EN



vera.romantica



vera.romantica

La ECUACIÓN de las ALMAS GEMELAS

CHRISTINA LAUREN

La ECUACIÓN de las ALMAS GEMELAS

Traducción: Andrea Silvana Valeri

VeRa

Para Holly Root, nuestro Match *de Diamante*.



UNO

Jessica Davis solía pensar que era una completa tragedia que solo el veintiséis por ciento de las mujeres creyera en el amor verdadero. Por supuesto que eso era lo que creía diez años atrás, cuando no podía ni imaginar sentir otra cosa que no fuera una obsesión profunda y pasional por el hombre que un día se convertiría en su ex. Esta noche, sin embargo, en su tercera primera cita en siete años, le sorprendía que el porcentaje fuera tan alto.

–Veintiséis por ciento –murmuró para sí misma, acercándose al espejo del baño para aplicarse más lápiz labial–. Veintiséis de cada cien mujeres creen que existe el amor verdadero.

Le colocó la tapa al labial y soltó una risita, que su reflejo, consumido por el cansancio, le devolvió. Lamentablemente, su noche distaba mucho de haber terminado. Aún tendría que sobrevivir al plato principal; los aperitivos le parecían haber durado una eternidad, probablemente debido al hábito de Travis de hablar con la boca llena mientras narraba con lujo de detalles cómo había encontrado a su esposa en la cama con su socio y lo engorroso que era el proceso judicial para divorciarse. Jess llegó a la conclusión de que, considerando lo incómodas que suelen ser las primeras citas, podría haberle ido peor. Esta era, sin lugar a duda, mejor que la que había tenido la semana anterior con un hombre que se había emborrachado tanto que, al llegar al restaurante, cayó rendido por el sueño, antes de que hubieran ordenado la comida.

–Vamos, Jess. –Lanzó el labial dentro de su bolso–. No tienes que preparar ni servir la cena, ni tampoco lavar los platos. Los deliciosos platillos son razón suficiente para aguantar, al menos, una amarga historia más sobre su exesposa.

La puerta de uno de los baños se abrió, lo que hizo que se sobresaltara, y de allí salió una rubia esbelta que la miró con lástima.

–Dios, ya lo sé –gimió frustrada Jess, dándole la razón–. Estoy hablando sola en un baño público. Un claro indicio de cómo está yendo mi noche.

No se rio, tampoco le sonrió con amabilidad ni mucho menos le brindó apoyo emocional. En su lugar, la rubia se dirigió hasta un lavabo, lo más lejos de ella posible, y se lavó las manos.

¿Qué más da?

Intentó concentrarse en su bolso, hurgando entre sus cosas, pero no pudo despegar la vista de la mujer. Sabía que no era de buena educación quedarse mirándola fijamente, pero su maquillaje estaba impecable y su manicura era perfecta. ¿Cómo rayos hacían algunas mujeres para verse tan impolutas? Para ella, el mero hecho de salir de casa con la cremallera de los pantalones cerrada era un logro. Una vez, hasta se había reunido con un cliente para entregarle un informe de análisis de estadísticas para todo un año fiscal con cuatro pasadores de mariposa de Juno adornándole el frente de su chaqueta. Era probable que aquella despampanante desconocida nunca se hubiera visto en la obligación de cambiarse de ropa después de haber pasado un largo rato limpiando la purpurina del pelaje de su gato y de la piel de su hija de siete años. Era probable que nunca hubiera tenido que disculparse por llegar tarde. Era probable que tampoco tuviera que depilarse, su piel ya era naturalmente suave.

–¿Te encuentras bien?

Jess parpadeó, volviendo al presente; cayó en la cuenta de que la mujer le estaba hablando. No había manera de fingir que no se había quedado mirándole fijamente el escote.

Resistiendo el impulso de esconder sus atributos no tan impresionantes, la saludó desde lejos, con timidez y muerta de la vergüenza.

–Lo siento. Estaba pensando que probablemente tu gatita tampoco esté cubierta de purpurina.

–¿Mi qué?

Jess volteó a verse en el espejo de nuevo. *Jessica Marie Davis, contrólate*. Ignorando la presencia de su espectadora, canalizó a Nana Jo, su abuela, en su reflejo:

–Aún te queda mucho por vivir. Vuelve a esa cita, come un poco de guacamole y vete a casa –se dijo en voz alta–. No tengo ningún apuro.



–Solo digo que el tiempo corre. –Fizzy hizo un gesto en el aire, señalando el trasero de Jess–. Esas pompis no se mantendrán firmes en su lugar por siempre, ¿sabes?

–Puede que no –dijo Jess–, pero Tinder tampoco va a ayudarme a encontrar a un hombre de calidad que las sostenga.

Fizzy alzó la barbilla, ofendida.

–Gracias a Tinder tuve el mejor sexo de mi vida. Ya te digo que te rindes fácilmente. Estamos en la era en la que las mujeres disfrutan del placer y no se avergüenzan por llegar al orgasmo una vez, dos veces y una vez más para el camino. Puede que Travis esté obsesionado con su exesposa, pero vi su foto y se ve tan ardiente como el mismísimo

infierno. Puede que incluso te hubiera hecho estremecer por una hora o dos después de haber comido unos churros, pero nunca lo sabrás porque te fuiste antes de pedir el postre.

Jess se quedó callada. *Quizá…*

–Maldita seas, Fizzy.

Su mejor amiga se reclinó en la silla, sonriendo con satisfacción. Si algún día Felicity Chen decidía empezar a vender lejía, le entregaría todo su dinero sin pensarlo. Fizzy estaba hecha de carisma, ocultismo y mal genio. Esas cualidades la volvían una gran novelista, pero también eran la razón por la que Jess cometía locuras, como tatuarse la letra de una canción con errores de ortografía, soportar un flequillo mal cortado que no se parecía en nada al de Audrey Hepburn durante seis amargos meses en el año 2014 y asistir a una fiesta de disfraces en un sótano en Los Ángeles que había resultado ser una reunión para fanáticos del BDSM. Cuando Jess le preguntó: "¿Me trajiste a una fiesta erótica en un sótano?", la respuesta que le dio fue: "Sí, ¡todo el mundo tiene un sótano en Los Ángeles!".

Fizzy se puso detrás de la oreja un mechón de su brillante cabello negro.

–De acuerdo, es hora de que planeemos tu siguiente cita.

–No. –Jess abrió su laptop e ingresó a su correo, pero, aunque fijara la vista en otra parte, le fue imposible ignorar la mirada de reproche de su mejor amiga–. Fizz, tener citas es complicado cuando tienes una hija.

–Siempre pones esa excusa.

–Porque siempre tengo una hija.

–También cuentas con el apoyo de tus abuelos, que casualmente son tus vecinos y están más que dispuestos a cuidarla mientras estás en una cita, y con el de tu mejor amiga, que piensa que tu hija es mucho más buena onda que tú. Solo queremos que seas feliz.

Ya lo sabía. Ellos eran la única razón por la que se había animado a explorar el mundo de Tinder.

–Bien, voy a seguirte la corriente. Digamos que conozco a un hombre increíble, ¿en dónde dormiríamos? Era distinto cuando Juno tenía dos años. Ahora vivo con una niña de siete que tiene el sueño ligero y un oído perfecto, y la última vez que fui a la casa de un tipo, estaba tan sucia que cuando me levanté para ir al baño, su ropa interior se me quedó pegada en la espalda.

–¡Qué asco!

–Estoy de acuerdo.

–Aun así. –Se frotó el labio con un gesto pensativo–. Jess, los padres solteros se las apañan todo el tiempo. Por ejemplo, Mike y Carol de *La tribu Brady*.

–¿Tu mejor referencia es una serie de televisión que se emitió hace cincuenta años? –Mientras Fizzy más se esforzaba por convencerla, menos ganas tenía Jess de volver a salir con alguien–. En 1969, solo el trece por ciento de las personas eran padres solteros. Carol Brady era muy avanzada para su época, yo no.

–¡Vainilla *latte*! –anunció el barista, Daniel, en medio del bullicio que había en la cafetería.

Fizzy le hizo una seña a su amiga de que aún no había terminado de ser un dolor de cabeza, y se puso de pie para dirigirse al mostrador.

Jess iba la cafetería Twiggs de lunes a viernes prácticamente desde que había empezado a trabajar de manera *freelance*. Su vida, que en esencia se desarrollaba en un radio de

cuatro calles, ya era lo suficientemente manejable tal como estaba. Su rutina se basaba en llevar a Juno a la escuela que se encontraba al final de la calle del complejo de apartamentos en el que vivía, mientras Fizzy reservaba la mejor mesa de la cafetería –la del fondo, lejos de la luz que entraba por la ventana, pero cerca del único tomacorriente que aún funcionaba–. Una vez ubicadas en su mesa, Jess trabajaba con números y estadísticas, en tanto Fizzy escribía novelas y, en un intento por no abusar de la hospitalidad de la cafetería, habían creado un circuito en el que cada hora y media pedían otro café, lo cual había resultado ser un beneficio extra, porque las incentivaba a trabajar más y a chismosear menos.

Excepto hoy. Ya podía presentir que su amiga no se iba a guardar nada.

–De acuerdo –regresó con el café y un pastelito de arándanos enorme y se tomó unos segundos para acomodarse en su asiento–, ¿por dónde iba?

Jess mantuvo la mirada fija en la pantalla de su laptop, fingiendo que leía un correo que le había llegado.

–Creo que estabas a punto de decir que yo soy la dueña de mi vida y que debería hacer lo que yo crea que es mejor para mí.

–Ambas sabemos que eso no es algo que yo diría.

–Recuérdame, ¿por qué soy tu amiga?

–Porque te inmortalicé como la villana de mi novela *El corsé carmesí* y, como los fans te aman, no puedo hacer que mueras.

–A veces me pregunto si respondes a las preguntas que te hago o si les respondes a las voces en tu cabeza –comentó Jess.

Fizzy empezó a quitarle el envoltorio al pastelito.

–Lo que iba a decir es que no puedes tirar la toalla solo porque tuviste una mala cita.

–Es que no se trata de solo *una* mala cita –replicó–. Se trata de lo agotador y de lo extraño que es el proceso de intentar parecerle atractiva a los hombres. Soy una persona que se dedica a las estadísticas de manera *freelance*, y de todo mi guardarropa, las prendas que considero las más sensuales son una camiseta vieja de *Buffy, la cazavampiros* y unos vaqueros rasgados. Mi pijama favorito es una camiseta que era de mi padre y un pantalón de yoga para embarazadas.

–No –se lamentó Fizzy.

–Sí –afirmó–. Además, tuve una hija cuando la mayoría de los de nuestra edad aún fingía que le encantaba ese asqueroso licor alemán, Jägermeister. Verme elegante y perfecta en una app de citas es casi una misión imposible.

Fizzy se rio.

–Detesto no pasar tiempo con Juno por salir con un hombre que, probablemente, no vuelva a ver jamás.

Su amiga la miró, con los ojos oscuros cargados de incredulidad, tomándose unos segundos para asimilar lo que acababa de decirle.

–Así que… ¿eso es todo? ¿No saldrás con nadie? Jessica, solo tuviste tres citas con tres hombres supersexys que resultaron ser superaburridos.

–Exacto, no saldré con nadie hasta que Juno sea mayor.

–¿Qué tan mayor? –La observó con suspicacia.

–No lo sé. –Levantó la taza para darle un sorbo a su café, pero se distrajo cuando el hombre al que se referían como "Americano" entró dando zancadas a la cafetería y se

dirigió al mostrador justo a tiempo –a las 8:24 de la mañana–, deslumbrando con sus piernas kilométricas y su cabello oscuro, su actitud hosca y malhumorada y evitando el contacto visual–. ¿Cuando se vaya a la universidad, tal vez?

Al despegar la vista de Americano, Jess notó que Fizzy la observaba horrorizada.

–¿A la *universidad*? ¿Cuando tenga dieciocho? –Al darse cuenta de que todos en la cafetería las estaban mirando, bajó la voz–. ¿Acaso estás diciéndome que, si me pusiera a escribir una novela basada en tu futura vida amorosa, la protagonista sería una mujer que le enseña todos sus atributos a un hombre por primera vez en dieciocho años? Por supuesto que no, cariño. Ni siquiera tu inmaculada vagina podría aguantar tanto.

–Felicity.

–Debe ser como una tumba del Antiguo Egipto ahí abajo, prácticamente momificada.

Ya en la caja, Americano ordenó su café y se hizo a un costado absorto, escribiendo algo en su teléfono.

–¿Cuál es su problema? –murmuró Jess.

–Estás enamorada de ese hombre. ¿Te das cuenta de que te lo quedas viendo cada vez que entra a la cafetería?

–Puede que su semblante me parezca fascinante.

Fizzy miró descaradamente el trasero de Americano, pero el abrigo que tenía puesto le tapaba la vista.

–¿Así vamos a llamarle ahora? ¿Su "semblante"? –Se inclinó para escribir algo en la libreta de ideas que siempre tenía a mano.

–Pues sí. Cada vez que viene aquí, su actitud sugiere que asesinaría a cualquiera que se atreviera a hablarle –bromeó.

–Quizá es un asesino a sueldo.

Jess también se tomó un momento para mirarlo de pies a cabeza.

–Más bien es profesor de Arte de la Edad Media y alérgico a la sociabilidad. –Hizo un esfuerzo por recordar cuándo había sido la primera vez que lo vio entrar a la cafetería. ¿Hacía dos años, tal vez? Casi todos los días, cada mañana a la misma hora, el mismo café y el mismo silencio amargo. Estaban en un vecindario peculiar y Twiggs era el corazón del lugar. La gente venía a pasar el rato, a beber café, a conversar; Americano sobresalía entre los demás, no por ser diferente o excéntrico, sino por permanecer casi en completo silencio en medio de una multitud de personas ruidosas, alocadas y encantadoras–. Se viste bien, pero por dentro no es más que un cascarrabias.

–Bueno, quizá le venga bien tener un poco de sexo, como a alguien que conozco.

–Fizz, sí he tenido sexo desde que tuve a Juno –aseguró, exasperada–. Solo digo que no tengo mucho tiempo libre como para comprometerme en una relación seria y no estoy dispuesta a padecer una cita completamente aburrida y horrible solo para tener un orgasmo. Ya hay un montón de juguetes y dispositivos para eso.

–No me refiero únicamente al sexo –replicó Fizzy–, sino también a que debes dejar de anteponer la felicidad de los demás a la tuya. –Hizo una pausa para hacerle señas a Daniel, que limpiaba la mesa de al lado–. ¿Escuchaste eso, Daniel?

Él se enderezó y le dedicó a Fizzy la sonrisa que la había inspirado a crear al protagonista de *El diablo de la suerte* con el fin de poder hacerle todas las cosas obscenas que no se animaba a hacer en la vida real y que nunca haría, pues Daniel y Fizzy habían salido por un corto período de tiempo el año anterior, pero la relación terminó tan rápido como

empezó, cuando se encontraron de casualidad en una reunión familiar de la *misma* familia.

–¿Cuándo *no* se las escucha? –respondió Daniel.

–Excelente, entonces dile a Jess que tengo razón.

–¿Quieres que dé mi opinión sobre si Jess debería usar Tinder para acostarse con alguien? –preguntó.

–De acuerdo, ya entendí –se lamentó Jess–. Así es como se siente tocar fondo.

–¡O cualquier otra app de citas que le guste! –exclamó Fizzy, ignorándola por completo–. Es una mujer joven y sensual. No debería desperdiciar sus últimos años de sensualidad vistiendo pantalones de maternidad y camisetas viejas.

Jess le echó un vistazo a su atuendo, lista para protestar, pero las palabras no le salieron.

–Puede que no –dijo Daniel–, pero si ella es feliz, ¿acaso importa si va arreglada o no?

Sonrió victoriosa.

–¿Ves? Él está en mi equipo… más o menos.

–¿Sabes? –Daniel se volteó a hablarle a Jess, jugueteando con el trapo, y le sonrió con superioridad, como si supiera algo que ella no–. Americano también es un romántico.

–Déjame adivinar –dijo Jess, sonriendo de oreja a oreja–: ¿es el anfitrión de una fiesta erótica con temática de Dothraki?

Fizzy fue la única que se rio. Daniel se encogió de un hombro, restándole importancia.

–Su empresa está a punto de lanzar una tecnología de punta para ayudar a otras personas a encontrar pareja.

Ninguna de las dos emitió palabra. *¿Una qué?*

–¿Para encontrar pareja? –preguntó Jess–. ¿Hablas del mismo hombre que viene a esta cafetería a diario y que nunca nadie ha visto sonreír? –Señaló la puerta detrás de ella por la que Americano había salido hacía un momento–. *¿Ese* hombre, cuyo atractivo se ve opacado por su carácter malhumorado y antisocial?

–El mismísimo –asintió Daniel–. Puede que tengas razón con eso de que le vendría bien un poco de sexo, pero yo creo que se las apaña bastante bien por su cuenta.



Al menos Fizzy le había dado el sermón un lunes, ya que los lunes su abuelo se encargaba de recoger a Juno de la escuela y luego la llevaba a la biblioteca. Así que Jess tuvo tiempo de redactar una propuesta de negocios para Genentech, de agendar una reunión con Whole Foods para la semana próxima y de preparar unos cuantos balances antes de emprender la caminata hacia su hogar y preparar la cena.

Como casi nunca usaba el auto, no recordaba cuándo había sido la última vez que le cargó combustible. De hecho, en diez años de uso apenas había recorrido cincuenta mil kilómetros.

Todo mi mundo se encuentra al alcance de mi mano, pensó satisfecha durante el trayecto a casa. University Heights era la combinación perfecta de edificios y casas de todos los tamaños, rodeados de cafeterías y empresas privadas. Honestamente, lo mejor de la cita de la noche anterior había sido que Travis aceptara cenar en El Zarape, el restaurante de al lado. Además de tener que soportar la conversación más aburrida de la historia, haber tenido que conducir varios kilómetros hasta Gaslamp hubiera sido aún peor.

Poco antes de que anocheciera, el cielo, cubierto por unas gigantescas nubes grises, amenazaba con traer una lluvia que sacaría de onda a cualquiera que viviera en el sur de California. Como todos los lunes, unas cuantas personas causaban alboroto en la terraza de la nueva cervecería de la esquina y la extensa fila para entrar al restaurante de comida tailandesa, Bahn Thai, se estaba convirtiendo rápidamente en una manada de lobos hambrientos; había tres de ellos sentados en la entrada para personal autorizado, ignorando el cartel que decía que estaba prohibido sentarse allí. El inquilino de los abuelos de Jess, el señor Brooks, había instalado una cámara de seguridad en el frente del complejo de apartamentos y casi todas las mañanas le daba un informe detallado de cuántos universitarios se habían sentado a fumar delante de su departamento mientras esperaban conseguir una mesa. Divisó su edificio. Cuando tenía cuatro años, Juno lo había bautizado como "El Salón Harley" y, aunque no tuviera la estética ostentosa para que se lo considerara un establecimiento de lujo, por costumbre continuaban diciéndole así. El Salón Harley era de un color verde brillante, lo cual lo hacía sobresalir entre los edificios contiguos, de color marrón. La fachada estaba adornada con una franja horizontal de tejas rosas y moradas que formaban un patrón de arlequín; las macetas que decoraban las ventanas eran de un rosa eléctrico y rebasaban de coloridas magnolias casi todo el año. Sus abuelos, Ronald y Joanne Davis, compraron el complejo el año en que Ronald se retiró de la marina. Ese también había sido el año en que su novio, con el que llevaba años saliendo, decidió que no estaba listo para ser padre y que no quería abstenerse de tener sexo con otras mujeres. Finalmente, Jess se graduó de la universidad, empacó todas sus cosas y las de Juno, que en ese momento tenía dos meses, y se mudó al apartamento de dos ambientes de la planta baja, frente al bungalow de sus abuelos, al final del corredor. Antes de mudarse al campus de la Universidad de California en Los Ángeles, había vivido toda su vida en el vecindario de al lado, Mission Hills, por lo que no le había costado nada adaptarse. Ahora, su pueblito perfecto la acompañaba en la crianza de *su* hija.

La puerta lateral emitió un chirrido cuando la abrió y luego se cerró a sus espaldas. Jess atravesó un pasillo y cruzó el patio que separaba su apartamento del bungalow de sus abuelos. El frondoso jardín parecía sacado de Bali o de Indonesia. Se oía el suave gorgoteo de las fuentes de piedra y la atracción principal eran unas deslumbrantes buganvilias de color magenta, coral y violáceo que cubrían por completo los muros y el cercado.

Apenas puso un pie dentro del apartamento, una niña con trencitas se le echó encima.

–¡Mamá, traje un libro sobre serpientes de la biblioteca! ¿Sabías que las serpientes no tienen párpados?

–Yo…

–También, se tragan la comida entera y sus oídos están dentro de su cabeza. Adivina: ¿en dónde es imposible encontrar serpientes? –Los ojos azules de Juno la observaban sin pestañear–. Adivina.

–¡En Canadá!

–¡No, en la Antártida!

Jess se abrió camino hacia el interior del apartamento, la miró sobre su hombro y exclamó:

–¡No puede ser!

–Es cierto. Y, ¿recuerdas la cobra que salía en *El corcel negro*? Bueno, las cobras son la

única especie que construye nidos y, además, pueden vivir hasta veinte años.

Ese dato realmente la sorprendió.

–Espera un segundo, ¿de verdad? –Dejó su bolso en el sofá que estaba pegado a la puerta y se dirigió a la despensa para ver qué había para cenar–. Eso es increíble.

–Sí, de verdad.

De repente, se quedó callada y Jess sintió que se le hundía el pecho cuando cayó en la cuenta. Se volteó a ver a su hija, que la observaba con ojos de cachorro: una señal de que iba a rogarle por algo.

–Juno, cariño, no.

–¿Por favor, mami?

–No.

–El abuelo dice que podría adoptar una serpiente del maíz. En el libro dice que son muy buenitas. ¿O quizá una pitón bola?

–¿Una pitón? –Puso a una olla con agua–. ¿Acaso has enloquecido, niña? –Señaló a la gatita, Paloma, que dormía plácidamente bajo el último rayo de luz que entraba por la ventana–. Una pitón se comería a ese animal.

–Una pitón bola –corrigió–. Y jamás dejaría que le hiciera daño.

–Si el abuelo te está incentivando a que adoptes una serpiente, entonces él mismo puede tenerla en su casa.

–Nana Jo ya dijo que no.

–Me lo imaginaba.

Juno refunfuñó, dejándose caer en el sofá. Jess se acercó, se sentó a su lado y la envolvió en un abrazo. Tenía siete años, pero aún era pequeña; aún tenía manos de bebé y hoyuelos en los nudillos, olía a champú de bebé y a pino. Cuando la niña le rodeó el cuello con sus bracitos, se tomó un momento para aspirar su aroma. Su hija tenía su habitación ahora, pero habían dormido juntas hasta que cumplió los cuatro años y, a veces, Jess se despertaba en medio de la noche y experimentaba un dolor punzante, añoraba sentir a su bebé entre sus brazos. Su propia madre le había dicho que era necesario que le quitara ese hábito, pero Jamie Davis era la menos indicada para dar consejos de maternidad. Además, había un lado de la cama que siempre estaba vacío, y por cierto, Juno era excelente dando abrazos, medalla de oro en el arte del acurruco. La niña escondió la cara en el cuello de su madre e inspiró profundo, apegándose más.

–Mami, anoche tuviste una cita –susurró.

–Ajá.

Juno estaba entusiasmada por la cita, no solo porque amaba pasar tiempo con sus bisabuelos y por la comida que Nana Jo le preparaba cuando su madre salía, sino también porque recientemente habían visto *Una noche en la ciudad* y Fizzy le había contado que aquella era una muy buena representación de lo que era una cita. En la mente de Juno, podría terminar saliendo con Thor.

–¿Fueron al centro? ¿Te compró flores? –Se echó hacia atrás para verla de frente–. ¿Lo besaste?

Jess soltó una carcajada.

–No, no lo besé. Cenamos y luego volví a casa.

Juno la estudió con los ojos entrecerrados, convencida de que en una cita debía haber más que *solo* una cena. Se levantó de un salto, como si hubiera recordado algo, y corrió

hasta su mochila, que había dejado junto a la puerta.

–Traje un libro para ti, también.

–¿Ah, sí?

Regresó con el libro en mano y, una vez sentada en su regazo, se lo entregó.

Ser grandiosa en la mediana edad: La guía definitiva de citas para mujeres de cuarenta, cincuenta y más años.

–¿La tía Fizz te obligó a traérmelo? –Jess se rio, sorprendida.

La niña soltó una risita alegre.

–Le envió un mensaje al abuelo.

Por encima de su cabecita, Jess divisó la pizarra que colgaba cerca del refrigerador. Un cosquilleo la recorrió de pies a cabeza. Escrito en la letra risueña de Juno se leía:

METAS PARA EL AÑO NUEVO.

NANA Y EL ABUELO
Contratar un entenador personal
Salir a caminar todos los diaz

JUNO
Que me guste brocoli
Haser la cama todas manianas
¡Haser algo nuebo cada domingo!

MAMÁ
¡Haser algo nuebo cada domingo!
¡Nana dise que seas mas egoista!
Haser mas cosas que den miedo.

Okey, Universo, pensó Jessica, *ya entendí*. Si Carol Brady fue una pionera, quizá era hora de que Jess también lo intentara.



DOS

El problema con las epifanías era el siguiente: siempre llegaban en el momento más inoportuno. Jess tenía una hija de siete años moderadamente hiperactiva y una próspera carrera como *freelancer* en la que se la pasaba haciendo malabares entre distintos enigmas matemáticos. Ninguna de esas dos cosas le dejaban mucho tiempo libre como para embarcarse en nuevas aventuras. Además, su hija y su trabajo eran más que suficientes para ella; tenía cuatro clientes que pagaban muy bien y, aunque el dinero no le sobraba, le alcanzaba para pagar las cuentas –incluyendo el altísimo monto del seguro– y hasta para ayudar a sus abuelos. Juno era una niña feliz y juntas vivían en un vecindario agradable. En pocas palabras, a Jess le gustaba su vida tal como estaba.

Pero la frase "Hacer más cosas que den miedo" parecía materializarse frente a sus ojos cada vez que pestañaba entre números y celdas.

En realidad, la razón por la que no tenía citas muy a menudo era, probablemente, más por flojera que por miedo. *No es que dejé de salir con hombres de un día para el otro. Fue, más bien, una transición lenta y es ahora cuando me doy cuenta de que ya no me cuestiono si debiera lavar los vaqueros que levanté de una pila en el suelo antes de volver a usarlos*. Nunca se quejaba por haber sido madre a la temprana edad de veintidós años –honestamente, Juno era lo mejor que Alec le podría haber dado–, pero debía admitir que le ponía muchísimo más empeño al almuerzo de su hija que a analizar qué buscaba en una pareja. Quizá Fizzy, Nana y la portada de la revista *Marie Claire* no se equivocaban al hacerle ver que necesitaba salir de su zona de confort y soñar a lo grande.

–¿Cómo se llama esa expresión que tienes en la cara? –Su amiga dibujó un círculo imaginario alrededor del rostro de Jess–. Tengo la palabra en la punta de la lengua.

–¿Esta expresión? –Se señaló–. ¿Derrota, tal vez?

Fizzy asintió y escribió mientras decía en voz alta:

–"Apartó la mirada de sus penetrantes ojos, la pálida derrota se veía plasmada en sus facciones".

–Guau, muchas gracias.

–No estoy escribiendo sobre ti, tontita. Solamente pusiste esa cara en el momento justo. –Tipeó un poco más y luego bebió de su *latte*–. Tal como acordamos en los comienzos de nuestra amistad, tú no te consideras la protagonista de mis novelas románticas y por eso nunca serás más que la villana o un personaje secundario. –Hizo una mueca seguramente por su café ya helado, señal de que era hora de ordenar otro.

Jess se había quedado atontada, asimilando lo que su amiga acababa de decir. Se quedó en silencio, conmocionada, mientras caía en la cuenta de que su propia vida iba pasarle por encima si ella no hacía algo para evitarlo. Le rompería el corazón que Juno no disfrutara la vida al máximo. Recién se percató de que debían ser las 8:24 cuando vio a Americano adentrarse en la cafetería. Lucía como un hombre guapo con compromisos y cero segundos para desperdiciar en hablar con los plebeyos que merodeaban por Twiggs. Sin decir una palabra, sacó un billete de diez dólares de la billetera, recibió el cambio que le entregaba Daniel y solo dejó caer unas monedas en el frasco de las propinas. Jess lo observó con detenimiento, sentía la ira en su interior queriendo aflorar.

Agregó "Da una propina de mierda" a su lista mental de *Razones por las que Americano es una persona horrible*.

Fizzy chasqueó los dedos en su cara, trayéndola de vuelta a la realidad.

–Ahí está, lo estás haciendo de nuevo.

Jess frunció el ceño.

–¿Qué cosa?

–Comerte a Americano con la mirada. –Fizzy le dedicó una sonrisa de complicidad–. *Sí* crees que es sexy.

–Claro que no. Solo me distraje. –Se echó hacia atrás, ofendida–. ¡Qué asco, Felicity!

–Sí, ¿cómo no? –Señaló con el dedo al hombre aludido; vestía unos vaqueros ajustados de un color oscuro y un suéter de hilo azul marino. Jess notó que el cabello oscuro de Americano se enrizaba en la nuca, apenas unos centímetros más largo de lo normal, un indicio de que pronto necesitaría un nuevo corte. Tenía la piel trigueña y unos labios tan carnosos que daban ganas de morderlos. Era tan alto que, desde donde ella estaba sentada, parecía que tocaba el techo. Pero sus ojos... Esos sí que eran el centro de atención: expresivos y conmovedores, coronados por unas pestañas largas y oscuras–. ¿*Ese* hombre da asco? Claro, lo que tú digas.

Jess simplemente se encogió de hombros, nerviosa.

–No es mi tipo.

–Ese hombre es el tipo de todas –carcajeó Fizzy, incrédula.

–En ese caso, es todo tuyo. –Frunciendo el ceño, se volteó a ver a Americano, lo observó limpiar, como de costumbre, la barra de condimentos con una servilleta–. Solo pensaba en que no puedo entender cómo es que va a lanzar una compañía para ayudar a otros a encontrar pareja; no es algo que un imbécil como él haría.

–Personalmente, creo que Daniel no tiene ni idea de lo que dice. Los ricachones como Americano están demasiado comprometidos con su trabajo durante el día y con sus

análisis de inversiones durante la noche como para pensar en la vida amorosa de alguien más.

Una vez que Americano terminó de limpiar la barra de condimentos, se dirigió a la salida. De repente, la curiosidad le ganó a Jess e impulsivamente lo tomó del brazo cuando pasó junto a ella. Ambos se paralizaron. Sus ojos eran de un color raro, llamativo, de un tono más claro del que ella se imaginaba que serían de cerca. Notó que eran de color ámbar, no marrón. El peso de su atención se sentía como si algo le aplastara el pecho, impidiéndole respirar.

–Hola. –Jess se tragó los nervios que la paralizaban y alzó la barbilla–. Espera un momento. ¿Podemos hacerte una pregunta?

Cuando le soltó el brazo, él dio lentamente un paso hacia atrás, le echó una mirada rápida a Fizzy y luego volvió a mirar a Jess. Asintió una vez con la cabeza.

–Corre el rumor de que eres un casamentero.

–¿El "rumor"? –Americano entrecerró los ojos, curioso.

–Sí.

–¿Y en dónde escucharon ese rumor?

Jess soltó una risita irónica y señaló a su alrededor con los brazos extendidos.

–En University Heights, donde llegan los rumores más jugosos y se divulgan por todo el país. –Esperó su respuesta, pero él simplemente se quedó mirándola, perplejo–. Entonces, ¿es cierto? ¿Eres un casamentero?

–Técnicamente. Soy genetista.

–¿Entonces…? –Levantó las cejas, esperando una respuesta más clara. Evidentemente, a Americano no le incomodaba el silencio–. ¿Eso es un "no" a lo de casamentero?

–Mi empresa ha desarrollado un programa que ayuda a las personas a conectar con otras a través de una nueva tecnología registrada basada en perfiles genéticos.

Fizzy estaba impresionada.

–Palabras complicadas. Suena interesante. –Se encorvó para anotar algo en su cuaderno.

–¿"Tecnología basada en perfiles genéticos"? –Jess lo miró con desconfianza–. Se me hace que es lo mismo que la eugenesia, lo siento.

Fizzy reaccionó de inmediato y aprovechó la oportunidad de distraer a Americano de la bocota de Jess.

–Yo escribo novelas románticas y tengo debilidad por la genética, es mi kriptonita. –Agitó el bolígrafo en el aire con actitud seductora–. Mis lectores van a enloquecer con esto.

–¿Cuál es tu seudónimo?

–En realidad, uso mi nombre real –respondió–: Felicity Chen.

Le extendió la mano con delicadeza, el dorso hacia arriba, como si esperara que la besara allí. Luego de un breve momento de confusión, Americano la tomó de la punta de los dedos y le dio un pequeño apretón.

–Sus novelas fueron traducidas a más de doce idiomas –presumió Jess con la esperanza de borrar la mueca de confusión de su rostro.

Y funcionó; Americano parecía impresionado.

–¿En serio?

–¿Habrá una app? –insistió Fizzy–. ¿Es parecida a Tinder?

–Sí, pero no. No es para ligues de una noche.

–¿Cualquiera puede usarla?

–Pronto –contestó–. Es un… –Su teléfono comenzó a vibrar en su bolsillo. Lo sacó. La arruga en su entrecejo se pronunció aún más cuando vio la pantalla–. Disculpen –dijo, volviéndolo a guardar–. Tengo que irme, pero aprecio su interés. Estoy seguro de que pronto oirán más al respecto.

Fizzy se inclinó hacia él esbozando una sonrisa llena de confianza.

–Tengo más de cien mil seguidores en Instagram. Me encantaría poder compartir la primicia si se trata de algo que a mi público femenino de entre dieciocho y cincuenta y cinco años le interesaría saber.

La arruga del entrecejo de Americano se desvaneció, poniéndole fin al ceño fruncido clavado en su rostro.

Bingo.

–El lanzamiento oficial es en mayo –explicó–, pero si gustan, pueden pasarse por mi oficina y escuchar la presentación, dejar una muestra…

–¿Una muestra? –espetó Jess.

Cuando se volteó hacia ella, vio que una ráfaga de fastidio le atravesó la mirada. Si Fizzy era la policía coqueta, ella definitivamente era la policía escéptica y él parecía, a duras penas, ser capaz de tolerar el genuino interés de su amiga.

La miró a los ojos.

–Saliva.

Jess largó una risotada.

–¿Perdón?

–La muestra –explicó él, detenidamente–. La muestra es de saliva.

Sin ningún escrúpulo, la miró de arriba abajo, estudiando su figura. Jess sintió que el corazón le daba un vuelco.

Pero luego, Americano cambió de trayectoria y llevó la mirada hacia su reloj. *Okey*.

Fizzy rio por lo bajo mientras alternaba la mirada entre los dos.

–Estoy segura de que nos las apañaremos para babear por ti. –Sonrió, pícara–. Quiero decir, para darte una muestra de saliva.

Con una sonrisa tímida, Americano dejó caer su tarjeta personal en la mesa. El ruido que hizo al aterrizar se escuchó en toda la cafetería.

–Nada de eugenesia –agregó en voz baja–. Lo prometo.



Jess lo vio salir. La campanilla sobre la puerta solo emitió un débil tintineo, como si le entristeciera verlo irse.

–De acuerdo –dijo, volviéndose hacia su amiga–, ¿cuántas probabilidades hay de que sea un vampiro?

Fizzy golpeteaba la tarjeta contra el filo de la mesa, ajena a la pregunta.

–Échale un vistazo a esto.

Jess lo observó a través de la ventana con los ojos entrecerrados mientras Americano se montaba en un Audi de color negro aparcado frente a la cafetería.

–Estaba tratando de engañarme.

–Es real. –Fizzy analizaba la tarjeta con los ojos entornados, y la dio vuelta para leer el

reverso–. No es de las que mandas a imprimir en Kinko's.

–"Saliva" –repitió Jess, imitando el tono de voz grave y altanero de Americano–. Dios santo, ese hombre definitivamente no trabaja en publicidad, tiene cero carisma. Anota lo que voy a decir y cuando cumpla los noventa, revisemos mi predicción para constatar que tenía razón: ese tipo es la persona más arrogante que he conocido en esta vida.

–¿Quieres dejar de hablar de él de una buena vez?

Le arrebató la tarjeta.

–¿Quieres dejar de hablar de su tarje…? –Se interrumpió, sorprendida por el peso de la tarjeta–. Guau, es gruesa.

–Te lo dije.

Le dio la vuelta para examinar el logo, que consistía en dos círculos interconectados formando una doble hélice en el centro. En el anverso, abajo de todo, se leía el nombre real de Americano en pequeñas letras plateadas con relieve.

–Jamás hubiera imaginado que este fuera su verdadero nombre. Tiene cara de Richard… o de Adam.

–Para mí, tiene cara de Keanu.

–Agárrate fuerte. –Levantó la vista de la tarjeta hacia Fizzy y sonrió de lado–. Americano, en realidad, se llama Dr. River Peña.

–Oh, no –exclamó suspirando–. Es un nombre muy *sexy*, Jess.

Se rio; era maravilloso lo predecible podía ser Felicity Chen.

–Meh, el hombre es quien hace que un nombre sea sexy, no al revés.

–Te equivocas. No importa que tan atractivo sea el hombre, el nombre Gregg con dos *g* nunca será sexy. –Se hundió aún más en su asiento, sonrojada–. ¿Qué tan raro sería que el protagonista de mi próxima novela se llamara River?

–Demasiado.

Fizzy lo anotó en su cuaderno de todos modos mientras Jess leía, en voz alta, el nombre de la empresa.

–¿GeneticAlly? –Se quedó pensando hasta que por fin lo entendió–. Ah, claro, suena como "genéticamente" en inglés, pero con una a mayúscula para "aliado". Escucha el eslogan: "El futuro ya está dentro de ti". Guau. –Dejó la tarjeta y, con una sonrisa burlona, se reclinó en su asiento–. ¿Alguien lo leyó en voz alta antes de publicarlo?

–Iremos –decidió su amiga mientras guardaba sus cosas, ignorando los comentarios sarcásticos de Jess, quien la miró fijamente, atónita.

–¿Hablas en serio? ¿Ahora mismo?

–Faltan más de cinco horas para que tengas que recoger a Juno. La Jolla queda a treinta minutos de aquí.

–Fizzy, no se lo veía muy entusiasmado por contarnos sobre su proyecto. Estaba impaciente por largarse de aquí.

–¿Y qué? Considéralo una investigación. Necesito conocer ese lugar.



Había solamente cuatro autos en aquel amplio estacionamiento y, con una risita, Fizzy aparcó su nuevo pero discreto Camry azul junto al reluciente Audi de River.

Le sonrió a Jess, sentada en el asiento del copiloto.

–¿Lista para encontrar a tu alma gemela?

–Para nada –respondió, pero Fizzy ya había salido del auto.

Se bajó y observó a la distancia el edificio de dos plantas. Debía admitir que era impresionante. En lo alto de la refinada fachada de láminas de madera se leía, en grandes letras de aluminio pulido, el nombre de la empresa: GeneticAlly. La segunda planta constaba de unos amplios ventanales de estilo moderno, todavía en plena construcción. El logo con los dos anillos fusionados formando la doble hélice del ADN estaba impreso en la enorme puerta doble de la entrada, la cual se abrió de par en par cuando Fizzy le dio un empujoncito. Las dos amigas se adentraron en el lujoso vestíbulo, donde no había nadie más que ellas.

–Guau –masculló Fizzy–. Qué raro.

Sus pisadas resonaban por todo el lugar mientras se dirigían hacia la recepción, cuyo mostrador era de mármol y estaba ubicado prácticamente a kilómetros de la entrada principal. Todo en aquel lugar emanaba una vibra *ostentosa*; definitivamente había, al menos, cinco cámaras de seguridad grabándolas en ese preciso momento.

–Hola. –Una mujer las observaba, sonriente. Ella también tenía un aspecto pomposo–. ¿En qué las puedo ayudar?

Fizzy, sin dejarse intimidar, se inclinó sobre el mostrador.

–Estamos aquí para ver al señor River Peña.

La recepcionista parpadeó extrañada mientras revisaba el calendario. El pánico era evidente en su rostro.

–¿Tienen una cita agendada?

Jess cayó en la cuenta de que, probablemente, habían entrado a aquel edificio como quien no quiere la cosa y habían pedido ver a la persona que, literalmente, dirigía la compañía.

–No –admitió Jess al mismo tiempo que su amiga, con toda la confianza del mundo, respondía:

–Sí.

Fizzy la desestimó haciéndole un gesto con la mano.

–Puedes decirle que Felicity Chen y su socia están aquí.

Jess disimuló una risita fingiendo una carraspera. La recepcionista, con desconfianza, hizo un ademán hacia el registro de visitantes.

–De acuerdo, en ese caso, les voy a pedir que, por favor, firmen aquí. Ah, y también voy a necesitar sus identificaciones. ¿Están aquí para una presentación? –quiso saber mientras anotaba los datos de sus identificaciones.

–¿Una qué? –Jess frunció el ceño.

–Me refiero a… ¿Las reclutó para DúoADN?

–DúoADN, ese mismo –respondió Fizzy con una sonrisa de oreja a oreja mientras anotaba sus nombres en el formulario–. Prácticamente, posó sus ojos en nosotras, dos hermosas mujeres solteras en una cafetería, y nos pidió de rodillas que viniéramos a escupir en tubos de ensayo.

–Fizz. –Por milésima vez, Jess se preguntó si siempre iba a acompañar a su amiga en sus locuras, como la palita acompaña a la escoba. Pasar tanto tiempo con ella la hacía sentir más viva y más aburrida a la vez.

La recepcionista les devolvió las identificaciones con una sonrisa amable y les indicó que

tomaran asiento.

–Le comunicaré al doctor Peña que ya están aquí.

Se sentaron en unos sillones de cuero rojo impolutos. Jess estaba convencida de que eran las primeras en usarlos. No había suciedad en ninguna parte ni tampoco indicios de que alguien más los hubiera utilizado.

–Esto es muy extraño –susurró–. ¿Estamos seguras de que este lugar no es la tapadera de una secta que nos extraerá los órganos para venderlos en el mercado ilegal? –Palpó una pila ordenada de revistas científicas–. Siempre usan a las chicas lindas como carnada.

–Doctor Peña. –Fizzy sacó su libreta y lamió disimuladamente la punta de su bolígrafo–. Está decidido: el protagonista de mi próxima novela llevará su nombre.

–Si cuando salimos tengo un riñón menos –amenazó Jess–, voy a quedarme con uno de los tuyos.

Fizzy, mientras tanto, golpeteaba el cuaderno con el bolígrafo.

–Me pregunto si tendrá un hermano. Tal vez se llame Luis… o Antonio…

–Y todo esto debe valer una fortuna. –Acarició el cuero elastizado del sillón–. ¿Cuántos riñones crees que valga un sillón de estos? –Sacó el teléfono de su bolsillo y buscó en Google. Los resultados la dejaron con la boca abierta–. Aquí dice que un solo riñón cuesta doscientos sesenta y dos mil dólares. ¿Para qué seguir trabajando? Se puede vivir perfectamente con uno solo, ¿o no?

–Jessica Davis, suenas como si vivieras en una burbuja.

–¡Tú eres la que está creando un árbol familiar ficticio! ¿Qué rayos estamos haciendo aquí?

–¿Encontrando al hombre indicado? –respondió. Su expresión se transformó en una sonrisa astuta–. O puede que estemos recopilando información para una novela.

–Tienes que reconocer que River Peña no es el tipo de persona que ves y dices: "Ese sí que es un romántico empedernido".

–No –admitió–, pero sí lo veo y pienso: "Apuesto que tiene un pene enorme". ¿No viste lo grandes que son sus manos? Podría tomarme de la cabeza, como si fuera un balón.

Alguien se aclaró la garganta y se voltearon. A menos de un metro de distancia, estaba River Peña.

–Bueno, ustedes dos sí que no perdieron el tiempo.

A Jess se le cayó el alma a los pies. A duras penas logró pronunciar las siguientes palabras:

–Ay, mierda.

–¿Escuchaste lo que dije? –preguntó Fizzy.

Exhaló lenta y detenidamente. Sin duda, la había escuchado.

–¿Escuchar qué cosa?

Fizzy se puso de pie, arrastrando a su amiga consigo.

–Excelente. –Hizo una pequeña reverencia–. Llévanos contigo.



TRES

Lo siguieron de cerca por una serie de puertas dobles y un extenso corredor, del lado derecho había una hilera de oficinas, separadas entre sí por pocos metros. En cada una de sus puertas había un letrero de acero inoxidable con nombres: Lisa Addams, Sanjeev Jariwala, David Morris, River Peña, Tiffany Fujita y Brandon Bezakuls.

Jess se volteó a ver a Fizzy, que, como era de esperar, ya había captado el chiste.

–"Besa culos" –le dijo por lo bajo, riéndose.

Jess alcanzó a ver la costa de La Jolla a lo lejos, a través del ventanal de una de las oficinas que tenía la puerta abierta. A menos de un kilómetro de distancia, las gaviotas sobrevolaban el mar cubierto de espuma y las olas rompían contra las rocas del acantilado. Era un paisaje espectacular.

El alquiler anual de esta propiedad debía valer al menos un riñón y la mitad del otro.

Los tres siguieron avanzando en silencio hasta llegar al área de los elevadores. River presionó el botón de subir con el dedo índice y se mantuvo callado, mirando al frente.

El silencio se tornó incómodo.

–¿Hace cuánto que trabajas aquí? –le preguntó Jess.

–Desde su fundación.

Qué información tan útil.

–¿Cuántos empleados hay? –insistió.

–Alrededor de doce.

–Es una pena que no trabajes en publicidad –comentó con una sonrisa–. Eres tan encantador…

River se volteó hacia ella con una cara que a Jess le dio escalofríos.

–Sí, bueno, por suerte tengo talento en otras áreas. –Le sostuvo la mirada durante un instante que se sintió como una eternidad, y justo cuando las puertas del elevador se abrieron, la sensación de escalofríos se transformó en calor.

Fizzy le dio un codazo en las costillas. *Áreas candentes* era el pensamiento que, obviamente, intentaba transmitirle.

Áreas homicidas, le respondió Jess mentalmente.

Fizzy estaba muy callada, lo cual no era típico en ella, menos aun teniendo en cuenta lo mucho que había prometido aprovechar al máximo esta oportunidad de realizar una investigación para su libro. Quizá el comportamiento rígido de River la había intimidado. Así que el resto del trayecto terminó siendo igual de silencioso que la casi fría e inhóspita Siberia. Cuando se bajaron, Jess observó a su mejor amiga, quien garabateaba una idea atrás de la otra, probablemente sobre la arquitectura del edificio, el grupo de científicos con cara de serios que pasó de largo en el segundo pasillo, la postura perfecta, el ritmo relajado al caminar y los evidentes muslos tonificados de River. Mientras tanto, ella se empezó a cohibir cada vez más debido al ridículo rechinar de sus zapatos sobre el linóleo y a su atuendo, un tanto holgado. Fizzy llevaba puesto lo de siempre: una adorable blusa de seda a lunares y pantalones ajustados de tiro alto. River también estaba vestido como siempre: como un ejecutivo casual sacado de una revista de modas. Aquella mañana, cuando Jess, en medio del apuro, se colocó una camiseta de la UCLA andrajosa, unos vaqueros viejos de Levi's y un par de Vans desgastadas, no se había imaginado que terminaría caminando por los pasillos de un establecimiento en la zona más cara de La Jolla, donde residen las compañías de biotecnología más conocidas.

Al final del corredor había una puerta abierta que indicaba el acceso a una sala de conferencias. River se detuvo e hizo un gesto con la mano para dejarlas pasar primero.

–Tomen asiento. Lisa vendrá enseguida.

–¿Quién es Lisa? –preguntó Fizzy tras intercambiar una mirada rápida con Jess.

–Es la jefa del departamento de relaciones públicas y la directora del proyecto de nuestra aplicación. Ella les explicará cómo funciona nuestra tecnología y el proceso de emparejamiento.

Toda esa situación se había convertido, francamente, en un montón de enigmas confusos.

–Y ¿qué hay de ti? ¿No te quedas? –preguntó Jess.

Parecía ofendido ante la pregunta, como si hubiera insinuado que no era más que el chico que trae el café, en lugar de alguien importante.

–No –respondió con una ligera sonrisa. Se dio media vuelta y salió de la sala de conferencias, en dirección a su oficina. *Idiota*.

Unos minutos más tarde, llegó una mujer de pelo castaño. Tenía la piel bronceada, maquillaje y ondas naturales: la apariencia de una persona activa del sur de California, que podía ponerse un vestido hawaiano y aun así verse fenomenal.

–¡Hola! –Se acercó a darles un apretón de manos–. Mi nombre es Lisa Addams, soy la jefa del departamento de relaciones públicas de GeneticAlly. ¡Estoy muy feliz de que vinieran! Es la primera vez que le doy la presentación a un grupo tan reducido, así que esto será genial. ¿Están listas?

Fizzy asintió entusiasmada, pero Jess estaba empezando a sentirse como si alguien la hubiera abandonado en un mundo en el que ella era la única excluida de un secreto

importante.

–Antes de comenzar, ¿podrías decirme dónde está el baño? –preguntó, arrugando levemente la nariz–. Es que bebí mucho café.

Sin perder la sonrisa, Lisa le dio unas indicaciones lo bastante sencillas como para que no se perdiera en el camino. Fue por un pasillo largo y estrecho que pasaba por al lado de seis puertas que, por su inconfundible aspecto, daban acceso a los laboratorios. La primera tenía un letrero que decía: PREPARACIÓN DE MUESTRAS. La siguiente decía: SECUENCIACIÓN DE ADN; seguida de ANÁLISIS 1, ANÁLISIS 2 y SERVIDORES. Al final del pasillo, finalmente, encontró el baño.

Hasta los retretes eran futuristas. Jess no sabía qué pensar sobre el bidet en un baño público, pero tenía tantos botones, que –¡ey, esa cosa largaba agua tibia!– decidió dejarse llevar. Se miró rápidamente en el espejo mientras se lavaba las manos y se dio cuenta de que había olvidado maquillarse, por lo que lucía exhausta y ojerosa, incluso bajo esa luz suave y favorecedora. *Genial*.

De regreso a la sala de conferencias, una de las puertas, que estaba abierta, captó su atención. Hacía años que no estaba en un laboratorio de verdad y la invadió la nostalgia. Al asomar la cabeza dentro del laboratorio llamado PREPARACIÓN DE MUESTRAS, vio un par de mesas de trabajo extensas y una variedad de máquinas con teclados y pantallas led muy modernas; todo parecía sacado de una película.

Entonces oyó la voz suave y profunda de River:

–¿No quedaba otra botella de amortiguador de lisis de diez mililitros por ahí?

–Ya ordenamos más –le respondió otro hombre–. Creo que lo que tengo me alcanza para terminar este lote.

–Bien.

–Me pareció escuchar que invitaste a dos personas a una demostración, ¿puede ser?

–Sí –contestó River–, a dos mujeres. Una de ellas es, aparentemente, una escritora con mucha presencia en redes.

Hubo un silencio que, Jess supuso, consistía en comunicación no verbal.

–No lo sé, viejo –continuó River–. Yo solo intentaba pedir un café, por lo que las invité para que Lisa se encargara de ellas.

Okey.

–Entiendo –dijo la otra voz–. Si nos mandan sus kits, los pondré a prueba por cuatriplicado con algunas secuencias de referencia.

–Puede que justo después del lanzamiento haya momentos en los que tengamos pocas muestras con las que trabajar, así que esta es una buena oportunidad para experimentar eso.

–Tienes razón.

Jess estaba a punto de darse la vuelta para regresar a la sala de conferencias, cuando oyó a River decir mientras se reía:

–Una oportunidad para demostrar que existe la persona indicada para cada quien.

–¿Era fea? –preguntó el otro hombre.

–No, no era fea. –En ese momento, Jess había decidido tomarse aquel comentario como la versión de un cumplido de River, hasta que agregó–: Más bien, completamente corriente.

Dio unos pasos hacia atrás con la mano en el pecho, ofendida, y se asustó cuando una

voz habló a sus espaldas:

–¿Querías un recorrido por el laboratorio después de la reunión con Lisa?

El hombre detrás de ella alzó las manos al ver que Jess se giraba rápidamente, como si fuera a darle un puñetazo. Era alto, delgado y lucía como todos los actores que hacían de científicos en las películas: caucásico, anteojos, pelo desordenado. Era Jeff Goldblum, si a su vez, Jeff Goldblum fuera también Benedict Cumberbatch.

Jess no estaba segura de si le ofrecía el recorrido en serio o si la estaba torturando indirectamente por escuchar a escondidas una conversación ajena.

–Ah. No –respondió–, estoy bien. Lo siento, solo eché un vistazo mientras volvía del baño.

Él, con una sonrisa, extendió la mano.

–David Morris.

–Jessica. –Le correspondió el apretón, dudosa.

–Hace bastante que no recibimos clientes en nuestras oficinas. Es lindo ver caras nuevas. –Mientras decía eso último, la miró de arriba abajo–. ¿Estás participando de DúoADN?

Se aguantó las ganas de cruzarse de brazos para ocultar el hecho de que se había presentado en un lugar tan ostentoso donde le ayudarían a encontrar pareja luciendo como una adolescente resacosa.

–Aún no le he decidido. Vine con mi mejor amiga. Ella escribe novelas románticas y cuando Americano, perdón, el doctor Peña, nos contó sobre su compañía esta mañana, enloqueció por completo.

David le hizo un gesto con la mano para darle paso y que caminara de regreso a la sala de conferencias.

–En ese caso, espero que se sorprendan con nuestra tecnología.

–Estoy segura de que así será. –Fingió una sonrisa amable.

David se detuvo en la entrada de la sala.

–Ha sido un placer conocerte, Jessica. Si necesitas alguna otra cosa, no dudes en llamarme.

Esbozando otra sonrisa fingida, Jess reprimió la ansiedad que borboteaba en su interior.

–Por supuesto.



Regresó a la sala de conferencias sintiéndose casi un diez por ciento más desaliñada que antes, lo cual significaba que había tocado fondo. Fizzy y Lisa se hallaban enfrascadas en una conversación sobre cuáles eran las ventajas y las desventajas de las distintas apps de citas, pero se enderezaron y se callaron cuando vieron entrar a Jess, como si las hubiera atrapado in fraganti. Sin que ninguna de las dos se lo dijera, Jess supo que tenía toda la apariencia de una persona a la que habían arrastrado hasta ese lugar y que habría preferido quedarse en casa mirando Netflix.

–¿Listas para comenzar? –preguntó Lisa, revisando el menú en un iPad. Se atenuaron las luces de la sala y una pantalla gigantesca descendió desde el techo con un leve zumbido.

–¡Claro que sí! –respondió Fizzy, cumpliendo con el rol de la amiga extrovertida.

Jess decidió cumplir el suyo y dijo:

–Claro, ¿por qué no?

Lisa dio un paso hasta el frente de la sala, como si fuera a hablarle a una gran audiencia en vez de solo a dos personas.

–¿Cuáles son sus ideales en lo que a relaciones románticas se refiere?

Jess volteó a ver a su amiga, esperando su respuesta, y ella hizo lo mismo.

–De acuerdo, está bien, creo que yo contestaré primero –dijo Fizzy riéndose de la expresión vacía de su amiga–. Tengo treinta y cuatro años y disfruto de tener citas. Muchísimas. Pero supongo que en algún momento sentaré cabeza y tendré hijos. Todo depende de la persona.

Lisa asintió con una sonrisa, como si esa hubiera sido la respuesta que esperaba, y luego miró a Jess.

–Creo… –empezó a decir, temblando un poquito–. Creo que existe el hombre perfecto para mí, pero no tengo apuro de encontrarlo. Estoy por cumplir treinta, tengo una hija y no tengo mucho tiempo libre. –Apenas encogiéndose de hombros murmuró–: Así que, no lo sé.

Claramente, Lisa estaba acostumbrada a tratar con gente que tuviera más aspiraciones, pero de todos modos siguió con el discurso.

–¿Alguna vez se preguntaron qué es un alma gemela? El amor ¿es una cualidad que se puede medir?

–Oooh, buena pregunta. –Fizzy se inclinó hacia delante. Había mordido el anzuelo.

–Nosotros creemos que es posible –afirmó Lisa–. Mediante nuestro programa DúoADN, basado en el estudio del ADN de las personas, formamos parejas compatibles. GeneticAlly se fundó hace seis años, pero fue en el 2003 que el doctor David Morris inventó el concepto que inspiró el DúoADN en su laboratorio en el Instituto Salk. –Pasó de la diapositiva actual, el logo de DúoADN, a la siguiente, que mostraba una vista panorámica de los edificios futuristas del Instituto Salk, ubicado calle arriba–. El concepto de la compatibilidad genética no es nuevo, pero son pocas las compañías que han logrado crear siquiera una fracción de lo que el doctor Morris y su estudiante de posgrado, el doctor River Peña, han diseñado.

Las amigas intercambiaron una mirada. Si River y su mentor habían inventado todo esto, Jess reconoció que no debería criticarlo por ser un promotor horrible. Por más engreído que fuera.

–La razón por la cual el programa DúoADN ha tenido tanto éxito a la hora de identificar parejas compatibles –continuó Lisa– es porque la idea del proyecto no se originó con ADN en sí –hizo una pausa dramática–, sino con personas.

Jess se contuvo de poner los ojos en blanco cuando otra diapositiva mostró una ilustración digital de un grupo mixto de estudiantes universitarios riendo y charlando en un bar.

–Lo primero que se propuso el doctor Peña fue encontrar un patrón complementario en el ADN de dos personas que sienten atracción mutua. –Hizo un acercamiento sobre una pareja coqueteándose–. Es decir, ¿estamos programados para sentirnos atraídos hacia ciertas personas? ¿Es posible predecir quiénes van a sentirse atraídos entre sí antes de que se conozcan? –Esbozó una sonrisa de oreja a oreja–. En un estudio realizado en más de mil estudiantes de la Universidad de California en San Diego, se descubrió que, aproximadamente, cuarenta genes estaban correlacionados con la atracción. Así es como el doctor Peña se dirigió al laboratorio para investigar la felicidad eterna. ¿Lograría

encontrar la huella genética de personas que hayan estado felizmente casadas por más de una década?

Deslizó la animación hacia delante para enseñarles a otra pareja generada en computadora, mucho más mayor, sentada en un sofá, abrazándose. La imagen se hizo más pequeña y se abrió otra de un vecindario y luego otra de una ciudad. El mapa de fotos se fue reacomodando hasta que tomó la forma parecida a la doble hélice del ADN.

–A partir de un estudio realizado en más de trescientas parejas –continuó–, el doctor Peña descubrió que alrededor de doscientos genes estaban relacionados con la compatibilidad emocional a largo plazo, incluyendo tanto a los cuarenta genes asociados con la atracción como a otros que, previo al estudio, no tenían correlación alguna. –Hizo otra pausa y las miró–. Esta fue solo la primera generación del programa DúoADN.

Fizzy la escuchaba con atención, fascinada, pero Jess tenía sus dudas. Lo que Lisa describía era, en pocas palabras, una máquina tragamonedas con doscientos carretes. Estadísticamente hablando, las probabilidades de obtener la combinación perfecta eran muy bajas. Aun si GeneticAlly solo buscaba patrones compatibles, con todas las variables de genes que hay en el genoma de un ser humano, este algoritmo debía ser tan complejo que sería imposible calcular la compatibilidad de forma manual. Jess no podía comprender cómo harían para procesar la cantidad inmensa de datos que tenían a su disposición.

Lisa pareció leerle la mente.

–Doscientos genes es un número grande y el genoma de un ser humano se compone de unos veinte mil. Por supuesto que no todos, ni siquiera la mayoría, están asociados a nuestra satisfacción emocional, pero el doctor Peña y el doctor Morris querían encontrar hasta el último de ellos. No solo buscaban identificar la existencia de la compatibilidad, sino que también querían ayudar a la gente a encontrar sus almas gemelas. Por eso, el doctor Peña empezó a colaborar con Caltech para desarrollar una nueva red neuronal profunda.

Mientras dejaba que asimilaran toda la información, volvió a cambiar la diapositiva. La imagen se adentró en la doble hélice, iluminando los pares de bases a medida que la animación recorría el largo de la cadena de ADN.

–Este proyecto comprende test de personalidad, resonancias magnéticas, infinidad de estudios sobre el éxito en las relaciones y, sí, más de cien mil muestras de ADN analizadas y secuenciadas. –De a una a la vez, las miró a los ojos–. Los inversores han gastado más de treinta millones de dólares solo en los equipos. Los desarrolladores de la aplicación han invertido al menos cinco millones. ¿Que si pienso que nuestro sistema es verdaderamente revolucionario? –Asintió con la cabeza–. ¿Aquí entre nos y con toda honestidad? Claro que sí.

Llevó su atención otra vez a la presentación y pasó a la siguiente diapositiva, en la cual se veía a una mujer de pie frente a un fondo blanco liso.

–Así es cómo funciona: como muchas otras empresas, hemos desarrollado un kit de prueba de ADN que muy pronto estará disponible para que los clientes lo adquieran por internet. Aquí también tenemos algunos kits a la venta, por si les interesa.

Jess podía percibir que Fizzy estaba conteniendo las ganas de sacar su tarjeta de crédito. Lisa colocó sobre la mesa una cajita blanca con el logo de DúoADN estampado en los colores del arcoíris.

–Una vez que hagamos el lanzamiento, los clientes nos enviarán sus muestras para analizarlas con el algoritmo de DúoADN, el cual ahora combina los hallazgos de más de trescientos cincuenta genes. Una vez que recibimos las muestras, el análisis tarda solo tres días y luego se publican los resultados en nuestra app. Mientras esperan, pueden cargar su información personal a su perfil, tal como lo harían en cualquier otra página de citas. Edad, ubicación, profesión… Básicamente, lo que quieran que los demás sepan de ustedes. Cuando los resultados estén listos, les mostraremos el puntaje de compatibilidad basado en los criterios que hayan seleccionado.

Jess tragó con fuerza. Todo esto sonaba muy… meticuloso.

La siguiente diapositiva mostraba a dos personas de pie una al lado de la otra con el mismo fondo liso.

–A partir de un análisis exhaustivo, hemos creado distintas categorías de compatibilidad. Es decir, agrupamos los puntajes basándonos en qué tan exitosa podría ser la relación. Si van caminando por la calle y seleccionan a dos personas al azar para ver qué tan compatibles son, verán que el algoritmo de DúoADN le dará a esa selección un puntaje de entre siete y veinticuatro. Los puntajes se calculan sobre un total de cien, por lo que veinticuatro no es lo ideal, pero tampoco es un cero. Estos son los que llamamos "Match de Carbón".

–¿Hay muchas de esas? –preguntó Fizzy.

–Oh, sí –respondió Lisa–. La gran mayoría de las parejas elegidas de manera aleatoria entran dentro de esta categoría. –Pasó a la siguiente diapositiva y, esta vez, las dos personas estaban enfrentadas, sonrientes–. Ahora bien, con frecuencia sucede que hay atracción mutua en las parejas que obtienen puntajes de entre veinticinco y cincuenta, pero cuando realizamos un seguimiento a largo plazo, notamos que rara vez presentan compatibilidad emocional duradera. A estas las llamamos "Match de Plata" y algunos sujetos de nuestra etapa de prueba han decidido explorar estas relaciones. –Lisa se encogió de hombros riéndose bajito, claramente saliéndose del libreto–. El buen sexo es buen sexo, ¿o no?

Fizzy asintió con frenesí; Jess, por su parte, solo se encogió de hombros.

–¿Cuál es el parámetro para "rara vez" cuando dices que rara vez hallan compatibilidad duradera?

Lisa sonrió.

–Según los resultados de nuestros primeros estudios, solo uno de cada trescientos Match de Plata dura más de dos años, que es el parámetro que consideramos como largo plazo. Pero aquí viene lo divertido –dijo, adoptando una postura más recta. Una nueva pareja apareció en la pantalla, caminando tomados de la mano–. Los Match de Oro son los que obtienen un puntaje de entre cincuenta y sesenta y cinco. Solo un tercio de estas parejas tienen una relación duradera, y asciende a dos de cada tres en aquellas parejas cuyo puntaje está entre sesenta y seis y ochenta, que es lo que llamamos Match de Platino.

–Guau –suspiró Fizzy, mirando fijamente a la pantalla, donde ahora se mostraba a otra pareja riéndose mientras cenaban a la luz de las velas–. Ese es un gran salto.

Lisa estuvo de acuerdo.

–Sin embargo, tres de cada cuatro parejas con un puntaje de entre ochenta y noventa logran establecer relaciones amorosas duraderas –explicó–. Y ese es nuestro objetivo, que todas las parejas en nuestra base de datos puedan encontrar relaciones estables. –Pasó a la

siguiente diapositiva, en la cual se veía a una pareja contrayendo matrimonio bajo un arco lleno de flores–. A estas las llamamos Match de Titanio.

Ahora sí, Jess tuvo que esforzarse por no demostrar su sorpresa ante esa estadística. Era realmente impresionante, pero aún tenía millones de dudas. Señaló a la pareja en su boda, la mujer era de descendencia asiática y el hombre, de descendencia árabe.

–Veo que DúoADN no tiene preferencias en cuanto a la etnia.

–Estás en lo correcto. La idea es encontrar a tu alma gemela a partir de un conjunto de marcadores biológicos. Si bien hay diferencias en la genética de distintos grupos étnicos, nuestra tecnología se enfoca en la compatibilidad del ADN, no en la simetría. No quiero ponerme muy técnica, pero en muchos casos, la compatibilidad es más eficiente cuando dos personas tienen marcadores genéticos diferentes, en comparación con quienes tienen los mismos. Además, tengan en cuenta que DúoADN no discrimina las diferencias culturales, por lo que quien pondera la importancia de toda esa información es el usuario. Al crearse un perfil, los usuarios deben completar un formulario en el que pueden indicar algunas o todas sus preferencias, como nacionalidad, religión, entre otras. Si hay algún resultado compatible pero que no coincide con los criterios preseleccionados el algoritmo los descarta.

–¿Y si soy lesbiana?

–También. –Lisa no titubeó–. En el formulario, puedes seleccionar si te atraen las mujeres, los hombres, les no binaries o si no tienes preferencias. Como empresa, no discriminamos a nuestros clientes por su etnia, su cultura, su género, su orientación sexual o su religión y DúoADN tampoco lo hace. Solo un puñado de secuencias relacionadas con compatibilidad se aloja en los cromosomas Y y X; por supuesto que no son suficientes para invalidar el estudio si se excluye a un genotipo en específico.

Jess se reclinó en su asiento, muy –e inesperadamente– impresionada.

–Perdón, solo una pregunta más –habló Fizzy–. Hace un momento mencionaste que el puntaje de compatibilidad se calcula sobre un total de cien… ¿Alguna vez has visto un puntaje mayor a noventa?

Lisa esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

–Solo tres veces.

–¿Y? –Jess comenzó a sentir que se le aceleraba el corazón. Esta vez, en su mente se dibujaba la imagen de una máquina tragamonedas diferente: una con tres mil quinientas filas que con un solo tiro se alineaban casi a la perfección.

Por primera vez desde que había entrado a la sala, Lisa se quitó la máscara de la directora ejecutiva hipercompetente. Lucía joven, optimista y fascinada cuando admitió:

–Eso es lo que me da más esperanza para el futuro de esta empresa. Sí, tres es un número bajo, pero las parejas que obtuvieron más de noventa puntos son también las que alcanzaron el puntaje más alto en los test de estabilidad emocional, comunicación y colaboración y satisfacción sexual. A esas las llamamos Match de *Diamante*. ¿Que si esperamos que haya más de esas? Por supuesto que sí. Es decir, de las ciento cuarenta mil personas que han participado de las pruebas del DúoADN, solo se han confirmado alrededor de veinte mil parejas. Es un resultado muy grande para una empresa emergente tan pequeña, mientras que otros sitios como Hinge o Tinder tienen cinco millones y cincuenta millones de usuarios, respectivamente. No podremos calcular cuántas Match de Diamante hay en el mundo hasta que consigamos los datos de todas las personas que

existen.



CUATRO

Llamada entrante de Fizzy.

Fizzy nunca llamaba.

Y a pesar de que eran las 8:13 de la mañana y de que Jess debía llevar a Juno a la escuela en dos minutos, servirle el desayuno o darle al menos un sorbo de su café, terminar de vestirse y asistir a una reunión en el centro a las 9:30, atendió.

–Nunca llamas –comentó.

–Esta aplicación es una locura –exclamó su amiga.

–¡Estoy lista para desayunar! –anunció Juno mientras salía corriendo de su habitación, aún con el pijama puesto.

Jess se alejó un poco del teléfono.

–Cariño, tienes que cambiarte –susurró.

La niña protestó y regresó a su habitación pataleando.

–Pero… –empezó a decir Fizzy y luego se interrumpió–. Está bien, tienes razón. Esta camisa es muy reveladora. –Se quedó callada un momento–. Espera, ¿cómo supiste qué tenía puesto?

–Estaba hablando con mi hija –respondió, riéndose–. ¿Qué es eso de que la aplicación es una locura? ¿De qué aplicación hablas?

–Esta mañana me llegaron mis resultados de DúoADN, y ya hice veintitrés *matches*.

Jess hizo la cuenta en su cabeza en un instante; solo habían pasado dos días desde que habían visitado la empresa. O GeneticAlly era increíblemente eficiente o no tenían muchas muestras para analizar. Debía admitir, de mala gana, que cualquier compañía que hubiera invertido tanto dinero en una red neuronal tan especial se tomaría su trabajo en

serio.

–¿Veintitrés? –Se sirvió una taza de café mientras Paloma le pasaba entre las piernas, ronroneando. Cometió el error de mirar hacia abajo; la taza se rebalsó, haciendo que vertiera un poco de café sobre la mesada. Soltó una maldición y se estiró para abrirle la puerta a la gata y dejarla salir. Luego tomó un paño de cocina de un cajón–. Esas son muchas almas gemelas.

–No fui muy estricta con mis preferencias –admitió Fizzy–. Me dije a mí misma que saldría con cualquiera que tuviera un puntaje mayor a trece.

–¿*Trece*?

–Es divertido ver qué te depara el destino cuando sales con hombres y no tienes expectativas.

El café seguía goteando de la encimera al suelo, mojando los calcetines de la suerte de Jess.

–*Mierda*.

–Solo es una posible mala cita, no una cirugía plástica.

–No te hablaba a ti. Derramé un poco de café.

–Considéralo un experimento –prosiguió su amiga–. ¿Qué pasa cuando juntas a dos personas que son completamente incompatibles? ¿Vencerán las adversidades o se destruirán… mutuamente? –Se quedó en silencio y Jess se la imaginó anotándolo todo en su libreta. De fondo, se escuchó un sonido extraño, como de una notificación–. ¡Veinticuatro!

Juno entró a la cocina, esta vez vestida para ir a la escuela, pero su cabello aún parecía un nido de pájaros.

–Mami, ¿puedes hacerme una malteada?

–Cariño, ve a cepillarte el cabello.

–Supongo que, de nuevo, le hablabas a Juno –comentó Fizzy, distraída.

–¿Puedes, mami?

–Sí –le dijo a Fizzy y, luego, se dirigió a su hija– y sí, Abejita, te haré una malteada, pero, por favor, primero ve y cepíllate el cabello y los dientes, también.

Nuevamente en la cocina, Jess le echó un vistazo al reloj y protestó. Sacó un cuenco lleno de fresas del refrigerador.

–Bueno –dijo Fizzy–, hoy almuerzo con Aiden B., un Match de Carbón de trece puntos, y mañana salgo a cenar con Antonio R., también un Match de Carbón, de veintiún puntos.

–No permitas que nadie te diga que no tienes espíritu aventurero.

–¡Mamá! –gritó Juno desde el baño–. No olvides que, como hoy viene el jardinero, Paloma no puede salir.

Jess se dio vuelta y miró por la ventana el jardín y el portón, que estaba abierto.

–Fizz, tengo que volar.

Después de una explosión de malteada, cuatro calles de persecución a un gato, dos cambios de ropa (Jess), un par de zapatillas con un nudo doble imposible de desatar (Juno) y una llegada tarde a la escuela, Jess se hallaba en camino a la reunión, al fin. El

itinerario del día constaba de una reunión importante con los dueños del Supermercado Jennings por la mañana, otra con dos potenciales clientes por la tarde y otra en la escuela de su hija a las seis. Una maratón, pero nada que no pudiera hacer. Sin embargo, ¿por qué, justo el día que Jess estaba retrasada, el Universo se había complotado en su contra para que hubiera un choque en medio del trayecto, un desvío y ningún espacio libre para estacionar? Recorrió todas las filas, repletas de vehículos de alta gama, y se preguntó si todos los ricos de San Diego habían decidido ir al Gaslamp al mismo tiempo, pero luego –¡sorpresa!–, alguien debió haber escuchado sus plegarias, porque, a su derecha, se prendieron las luces de un auto que iba a dar marcha atrás. Avanzó, con la luz de giro encendida. La sensación inicial de alivio dio paso a la adrenalina, como si estuviera más desesperada por encontrar un lugar para estacionar que por llegar a la reunión con aquellos clientes que, estaba segura, le pedirían que seleccionara los datos más favorables de su negocio y los usara para armar una proyección financiera anual.

Pero justo cuando iba a pisar el acelerador, un auto negro apareció de la nada y dobló rápidamente para meterse en el espacio libre con toda la gracia de *Rápidos y furiosos*.

Jess golpeó el volante.

–Ay, maldita sea –gritó exasperada.

Levantó los brazos exagerando su frustración, con la esperanza de que la otra persona la viera y se sintiera culpable por haberle quitado el lugar a una mujer cuyo único acto egoísta había sido comerse el último chocolate y culpar a su abuelo. Dejando su actuación de lado, Jess –que siempre mantenía la calma cuando conducía– se preparó para tocar el claxon. En ese momento, se abrió la puerta del conductor y lo primero en emerger del interior del vehículo fue una pierna larga enfundada en un pantalón oscuro liso y un zapato de cuero lustrado. Algo le resultó familiar en la figura de aquel desconocido, quizá su elegancia… Finalmente, lo reconoció. No necesitaba verle el rostro para saber que ese no era cualquier auto negro, era un Audi. *Su* Audi negro.

River Peña le había robado el lugar.

Asomó la cabeza por la ventanilla.

–¡Ey! –lo llamó, pero él ya se alejaba a toda velocidad y ni se molestó en darse la vuelta.

Jess vio que un par de filas más adelante otro vehículo se estaba yendo, e hizo una mueca ante el chillido que hicieron los neumáticos cuando dio un volantazo. Con la mano cerca del claxon en caso de que cualquiera se atreviera a volver a robarle el lugar, estacionó, colocó el freno de mano, tomó sus pertenencias y corrió, como pudo, hacia la entrada, en tacones y una falda tubo. Llevaba casi diez minutos de retraso –pero la última vez, sus clientes habían llegado quince minutos tarde– y a lo lejos, del otro lado de la puerta de vidrio, vio el elevador. Aún podía alcanzarlos…

Y ¿quién más sino River iba a estar parado frente al elevador? Lo vio estirarse para presionar el botón.

La lucecita de arriba parpadeó, las puertas se abrieron. River avanzó y ella afirmó la laptop contra su pecho antes de echarse a correr.

–¡Espera, por favor!

De espalda, la miró por encima del hombro y desapareció en el interior del elevador.

–¡Hijo de puta! –exclamó.

Las oficinas del Supermercado Jennings se encontraban en el tercer piso, así que, en lugar de esperar, decidió subir por las escaleras. De a dos escalones. Sin aliento, llegó al

pasillo corriendo y se dio de bruces contra un hombre alto y fuerte. Por cierto, su aroma era delicioso. Qué detestable.

–Cuidado –musitó, absorto en su teléfono, mientras le pasaba y seguía su camino.

Jess explotó.

–¡Americano!

Dudó por un instante, pero, finalmente, se dio la vuelta. El cabello le tapaba un ojo, se lo apartó.

–¿Disculpa?

–Disculpa no aceptada. Me robaste el lugar para estacionar…

–¿Que robé…?

–Después, no detienes el elevador –continuó–. Estoy llegando tarde, me ves y ni siquiera tienes la delicadeza de dejar la puerta abierta.

–En realidad, no te vi. –Soltó una risita irónica–. Tal vez, deberías salir más temprano la próxima.

–Guau, en verdad eres un imbécil.

–¿Nos conocemos? –Frunció el ceño, estudiándola.

–¿Bromeas? –Se señaló–. ¿La cafetería Twiggs? ¿Escupir en un tubo de ensayo? ¿Completamente corriente? ¿Te suena?

Distintas emociones le atravesaron el rostro cuando entendió a qué se refería: sorpresa, reconocimiento y, por último, vergüenza.

–Yo… –Sus ojos viajaron de ella al final del pasillo, como si en cualquier momento fueran a llegar refuerzos–. Es que… te ves completamente diferente. No sabía que eras tú.

Por más que lo intentara, Jess no podía decidir si su respuesta era un comentario astuto o un insulto disfrazado de cumplido.

–Perdóneme, no recuerdo su nombre, señorita…

–Nunca me lo preguntaste.

Ahí estaba, la expresión que la hacía regocijar por dentro, la que indicaba que él apenas toleraba la conversación. River bajó la vista hacia su reloj pulsera, poniéndole fin al contacto visual.

–¿No dijiste que estabas llegando tarde?

¡Mierda!

Lo hizo a un lado de un empujón y corrió la distancia que quedaba hasta la oficina 303, al final del corredor, que pertenecía al Supermercado Jennings.

Los padres solteros representan el treinta y uno por ciento de las familias que habitan en el estado de California, pero Jess nunca lo hubiera imaginado al ver la cantidad de parejas presentes en la feria de ciencias y arte de la Escuela Primaria Alice Birney. Ser la única madre soltera en un evento escolar se sentía igual que estar en una fiesta para parejas y ser la única persona sin una. Excepto que sin vino. Cuando Nana Jo o el abuelo no la acompañaban, se daba cuenta de que los demás padres no tenían ni idea de cómo interactuar con ella. La conversación más larga la había tenido con la mamá de otro niño durante el concierto escolar navideño de primer grado cuando se acercó a preguntarle si su esposo iba a sentarse en el asiento vacío junto a ella. En cuanto respondió: "No tengo

esposo, la silla está libre", la mujer esbozó una sonrisa incómoda durante unos segundos, antes de pasar los siguientes cinco minutos disculpándose infinitamente por no conocer a ningún hombre soltero que pudiera presentarle.

Sin embargo, mientras se dirigía al salón, por primera vez desde que asistía a este tipo de actividades, Jess se sintió aliviada de haber ido sola, pues no se vería en la obligación de hablar con nadie. No estaba segura de si sería capaz de soportarlo; todos los encuentros que había tenido ese día habían fracasado. Bueno, todos excepto la reunión con la gente del Supermercado Jennings. Esa había sido un completo desastre.

Uno de los errores más grandes en estadísticas es seleccionar manualmente qué información incluir en el análisis después de haber realizado el estudio. Hay un montón de razones válidas para descartar los valores atípicos, por ejemplo, si no se pudieron recolectar los datos correctamente; pero si un punto de datos afecta tanto a los resultados como a la suposición estadística, se debe incluir en el análisis. Y tal como había sospechado, los dueños del supermercado no solo querían excluir unos cuantos puntos de datos, sino que también querían eliminar gran parte de los datos del informe que recibirían los accionistas, porque los números no cuadraban con el objetivo de ventas esperado.

Se negó a hacerlo, a pesar de que había pasado cuatro meses diagramando aquel meticuloso análisis, escribiendo el código y desarrollando el programa. Durante la reunión, los dueños habían intercambiado más de una mirada en completo silencio y, al final, le dijeron que podía retirarse, que ellos la llamarían.

¿Había sido estúpido de su parte haber sido tan inflexible con los clientes más importantes que tenía? No pudo evitar sentir pánico. Si perdía ese contrato, también perdería un tercio de su sueldo anual. Su hija podría necesitar ortodoncia y, en ocho años más, querría tener su propio auto. ¿Y si quería tomar clases de baile? ¿Y si se enfermaba? Nana y el abuelo no estaban volviéndose más jóvenes, tampoco.

Percibió movimiento por el rabillo del ojo, lo que la hizo volver al presente. Vio a la maestra de segundo grado de su hija, la señora Klein, y el director, el señor Walker, dirigirse al frente del salón. El atuendo de la señora Klein era una mezcla de científica y de artista, tenía puesta una bata de laboratorio, un par de gafas protectoras, una boina y una paleta de pintura. El señor Walker estaba disfrazado de niño, supuso Jess: llevaba puestas unas bermudas, calcetines hasta la rodilla y una gorra del equipo de béisbol de los San Diego Padres. Ambos tomaron asiento frente a los padres.

El director-niño se cruzó de brazos y empezó a hacer berrinche, la sala se quedó en silencio.

–Ni siquiera sé lo que es una feria de ciencias y arte. ¿Tengo que *traer* un proyecto hecho en casa?

–No, no tienes que *traer* un proyecto –explicó la maestra, exagerando el tono para la audiencia–. ¡Puedes hacerlo *aquí*!

Los padres soltaron una risita y, mientras la escena continuaba, los alumnos de segundo grado comenzaron a repartir folletos con información sobre la feria. Jess examinó el suyo, leyendo rápidamente las instrucciones sobre cómo ayudar a los niños a encontrar un proyecto de arte que estuviera relacionado con algún campo de la ciencia, como botánica, zoología, ingeniería, química, entre otras. Una planta hecha de papel maché con distintas etiquetas que indicaban su estructura. Un cuadro del esqueleto de un perro. Una casa

hecha de palitos de helado. Esa era una de las cosas que más le gustaba de la escuela de su hija: la creatividad con la que educaban y la importancia que le daban a la inclusión en el aprendizaje, pero el murmullo a su alrededor la sacó de su ensoñación. Los otros adultos conversaban entusiasmados. Divididos en equipos de dos, los padres y las madres comenzaron a hacer una lluvia de ideas; la preocupación que Jess había sentido antes de comenzar la reunión le hizo sentir un nudo en el estómago. Los asientos vacíos que tenía a la izquierda y a la derecha creaban una especie de burbuja protectora que mantenía a los demás alejados para no contagiarse de la soltería.

Los chistes buenos –muy buenos, debía admitir– que habían contado el señor Walker y la señora Klein no habían sido suficientes para levantarle el ánimo y cruzó el estacionamiento prácticamente arrastrando los pies. Había aparcado junto a un Porsche blanco perlado que hacía que su Corolla rojo del año 2008 pareciera un patín viejo al que le faltaba su par. Pero no podía quejarse, ese pedazo de chatarra la había llevado a casa desde el hospital cuando tuvo a su bebé y, un mes después, a su graduación. Ese auto las había acompañado a ella y a Juno en varias aventuras de sus Domingos de Hacer Algo Nuevo, en su viaje a Disney y…

–¡Jessica!

Se sobresaltó al oír una voz chillona y, al darse la vuelta, vio a una mujer rubia alta y delgada haciéndole señas. Dawn Poter: la presidenta de la Asociación de Padres y Maestros, Madre del Año y Señorita Garganta Profunda, probablemente. Jess se preparó para sentirse como una mala madre por los próximos cinco minutos, mínimo.

–¡Dawn! Hola. –Hizo una mueca, lista para empezar a disculparse–. Es que ha sido un día muy largo y…

–Ay, Dios mío, totalmente. Pobre, entiendo que siempre estés agotada. ¿Puedo robarte solo un minuto de tu tiempo? Quería saber cómo venías con la página web que ibas a diseñar, la de la subasta para reunir fondos para las nuevas instalaciones del patio, ¿recuerdas?

Mierda.

La página en la que había estado trabajando cuando recibió un llamado de la directora de la escuela para que fuera a recoger a Juno porque había vomitado, cuando tuvo que pasar doce horas en Los Ángeles porque un cliente había solicitado una reunión con sus accionistas a último minuto y cuando su madre la llamó porque necesitaba dinero para pagar el alquiler.

La página de la que se había olvidado por completo… hasta ese momento. *Buen trabajo, Jess*.

–Por supuesto, Dawn. Estoy trabajando en ella –respondió–. Solo que he estado un poco sobrepasada estos días.

–Ay, dímelo a mí. Todos hemos estado muy *ocupados*. –Presionó un botón de la llave que tenía en la mano. Las luces del reluciente Porsche parpadearon y la puerta trasera se abrió con un suave tintineo. Del asiento trasero colgaban unas pequeñas bolsas de tela perfectamente organizadas, cada una tenía estampado el nombre de sus hijos –Hunter, Parker, Taylor– y etiquetas como SNACKS, LIBROS y ¡DIVERSIÓN EN EL AUTO!

Lo único que Jess guardaba en su maletero era un par de correas con purpurina de Paloma superenredadas, una docena de bolsas para hacer las compras de diferentes diseños, una cadena que Juno había fabricado con tampones un día mientras esperaban a

que llegara una grúa y al menos otros treinta y dos objetos que esperaba poder llevar a su casa… algún día.

Dawn apartó un gancho con ropa del medio, guardó un montón de ejemplares del periódico escolar en un archivador y luego volvió a presionar el botón para cerrar la puerta.

Se volvió hacia Jess.

–Solo preguntaba porque Kyle, ¿ya conoces a mi esposo, Kyle? –Señaló a un hombre que conversaba con otros dos padres al otro lado del estacionamiento–. Como sea, él me comentó que podría pedirles a los asistentes que trabajan en el estudio jurídico Porter, Aaron y Kim, que improvisaran algo. No supondría un problema, les encanta ayudar y, cada vez que te veo, pienso: "¡Pobrecita, Jessica, nunca tiene un descanso!".

No pudo evitar ponerse a la defensiva.

–Lo tengo todo bajo control.

Dawn ladeó la cabeza, asombrada por su reacción abrupta y a Jess le habría gustado retroceder esos últimos segundos. Aquella mañana había pasado unos cuantos minutos difuminando la base de maquillaje que había comprado en la farmacia para tapar sus enormes ojeras y estaba segura de que la iluminación del estacionamiento no la favorecía en *nada*. Había tenido un día infernal y lo último que quería era convertirse en el tema de conversación de las madres del curso. Pensó en todo lo que podría hacer con ese tiempo, porque ¿qué demonios le importaba que otra persona se encargara de diseñar la estúpida página web?

Porque quiero ser una buena madre, pensó. *Quiero estar presente en la vida de Juno, aun cuando me sienta como un fraude*.

–De veras –le aseguró–. Ya casi está. –Gracias al cielo–. En unos días debería tenerla lista.

–Bien, ¡qué buena noticia! ¡Les avisaré a los miembros del consejo para que se queden tranquilos de una vez!

–Genial –dijo Jess mientras Dawn se subía en el asiento del copiloto de su auto–. Genial.



–Estoy encerrada en el baño, llorando sentada en el retrete –le contó a Fizzy cuando atendió su llamada una hora más tarde.

Su amiga se rio a carcajadas y respondió:

–Aww, me encanta cuando sobrepasas los límites sociales. Por lo general, soy yo la que los sobrepasa.

–Tuve un día horrible. –Se limpió la nariz con el dorso de la mano–. Me siento muy sola… y una idiota por quejarme sobre eso, pero como tú siempre serás mucho más idiota que yo, no tengo problema en desquitarme contigo.

–Ay, Jessica, te juro que siempre sabes qué decir para hacerme derretir de amor. –Lo gracioso era que hablaba en serio–. Habla.

Jess cerró los ojos y se reclinó contra el tanque de agua.

–Puede que parezca poca cosa. Todo se desmoronó esta mañana después de que colgamos. Paloma se escapó, la licuadora me manchó toda la camisa con malteada, Juno llegó tarde a la escuela. Tuve una reunión con los dueños del Supermercado Jennings y

Americano me robó el lugar para estacionar…

–¿Te cruzaste con Americano en la calle?

–Sí. Sigue siendo una mala persona. La reunión fue un fiasco, luego tuve que volar a la escuela de Juno para asistir a una feria de ciencias y arte y me senté al fondo de la sala. En resumen, me la pasé observando a todas las parejas felizmente casadas saludarse luego de no verse en todo el día y, te juro por Dios, Fizz, que nunca en la vida me había sentido tan sola. Y luego, Dawn, la presidenta de la Asociación de Padres y Maestros, me recordó que tenía que terminar la página web para la recaudación de fondos, que acabo de hacer pero que probablemente sea un desastre, y la verdad es que no me importa en lo más mínimo.

Antes de que Fizzy pudiera responder, continuó:

–No digas nada, porque ya sé cómo sueno, como el tipo de persona que se lamenta diciendo "pobre de mí, estoy sola". Soy *consciente* de la suerte que tengo. Tengo a la mejor hija que podría haber pedido y a mis abuelos que me dan una mano cuando la necesito. Te tengo a ti…

–Permíteme que te interrumpa. –La cortó Fizzy–. Sí, tienes una hija espectacular, a tus abuelos y a mí. Cuentas con mi apoyo siempre que lo necesites, toda la vida, pero, Jess, por favor. No es lo mismo. Estás hablando sobre querer tener a alguien con quien convivir, hablar y, sí, desnudarte. No eres egoísta por querer esas cosas. No estás dejando a Juno de lado por darle prioridad a tus necesidades de vez en cuando. Lo que ella necesita es una mamá que sea feliz.

–No es solo eso –murmuró Jess–. ¿Que si me aterra la idea de presentarle un hombre a Juno algún día? Sí, absolutamente, pero la idea de exponerme al mundo, para serte honesta, me parece agotadora. Esta mañana tuve que cambiarme la camisa dos veces para estar presentable para la reunión, la primera por el incidente de la malteada y la segunda porque, sin querer, derramé un poco de pasta dental.

–Esa es la razón principal por la que siempre me cepillo los dientes desnuda –bromeó su amiga. Jess se rio–. Y otra cosa: no importa lo que digas, seguro te veías hermosa.

–Gracias…

–Hablo en serio –insistió Fizzy–. Escúchame con atención: es ridículo lo hermosa que eres. ¿Tus ojos? Cada vez que intento describir su color azul en mis novelas, suena como un cliché. Tienes un cuerpo y unos labios preciosos. ¡Y gratis! Hay personas que tienen que pagar para tener esos labios.

Jess soltó una risa entre sollozos.

–Si no estuvieras tan loca, yo misma te invitaría a salir.

–Solo dices eso porque me quieres –dijo con la voz temblando–. Salir con alguien a los treinta es diferente. Requiere que tengamos una vida ordenada y, la mayoría de las veces, el simple hecho de ser madre y trabajar hasta el cansancio para mantenerme a flote me consume por completo. ¿De dónde voy a sacar el tiempo y la energía para ir de cacería a buscar un buen hombre, cuando todos los tipos en Tinder creen que aceptar tomar un trago les garantiza una noche de sexo?

Oyó a su amiga tomar una bocanada de aire del otro lado de la llamada.

–Hace poco estuvimos en la charla de presentación de una empresa que lo único que pide es que escupas en un tubo de ensayo para luego entregarte una lista de posibles *almas gemelas*. –Fizzy enunció las últimas dos palabras pausadamente, en sílabas–. No

tienes que salir de *cacería*.

–¡Hasta DúoADN requiere que tengas citas! –repuso riéndose–. ¡No es que me da el nombre de una persona y voy y me caso! Se sigue necesitando un período de prueba.

–Podrías especificar que solo quieres recibir *matches* de puntaje alto –argumentó su amiga–. No tienes que hacer lo mismo que yo, aceptar a cualquiera que se te cruce. Por Dios, ve y diles que no quieres *matches* de menos de setenta puntos. ¿Tienes algo que perder? –Se quedó en silencio unos segundos y luego, con más calma, agregó–: Esta noche, ponte en primer lugar, Jessie. Solo por diez minutos. Considéralo un regalo de cumpleaños anticipado por el gran tres-cero.

–No me lo recuerdes.

Fizzy se rio.

–Si cambias de opinión, no hables con ninguno de los *matches* que recibas, pero por esta vez, imagina un mundo en el que encuentras al hombre perfecto para ti, que te apoya y que es la persona con la que puedes tener intimidad al final del día.

Después de colgar, la mirada de Jess aterrizó sobre el kit de DúoADN que su amiga le había obligado a tomar cuando abandonaban el edificio de GeneticAlly.

Antes de que pudiera arrepentirse, se estiró para tomar la caja, la abrió, escupió en el tubo de ensayo, guardó todo en el sobre que venía en el kit y salió a depositarlo en el buzón.



CINCO

Jess se acomodó el elástico debajo de la barbilla. ¿Así era como se sentía cumplir treinta años? ¿Festejando su cumpleaños en una cafetería con una lunática que la amenazó con convencer a todos los que estuvieran allí de cantarle el feliz cumpleaños si se quitaba el gorro decorado con purpurina?

Fizzy levantó rápidamente la vista.

–Maldita fenómeno, deja de tocar el gorro.

–¡Esta cosa da comezón! –se excusó–. Cuéntame sobre tu cita con Aiden B.

Su amiga hizo un gesto en el aire en señal de que ya era un asunto zanjado.

–Vive con su hermana.

–¿Y eso amerita una descalificación inmediata?

–Cuando digo que vive con su hermana, me refiero a que duermen en la misma habitación. –Negó con la cabeza, estaba claro que no quería seguir hablando del tema–. Es territorio desconocido para mí y no estoy dispuesta a explorarlo.

Jess soltó una risita.

–Es razonable. Si mal no recuerdo, ¿ese no era el que tenía un puntaje de cuánto? ¿Trece? ¿Qué hay de…? –Se esforzó por recordar el nombre del otro candidato.

–¿Antonio? –Le ayudó–. Estaba buenísimo.

–¿Ese era el de veintiún puntos?

–Sí. Salimos a cenar y follamos. –Se encogió de hombros–. Pero no volveremos a salir. –Pareció recordar algo, así que tomó su libreta y anotó un par de palabras.

–¿Qué acabas de escribir?

–"Pene tatuado". –Fizzy hizo una mueca.

Jess imitó su expresión.

–¿Qué? No.

–Además –continuó–, quería que le hablara sucio y lo hice, pero al parecer me pasé de la raya.

Jess rompió en carcajadas.

–¿Fuiste demasiado obscena para un tipo con el pene tatuado? Dios mío, Felicity Chen. –Se llevó la taza de café a la boca–. Pero la verdad es que tú solita te metiste en esto. ¿Por qué eres tan flexible con tus preferencias? Tan solo tienes que filtrar los resultados. Es que no lo entiendo.

Fizzy puso la cara que indicaba que estaba por volverse muy intensa.

–Escúchame. Hay un motivo por el que Tinder es la app de citas más grande del mundo: la gente a veces solo busca un poco de diversión. El beneficio con esta app es que podemos elegir el nivel de compromiso que queramos y, por ahora, mi nivel es "tener sexo con personas que no tenga la obligación de volver a llamar". –Alzó la barbilla–. Estoy explorando nuevos mares sin la presión de desembarcar en una sola isla para siempre.

–No te estoy juzgando. –Jess levantó las manos, en defensa–. Envíale un e-mail a Americano con tu experiencia.

La respuesta que recibió fue el dedo corazón.

–Como sea, mañana voy a tener una cita con un *match* de veintitrés puntos llamado Ted, que tiene solo veintiún años, y el sábado por la noche, con otro de treinta y un puntos llamado Ralph.

–¿Treinta y uno? Guau, ese es uno de Plata. Vas escalando.

Cuando Fizzy abrió la boca para responder, el sonido de una notificación la interrumpió. Jess supuso que era otro *match* mediocre que le enviaba un mensaje a su mejor amiga y ella pareció pensar lo mismo, porque revisó su teléfono para comprobarlo. Les llevó unos segundos darse cuenta de que el sonido provenía del teléfono de Jess… y a Jess le tomó otro segundo recordar que había enviado su "muestra" al laboratorio.

El rostro de Fizzy se desfiguró por la traición.

–Jessica Davis. ¡Estoy aquí contándote sobre penes tatuados y tú ni siquiera tienes la decencia de contarme que enviaste tu baba por correo!

–¡Puedo explicarlo! –Soltó una risa incómoda.

–¡Más te vale!

Le fue imposible controlar la risa. Si bien el enojo de Fizzy era genuino, su expresión la hacía parecer una caricatura.

–¿Recuerdas el jueves pasado, cuando te llamé llorando sentada en el retrete? Puse la muestra en el buzón después de que colgamos; me dejé llevar por un impulso; descargué la app, completé el formulario y me olvidé por completo del tema.

Fizzy tomó el teléfono de Jess y encendió la pantalla tocándola con el dedo índice. Ingresó el código y se quedó mirándola confundida. Jess la observaba a ella de la misma forma.

–No recuerdo haberte dado mi contraseña.

–Es el cumpleaños de Juno. Deberías cambiarla por una un poco más segura. Nunca sabes qué clase de cosas podrían colarse en tu celular.

–No me digas. –Arqueó una ceja.

–Es rojo. ¿Qué significa? –Le mostró la pantalla.

–¿Qué cosa? –La sensación de risa comenzó a desvanecerse rápidamente al comprender que había recibido una notificación de la app de DúoADN.

Había especificado que no quería *matches* por debajo de setenta puntos. Lo que significaba que había recibido un Match de Platino o más alto.

En ese momento, Jess entendió el deseo de su amiga por aventurarse de a poco en el mundo de las almas gemelas antes de echarse de cabeza. No estaba lista. Ni siquiera sabía si tenía curiosidad.

–Esto –dijo Fizzy, señalando la pantalla con efusividad–. ¡El circulito rojo sobre el ícono de la app significa que recibiste un resultado!

A Jess, la idea de tomar una decisión a partir de un puntaje le pareció agotadora. Le quitó el dispositivo a su amiga, queriendo deshacerse de la aplicación y del impulso que la había empujado a escupir en el tubo de ensayo.

–¿El rojo es malo?

–Todos los míos son verdes –le explicó–. Sin importar si era un puntaje de doce o de treinta y uno, las notificaciones que anunciaban que recibí un *match* siempre han sido de color verde.

Bien, si las notificaciones de *match* eran verdes, seguramente no se trataba de un mensaje de una posible alma gemela.

–¿Puede ser que tu nivel de intensidad haya aumentado a once? –replicó.

–Para mi corazón amante del romance, esta app es el juego más fascinante del mundo. Hazlo por mí.

–Lo más probable es que diga que hubo algo malo con mi muestra –dijo Jess, el alivio se expandía por todo su cuerpo–. La hice después de haberme lavado los dientes y las instrucciones decían que debía esperar una hora después de comer o beber antes de escupir en el tubo. –Dejó el teléfono en la mesa con la pantalla mirando hacia abajo–. Lo veo más tarde.

Debería haber anticipado la respuesta de su amiga.

–Ah, nop. –Fizzy le volvió a poner el móvil en las manos–. Quiero saber qué significa el color rojo.

–Es mi cumpleaños y puedo ignorarlo si quiero.

Fizzy negó con la cabeza.

–¿Qué mejor regalo que un alma gemela?

Suspirando, Jess presionó el ícono de DúoADN. No había ninguna notificación debajo de la pestaña llamada "Puntaje de compatibilidad", pero sí había un circulito de color rojo que indicaba un nuevo mensaje. Sus ojos leyeron las palabras rápidamente, pero su cerebro aún no las había procesado. Volvió a empezar, esta vez leyendo más despacio, palabra por palabra, aunque solo hubiera ocho:

> Por favor, contáctese con nosotros
>
> lo antes posible.

–¿Qué dice?

Jess le pasó el teléfono.

–Es de parte de GeneticAlly. Dice que tengo que llamarlos lo antes posible. Es extraño.

¿No te parece raro? Quiero decir, ¿no sería más fácil decir que necesitan que envíe otra muestra?

Fizzy leyó el mensaje con el ceño fruncido.

–Te lo enviaron mediante la casilla de mensajes de la aplicación, así que puedes responderles, ¿o no? Pregúntales a qué se debe. –En lugar de devolverle el celular, lo hizo ella misma, narrando en voz alta mientras escribía–. ¿Puedo… saber… por qué… motivo? –Se quedó mirando fijamente la pantalla y, un par de segundos después, arqueó las cejas emocionada–. ¡Alguien está escribiendo!

Mientras tanto, Jess sentía que el estómago le trepaba por la garganta. Ya de por sí, odiaba la intensidad de toda la situación; era demasiado compromiso y demasiadas expectativas por algo que había hecho por impulso mientras estaba deprimida.

–Estoy segura de que solo es por un problema con la muestra, por…

–Shh.

–Fizz, solo dame el teléfono. No me importa nada de…

La interrumpió levantando la mano.

–Están escrib… Oh. –Frunció el ceño–. De acuerdo, tenías razón. Esto sí que es extraño.

Le devolvió el móvil y Jess sintió que su estómago se retorcía al leer el nuevo mensaje:

> ¿Te importaría venir a las oficinas?
>
> Enviaremos un automóvil para que te recoja.



¿Enviarían un *automóvil*?

Santo cielo.

Jess se las apañó para encontrar mil cosas para hacer en ese instante. Sacó turno en el Departamento de Vehículos Motorizados para renovar la licencia de conducir y pidió una cita con el médico y en el dentista para que ella y Juno se hicieran los chequeos anuales. Salió a correr y se dio una larga ducha. Incluso se compró un nuevo suéter por su cumpleaños. Almorzó con sus abuelos, limpió el apartamento, dobló cada ropa que encontró, recogió a su hija de la escuela y juntas leyeron casi toda una novela de Judy Blume, hasta que Juno le pidió que saliera unas horas para que sus abuelos pudieran ir a ayudarla a preparar la fiesta sorpresa.

¡Sorpresa!

Como tenía dos horas libres y una notificación en el celular que la enervaba como una astilla en el pulgar, finalmente se rindió y decidió llamar a Lisa Addams.

Desde afuera, por lo oscuro que estaba, parecía que no quedaba nadie en el edificio de GeneticAlly, pero mientras estacionaba en la mano de enfrente, vio que se encendía una luz en el vestíbulo. Lisa salió por la entrada principal y se acercó deprisa a abrirle la puerta del automóvil.

–Jessica –dijo sin aliento–, gracias por venir con tan poca antelación.

Aun bajo la luz del atardecer, pudo distinguir las mejillas sonrojadas de Lisa y su frente parecía estar apenas sudada, lo que la hizo sentir aún más insegura.

–No hay problema –respondió Jess–, pero solo tengo alrededor de una hora.

–Por supuesto. Vamos, entremos.

Lisa se dio media vuelta y la guio hacia el interior vacío del edificio. Nada de eso parecía ser parte del protocolo, lo cual hizo que Jess se sintiera como si hubiera bebido ácido.

–Debo confesar que estoy confundida por la urgencia de este asunto.

–Te lo explicaré todo una vez que estemos adentro.

La siguió a través de las puertas dobles y por el extenso pasillo que había recorrido la última vez que estuvo allí. Evidentemente, todos ya se habían ido a sus casas; las luces apagadas de las oficinas vacías daban un aspecto tétrico, aun a los lugares más inocuos.

Cuando llegaron a la sala de conferencias, Lisa señaló a las seis personas sentadas alrededor de una mesa grande. River no se encontraba entre ellos.

–Jessica, me gustaría presentarte al comité directivo.

¿Al qué?

–Él es David Morris, la primera persona en llevar a cabo la investigación y director ejecutivo de GeneticAlly.

Un hombre a su derecha se puso de pie y le tendió la mano. Jess lo reconoció, era el tipo que había conocido después de haber escuchado a River llamarla "completamente corriente".

–Jessica. Es bueno volver a verte.

–Lo mismo digo. –Se limpió la mano en la tela del pantalón antes de estrechársela. Y luego cayó en la cuenta: la primera investigación. El director ejecutivo–. Vaya. Creo que no tomé dimensión de con quién me topé en el corredor el otro día.

Él respondió con una gran carcajada.

–Bueno, "hola, soy David Morris, el director ejecutivo" es lo que diría un imbécil.

–Puede ser, pero te has ganado ese derecho.

–Soy amigo de Alan Timberland, trabaja en Genentech, y mencionó que había recibido ayuda de una especialista en analítica. Después de leer el formulario que completaste el otro día, logré atar cabos y me di cuenta de que tú eres la mente maestra detrás del nuevo algoritmo de selección de alto rendimiento que están utilizando.

La cabeza le iba a explotar en cualquier momento. *Ah, ¿así que era una cuestión de estadística*? ¿GeneticAlly la había convocado para hablar sobre algoritmos?

–Alan es excelente. –Eligió sus palabras con cuidado. Al entender que la habían citado por ser especialista y no porque hubiera algo malo con su ADN, las náuseas comenzaron a desvanecerse.

Lisa señaló a un hombre con un bronceado extremo sentado a la izquierda de David.

–Brandon Bezakuls, jefe del departamento de publicidad.

Otro apretón de manos por acá, otra amplia sonrisa por allá. Lo único que pudo ver fueron unos dientes blancos relucientes y enceguecedores.

Una vez que terminó de saludar a todos los presentes, Lisa hizo un ademán para que se sentara en la silla de la punta de la mesa.

–Seguramente no te esperabas entrar a una sala llena de gente –empezó Lisa.

–Un poco –concordó Jess–, pero sé lo importante que es tener los datos organizados y lo complicado que es cuando la base de datos es tan grande como la que tienen ustedes.

David y Brandon intercambiaron una mirada rápida y Jess notó que la sonrisa de Lisa decayó un momento.

–Es verdad. Sé que lo sabes más que cualquiera.

Un hombre en el otro extremo de la mesa –Jess supuso que su nombre era Sanjeev – llamó la atención de Lisa.

–¿Peña va a venir?

–Pronto estará aquí –respondió y se volvió hacia ella–. Perdona que te hagamos esperar, Jessica.

–Jess está bien –dijo, y luego hizo una aclaración innecesaria–: Quiero decir, me puedes decir solo Jess. –Otro silencio incómodo–. No estaba refiriéndome a mí misma en tercera persona.

Después de unas risitas amables, se volvió a hacer silencio en la sala. Al parecer, todos menos Jess estaban al tanto de la situación, pero ninguno podía explicarle nada hasta que llegara River. Por desgracia, nadie sabía su paradero ("Hace diez minutos dijo que estaba saliendo de su oficina, que ya estaba en camino", le comunicó Sanjeev a los demás, que andaban carraspeando impacientes y revisando constantemente sus carpetas con documentos).

Nadie más emitió una palabra. Así que, como era de esperar, Jess rompió el hielo:

–Deben estar muy emocionados por el lanzamiento.

Asintieron con la cabeza y Brandon Bezakuls exclamó entusiasmado:

–¡Muy!

–¿También han dejado sus muestras?

Se miraron entre sí, incómodos.

–Sí, todos hemos dejado muestras –respondió David, vacilante.

Cuando Jess estuvo a punto de perder la paciencia y comenzar a pedirles que le explicaran por qué rayos la habían contactado, la puerta se abrió de par en par y River hizo su gran entrada, con la misma actitud irritante que tenía cuando visitaba Twiggs.

–Ya estoy aquí. ¿Qué sucede?

La tensión en la sala era palpable. Todos se enderezaron en sus asientos. Varios pares de ojos lo siguieron mientras se dirigía hacia su lugar asignado. No se podía negar que era casi imposible quitarle los ojos de encima, pero daba la sensación de que había algo más que simples miradas atentas. Era como si lo admiraran.

River recorrió la sala con la mirada, pasando por alto a Jess, hasta que finalmente registró su presencia y la observó extrañado.

–¿Qué hace ella aquí?

–Toma asiento, Riv –dijo Lisa, volviéndose hacia una mujer asiática sentada a su derecha–. Tiff, ¿serías tan amable de repartir las copias del informe?

Estadísticas. Cierto. Estupendo. Jess relajó los hombros y tomó una hoja del montón cuando pasó por su sector.

Había mucha menos información de la que necesitaría para poder aportar una opinión útil sobre una estrategia comercial de esa magnitud. Arriba, del lado izquierdo, se leían los números de identificación de dos usuarios, y del derecho, un número dentro de un círculo rojo. Noventa y ocho. Debajo, había una tabla con algunos datos: nombres de variables, medios, divergencias y valores de probabilidad con muchos muchos ceros en los decimales.

El informe describía un gran hallazgo; ya comenzaba a comprender la urgencia de la reunión.

River exhaló tan fuerte que se escuchó como si lo hubieran golpeado en el estómago.

–Guau –suspiró Jess–. Noventa y ocho. ¿Es un puntaje de compatibilidad? Sé que soy nueva en esto, pero eso es importante, ¿verdad? –Recordó la presentación de Lisa del otro día–. ¿Un Match de Diamante?

Los nervios en la sala se multiplicaron, todos los presentes asintieron, menos uno. River seguía concentrado en el informe.

–Sí –respondió Lisa con una sonrisa tan grande que la piel alrededor de sus ojos se había arrugado–. El puntaje más alto que habíamos registrado en DúoADN fue de noventa y tres.

–De acuerdo, y ¿están buscando la manera de que se logre una interacción? –Se inclinó hacia delante para estudiar las variables–. Sin los datos brutos, lo único que puedo hacer es adivinar, pero parece que han analizado sus estadísticas mediante la fórmula factorial, que es exactamente la que yo hubiera empleado. Sin embargo, estoy segura de que ya deben saber que el mayor inconveniente es que los parámetros que normalmente se utilizarían para un algoritmo común son menos efectivos. –Soltó una risita–. Aunque, al ver el valor de probabilidad, supongo que esta pareja tiene muchas posibilidades de interacción, aun dentro de parámetros más específicos. Podría crear una métrica no euclidiana, como una estructura de datos multidimensional, por ejemplo, un árbol k-dimensional o un árbol de cobertura… –Cuando levantó la vista, su voz comenzó a apagarse. No había nadie que asintiera con entusiasmo o que aportara ideas sobre cómo proceder. Puede que no hubiera otro especialista en estadísticas en la sala–. Estoy más que dispuesta a echarle un ojo a las pruebas *post hoc*, aunque, con la cantidad de genes en su matriz, creo que me llevará un par de semanas.

Cohibida, dejó el informe en la mesa y lo alisó con la mano izquierda. Había tanto silencio que el ruido de la palma de su mano contra el papel parecía hacer eco. Sin embargo, ninguno de los presentes leía el informe o parecía estar prestando atención. Todos tenían la mirada puesta en River.

Cuando Jess lo miró, la cara de asombro que tenía hizo que una corriente de electricidad la recorriera de pies a cabeza, como si hubiera tocado un cable expuesto.

River se aclaró la garganta y se dirigió a Tiffany.

–Tiff, ¿revisaste los datos brutos?

Ella asintió, pero tenía los ojos puestos en David, quien a su vez intercambiaba otra mirada con Brandon. Aquel profundo silencio estaba lleno de significado y Jess se dio cuenta de que aún desconocía el motivo de la reunión. Volvió a leer el número de usuario.

Usuario 144326.

Usuario 000001.

Dios mío.

–Este… ¿Quién es el usuario número uno?

River se aclaró la garganta; estaba pálido y sujetaba la hoja con las dos manos.

–Yo.

Oh. Bueno, cielos, ahora entendía por qué él quería corroborar el análisis. Que el científico que había creado el programa obtuviera un Match de Diamante era una noticia increíble, sobre todo cuando faltaba cada vez menos para el lanzamiento oficial.

–De acuerdo, comprendo. –Jess tomó una bocanada de aire, reclinándose contra el respaldo de la silla, lista para ponerse manos a la obra–. ¿Cómo puedo ayudar?

River se volvió hacia Lisa, en su mirada yacía una pregunta obvia. Literalmente, todos en la sala tenían los ojos clavados en él, como esperando a que hiciera la pregunta en voz alta: ¿La prueba está confirmada? ¿El resultado se ha replicado con alguna muestra de reserva?

Pero eso no fue lo que preguntó.

–¿Quién es el usuario uno-cuatro-cuatro-tres-dos-seis? –murmuró. Le temblaba la voz.

Todas las cabezas se voltearon hacia Jess y…

Cuando se dio cuenta de qué estaba sucediendo, de por qué habían enviado un auto a recogerla, de por qué no le habían hecho firmar un acuerdo de confidencialidad por su asesoría en estadísticas, de por qué River no tenía ni idea de que estaría allí y de por qué todos parecían agitados cuando la observaban, tuvo la sensación de que caía desde lo alto de un edificio, solo que no era así.

En verdad era tan absurdo que no pudo evitar romper en carcajadas.

¡Noventa y ocho!

–Ay. –Sin dejar de reírse, se puso de pie a pesar de que las piernas le temblaban. Los latidos del corazón le resonaban en los oídos–. No me llamaron para que los asesorara sobre sus estadísticas.

Noventa y ocho. Los valores de probabilidad de al menos diez ceros detrás del decimal. Empezó a rebuscar en su mente una excusa para salir de ahí.

–Jess… –empezó a decir Lisa.

–Esto no está bien –la interrumpió mientras tanteaba alrededor, tratando de encontrar su bolso.

–Analizamos los datos con todos los software que tenemos –agregó Tiffany con timidez.

–No, quiero decir, estoy segura de que sus estadísticas son… –No pudo terminar la oración porque lo que sea que dijera sería una mentira. Estaba claro que sus estadísticas eran una basura y que todos ellos estaban locos. Y, por desgracia, Jess no había ido en su propio auto–. Llamaré a alguien para que venga a recogerme.

Le echó un vistazo a River, que la observaba con sus ojos oscuros y salvajes, y luego a Lisa "La Surfista" y a Brandon "Dientón" y Jeff Goldblum Que También Era Benedict Cumberbatch y a cada uno de los otros científicos que no habían participado de la conversación.

–Fue un placer conocerlos. Muchas gracias por la invitación. Me disculpo por toda la cháchara sobre la fórmula factorial.

Se dio la vuelta para abrir la puerta con una mano que no estaba segura de si iba a cooperar y prácticamente se echó a correr por donde vino.



SEIS

Las manos le temblaban tanto que, mientras se dirigía hacia la salida, a duras penas pudo escribirle un mensaje a su abuelo con la dirección del lugar para que la fuera a recoger. De alguna manera, el pasillo se había vuelto más angosto. Le tomó siglos llegar hasta el elevador y cuando presionó el botón para llamarlo, oyó el lento traqueteo desde el piso de abajo.

Unas pisadas se acercaban por el corredor. No sonaban como los tacones de Lisa y, sí, cuando levantó la vista, se encontró con River corriendo en su dirección.

–Jessica –la llamó con una mano en alto–. Aguarda un momento.

¿Acaso era una broma? Jess se dio media vuelta y siguió su camino hasta la puerta con el cartel de SALIDA, que daba acceso a las escaleras. Los pasos se acercaban cada vez más, hasta que la puerta se empezó a cerrar a sus espaldas; el chirrido era tan fuerte que la hizo encogerse en el lugar. Apenas había llegado a bajar la mitad de los escalones, cuando la puerta volvió a abrirse. Oyó los pasos que la seguían a punto de alcanzarla, así que aceleró el ritmo, bajó a toda velocidad los escalones que le quedaban y se adentró en el vestíbulo.

River, con su voz suave, solo alcanzó a gritarle "Jessica, espera" antes de que la puerta volviera a cerrarse.

No tenía mucho sentido esconderse; de todos modos la alcanzaría afuera, porque, aunque su abuelo le hubiera respondido que estaba comprando el pastel y que pronto estaría allí, era poco probable que llegara a La Jolla en tres minutos. Al menos allí podría respirar un poco de aire fresco y pensar sin la presión de la mirada penetrante de los demás. ¿En qué demonios estaban pensando al revelar algo tan personal frente a una sala llena de desconocidos?

Con los brazos cruzados a la altura del abdomen, Jess caminó de un lado a otro por la acera de la mano de enfrente, esperando. Cuando oyó a River salir del edificio, esperaba que empezar a hablar de inmediato, pero no fue así. Se le acercó despacio, con cuidado, y se detuvo a tres metros de ella.

Que le haya dado espacio hizo que a Jess le cayera bien por unos segundos, pero entonces recordó que, por lo general, no era tan considerado… y que se suponía que era su *alma gemela*.

Finalmente, pensar en lo absurda que había sido la reunión la golpeó y empezó a reírse, abrumada.

–Ay, Dios mío. ¿Qué acaba de pasar?

La voz de River irrumpió la calma:

–A mí también me tomó por sorpresa. –Sus palabras parecían hacer eco.

¿Lo había tomado por sorpresa? ¿A *él*?

–¿Cómo es posible? Co… conoces a todos lo que estaban allí. ¿Por qué te lo dirían de esa forma? ¿Por qué los invitarían a todos, como si fuera un *reality show*?

–Supongo que querían que estuviéramos todos presentes para debatir cuál sería la mejor manera de proceder.

–¿"Proceder"? –repitió–. Tú sí que estás muerto por dentro, ¿no es así?

–Me refería a la empresa. Estoy seguro de que entiendes que el hecho de que uno de los fundadores tenga el puntaje de compatibilidad más alto que se ha registrado es tanto fantástico como peligroso, a nivel publicidad.

–Cualquier mujer sería afortunada de escuchar estas palabras de su "alma gemela biológica". –Hizo comillas con los dedos.

River exhaló lentamente.

–Además, supongo que les habrá preocupado que no vinieras si te lo decían por teléfono. –Se encogió de hombros y metió una mano en el bolsillo trasero de su pantalón–. Sanjeev, el jefe del departamento de desarrollo de pruebas, es un amigo cercano. Le conté nuestro encuentro del otro día y de tu hostilidad hacia mí…

–¿Mi "hostilidad" hacia ti?

–… y es probable que, cuando salió el resultado, se haya corrido la voz y, simplemente, ataran cabos.

–¿"Ataran cabos"? –Lo único en lo que podía concentrarse era en su tono, como si estuviera leyendo un libro en voz alta. Dios, hasta Siri sería capaz de entablar una conversación con más naturalidad.

–Lamento que tengamos que considerar cómo nos afectaría esto a nivel empresa, pero supongo que entiendes que es algo muy importante, en muchos aspectos.

Jess lo miró fijamente, esperando que al menos uno de esos aspectos fueran las emociones humanas.

–Ah, sí. Comprendo, pero *nosotros* no tenemos nada que considerar. Me refiero a que… No es posible, River. Los dos sabemos que hay un error, ¿o no? O, si no se trata de un error, sabemos que el concepto de compatibilidad no se aplica a nosotros.

–¿Por qué tu primera suposición es que hay un fallo en la tecnología?

–¿Por qué no es la tuya?

Soltó una risa sarcástica, mirando por encima de ella.

–DúoADN se ha validado miles de veces. Si los puntajes de noventa y ocho fueran algo

común, sería más escéptico.

–La verdad es que no me veo siendo *menos* escéptica. –Se señaló la cabeza–. Los únicos pensamientos aquí arriba son "JA, JA. No" y "Sin duda, es una broma". –Se quedó un momento en silencio, estudiándolo–. ¿Cómo haces para mirarme así, sin ninguna emoción en el rostro?

River se pasó una mano por el cabello.

–La compatibilidad biológica existe, sin importar si nos caemos bien o no.

Jess se rio, horrorizada.

–¿Es el eslogan de la compañía o tu mejor frase para ligar?

–Escucha, yo no… –Se interrumpió, exhalando lentamente–. ¿Cómo quieres que procedamos?

–Ni siquiera sé a qué te refieres con "procedamos". –Señaló hacia atrás con el pulgar–. Yo me voy a casa.

–Me refiero a comprobar si la predicción de la ciencia es correcta.

–Eres el usuario número uno –le recordó–. Si estamos teniendo esta conversación, supongo que es porque estás soltero y porque ninguno de tus otros *matches* funcionó. Tan solo demos por sentado que este correrá la misma suerte.

–Eres la primera –dijo con naturalidad y, ante la expresión confundida de Jess, agregó–: No he tenido otros *matches*. Mis preferencias son muy estrictas.

–¿Cómo…? ¿Qué demonios significa eso?

River dio un paso adelante con mucho cuidado.

–Especifiqué que solo quería recibir Matches de Diamante.

Jess mantuvo el contacto visual durante cinco… diez… quince segundos. La miraba fijamente, sin parpadear y, de repente, un pensamiento racional se le vino a la mente: *Apuesto a que es bueno en todo lo que se propone. ¿Qué pasaría si me permitiera creer por solo un minuto que esto es real? ¿Qué pasaría?*

River posó la mirada en sus labios y Jess tuvo el presentimiento de que se estaba preguntando lo mismo. De la nada se le vino a la mente la imagen de él sin camisa, observándola, estudiando su reacción ante la presión que su mano ejercía entre sus piernas.

Tuvo que apretar los ojos –fuerte– para deshacerse de la imagen.

–¿Por qué serías tan estricto con tus preferencias?

Sabía por qué las suyas eran tan específicas, pero ¿las de él? Un espíritu romántico diría que ambos buscaban solo amor verdadero, pero la duda en la expresión de River le dio a entender que sus motivos estaban arraigados en la lógica.

–Al principio, fue porque el objetivo no era que yo hallara una pareja –explicó–. Ha sido un estudio extenso y longitudinal y todos hemos estado muy ocupados trabajando para llegar hasta donde estamos. Hacía mucho tiempo que no pensaba en mi propia información de usuario.

No era la peor respuesta del mundo; Jess comprendía cuánta atención demandaba mantener un negocio a flote, en especial cuando tenías empleados. Toda esta situación le parecía completamente imposible.

Oyó el viejo auto de su abuelo llegar al estacionamiento, los faros alumbraron por un momento el rostro anguloso de River. El ceño fruncido lo hacía ver mucho más atractivo.

La expresión de Jess debió haberse suavizado, porque River se acercó un poco más.

–¿Por qué no seguimos hablando del tema? –propuso–. No tiene que ser hoy.

–Lo pensaré.

–Es emocionante –murmuró–, ¿o no?

Si tan solo pudiera creer que el resultado era real, aprender a tolerar su cara solo para aportar a la ciencia no sería lo peor del mundo, ¿verdad?

–Supongo.

River esbozó una sonrisa tímida que la hizo estremecer.

–Y el momento no podría haber sido más oportuno para el lanzamiento.



En medio de la cena, sonó el teléfono de Jess. No era un mensaje de DúoADN –había eliminado la app tan pronto como se alejó de GeneticAlly–, sino la casilla de correo del trabajo. Normalmente, no la revisaría hasta la mañana siguiente, pero había estado abrumada todo el día y no había tenido noticias por parte del Supermercado Jennings desde la reunión. Así que, mientras Juno entretenía a Nana Jo y al abuelo con una dramática imitación de su compañero de clase, Cole Mason, enganchando su pene en la cremallera de su pantalón, tomó el celular.

Estimada Jessica Davis:

Por medio del presente correo se le notifica la finalización de su contrato, tal como lo establece el Apéndice IV. El importe adeudado de $725,25 por FÓRMULA ESTADÍSTICA + ALGORITMO DE PUBLICIDAD. Se le depositará directamente, según lo acordado, en la cuenta XXXXXXXXX-652.

Le agradecemos por los servicios que nos ha brindado durante los últimos tres años y le deseamos lo mejor. Cualquier inquietud, no dude en ponerse en contacto con nosotros.

Saludos cordiales,
Todd Jennings
Supermercado Jennings

Jess se sentía como si se hubiera tragado una granada a punto de explotar. Tendría setecientos dólares, pero no los dieciocho mil de su salario, ni este año ni nunca. El treinta por ciento de sus ingresos se había esfumado. El pánico se apoderó de ella –asfixiante y febril–, entonces cerró los ojos y respiró profundo diez veces.

Uno… Dos…

Aún le quedaban otros tres contratos. Después de pagar los impuestos, le quedarían treinta mil dólares de ingresos anuales. Ganaría lo justo y, a menos que consiguiera nuevos clientes, no tendría mucho margen para gastos adicionales, aunque sí le alcanzaría para cubrir los gastos del apartamento y del seguro médico.

Tres… Cuatro… Cinco…

Quizá podría solicitar un plan de pago para las clases de ballet de Juno.

Seis… Siete…

No se morirían de hambre.

Ocho… Nueve…

Tenían un lugar donde vivir.

Diez…

Poco a poco, su pulso volvió a la normalidad. Sin embargo, el susto la había dejado agotada y afectada. Dejó el teléfono boca abajo en la mesa y se sirvió más vino, hasta que la copa estuvo a punto de rebalsarse.

–Guau –silbó su abuelo–. ¿Todo bien?

–Síp. –Se acercó a la copa y le dio un sorbo para poder levantarla sin derramar el vino.

Es mi cumpleaños, pensó. *Me estoy emborrachando*.

Nana y el abuelo intercambiaron una mirada y luego él se volvió hacia Juno:

–¿Abejita? –la llamó.

–¿Hmm? –La niña sorbía un fideo.

–¿Crees que podrías ir hasta mi apartamento y traerme los anteojos? Tengo unos crucigramas por resolver y necesito la ayuda de tu mami. La silla emitió un chillido cuando la niña se levantó. Lo miró con los ojos entrecerrados, con recelo, mientras lo apuntaba con un dedo manchado de salsa de tomate.

–No corten el pastel sin mí.

–Jamás me atrevería.

La vieron irse corriendo por la puerta trasera, atravesando el patio en dirección al bungalow, con Paloma yendo tras ella.

–Bueno, eso nos dará aproximadamente treinta segundos –comentó Nana, riéndose.

–Yo diría que sesenta. –Ronald se llevó la mano al bolsillo de su suéter y sacó los anteojos del estuche. Le guiñó un ojo a Jess y se los colocó–. Entonces, es tu cumpleaños, Jessica. –Se inclinó hacia ella, fingiendo estudiarla con la mirada. Sus ojos eran claros y estaban aguados y llenos de amor–. ¿Qué es esa cara? ¿Es por algo que pasó cuando te fui a recoger? ¿Tiene que ver con el hombre con el que hablabas?

–No.

–Parecía molesto cuando nos íbamos.

–Es un imbécil, pero no tiene nada que ver con él. –Si esto se tratara únicamente de River y de su estúpido test, sería mucho más fácil sobrellevarlo, pues había eliminado la app y era capaz de ignorarlo en la cafetería. Listo.

Pero, en realidad, no era tan simple.

–¿Entonces, con qué? –preguntó Nana Jo.

Jess apoyó los codos sobre la mesa y se agarró la cabeza. Pesaba como cuarenta kilos.

–Ah… La vida, solamente. –Tomó su teléfono otra vez y lo desbloqueó, antes de pasárselo para que leyeran el correo que le había enviado Jennings–. Era uno de mis clientes más importantes. Tuvimos opiniones distintas sobre cómo proceder, así que me despidieron.

La expresión de Joanne decayó y tomó la mano de Jess.

–Lo siento mucho, cariño.

–No te preocupes por el dinero –dijo su abuelo–. Siempre contarás con nuestra ayuda.

Jess le dio un pequeño apretón a su mano a modo de agradecimiento. Sus abuelos la habían criado a ella y a su madre, Jamie, y ahora la ayudaban con la crianza de Juno. Se suponía que, en este punto de la vida, debía ser ella quien los ayudara a ellos, no al revés.

–No es solo por el dinero. –Respiró profundamente, intentando ordenar sus pensamientos–. Quiero decir, *sí es* por el dinero, pero también es por mí. Siento que estoy

en un ciclo de espera, criando a mi hija, trabajando para traer el pan a la mesa e intentando mantenernos a flote hasta que realmente empiece a vivir. Estaba empezando a pensar en lo ridículo que suena eso y en que necesito salir más, pero ahora sucedió esto. –Señaló el móvil para dar más énfasis–. Me esforcé muchísimo por este contrato y, ahora, me reemplazarán fácilmente, porque hay cientos de personas con poca moral que pueden hacer mi trabajo. –Se frotó las sienes–. Necesito encontrar otro empleo. No quiero que ustedes se hagan cargo de mí.

–¿Bromeas? –dijo Ronald–. ¿Quién es la que nos lleva a nuestras citas con el médico? ¿Quién es la que nos ayuda cuando no sabemos usar el móvil? ¿Quién nos encontró un entrenador personal y ayuda a Nana Jo en el jardín? Trabajas muy duro, Jessica, y estás criando a una niña increíble.

La misma niña increíble regresó dando saltitos y señaló a su bisabuelo.

–¡Abuelo! ¡Tenías los anteojos puestos! –lo acusó.

–¡Ay, mira qué cosa! –Se los acomodó, empujándolos sobre el puente de la nariz, y levantó el crucigrama para verlo más de cerca–. Apuesto a que conoces un sinónimo de "arrepentirse" de ocho letras, Jess, ¿a que sí?

–Lamentar. –Sonrió.

–¿Ves? ¿Qué haría sin ti? –Le devolvió la sonrisa, mirándola por encima de los anteojos, antes de anotar la palabra.

Una vez que sus abuelos se retiraron, Jess se recostó contra la puerta. El cansancio se abrió paso en ella, instalándose en lo más profundo de sus huesos. No se sentía de treinta años, sino mucho mayor. Caminando por el silencioso apartamento, recogió unas cuantas cosas que había dando vueltas: los zapatos y los calcetines de su hija, los juguetes de la gata, más de un vaso de leche por la mitad, lápices y notitas adhesivas con órdenes de comida escritas de cuando Juno y el abuelo jugaron al restaurante. Programó el temporizador de la cafetera, alistó la mochila de su hija, metió los platos en el lavavajillas y echó un último vistazo alrededor para comprobar que no quedara nada más fuera de lugar y, finalmente, apagó la luz y se dirigió a la habitación de Juno.

Se había quedado dormida con *Sapa y Sepo son amigos* abierto sobre el pecho, otra vez. La lámpara con forma de sirena en la mesa de noche todavía estaba encendida. Jess depositó a Paloma sobre el elegante castillo rascador de tres pisos, cerca de la ventana, pero la gata se bajó de inmediato y se subió a la cama de la niña, haciéndose una bola a sus pies.

Jess cerró el libro y lo colocó en la mesita, arropó a la niña con las mantas por debajo de la barbilla y se sentó a su lado con cuidado de no despertarla. Juno frunció el ceño entre sueños. Su cabello cobrizo estaba desparramado por toda la almohada de color rosa claro. Hacía casi dos años que no veía a Alec, pero ver a su hija era como verlo a él todos los días. Había heredado los ojos de su madre, pero el increíble sedoso cabello castaño, los hoyuelos y la arruga que se le formaba en medio de la frente eran de su padre. Le pasó el pulgar por la ceja húmeda por la transpiración y durante dos respiraciones se permitió desear que Alec estuviera allí, hasta que recordó que hacía mucho tiempo que había dejado de amarlo y que no necesitaba su ayuda. Criarla sola era mejor que hacerlo con

alguien que no asumiría la responsabilidad.

Alec no era un mal tipo, solo no quería ser padre. Si bien nunca la había presionado para que interrumpiera el embarazo, había dejado su postura muy en claro. Al final, Jess había elegido a Juno en vez de a él y ambas debían vivir con eso. Él pudo disfrutar su juventud al máximo, pero todos y cada uno de sus amigos creían que era un imbécil, mientras que ella tuvo una hija asombrosa y debió apañárselas para subsistir. Sin embargo, no se arrepentía de su decisión, ni por un solo segundo, y estaba convencida de que él tampoco.

Molida por el cansancio, apagó la lámpara y salió de la habitación sin hacer ruido, espantándose cuando el repentino sonido del timbre rompió el silencio. Su abuelo solía olvidarse los anteojos a menudo y, mientras se cerraba el suéter, Jess se dirigió lentamente hasta la sala de estar para espiar por la ventana. Sin embargo, quien se hallaba del otro lado no era él.

Era Jamie, su madre.

Cada vez que la veía, tenía una mezcla de sentimientos –alivio, ansiedad, emoción–, pero ahora predominaba el temor y entendía que, como madre, esa sensación era muy triste.

Titubeante y con la mano sobre la perilla, respiró hondo, dándose ánimo, antes de abrir la puerta. Jamie Davis había portado muchísimas etiquetas –camarera, adicta, acomodadora, novia, adicta en rehabilitación, indigente–, pero ninguna de ellas había sido "madre devota". Las pocas veces en las que había ido a ver a su hija a un acto escolar o a un partido de softball, por lo general, se había presentado resacosa –en algunas ocasiones hasta ebria– y oliendo a cigarrillo o a marihuana. Montaba una escena, aplaudía, silbaba y alentaba; se mostraba orgullosa. De vez en cuando, traía a sus amigas, que causaban alboroto y se hacían llamar "El escuadrón de porristas de Jessie". Por dentro, Jess se moría de la vergüenza y temía que Jamie lo notara, se fuera enfadada y no volviera a aparecer en semanas.

Y ahí estaba, aún viéndose preciosa –siempre lo había sido–, pero tenía la cara empolvada, lo que la hacía ver antinatural y apagada. Todos esos años de malas decisiones finalmente la habían alcanzado.

–¡Mi niña! –Se le echó encima, envolviéndola en un rápido estrujón con un solo brazo, antes de separarse y lanzarle un paquete con bombas de baño. Comenzaron a desintegrarse dentro del empaque, y el polvo de colores brillantes se le escurrió entre los dedos. Conocía a su madre lo suficiente como para adivinar que las había agarrado a último momento mientras compraba unas mentitas en el almacén de la esquina.

La rodeó y se adentró en la sala de estar a oscuras.

–Ey –dijo Jess, cerrando la puerta–, ¿a qué se debe esto?

Su madre dejó su enorme bolso en la mesa de café y se volteó a mirarla, dolida. El labial que tenía puesto se le había corrido y le marcaba las pequeñas arrugas alrededor de la boca.

–¿No puedo visitar a mi bebé en su cumpleaños número veintiocho?

Jess no mencionó que le había errado por dos años ni que se había perdido varios de sus cumpleaños. Para ser honesta, le sorprendía que siquiera recordara su fecha de nacimiento. Sus visitas esporádicas no solían coincidir con eventos importantes.

–Por supuesto que puedes –respondió–. ¿Quieres tomar asiento? ¿Puedo ofrecerte algo para comer o beber?

–No, no. Estoy bien. –Caminó hasta a la cocina, golpeteando las uñas acrílicas a lo largo de la mesada y miró por el pasillo–. ¿Juno, cariño? ¿Dónde está mi preciosa nieta?

–Está dormida, mamá. –La calló–. Es tarde y mañana tiene que ir a la escuela.

Jamie la miró molesta.

–Los niños deberían irse a dormir cuando tengan sueño. Las reglas solo les generan ansiedad y depresión. Esa es la razón por la que muchos de ellos terminan medicados hoy en día. –Le echó un vistazo al examen de deletreo de Juno, a la tarjeta de cumpleaños que le había hecho a Jess y a la lista de compras que estaban pegados sobre el refrigerador–. La gente necesita prestarle atención a su cuerpo. Si tienes sueño, duerme. Si tienes hambre, come algo. Los padres deben dejar de obsesionarse con controlar los horarios de sus hijos.

Jess depositó con cuidado las bombas de baño sobre la encimera.

–Yo tomo antidepresivos todos los días –respondió manteniendo la calma–. Supongo que esa teoría de no tener horarios no es algo asegurado.

Jamie la ignoró y continuó con la inspección del departamento. Observó los lomos de los libros de la biblioteca y pasó las páginas de uno sobre caballos que había traído Juno. La última vez que había visto a su madre había sido para Acción de Gracias. Jess le había transferido quinientos dólares a su cuenta bancaria y no había vuelto a saber de ella desde entonces. En ese tiempo, Jamie vivía en Santa Ana. Se habían reunido en Denny's para almorzar –Jess fue quien pagó– y su madre se lamentaba porque le habían cortado los servicios a causa de un error del banco. Insistía en que le habían descontado el dinero de su cuenta antes de la fecha habitual, lo que hizo que otros pagos rebotaran y desde ahí escaló. Pero no había sido culpa de ella. Nunca era culpa de ella.

–¿Cómo estás? –le preguntó Jess, conteniendo un bostezo mientras se sentaba en el sofá–. ¿Cómo está… John?

Hizo una mueca apenas pronunció el nombre. Creía que se llamaba John, pero podría llamarse Jim.

–*¡Ah!* –exclamó Jamie de un modo que pareciera decir "no vas a creer lo que pasó"–. Sí, era casado.

–Espera, ¿qué? ¿En serio? ¿Cómo te enteraste? –El asombro de Jess era real.

–Su esposa me llamó. –Sacó un cigarrillo y entonces recordó que tenía prohibido fumar dentro del departamento, así que empezó a juguetear con él, como si esa hubiera sido su intención desde el comienzo–. La verdad es que debería haberlo imaginado. Tenía trabajo, un buen salario y una prescripción de viagra. Obviamente era un hombre casado.

Jess se rio por lo bajo.

–¿Ese es el patrón en la actualidad?

–Ay, cariño. No pierdas la oportunidad de disfrutar de los hombres jóvenes que aún tienen una buena circulación sanguínea. Créeme. –Se sentó en la mesita de café frente a su hija, le apoyó una mano en la pierna y el gesto le pareció tan genuino que a Jess se le aceleró el corazón–. ¿Cómo estas tú? ¿Cómo está tu amiga, la escritora? Es tan graciosa.

–Estoy bien. Ya sabes, trabajando. Y Fizzy… –Soltó una risita–. Fizzy siempre está bien.

–¿Estás saliendo con alguien?

Sin querer, la voz de River se le vino a la mente. *Y el momento no podría haber sido más oportuno para el lanzamiento.*

–Definitivamente, no. –¿Acaso piensas quedarte soltera para siempre? –La decepción de su madre era palpable–. No he conocido a ningún novio tuyo desde el padre de Juno. Es

tu cumpleaños. ¡Deberías estar fuera, celebrando!

–Mañana hay escuela y Juno está dormida.

Jamie la señaló con el dedo, como si Jess hubiera entendido a qué se refería.

–Así no se enteraría de que te fuiste.

El corazón de Jess volvió a su estado familiar de desilusión.

–No quiero salir, mamá –explicó con paciencia.

–Está bien, está bien –suspiró, con las manos alzadas en un gesto de rendición.

–Escucha, es tar… –Jess volvió a bostezar.

–¿Ya te hablé de mi nuevo trabajo?

–¿Tu nuevo qué? –El tono rebosante de su madre la alarmó.

–Mi nuevo trabajo. –Se enderezó en el lugar–. De acuerdo… No le digas nada a tus abuelos, porque ya sabes lo chapados a la antigua que pueden ser y que jamás entenderían lo emocionante que son estas oportunidades, pero estás viendo a la nueva empleada de Skin Glow.

Jess rebuscó en sus recuerdos, pero el nombre no le sonaba familiar.

–¿Qué compañía es?

–¿Bromeas? –Negó con la cabeza, sorprendida–. Tienen anuncios publicitarios en todas partes, Jess. Hacen tratamientos faciales a domicilio. Cielos, quisiera decir que es una buena empresa, pero es más que eso; es un estilo de vida, una forma de empoderar a las mujeres. Me quedo con una parte de cada facial que hago y…

–¿Una parte? –No pudo evitar sonar indignada.

–Bueno, sí… Quiero decir, al principio. Más adelante tendré a otras empleadas trabajando para mí y yo seré quien reciba una parte del dinero que ellas hagan y del que hagan las personas que ellas inviten.

–Entonces, es como un esquema piramidal.

–Es una empresa –dijo ofendida–. Puedo hacer mucho más que solo atender mesas, ¿sabes?

–Lo siento, mamá. No quise que sonara así.

–Bueno, esta es una oportunidad única, en verdad. ¡Maureen me comentó que la señora que la reclutó ha alcanzado un monto de seis cifras! Y solo se necesitan trescientos dólares para ingresar.

Por supuesto.

–Necesitas que te dé dinero.

–Solo sería un préstamo. –Gesticuló con la mano, restándole importancia–. Te lo devolveré cuando reciba mi primera paga.

–Mamá, en ningún trabajo decente te piden que pagues para empezar.

La expresión de Jamie se oscureció.

–¿Por qué siempre me haces sentir así? ¿Alguna vez seré lo suficientemente buena para ti? –Se puso de pie y se inclinó para tomar el bolso–. ¡Llevo dieciocho meses sobria!

–No tiene que ver tu… Espera. –Estaba a punto de decirle que tenía sus propios problemas financieros. Su madre se sentó a su lado en el sofá y el silencio se asentó entre ellas–. ¿Ya visitaste a Nana y al abuelo? –decidió preguntar en cambio–. Es probable que aún sigan despiertos.

Jamie puso los ojos en blanco y Jess se preguntó, una vez más, en qué momento se habían invertido los roles.

–No quieren verme.

–Sabes que eso no es cierto. Si tienes un nuevo trabajo y estás limpia, estarán encantados de verte. Ellos te aman, mamá.

La mirada de Jamie se mantuvo fija en la pared.

–Bueno, ya saben dónde encontrarme.

Era inconcebible que alguien como su madre hubiera salido de alguien como Joanne y Ronald Davis. Con solo tres años, Jess ya vivía con sus abuelos la mayoría del tiempo. Para cuando cumplió los seis, su madre había dejado de intentar hacerse cargo de ella, por lo que se mudó con ellos de forma permanente. En general, Jamie había estado presente, pero ella nunca había sido una constante en su vida, mientras que Nana Jo y el abuelo se habían involucrado en cada aspecto de su vida, desde su nacimiento hasta la actualidad. Jess aprendió a una edad temprana que su madre siempre preferiría las drogas y a los hombres antes que a su familia.

Por mucho que intentara no repetir el comportamiento de Jamie, Jess sí tenía algo en común con ella: había quedado embarazada muy joven. Pero, por suerte, ahí se acababan las similitudes. Jess se había graduado de la universidad, había conseguido un trabajo e intentaba ahorrar un poco de dinero cada vez que recibía su paga. Había llevado a Juno al dentista. Todos los días intentaba que su hija fuera su prioridad número uno.

Trató de imaginarse qué haría Jamie hoy si sus roles estuvieran invertidos. *¿Me daría el dinero?*

No. Jamie le diría que necesitaba madurar, que no esperara ningún tipo de caridad y que se hiciera responsable de su maldita vida.

Se puso de pie y se dirigió a la encimera. Abrió la app del banco en su celular e hizo una mueca mientras introdujo el monto de trescientos dólares para transferir a la cuenta de Jamie.

No soy como mi madre, se recordó. *No soy como mi madre*.



SIETE

El lunes a la mañana, Fizzy llegó a Twiggs. Se dirigió a la mesa de siempre, sacó su laptop y, aunque ya estaba advertida sobre lo que vería, miró dos veces en dirección al mostrador, donde se encontraba Jess.

Esta nueva situación… –dijo Fizzy, dejando caer el bolso en su asiento–. Me va a tomar un tiempo acostumbrarme.

Jess sonrió, limpiando el mostrador con un paño, y señaló el *latte* de vainilla caliente que estaba al final de la barra.

–Si sabe muy mal, miénteme.

Su amiga apoyó un brazo en el mostrador y tomó la taza.

–Siento que debería haberte traído el almuerzo o algo. ¿Cómo va tu primer día?

–El espumador de leche me aterra y, por estar a las corridas, me pasé toda la mañana con la tapa de la licuadora mal puesta, pero, dentro de lo que se puede, todo marcha bien.

Fizzy sopló un poco el café y lo probó. Arqueó las cejas, impresionada.

–Supongo que la tercera sí es la vencida –dijo Jess.

–¿A partir de hoy, tendremos que ponernos a chismosear aquí? –Echó un vistazo a la cafetería, sumida en el silencio.

Daniel, desde donde se hallaba limpiando las mesas, profirió un simple "no", pero ella lo ignoró y se inclinó hacia delante, acercándose a Jess.

–Escucha, ya sé que quieres autoconvencerte de que eso del puntaje de compatibilidad es una estupidez, pero Ralph estuvo *bien*. Lo que quiero decir es que, si tuviera que hacer un gráfico que representara mis puntajes de compatibilidad en relación con mi satisfacción sexual, como harían ustedes los nerds, sin lugar a duda habría una línea

ascendente.

A Jess le tomó un momento conectar los puntos, hasta que recordó quién era Ralph, el Match de Plata. Tuvo la sensación de que alguien le golpeaba el hombro y le susurraba "no preguntes". Sin embargo, la curiosidad pudo con ella. Miró a Daniel con una expresión de disculpa por encima del hombro de su amiga y se dirigió al final de la barra para tener un poco de privacidad.

–Ah, ¿sí?

Del otro lado, Fizzy la siguió.

–Cenamos en Bali Hai.

Jess suspiró con envidia.

–Fue muy simpático. Creo que bebimos demasiado, pero no fue un problema porque ambos nos habíamos tomado un Lyft hasta el restaurante y compartimos otro de regreso a casa… –Sonrió de oreja a oreja–. Por cierto, tiene una hermosa casa en Pacific Beach.

De repente, Jess sintió una punzada de angustia en el pecho, que disimuló fingiendo una carraspera, y empezó a limpiar la barra.

–Entonces, ¿fue más compatible que Aiden o Antonio?

–Absolutamente.

–¿Crees que lo volverás a ver?

–Por desgracia, tengo el presentimiento de que está demasiado ocupado como para comprometerse a una relación seria. –Frunció el ceño–. ¿Por qué demonios se inscribió en DúoADN durante esta etapa previa al lanzamiento si no quería nada serio?

–Creo recordar haberte preguntado lo mismo hace un par de días –se burló–. Mírate, después de una noche de tragos y buen sexo, ya estás lista para sentar cabeza.

De la nada, Daniel apareció por detrás, le tocó el hombro a Jess y señaló la caja registradora.

–Tienes un cliente.

–Ups, perdón. –Lo siguió, agitando el paño de limpieza. Recorrió la corta distancia hasta la caja trotando, antes de levantar la vista y encontrarse con el atractivo y odioso rostro del mismísimo doctor River Peña.

La verdad, no debería haberle sorprendido; si hubiera visto el reloj, se habría dado cuenta de que eran las 8:24 y de que había llegado a tiempo. Sin embargo, su cerebro se había olvidado de recordarle que tendría que atenderlo durante su primer turno como barista de Twiggs. Y, además, esta era la primera vez que lo veía desde su no-despedida frente al edificio de GeneticAlly hacía cuatro días. Aunque no esperaba escupir fuego la próxima vez que lo tuviera en frente, tampoco podía explicar la oleada de calor que le recorrió las venas. Durante unos segundos, se quedó viéndolo embobada, estudiando la misma expresión de sorpresa en su rostro.

Al final, River rompió el contacto visual y miró a Daniel, parado detrás de la cafetera en la otra punta del mostrador. Luego, con la lentitud que lo caracterizaba, volvió a posar los ojos en ella.

–¿Qué haces ahí? –La miró de arriba abajo sin reparo–. Y ¿por qué traes puesto un delantal?

–Ah, sí. –Hizo una torpe reverencia–. Ahora, trabajo aquí.

Como no emitió palabra, le preguntó con un tono alegre fingido:

–¿Qué puedo ofrecerle, señor?

River frunció el ceño y sus cejas oscuras se juntaron; sus destellantes ojos claros la observaban con escepticismo.

–¿Trabajas aquí? ¿Desde cuándo? Creí que trabajabas para… –Le echó un vistazo a Fizzy, que estaba sola en la mesa del fondo, mirándolos con atención. Jess arqueó una ceja, asombrada, mientras él se volvía hacia ella nuevamente, parecía haber logrado juntar las piezas del rompecabezas. Cuando al fin respondió, lo único que dijo fue–: Pensé que trabajabas… en otra parte.

Jess protestó por dentro. ¿Por qué no solo ordenaba, pagaba y se hacía a un lado para concentrarse en su teléfono, como siempre? ¿Acaso se le había olvidado que por lo general estaba demasiado ocupado como para entablar conversación con los plebeyos?

–Soy estadística *freelance* –explicó, sin perder la sonrisa–, pero recientemente perdí un cliente importante. Dado que tengo una hija y cientos de facturas que pagar… –Abrió los brazos, como diciendo: "*Voilà*".

Con todo gusto aceptaría trabajar durante dieciséis horas seguidas por el salario mínimo *y* renunciar a su orgullo para servirle a River Peña, con tal de que Juno pudiera seguir tomando sus clases de ballet con la señorita Mia.

Sin disimulo, los ojos de River volaron a la mano izquierda de Jess. ¿Acaso la expresión de alivio del doctor había sido producto de una alucinación? ¿Buscaba una alianza de matrimonio?

–Tengo una hija –confirmó–, pero no un marido. –Por un breve instante se permitió disfrutar del siguiente posible escenario–: Guau, eso hubiera sido mala prensa la compañía: "El alma gemela del fundador ya está casada".

–Las personas casadas no suelen enviar sus muestras de ADN –respondió River con un destello de diversión en la mirada–. Además, oí que prefieren buscar amantes en aplicaciones que les piden menos información.

Jess sintió que el instinto de supervivencia le quemaba la garganta y pudo notar que a River le sucedía lo mismo cuando llegaron a la misma conclusión: aquel intercambio se escuchaba como un coqueteo nerd.

–¿Qué puedo ofrecerle? –volvió a preguntarle.

River se paralizó.

–Lo siento, quisiera un… –Mantuvo el contacto visual y Jess sintió que la conexión se asemejaba a un enjambre de abejas revoloteando en su pecho–. Me pareció que el otro día me llamaste "Americano".

Santo dah, Jessica.

Garabateó la orden en un vaso y se lo pasó a Daniel, que la miró impasible.

–Ya me encargué, Jess.

Por supuesto. Daniel le entregó a River su café con una sonrisa, disculpándose en nombre de la nueva empleada. Se quedaron en silencio mientras la veían batallar buscando el pedido de *Americano* en la pantalla.

–Está bajo la categoría "expressos" –le susurró Daniel.

River, con su figura enorme, se inclinó sobre la pantalla, viéndola al revés.

–Está por… –Su dedo aterrizó en la pantalla táctil al mismo tiempo que el de Jess, por los que sus manos se tocaron por un segundo.

–Ya entendí –murmuró, avergonzada. Él retiró la mano y ella tocó el botón, sonrojada por el roce que por alguna extraña razón había sentido por todo el brazo. No había duda

de que estaba roja como un tomate–. Serían tres dólares con ochenta y cinco centavos.

Al verle la cara de confusión, se dio cuenta del error. Cambió el tamaño a grande.

–Lo siento, cuatro con setenta y cuatro.

La incomodidad se abrió paso entre ellos, como una persona que llegaba a una fiesta sin haber sido invitada. Jess tomó el dinero y le dio el vuelto, pero lo que verdaderamente la sacó de onda fue que, después de dudar un instante, River lo depositó todo –incluido el billete de cinco dólares– dentro del frasco de propinas.



Fizzy se acercó lentamente al mostrador quince minutos después, cuando estuvo segura de que a su amiga ya se le había pasado la vergüenza.

–Hola. –Esbozó una sonrisa entusiasta y se inclinó sobre la barra para darle un choque de puño.

–Hola. –Jess se aclaró la garganta, correspondiéndole el choque de puño–. Apuesto a que un final como ese nunca habría estado en una novela romántica.

Fizzy rio.

–¿Bromeas? Ese sería el *inicio* de una gran historia de amor.

–La mía, definitivamente, no.

Mientras fingía estar ocupada acomodando las magdalenas en la vitrina, percibió la mirada atenta de su mejor amiga puesta en ella. Fizzy no había hecho ningún comentario con respecto al asunto de River, lo cual no era típico de ella. Después de que Jess le contara sobre el resultado de DúoADN, la desastrosa reunión en GeneticAlly y su teoría de que el análisis de estadística era absolutamente falso y que, por lo tanto, era probable que interfiriera con su plan de negocios, lo único que había dicho después de observarla en silencio durante unos cuántos segundos había sido: "Te entiendo".

–¿Te encuentras bien? –Le preguntó Jess.

Daniel colocó dos paquetes de café en grano sobre la barra de expreso y decidió que esa era su oportunidad de unirse a la conversación. Frunció el ceño.

–¿Qué ocurre?

–Nada –masculló Jess.

–¿Acaso no presenciaste el incómodo encuentro con Americano? –prácticamente gritó Fizzy al mismo tiempo.

–¿Por qué incómodo? –A Daniel le tomó un instante recordar lo sucedido y luego dijo–: Ah, ¿es por lo del café? Eh, no te preocupes. Es tu primer día.

–No, Dan –dijo Fizzy, frustrada con él sin razón aparente–. Es porque *matchearon*.

Parecía que toda la cafetería se había callado a propósito.

–Fizzy, juro por Dios que te mataré con mis propias ma… –protestó Jess.

–¿Qué categoría? –preguntó Daniel.

–¿A qué te refieres con "qué categoría"? –Lo miró con la boca abierta.

Daniel abrió uno de los paquetes de café en grano y lo echó dentro de la máquina de expreso.

–Si estamos hablando de DúoADN, yo fui de los que enviaron las primeras muestras –contestó con aires de orgullo–. Lo hice mientras estaba en la Universidad Estatal de San Diego, cuando aún tomaban… *muestras*.

Tardaron un segundo en entender y, cuando lo hicieron, lo único que Jess, totalmente sonrojada, pudo articular fue:

–Qué asco, Dan.

–Me refería a muestras de sangre.

–No sonó de esa forma.

–Como sea, hace como un año y medio volví a enviarla, cuando anunciaron que buscaban personas que probaran los kits de saliva. –Sacó su celular del bolsillo trasero de su pantalón y les enseñó la pantalla como si fueran a ver una larga lista de *matches*–. Pero nunca obtuve nada arriba de treinta y siete.

Eso llamó la atención de Fizzy.

–¿Saliste con ella?

–Sí. Estuvo bien, pero creo que los dos tuvimos la misma sensación de que había sido agradable, pero, estadísticamente hablando, no había mucha probabilidad de que tuviéramos algún futuro juntos.

–He pensado mucho sobre ese aspecto –comentó Fizzy–. El otro día salí con un Match de Plata, pero si obtienes un puntaje por debajo de los de Oro, ¿simplemente das por sentado que no va a funcionar?

–Aunque –interrumpió Jess en voz baja–, si crees en la información que proveen, las posibilidades de encontrar una pareja duradera son mucho más altas con un Match de Plata que con el método de citas convencional…

Su amiga la miró indignada.

–Dice la mujer que no cree en su propio puntaje.

–¿Cuál fue? –insistió Daniel.

Jess soltó una risita.

–No interesa. Fizzy tiene razón. No lo creo. –Se limpió las manos en el delantal y se volteó hacia Daniel–. ¿Qué sigue, jefe? ¿Lavar la vajilla? ¿Reponer algo?

–¿Fue un Match de Carbón? –Levantó la barbilla, decidido.

–Eso, Jess. ¿Fue un Match de Carbón? –Fizzy la miró con una ceja levantada.

–¿Acaso estás buscando que me enoje? –Jess le lanzó una mirada fulminante a su amiga.

–Culpable.

Daniel miró a Fizzy, quien a su vez miró a Jess, ya sea buscando permiso para compartir la información o amenazándola con hacerlo.

Evidentemente fue una amenaza, porque a los pocos segundos, dijo:

–Fue de Diamante.

Jess esperaba que Daniel explotara y la regañara: "¿Cómo puedes ignorar algo como eso?" y "¡Si yo tuviera un Match de Diamante, renunciaría al trabajo y me la pasaría teniendo sexo las veinticuatro horas del día!". Sin embargo, al igual que su amiga, se la quedó viendo con atención y en silencio.

–¿No te da curiosidad? –preguntó, al final.

–No.

Daniel parecía estar haciendo un esfuerzo por comprender.

–¿Es River?

–¿Quién sabe? –Jess se encogió de hombros–. En realidad, no hemos hablado desde que nos enteramos, hace un par de días.

–Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Nada?

–Ese es el plan. –Asintió.

Fizzy puso los ojos en blanco.

–"Ese es el plan" –repitió con un tono frustrado–. El plan *seguro* y aburrido.

Jess la amenazó con la mirada. No es que su amiga estuviera equivocada, pero había otras prioridades que ella misma. No podía simplemente dejar a un lado sus responsabilidades. Ese era un lujo que solo podían permitirse aquellas personas sin hijos, porque disponían de más tiempo libre y tenían menos responsabilidades. Los planes seguros y aburridos no le habían fallado todavía.



OCHO

Pero el plan, de por sí, se fue por la borda tres días después a las 5:17 de la tarde, cuando, de regreso a su casa, un Tesla plateado aparcó cerca de Jess y bajó la ventanilla polarizada del lado del copiloto. Por lo general, tenía el hábito de ignorar a todos los conductores que se detenían para gritarle cosas inapropiadas, pero este no era como los demás. Este sabía su nombre.

–Jessica.

Se giró y se encontró con Brandon "Dientón" Bezakuls en el asiento del conductor. Con el brazo izquierdo sobre el volante, se inclinó en su dirección sonriendo como si tuviera un paquete entero de dulces que quería presumir. Vestía una camisa azul con los primeros botones desabrochados.

–¿Tienes un momento?

–En realidad, no. –Señaló su edificio, a dos cuadras de distancia–. Tengo que preparar la cena.

–Verás, me preguntaba si no habría alguien que pudiera cuidar de tu hija esta noche –sugirió, su sonrisa se tornó tímida. A pesar del intimidante tamaño de sus dientes, sus ojos marrones transmitían calidez y se arrugaban en las esquinas. No parecía un hombre que quisiera raptarla, conectarle cables en el cuerpo y transformarla en una batería humana. Jess apenas registró que tenía que bajarle un poco la intensidad a su imaginación.

Se acercó al auto y se inclinó para apoyar los brazos en el borde de la ventanilla.

–Estoy segura de que esto debe ser frustrante para ustedes, pero, de verdad, no me interesa seguir con esto.

–Y no te obligaremos a que lo hagas –respondió de inmediato–. No es nuestra intención

entrometernos en tu vida. Sé que ha sido… extraño. David y yo solo queríamos hacer un seguimiento.

Debía admitir que le sorprendía el silencio por parte de todo el equipo de GeneticAlly dada la urgencia de la primera reunión, la magnitud del resultado y su huida de las oficinas. Hasta ahora, solo había escuchado grillos.

–No estarás sugiriendo que vaya a otra reunión, ¿verdad?

Brandon debió haber leído en su expresión que tenía tantas ganas de participar de otra reunión como de realizarse un tratamiento de conducto, porque soltó una carcajada.

–No. La anterior fue un error. *Nuestro* error. Y probablemente la peor manera de comunicarles la noticia. Como científicos, estábamos muy emocionados y queríamos que ambos vivieran la experiencia de aquel descubrimiento con nosotros, pero la verdad es que deberíamos haber sido más empáticos. –Se acomodó en su asiento–. Quisiéramos invitarte a cenar.

–¿Esta noche?

Asintió.

–¿Podrás liberarte?

Se volteó a ver su edificio una vez más, considerando la propuesta. No era ciega –para ser sincera, River era muy apuesto–, pero no podía decir que le caía bien. Además, su mente aún no podía asimilar el número. El orden de sus prioridades era: su hija, sus abuelos y las facturas. No importaba lo que le dijeran, no tomaría ese rumbo.

–Tengo mucho que hacer –explicó Jess–. Tengo un nuevo trabajo y, como ya sabes, una hija esperándome en casa. La verdad es que no creo que pueda…

–Jessica –la interrumpió y cuando volteó a mirarlo de nuevo, esbozó otra sonrisa tímida–, te prometo que no te haremos perder el tiempo.



Apenas se estacionaron frente al restaurante Addison en el Grand Del Mar, supo que no sería una cena casual. No iban a comer tacos con las manos ni beber cerveza. Una comida en ese lugar valía más que lo que pagaba de alquiler.

Bajó la mirada hacia su regazo y se limpió la pelusa invisible de la falda del vestido. Brandon se había ganado un lugar permanente en la lista *Personas que me agradan* por haberle dado quince minutos para que se cambiara los pantalones de yoga y la blusa, con una mancha apenas notoria, que Juno le había elegido en Goodwill. El vestido azul que se había puesto era elastizado, motivo por el cual aún le quedaba.

Brandon tomó su saco elegante sport perfectamente alisado del gancho que colgaba en el asiento trasero, esbozó una sonrisa tranquilizadora y le hizo un ademán a Jess para que caminara delante de él.

–Por aquí, señor Bezakuls. –El *maître* asintió y los guio a través de un deslumbrante salón circular rodeado de puertas arqueadas de estilo francés. Se oía el suave tintineo del hielo en las copas de vidrio y de los cubiertos contra los platos de porcelana; alrededor, la conversación entre los comensales fluía en un agradable murmullo. Las mesas estaban distribuidas por todo el salón, rodeadas de sillas de felpa tapizadas de color rojo y dorado.

–¿David va a venir?

Brandon la miró por encima del hombro.

–Ellos ya deben haber llegado.

Ellos. Jess sintió que el estómago le daba un vuelco: *ellos*. David y River, ubicados en la mesa del fondo, se pusieron de pie al verlos llegar.

Completamente tensa mientras Brandon le apartaba una silla, sintió la mirada penetrante de River, atento a su reacción. Profirió una disculpa inmediata.

–Creí que… Bueno, supuse que sabías que todos vendríamos.

–Está bien –murmuró Jess, tomando asiento e intentando recobrar la compostura. River estaba sentado a su derecha y su incomodidad ante la incomodidad de *Jess* era notoria–. Yo entendí mal.

Se arriesgó a mirarlo a los ojos, su expresión seguía siendo imposible de leer, excepto por la pequeña arruga que tenía en la frente, un indicio de preocupación. Si él fuera una persona intuitiva, Jess podría haber interpretado esa mueca como una pregunta: *¿Te parece bien?*

Jess apartó la mirada y se colocó la servilleta sobre el regazo. Mientras se acomodaban en sus asientos, toda la mesa hizo silencio. Levantó la vista y se encontró con los tres hombres observándola. Ella, por su parte, intentaba adivinar por qué motivo la habían invitado.

–Está bien –insistió–. Adelante.

–Primero que nada, tomémonos unos segundos para ver qué hay en el menú –propuso David– y, luego, River te va a contar un poco más sobre la empresa y nuestra tecnología.

Se mantuvieron en silencio hasta decidirse por un menú de cinco deliciosos platillos. Ordenaron unos tragos, comida y después… más silencio. Era insoportable.

–¿River? –lo alentó David en un tono paternal.

Se aclaró la garganta y se acomodó la servilleta. Se estiró para alcanzar su vaso con agua, nervioso. Debía ser muy incómodo para él ser el encargado de convencer a Jess de que todo era real cuando ni él mismo se lo creía.

–Me parece que ya entiendo la parte científica –dijo ella, antes de que pudiera relatar el discurso que se estaba formulando en la cabeza–. O, al menos, entendí que han logrado identificar una amplia variedad de genes que están relacionados con la satisfacción emocional y, eh…, sexual en una relación. Comprendo cómo funciona el algoritmo, en teoría. Supongo que, lo que me resulta difícil de creer es la veracidad de este hallazgo en particular. Si es la primera vez que registran una compatibilidad de noventa y ocho puntos, ¿cómo podemos estar seguros de lo que significa?

–Si nuestro puntaje hubiera sido veintidós, ¿lo habrías creído? –preguntó River.

Hace unos días, se había hecho la misma pregunta.

–Sí –afirmó–, porque eso tendría correlación con lo que siento por ti, en general. Para mí, un noventa y ocho sugiere que deberíamos sentir atracción mutua, que deberíamos tener una química instantánea.

Por un momento reinó una calma que, afortunadamente, el mesero interrumpió cuando trajo los tragos y el pan. Una vez que se retiró, David, con timidez, le preguntó:

–¿Y tú no sientes atracción?

–La mayoría de las veces solo quiero matarlo –respondió, un cuchillo para manteca relucía frente a ella–. No estoy segura de que eso sea una señal de compatibilidad romántica.

River suspiró, reclinándose en la silla.

–Esto es una pérdida de tiempo.

Inclinándose sobre la mesa, Brandon le llamó la atención a Jess con una sonrisa.

–Puede pasar que las malas noticias sean más creíbles que las buenas.

–No es que sea pesimista –se defendió–. Si alguien me dijera que gané la lotería, le creería. Pero lo veo a él y él me ve a mí y estoy segura de que ambos pensamos lo mismo: "No es posible".

–¿Te parece atractiva? –Brandon se dirigió a River.

–Este test no evalúa la atracción –contestó, serio–, sino la compatibilidad.

–¿De verdad dijiste eso? –Jess dejó en el plato el trozo de pan que tenía en la mano.

–Jessica –la llamó David–, ¿y a ti?

Se rio.

–River es apuesto. Todos lo pueden ver. –Cometió el error de mirarlo inconscientemente mientras decía eso y percibió que una de sus comisuras se torcía hacia arriba. Eso la hizo sentir más relajada. Se acercó un poco hacia él, el instinto de supervivencia le ardía en la garganta. Lo detestaba–. Pero tener una conversación con él es como hablar con una calculadora malhumorada.

David disimuló una risa de asombro tosiendo y continuó con su acto golpeándose el pecho y estirándose para tomar su vaso de agua. Al lado de Jess, River volvió a suspirar, lenta y profundamente.

–Déjame intentarlo de otra forma –dijo Brandon cuando el mesero les entregó el primer plato–. Nosotros creemos en esta ciencia. –Señaló a los dos hombres que tenía al lado–. No solo me refiero a que esperamos que funcione porque queremos ganar mucho dinero. Eso es cierto, obviamente, pero no es todo. Sí, su historia podría ser llamativa para el lanzamiento, pero para nosotros también es una curiosidad científica. Hasta la fecha, todas las parejas que obtuvieron puntajes mayores a ochenta siguen juntas y han reportado resultados astronómicos en cuanto a la satisfacción en la relación. Así que tenemos que preguntarnos: ¿qué tan satisfecha estaría una pareja de noventa y ocho puntos?

–¿*Todas* las parejas por encima de ochenta han sido exitosas? –le preguntó Jess, dudando de su explicación–. Me pareció que Lisa había mencionado tres de cada cuatro.

–Por motivos legales, no podemos declarar el cien por ciento, porque no todos los Match de Titanio se han conectado en persona, todavía.

–Eso debe frustrarlos mucho –bromeó.

Esta vez, David se rio a carcajadas.

–No te das una idea de cuánto.

–Ambos son jóvenes, atractivos y están solteros –dijo Brandon, aprovechándose de la trivialidad del momento.

–No estamos pidiéndote que te cases con él –agregó David.

–Lo siento –intervino River–, ¿puedo unirme a la conversación?

–Por supuesto –concedió Jess–. ¿Qué opinas *tú* de todo esto?

La comida permaneció intacta mientras esperaban a que respondiera.

–Pues claro que creo que es real . Yo inventé el proyecto.

¿*En verdad crees que nuestro resultado es real, que podemos ser almas gemelas*?, era lo que se moría por preguntarle, pero las palabras se sentían pesadas y no podía articularlas. Decidió concentrarse en sus vieiras.

–Lo que les pedimos es que pasen tiempo juntos –instó Brandon.

–Exacto. –David asintió con la cabeza–. Para que puedan conocerse. Sin prisa.

–Por desgracia –dijo Jess, dándole un mordisco a la vieira. Al menos, aprovecharía la oportunidad de disfrutar de la cena–, tiempo es lo último que me sobra. Dudo que los cinco minutos de conversación unidireccional con River todas las mañanas en Twiggs nos permitan conocernos demasiado.

–¿Y si te lo compensáramos? –propuso Brandon.

Se quedó helada, la cena había pasado a un segundo plano. Otra vez, se hizo el silencio. River fulminaba a Brandon con la mirada, pero David solo la miraba a ella. Ya lo tenían todo planeado.

Jessica, te prometo que no te haremos perder el tiempo.

–Perdona, ¿qué? –inquirió Jess con la voz ronca.

–Que te lo podríamos compensar… –repitió Brandon–. Así podrías hacerte un hueco en tu agenda para pasar tiempo con River.

Con cuidado, Jess depositó el cuchillo en el borde del plato.

–¿Quieren pagarme para que salga con él?

River exhaló fuerte, estirándose para alcanzar su whisky.

–Considéralo un salario por participar en una parte de un experimento mayor –dijo David–. Podrías renunciar a tu trabajo en la cafetería y así tener más tiempo libre. Eres un eslabón importante en nuestra investigación, la mitad de un puntaje que necesitamos para confirmar, o invalidar, nuestro paradigma antes del lanzamiento.

Jess se reclinó en la silla, el corazón le galopaba en el pecho.

–Entonces, ¿necesitan que… *exploremos* esta situación hasta después del lanzamiento?

Brandon soltó una risita.

–Bueno, pueden explorarla hasta…

–Suponiendo que *no* nos enamoremos el uno del otro –aclaró–, ¿cuánto durará el experimento?

–La oferta pública de venta es el seis de mayo –respondió David, obvio–. Hoy es veintiséis de enero. Así que, un poco más de tres meses.

Y luego, Jessica reunió coraje y preguntó lo que se moría por saber:

–¿De cuánto estamos hablando?

Brandon y David intercambiaron una mirada. Con la mano temblando, Jess se llevó la copa a los labios, los cubitos de hielo tintinearon al chocar contra los costados.

–Diez mil dólares al mes.

De inmediato, se le cerró la garganta y empezó a toser, escupiendo el agua. River extendió una mano en su dirección y comenzó a sobarle la espalda con suavidad.

La caricia era constante pero se sentía eléctrica. Le ayudó a tomar aire, lo que la hizo toser una vez más. Su mano era enorme y cálida, como un zumbido sobre la piel.

–Estoy bien –pudo articular, al fin, y dejó el vaso en la mesa. River se echó hacia atrás, cerrando el puño sobre su regazo–. ¿Qué incluiría ese monto? –preguntó cuando estuvo segura de que no le fallaría la voz.

–Ir a tomar un café. Tener una cita. –Brandon se encogió de hombros, mostrando las palmas, antes de tomar su tenedor–. Tal vez aparecer juntos en público una o dos veces. En pocas palabras, darse una oportunidad. –Llegar a conocerse, Jessica. –David asintió con la cabeza.

–Estás demasiado callado –le dijo ella a River–. Esto también te concierne, ¿sabes? Comprendo que tu nivel de energía normal sea igual al de un potus, pero no podré saber nada de tu vida si no hablas.

–Estoy pensando –admitió en voz baja.

La verdad era que a Jess le daba vueltas la cabeza. Nunca se habría imaginado algo como eso. ¿Sentía atracción física por él? Sí. Obviamente *sí*, pero había muchas cosas sobre él que parecían estar ocultas y que le hacían hervir la sangre.

–¿Sientes…? –No sabía cómo formular la pregunta. Volvió a empezar–. Teniendo en cuenta todo lo que sabes y que has visto, ¿crees que el número es correcto?

River se llevó el vaso a la boca y bebió un gran sorbo de agua. Sin prisa y con la mano firme, apoyó el vaso y le devolvió la mirada.

–No lo sé.

Por el rabillo del ojo, Jess vio a Brandon y a David devorando sus platos e intentando pasar desapercibidos mientras escuchaban lo que quizá debería haber sido una conversación privada. Odiaba la forma en la que su estómago se agitaba y el cosquilleo que le recorría las venas hasta llegar a la superficie de su piel.

–¿Tú… quieres que sea correcto?

Lo último que quería era que alguien saliera herido, pero rechazar treinta mil dólares era difícil de imaginar. ¿Qué tan complicado sería pasar unas cuántas horas con él por un monto de dinero que haría que su vida fuera más fácil?

River cerró los ojos y tragó. Cuando volvió a abrirlos, pudo percibir en su mirada el mismo conflicto que ella sentía en su interior.

–No lo sé –repitió él.

–Entonces, ¿por qué quieres hacer esto?

Se encogió de un hombro.

–Quiero probar que tengo razón.

Jess no sabía qué clase de mujer pensaría que esa respuesta era suficiente. Si bien podía entender que el experimento se llevara a cabo a partir de un punto de vista intelectual, ese era el problema: se suponía que se trataba de química natural e incuantificable.

¿O no?

Se puso de pie y dejó sobre la mesa la servilleta que tenía en su regazo.

–Necesito pensarlo. Los llamaré cuando haya tomado una decisión.



NUEVE

Jess saludó a Nana Jo a través de la ventana de la cocina y entró al departamento. Su hija ya estaba acurrucada en la cama con un libro. Otra vez. Mal, mal, mal. Si Juno había vuelto a convencer al abuelo de que le dejara cenar palitos de pescado, definitivamente iba a enloquecer.

¿Todas las madres se sentían así? Era un dilema constante. Jess trabajaba demasiado o no trabajaba lo suficiente. Consentía a su hija o no le proveía todo lo necesario. Era una madre con muchas responsabilidades o una madre negligente. A menudo, creía que cada decisión que tomaba de alguna forma arruinaba la infancia de Juno.

–Hola, Abejita. –Rodeó un canasto de ropa para lavar y se dejó caer al lado de la niña. Paloma se levantó, se estiró, se subió a la cama y se hizo una bola en medio de ellas.

Juno pasó una página.

–¿Sabías que las jirafas hembra suelen regresar al lugar donde dieron a luz a sus crías?

Jess le pasó la mano por el pelo, que aún seguía húmedo de habérselo lavado.

–No lo sabía.

–Las crías se desploman en el suelo cuando nacen. –Extendió los brazos simulando un *¡plaf!*–. Supongo que, si tú mamá es una jirafa, la caída debe ser muy dura. –Giró el libro para mostrárselo y le enseñó la foto de una jirafa con su bebé–. Pero tan solo se ponen de pie y ya pueden correr. –Pasó la página–. Y sus cuellos tienen la misma cantidad de vértebras que los humanos. ¿Sabes cuántas son?

–¿Siete?

–Síp. –Asintió con la cabeza–. Muy bien.

Jess la escuchó mientras leía en voz alta, pero la cabeza le daba vueltas, la conversación

de la cena se reproducía una y otra vez en su mente. No sabía qué la enojaba más: si la mera insinuación de que estaría de acuerdo con la propuesta o el considerar aceptarla. Tenía que estar loca para dejar pasar una oportunidad como esa, ¿o no? Compensaría lo que había perdido con Jennings y cubriría los gastos del seguro médico por el resto del año.

–… lo que me recuerda a cuando el señor Lannis tuvo que usar un cuello ortopédico porque se le había inflamado un nervio cantando karaoke. Oye, ma…

Cuando Jess volvió al presente, se dio cuenta de que Juno ya había terminado el libro.

–¿Qué, mi amor?

–¿Por qué estás haciendo esa cara?

–¿Qué cara?

–La que la tía Fizzy ya no puede hacer por el bótox. –Se señaló la frente.

–No estoy frunciendo el ceño, solo estoy pensando. Alguien me pidió que hiciera una cosa y no estoy segura de si debería.

Esta vez, Juno frunció el ceño.

–¿Es algo malo?

–No, no es malo.

La gata se sentó encima del pecho de la niña, ronroneando.

–¿Alguien saldrá lastimado?

–Espero que no –respondió–. No lo creo.

–¿Tienes miedo?

Jess se mordió el labio inferior, intentando contener una risa de ternura. Su hija estaba repitiendo exactamente lo que ella le habría preguntado si los roles estuvieran invertidos.

–No. –Se inclinó y le besó la frente–. No tengo miedo.

Cuando se enderezó, Juno la miró seria.

–¿Tendrás que mentir?

Eres un eslabón importante en nuestra investigación, la mitad de un puntaje que necesitamos para confirmar, o invalidar, nuestro paradigma antes del lanzamiento.

Negó con la cabeza.

–No, no tendré que mentir.

Juno dejó el libro en la mesa de noche y tomó a Paloma en brazos para acurrucarse juntas debajo del cobertor.

–¿Al final, aprenderás algo?

Jess sintió una oleada de orgullo por su hija y la respuesta negativa que estaba por decir se evaporó en sus labios.

Porque… quizá sí aprendería algo.



Se echó un vistazo en el espejo que había al final del pasillo y se preguntó cómo era posible que el caos de su interior no se proyectara en el exterior. Si su apariencia reflejara lo que sentía, se vería como una escultura de Picasso: cabeza en posición horizontal, la nariz en donde deberían estar los ojos y los ojos en la barbilla. Sin embargo, se veía como su yo normal: cabello castaño, ojos azules cansados y lo que parecía ser un grano en la frente provocado por el estrés. *Genial.*

Sus abuelos jugaban cribbage en el patio; Jess tomó una cerveza del refrigerador y un suéter que estaba en el respaldar del sofá y salió para unírseles.

El señor Brooks abrió la ventana de su departamento cuando la vio pasar, vestía una camiseta blanca y unos suspensores de color gris.

–Jessica –la llamó, apoyándose en el filo de la ventana–, necesito hablar contigo.

Le dirigió una mirada a Nana y volvió a ingresar al edificio. Levantó la cabeza en dirección a la segunda planta.

–¿Sí, señor Brooks?

–Voy a publicar dos fotos en la app de Vecino. Hay unos mocosos que continúan paseándose con sus monopatines por la acera y no me fío de ellos. Tienen toda la acera para ellos, pero insisten en venir a pasearse por mi entrada. –Cerró el puño y lo apoyó en el marco de la ventana–. No quiero que tumben mi escoba.

–Los tendré vigilados. Sé que la usas a diario.

–Gracias, Jessica. Los niños no deben correr por la calle. Hay demasiados autos, demasiada gente y ese modelo de escoba está descontinuado. Ya tuve que repararlo una vez.

Asintió, solidarizándose con él y el señor Brooks, satisfecho, se alejó de la ventana y la cerró.

Jess le quitó la tapa a la botella de cerveza y se sentó junto a sus abuelos.

–En su defensa, es una escoba magnífica –dijo Ronald, acomodando las cartas en sus manos.

–No soy experta, así que confío en tu palabra. –Jess envolvió a su abuela en un abrazo y le apoyó la cabeza en el hombro, cerrando los ojos–. ¿Ya te he dicho lo mucho que te quiero?

Nana le dio un golpecito en el brazo.

–No en la última media hora.

–Bueno, en ese caso: te quiero muchísimo. –Le dio un beso en la mejilla.

–¿Cómo estuvo la cena?

Soltó una risa seca. En primer lugar, se había retirado antes de terminar de comer. Un delito. En segundo lugar… ¿por dónde empezar?

–Fue esclarecedora.

–¿Ah? –respondió, curiosa. Nana amaba el drama.

Enderezándose en la silla, dibujó una línea imaginaria con su dedo en el cuello de la botella. Joanne y Ronald retomaron el juego.

–¿Saben cuánto cuesta criar a un hijo en la actualidad? –preguntó, al fin.

–Mucho más que cuando nosotros lo hicimos, de eso estoy seguro –dijo su abuelo, quien jugó un as y adelantó su clavija dos casillas, y sumó treinta y un puntos.

–El promedio es de, al menos, doscientos treinta mil dólares. Eso incluye vivienda, comida, transporte, ropa, seguro médico, guardería y gastos adicionales. Y eso es solo hasta los diecisiete.

Ronald silbó y bebió de su cerveza.

–Una universidad como la Universidad de California en San Diego cuesta cincuenta y dos mil por una carrera de cuatro años –continuó Jess–. Y esa es una institución pública local. Juno podría querer asistir a una universidad en otro estado y eso cuadriplicaría el presupuesto. Apenas puedo permitirme costear sus clases de ballet. –Le dio un gran sorbo

a la cerveza y otro cuando se puso de pie.

Ronald la miró por encima de los anteojos; las luces que colgaban encima de ellos se reflejaban en los cristales. Una vela alumbraba la mesa; se oía el canto de los grillos proviniendo del macetero que tenían al lado.

–Me parece que deberías contarnos lo que sucedió en la cena.

Jess se volvió a sentar.

–¿Recuerdan el sitio de citas al que se suscribió Fizzy?

Nana jugó una carta y adelantó su clavija dos casilleros.

–¿El que pide que escupas en un tubo de ensayo?

–Síp. –Se volteó hacia Ronald–. ¿Recuerdas al hombre con el que hablaba esa noche que fuiste a recogerme?

–¿El tipo alto y apuesto? –Sonrió de lado–. Entonces, el otro día *sí* estabas molesta por su culpa.

–No, pero esta situación sí tiene que ver con él. –Se rio–. Este sitio de citas, en realidad, no es un sitio de citas. Bueno… sí lo es, pero no es *solo* para salir con otras personas. Básicamente, envías una muestra, que se utiliza para crear un perfil genético y luego recibes una lista de personas con la que eres compatible, según tus preferencias. Fizzy obtuvo millones de solicitudes porque fue muy flexible con sus preferencias.

Su abuelo asintió.

–Suena como algo que Fizzy haría.

–¿Y tú enviaste la tuya, también? –preguntó Nana.

Jess vaciló.

–Fizzy me regaló un kit para mi cumpleaños y me agarró un momento de locura. La noche que el abuelo me fue a recoger, los directivos de la compañía me dijeron con quién era compatible, y en la cena de hoy, me hicieron una propuesta.

El cabello canoso y rizado de su abuela escondía su expresión de curiosidad.

–Mis preferencias fueron muy específicas. Al parecer, tenemos una compatibilidad inverosímil, estadísticamente hablando, con el hombre con el que me viste discutiendo. –Respiró hondo–. Su nombre es River Peña. Tiene un doctorado, es el científico más importante en la plataforma y uno de los fundadores de la empresa.

Ronald silbó.

–¿A qué te refieres con "inverosímil"?

–La mayoría de las parejas obtienen un puntaje por encima de cincuenta, lo cual es bueno. De sesenta y seis a noventa sería asombroso. –Mantuvo la mirada en la botella de cerveza vacía, incapaz de verlos a los ojos al responder–: Nuestro puntaje fue de noventa y ocho.

Nana bebió de su vino.

–Así es –afirmó Jess, exhalando despacio.

–¿Con qué frecuencia obtienen ese puntaje? –preguntó Nana.

–Nunca. Es el número más alto que han registrado hasta la fecha.

–¿Te agrada ese tal doctor Peña?

Jess maldijo la chispa que le aceleró el pulso.

–Es guapo, pero también callado. –Le explicó–. Imagina al señor Darcy, solo que sin declaraciones de amor. Dijo que yo era "corriente", me hizo perder el elevador, ignora las reglas de estacionamiento y al hablar tiene menos carisma que la Alexa que tienes en la

cocina.

Joanne dejó que Jess se calmara mientras ella y Ronald terminaban el juego.

–Bien, dejando las reglas de estacionamiento de lado, ¿sientes que *podría* agradarte? –preguntó, al fin.

El murmullo que provenía de Bahn Thai, el restaurante del otro lado de la cerca, se apaciguó, lo cual hizo que Jess se preguntara si la habían escuchado. Bajó la voz.

–Más allá del puntaje, en verdad no lo sé.

Sus abuelos intercambiaron una mirada.

–¿Y qué hay de la propuesta? –preguntó Nana.

–Quieren que pasemos tiempo juntos. –Joanne abrió los ojos como platos, así que Jess se apresuró a aclarar–: No en *ese* sentido. Dios, no. Es solo para comprobar si el resultado es correcto, si de alguna forma somos compatibles en cuanto a lo emocional.

Nana Jo, satisfecha con esa respuesta, bajó la mirada a sus cartas y contó en voz alta los puntos que había acumulado. Movió su clavija en el tablero y luego dirigió su atención hacia Jess.

–Para no agradarte, pareces muy nerviosa.

–Bueno… –Se enfocó en el fondo de la botella–. Se ofrecieron a pagarme.

–Santo cielo. –Nana bebió otro sorbo de vino.

–¿Cuánto? –Ronald la miró fijamente con los ojos aguados.

Jess se rio por lo bajo. Por supuesto que eso sería lo que preguntaría su abuelo.

–Un montón. –Aguardaron un momento–. Diez mil dólares por mes.

Parpadearon, perplejos. No volaba ni una mosca. Se oían pasar los autos y la risa de alguien en el restaurante de al lado.

–Solo para conocerse –repitió su abuela–. Nada de sexo.

–Exacto. –Jess levantó un hombro–. Necesitan que los ayudemos a comprobar su hipótesis. Además, treinta mil dólares me vendrían muy bien.

–Pero no suenas convencida –comentó Ronald.

–Por supuesto que no.

–¿Crees que sea inofensivo? –Su abuelo la miró serio.

–En realidad, no nos llevamos bien, pero hasta donde sé, no es un sociópata. Le falta mucho encanto para serlo. –Como ninguno de los dos se rio, agregó–: Tiene *mucho* dinero invertido en su empresa, obviamente. Así que, no creo que tirar mi cuerpo en un basurero valga la pena comparado con los millones de dólares que espera ganar si el lanzamiento tiene éxito.

–Entonces –su abuelo se quitó los anteojos–, no sé por qué lo estás pensando tanto.

–Ronald Davis –lo regañó Nana–. Esta es su decisión.

–¿Qué? –dijo, con las manos arriba, en señal de defensa–. ¿Acaso tú rechazarías esa cantidad de dinero?

–¿Ahora? Pues, obvio que no. –Se señaló y le lanzó un guiño de complicidad a Jess–. Si me lo hubieras preguntado hace cuarenta años, la respuesta habría sido diferente.

–Nana Jo, me sorprendes –se burló Jess con una sonrisa.

–Si la hubieras conocido en ese entonces, no lo haría. –Ronald se reclinó en la silla, evitando el golpecito juguetón que Nana le iba a dar en el hombro–. Nadie me lo preguntó, pero yo creo que deberías aceptar. Por supuesto, siempre y cuando no te pidan que mientas, que cometas fraude o que robes un banco. Vayan a cenar, conversen,

cuéntense historias. Como mínimo, tendrás tiempo de respirar un poco. –Volvió a tomar sus cartas de la mesa–. El costo de la universidad aumenta cada vez más.



–Me hacen reír.

Sentadas en un banco del parque, Fizzy y Jess observaban a Juno intentar enseñarle a Paloma a pasear con una correa. La niña dio un paso adelante y esperó pacientemente a que la gata la siguiera. A su alrededor, los perros perseguían las pelotas que sus dueños les lanzaban, lamían sus caras, ladraban y movían la cola. Paloma estaba agazapada, atenta a cada sombra, cada sonido y cada flor. Parecía que en cualquier momento se echaría a correr.

–Sin contar la gran huida de hace unas semanas, nunca ha estado en otro lugar más que en nuestro patio –dijo Jess–. Estoy segura de que se debe sentir como si a nosotras nos pusieran un arnés y nos llevaran a Marte.

Para cualquier nativo de San Diego, pasar tiempo dentro de casa era insoportable y un viernes a las tres de la tarde, bajo el primer rayo de sol en toda la semana, el parque Trolley Barn estaba a reventar de personas que añoraban la luz solar. Se respiraba ese aroma fresco y brillante, después de que las nubes se aclararan y la suciedad de las ramas de los árboles se limpiara. El cielo portaba un color azul increíble. Y el cabello castaño rojizo de Juno contrastaba con el fondo verde y azul.

–No la jales –le recordó a su hija con una sonrisa.

–No la estoy jalando.

Por el rabillo del ojo, Jess vio cómo Paloma movía la cola, segundos antes de lanzarse hacia delante y atrapar algo entre sus patas. Durante todo ese tiempo que estuvo agazapada, había estado acechando a su presa.

Juno chilló de la emoción.

–¡Mamá! –Le hizo señas para que se acercara, pero Jess se detuvo cuando la niña dijo–: Paloma atrapó una *mantis religiosa*.

Jess se quedó en el lugar, pero Fizzy pegó un salto y se subió al banco, ganándose la mirada del insecto con el que la gata no sabía qué hacer. Paloma lo atrapó, le jugó con la patita y, sin embargo, también parecía asqueada.

–Juno, cariño –la llamó Jess, riéndose–. Haz que lo suelte, por favor.

La niña se agachó y le separó las patas a la gata, dejando escapar a la mantis, que lentamente se escabulló por el pasto.

Fizzy se volvió a acomodar en su lugar y, por alguna extraña razón, Jess supo lo que se le avecinaba.

–Todas podríamos aprender algo de esa gata.

–Aquí vamos…

–Hay que *abalanzarse* sobre una oportunidad cuando la vemos.

–Ajám… –respondió, distraída.

–Quiero decir –continuó su amiga ignorándola–, claro que entiendo que quieras ser precavida, pero, cuando surge una oportunidad, tienes que aprovecharla.

–¿Tal como lo hizo Paloma? –dijo, burlona–. Capturó a ese pobre insecto y no tenía ni idea de qué hacer con él.

Notó que Fizzy se volteaba a verla.

–¿Crees que no sabrías que hacer con treinta mil dólares?

–En realidad, esa es la parte que más me confunde: es el mayor incentivo, pero también la mayor desventaja. Necesito dinero, pero en cierta forma, creo que sería mucho más fácil si lo hiciera solo por amor a la ciencia. –Se encogió de hombros y echó la cabeza hacia atrás, mirando al cielo–. Que me paguen para "conocer a River" se siente un poco… ilegal.

Fizzy rio.

–Ya ves, yo pondría eso en la columna de ventajas.

–Bueno, tú eres la de espíritu aventurero aquí.

–Lo único que digo es que tienes que estar loca para dejar pasar una oferta como esa.

Jess suspiró.

–Créeme, de veras lo estoy considerando.

–Bien. –Después de un minuto de silencio, agregó–: Casualmente, anoche conocí a alguien que me agradó mucho.

Habían estado juntas desde las siete de la mañana y ¿recién ahora se lo mencionaba?

–¿En serio? ¿Es un *match*?

–Es lo que en ciencia se conoce como "*match* orgánico" –bromeó–. Daniel invitó a algunos amigos y este tipo, Rob, estaba entre ellos. Es el hermano de un amigo de Daniel de la universidad que ahora trabaja en un banco, lo cual suena tan básico que parece mentira, pero le pedí que me mostrara su tarjeta de negocios y era real. De verdad decía "bancario". Es gracioso y muy apuesto y anoche, cuando estuve en mi mayor nivel de intensidad, parecía maravillado.

–¿Con "tu mayor nivel de intensidad" te refieres a cuando te pones a hacer un monólogo sobre el impacto positivo que tuvieron las novelas de romance en la sociedad o a cuando de repente te pones a empapelar tu habitación con las páginas de tus libros favoritos?

–Nivel "tomé tres chupitos de tequila y le pedí que me ayudara a esconder los zapatos de Daniel por toda la casa".

–Ah. –Jess se volteó a ver a Juno, que había dejado de intentar pasear a la gata y, en su lugar, dejaba que otros niños la acariciaran–. Deberías hacer que Rob "El Bancario" enviara su muestra para poder compararlo con tus otras citas.

–La verdad es que no sé si quiero hacerlo. Con mis citas anteriores sabía el puntaje y la pasamos bien, pero siento que saber que no había muchas chances de que prosperara hizo que no me las tomara en serio. No esperaba que me cambiaran la vida y, en efecto, no fue así. Entonces, me pregunto si la razón por la que no prosperó fue porque el test acertó o porque no me esperaba que fueran almas gemelas.

–A ver, según las estadísticas, tienes más posibilidades de encontrar a tu alma gemela con un Match de Plata que con uno de Titanio.

–Estás usando estadísticas conmigo.

Jess soltó una risita. ¿Cómo podía aconsejar a su amiga cuando ella misma batallaba contra un dilema similar?: las personas que obtienen noventa y ocho puntos, ¿simplemente dan por sentado que ese *match será su final feliz?*

–Y sigo creyendo que estás loca por no querer conocer a River, pero si yo tuviera un Match de Diamante, ¿también me sentiría abrumada por la presión y querría abandonar?

A Jess le causó gracia lo mucho que se parecían sus pensamientos.

–Ajá.

–Por otra parte, creo que, si tuviera un Match de Oro, estaría muy entusiasmada. –Se sentó sobre una pierna flexionada y se giró hacia Jess–. Hay algo en el hecho de saber que eres compatible con alguien, según todos estos factores biológicos, que hace que sea mucho más fácil comprometerse de verdad con una relación, cosa que no suelo hacer. –Una pausa–. Pero, aun así… –llenó las mejillas de aire y exhaló–, Rob me agrada bastante. Todavía no estoy preparada para saber que no estamos *destinados* a estar juntos.

–Entonces *sí* crees que eso de DúoADN es real. –Jess le dio un golpecito en la rodilla con el dedo índice.

Fizzy la tomó de la mano y las entrelazó.

–Creo que la verdadera pregunta aquí es: ¿lo crees tú?



DIEZ

Jess se bajó del auto, frente al edificio de GeneticAlly, consumida por una extraña sensación de confusión. Eran pasadas las siete de la tarde y no había nadie en el estacionamiento, pero había algo en esa quietud que le resultaba inquietante. Sus manos parecían flotar extendidas a unos centímetros del torso, como si estuviera planeando en lugar de caminando. No era la primera vez que su propio cuerpo se desentendía. Había experimentado aquella disociación física de forma intermitente a lo largo de su infancia y, gracias a la terapia, había descubierto que le ocurría cuando evitaba pensar en algo. Sin embargo, cada vez que imaginaba la posibilidad de que DúoADN tuviera razón y ella y River fueran una buena pareja, su mente se quedaba en blanco e impedía que continuara con su monólogo interno.

Y ahora se encontraba allí, aunque no sabía si haber llamado David para decirle que quería reunirse con ellos había sido la decisión correcta. Habría un abogado, firmarían un contrato… y no tenía ni idea de qué sucedería después.

Supuso que Lisa o la recepcionista saldrían a recibirla en el vestíbulo, como las otras veces; pero quien la esperaba junto a los sillones de cuero era River.

Se le cortó la respiración. Así, oculto en la sombra, aparentaba ser delgado y más alto que un rascacielos. Tan solo pensar en disfrutar de tocarlo hacía que se sintiera mareada.

River sacó la mano del bolsillo de su pantalón y la saludó con timidez.

–Hola. –Se rascó la nuca, dubitativo e inseguro–. No estaba seguro de que vinieras.

–Somos dos.

¿Qué ganas con esto?, quería preguntarle. *¿Es por la gloria, el dinero o por algo más?* Claro estaba que no le interesaba el amor.

Hizo un ademán con la cabeza y la guio por el pasillo, a través de las puertas dobles, hasta el elevador, que llamó con el botón de subir.

–¿Cómo estuvo tu día?

Jess se mordió el labio para disimular una sonrisa de asombro. River lo estaba intentando.

–Em… Bien, ¿y el tuyo?

–Muy bien.

–¿Siempre trabajas hasta tan tarde?

–Casi.

La puerta del elevador se abrió; se adentraron en él y pronto quedaron encerrados en el cubículo.

–¿Tienes alguna pregunta para mí? –preguntó él.

Esta vez, Jess no pudo contener el impulso y se le escapó una risa.

–Sí, miles. Qué amable de tu parte que me lo preguntes.

–De acuerdo –replicó, sonriendo cabizbajo–, supongo que me lo merecía.

–Lo único que *necesito* saber antes de entrar a la sala de conferencias es si es cierto que estás soltero.

–Nunca habría aceptado hacer esto si no fuera así. –Negó con la cabeza.

–De acuerdo, está bien. –Cuando vio la expresión de curiosidad de River, agregó–: Yo tampoco estoy en una relación.

–Yo también tengo una pregunta para ti –comentó cuando llegaron al segundo piso. Cuando las puertas se abrieron, salieron y se detuvieron a mitad del pasillo, lo suficientemente lejos como para que quienes estuvieran en la sala de conferencias no los oyeran–: En primer lugar, ¿por qué te hiciste el test? No se te ve muy emocionada ante la posibilidad de tener cualquier tipo de match, mucho menos uno de Diamante.

–Esa –lo apuntó con el dedo– es la pregunta del millón –dijo sonriente. Volvió a ponerse seria y bajó la mano. En ese momento, entendió que no iba a poder emplear el humor para evitar contestar. No era una mala pregunta. Cuando hizo el test, había sentido el verdadero deseo de querer a alguien más en su vida, ¿por qué ahora se resistía?

En ese instante, lo entendió: la idea de encontrar al indicado… era demasiado.

–Cuando nos cruzamos en el centro, yo había tenido un día terrible –le explicó–. Me robaste el lugar para estacionar, tampoco detuviste el elevador. Perdí a un cliente importante, tuve que asistir a una reunión repleta de parejas casadas arrogantes, me fui a casa y, simplemente, me sentí patética. Así que escupí en el tubo y lo envié, pero no debería haberlo hecho.

Vio cómo la expresión de River cambiaba ante su declaración.

–Todos somos más vulnerables a la noche –continuó–. Debería haber esperado hasta la mañana siguiente.

–Comprendo. –Asintió una vez con la cabeza. Se volteó y continuó el recorrido hasta el final del pasillo.

¿Eso era todo? ¿En serio? Había respondido con total honestidad a la Pregunta Del Año, ¿y él tan solo asentía y seguía su camino?

¿Qué demonios le pasaba por la cabeza? Ese hombre era una caja fuerte.

River la esperó en la puerta de la sala y le indicó que pasara primero. Suponía que se encontraría con una habitación llena de testigos que contemplarían la ceremonia de la

firma de contrato entre dos Match de Diamante que, como mucho, se toleraban mutuamente. Sin embargo, solo había dos personas: David y un hombre desconocido tan parecido a Don Cheadle que Jess sonrió de oreja a oreja, hasta que lo vio más de cerca y se dio cuenta de que solo era un doble.

A David no le pasó desapercibida su reacción y se rio.

–Lo sé. Es increíble.

–Soy Omar Gamble, jefe del departamento legal. Un placer conocerte –dijo el doble de Don Cheadle.

–Solo Jess. –Le dio un apretón de manos.

¿Qué pensarían de ella? *¿Desesperada? ¿Estúpida? ¿Oportunista?* Aunque, por esa cantidad de dinero, ¿de verdad le importaba qué pensaban de ella?

Como no había mucho más para decir, cada uno se sentó en su silla. Omar abrió una carpeta y sacó una pequeña pila de documentos.

–Sabemos que no viniste con un abogado, así que vamos a darte un tiempo para que leas esto.

–¿Quieres que River y yo nos vayamos? –preguntó David.

River hizo ademán de ponerse de pie, lo cual le molestó. Al menos debía dejar que ella tomara la decisión.

–No, pueden quedarse, si no les molesta –respondió, terca.

River volvió a sentarse despacio.

Para ser sincera, esta situación era nueva. Jess y River estaban sentados juntos de un lado de la mesa, frente a David y a Omar, y ella acababa de pedirles que se quedaran y, básicamente, la observaran mientras leía cinco páginas cargadas de jerga jurídica. Leyó el contrato de principio lo más atenta posible, bajo la presión de la mirada de los tres hombres.

> CONSIDERANDO que el Sujeto A (JESSICA DAVIS) le ha señalado a GeneticAlly S.R.L. y al Sujeto B (RIVER PEÑA) su voluntad de comprometerse a…
>
> … no divulgar información confidencial…
>
> … un mínimo de tres (3) interacciones por semana, que incluyen mas no se limitan a paseos, llamadas telefónicas…
>
> … asistir a eventos publicitarios y/o entrevistas que no deberán exceder los dos (2) días semanales…
>
> … declarar explícitamente que Sujeto A y Sujeto B no tienen obligación contractual de tener contacto físico durante la…
>
> … se le entregará una compensación monetaria igual al monto de diez mil dólares ($10.000 USD) por cada mes de duración del contrato, que inicia el día 10 de febrero…
>
> …EN FE DE ELLO, Sujeto A y Sujeto B contraen el presente acuerdo en primera persona o a través de un representante, firmando aquí.

Jess se reclinó en el asiento y suspiró. Era… demasiada información para procesar.

–Tómate tu tiempo –le dijo Omar con una sonrisa que le llegaba a los ojos–. Es una

situación fuera de lo común, lo entendemos.

Se volteó hacia River.

–¿Ya lo leíste? –Él asintió–. ¿Tuviste alguna objeción?

La observó unos instantes y, finalmente, dijo:

–Mis inquietudes fueron tratadas antes de tu llegada.

–¿Y esas inquietudes eran…?

–Pedí que agregaran la cláusula número quince.

Jess bajó la mirada y buscó la página dos.

> … declarar explícitamente que Sujeto A y Sujeto B no tienen obligación contractual de tener contacto físico durante la duración del acuerdo y dicho contacto se establecerá solo bajo la discreción de las partes involucradas que se mencionaron con anterioridad. Los agentes, los cesionarios, los funcionarios y la junta directiva de GeneticAlly S.R.L. quedan exonerados ante cualquier reclamo o daños subsecuentes que deriven de dicho contacto.

Su lado feminista le daba una ovación de pie a River por asegurarse de que no se sintiera presionada a hacer algo que requiriera contacto físico. Sin embargo, la voz del monstruo de la inseguridad en su interior era más fuerte. ¿River pedía un romance de telenovela en blanco y negro, que ni siquiera tenían que tocarse? Con ustedes, damas y caballeros: su alma gemela.

Su sentido del humor saltó en su defensa.

–Entiendo: no me pagan para acariciar a la bestia.

–Correcto. –Omar asintió, reprimiendo una sonrisa.

–Además, si por algún motivo no soy capaz de contener mi libido y River se da cuenta de que lo que corre por sus venas es sangre y no cemento y termino quedándome embarazada, no será su culpa, muchachos.

River se ahogó con su saliva y Omar se cubrió la boca con el puño para esconder su sonrisa.

–Correcto.

–No hay nada de que preocuparse. –Jess miró a River con una sonrisita melosa–. Excelente aclaración, Americano.

–Me pareció una cláusula necesaria –comentó, tenso.

Volviéndose de nuevo hacia Omar, Jess agregó:

–Una cosa que no veo en el contrato, lo cual creo que es bueno: me gustaría que quedara asentado que no quiero que mi hija se vea involucrada de ninguna manera en esto. No quiero que le tomen fotografías o que se vea implicada en ninguno de los paseos o de las entrevistas.

–Concuerdo –dijo River enseguida–. Nada de niños.

Fue el tono de su voz, como uñas en una pizarra, lo que le llamó la atención.

–¿Es que no te agradan los seres humanos de ningún tamaño o…?

–¿Quieres que te apoye o no? –La miró confundido.

–¿Podrían agregarlo? –le preguntó Jess a Omar.

Lo vio tomar nota en su copia del contrato.

–Puedo hacer esa modificación de nuestra parte, aunque debo advertirte que no

tenemos ningún control sobre la repercusión en los medios si algún reportero se entera de que tienes una hija. Lo único que podemos prometerte es que ni GeneticAlly ni ninguno de nuestros inversores y afiliados hablará de su existencia con la prensa.

–Yo me encargaré de mantenerla fuera del ojo público, solo no quiero que den por sentado que pueden utilizarla para publicidad, también.

Omar le envió una mirada rápida River. Jess vio cómo la expresión del abogado cambió por un instante mientras los dos hombres se comunicaban en silencio. Aun así, ese segundo fue suficiente para que se diera cuenta de que había dicho algo malo. Estaban muy cerca de llegar a la meta de un proyecto al que le tenían fe desde hacía años.

Tuvo la intención de aclarar lo que había querido decir, pero el momento pasó y Omar siguió como si nada.

–Haré la modificación en el contrato y pediré que te lo envíen lo antes posible.

–Excelente, gracias por…

–De hecho –la interrumpió River. Vaciló unos segundos, esperando a que ella se volteara a verlo. Cuando sus miradas se cruzaron, Jess sintió que le faltaba el aire y que la sangre le había dejado de correr por las venas–, me gustaría verificar los resultados del test.

¿Acaso era una broma? ¿*Ahora* quería verificarlos, cuando tenían el contrato en frente y estaba a punto de firmarlo para convertirse en su novia falsa por los próximos tres meses?

–¿Estás se…? Quiero decir, supuse que ya lo habían hecho.

–Verificamos las muestras de saliva –se apresuró a explicar él–, pero me gustaría tomarte rápidamente una muestra de sangre y mostrar el lisado en la pantalla, junto con la mía.

Las mejillas de Jess se sonrojaron ante la mención de que su sangre estaría en tubos de ensayo, uno junto al otro, dentro de una centrifugadora.

–Seguro. Como quieras.

River volvió a mirarla a los ojos y ahí fue cuando se dio cuenta de que había visto cómo se ruborizaba.

–Seguro –repitió él con una sonrisa tímida–. Como quieras. Sígueme.



River juntó todo lo necesario en una bandeja al lado de dos sillas: un exhibidor con tubos de ensayo esterilizados, un torniquete, una aguja, alcohol, discos de algodón, gazas y cinta hipoalergénica. Mientras esperaban a que llegara la enfermera, River pasó un largo rato lavándose las manos en el lavabo, se las secó con una toalla limpia… y luego se colocó un par de guantes de nitrilo azules.

–¿*Tú* vas a hacerlo? –le preguntó Jess, cayendo en la cuenta como una pesa que cae al agua.

River se quedó duro como una piedra después de colocarse el segundo guante.

–Ya no queda nadie en el edificio que sepa sacar sangre. ¿Te parece bien?

–Este… ¿Qué?

–Lo siento, me expresé mal. –Soltó una risita–. Tengo licencia para hacerlo. No es que esté haciéndolo porque no hay nadie más.

Jess quería mantener el profesionalismo, pero no pudo evitar el tono burlón en su voz:

–¿Me estás diciendo que además de genetista y director científico eres flebotomista?

Una breve sonrisa cruzó la expresión de River.

–Al comienzo, cuando recién empezábamos a testear el lisado de sangre, reclutamos a un gran número de voluntarios de las universidades locales –explicó–. Era una época de mucho ajetreo. –La miró a los ojos y luego llevó la mirada hacia su brazo–. Así que obtuve mi licencia.

–Qué habilidoso. ¿También sabes de cocina y de jardinería?

¿Acaso acababa de sonrojarse? Ignoró la pregunta, probablemente pensó que era retórica, y retomó su tarea.

–Ya casi no paso mucho tiempo en el laboratorio. Antes me encargaba de revisar todos los datos que salían de ahí. –Señaló dos máquinas cuadradas en el otro extremo de la sala–. Ahora todo está tan modernizado que ya no me necesitan aquí.

–Déjame adivinar: eres quien se encarga de las reuniones.

River sonrió y asintió.

–De las reuniones eternas con los inversores.

–Que manden al científico guapo, ¿no? –Apenas salieron las palabras de su boca, quiso tragarse el puño.

River se rio mientras terminaba de preparar todo y le indicó que tomara asiento y, santo cielo, de repente hacía mucho calor.

–¿Podrías…? –Le hizo señas de que se arremangara.

–Claro. Lo siento. –Torpemente, hizo lo que le pidió, y se enrolló la manga por encima del hombro. Con mucha delicadeza y con toda la calma del mundo, River le pasó una mano por debajo del codo, acomodándole el brazo un poco más adelante, y palpó en el pliegue, examinando sus venas. Jess, con la piel de gallina ante el contacto, se limitó a mirarlo a los ojos, que, para ser honesta, eran absurdos.

Se halló inclinándose hacia él, un poco fascinada y deseando que levantara la vista una vez más.

–Tienes unos ojos muy bonitos. –Contuvo el aliento. No había sido su intención decirlo en voz alta. Se aclaró la garganta–. Lo siento, apuesto a que te lo deben decir muy seguido.

River vaciló.

–¿Y por qué los hombres siempre tienen pestañas más gruesas? –protestó–. Si ni siquiera les importan.

–Una verdad dolorosa. –En la comisura de su boca había un dejo de otra sonrisa. Satisfecho con la búsqueda de la vena, tomó el torniquete y le hizo un nudo rodeándole el brazo–. Aunque, voy a contarte un secreto –dijo. La miró a los ojos por un breve segundo y se volvió a concentrar en el torniquete–. Preferiría que me dieran un puñetazo en la mandíbula antes de tener que aguantar que se me meta una en el ojo.

Jess estalló en carcajadas. River volvió a sostenerle la mirada, y sintió una conmoción en su interior. Era tan apuesto que le generaba violencia.

Su expresión debió haber reflejado ese sentimiento, porque River borró su sonrisa y volvió a concentrarse en su brazo. Vertió alcohol en dos discos de algodón y comenzó a frotárselos en la piel.

–Cierra la mano –le pidió en un suave murmullo.

¿Es una mala idea?

Tomó la aguja, le quitó el capuchón y le dio un golpecito con el dedo índice. Sí, era una

malísima idea.

Necesitaba una distracción.

–¿Cuál es la historia? –le preguntó.

–¿La historia? –Concentrado, River se acercó un poco más e insertó la aguja con tanta destreza que apenas sintió el pinchazo.

–*La* historia. –Se aclaró la garganta, apartando la mirada de la aguja clavada en su brazo–. La del origen.

River se fue enderezando a medida que se llenaba el tubito.

–¿Del proyecto?

–Sí.

–¿Lisa no mencionó los primeros estudios en la presentación? –Su ceño fruncido denotaba preocupación por la integridad profesional de la compañía, seguramente pensando en la sanción que le daría a su empleada.

–Sí, lo hizo. Nos habló de tu estudio sobre la atracción –respondió de inmediato y por supuesto que no se quedó viéndole embobada la garganta cuando tragó– y, este…, sobre la felicidad a largo plazo en los matrimonios. Pero me interesa más saber cómo se te ocurrió, qué fue lo que te motivó.

River retiró el primer tubo y le puso la tapa presionándola con el pulgar, a la vez que le colocaba el segundo con la mano izquierda. Sus movimientos le parecieron muy excitantes.

–¿Te refieres a cómo es que un imbécil como yo comenzó a estudiar el amor?

–No estoy segura de si tu intención es hacerme sentir mal, pero permíteme recordarte que aquí es donde le dijiste a tu amigo que yo era, y cito, "completamente corriente".

Lo vio poner los ojos en blanco, divertido.

–No esperaba que me oyeras.

–Ah. Pues, en ese caso, no es para nada insultante.

–Eres… –Levantó la vista, recorriéndole el pecho, el cuello, el rostro y volvió a dirigirla hacia su brazo–. Eres el sujeto de prueba perfecto. Desde un punto de vista científico, "corriente" no es un insulto. Eres exactamente lo que buscamos. –No estaba segura de si lo había imaginado, pero bajo la luz tenue, la punta de sus orejas parecía haberse enrojecido. River cambió con facilidad el segundo tubo por el tercero y le quitó el torniquete–. En fin, esa mañana había sido muy ajetreada. –Sonrió para sí mismo, antes de agregar–: Y es probable que tu actitud me haya causado rechazo.

–Dios mío.

River se rio bajito.

–Vamos, solo bromeo. Es obvio que no nos caímos bien al principio.

–No te gustó que te tomara del brazo en Twiggs.

–Me sorprendió –dijo sin mirarla a los ojos. Se aclaró la garganta–. A veces pienso demasiado las cosas. Quizá ya te diste cuenta de que puedo llegar a ser un poco… –volvió a esbozar una sonrisita, pero solo por un instante. Ahora la ves, ahora no la ves– intenso.

–Lo he notado solo una o dos veces.

–Entonces –destapó el último tubo con facilidad–, la historia del origen: cuando estaba haciendo el posgrado, había una mujer que trabajaba en el laboratorio de David, se llamaba Rhea.

Una mujer, pensó Jess. *Por supuesto*.

–Éramos rivales, por decirlo de alguna manera.

Por la forma en la que enunció las últimas cinco palabras, era obvio que se refería a *rivales con beneficios*.

River retiró la aguja y rápidamente cubrió la zona con una gasa. La mantuvo presionada con su pulgar y el resto de su mano le rodeó el brazo.

–Una noche, en una fiesta, comenzamos a hablar sobre el Proyecto Genoma Humano, fundado en los noventa.

–Como lo haría cualquiera en una fiesta.

Se rio y el sonido, genuino y puro, le provocó a Jess un choque erótico, como un azote.

–Sí, así es. Hablamos sobre las implicaciones de tener conocimiento sobre todos y cada uno de los genes del ser humano y sobre cómo se podría manipular esa información. Por ejemplo, ¿se podría reclutar a las personas para algunos puestos de trabajo basándose en su perfil genético?

–Muy a lo *Un mundo feliz*.

–¿Verdad que sí? –Revisó debajo de la gaza para comprobar si seguía sangrando y, satisfecho, tomó una gasa nueva y se la pegó en el brazo con un trozo de cinta–. En fin, creo que bebimos un poco y en algún momento mencioné que sería interesante saber si la atracción sexual podía estudiarse a través del ADN. Rhea se rio y dijo que era lo más estúpido que había escuchado.

Jess se lo quedó mirando, esperando a que le contara el resto y el calor que había provocado su risa comenzó a desvanecerse.

–¿Eso es todo?

–Este… No es *todo* todo –contestó, sonriendo con timidez–. Al final, se volvió un verdadero experimento científico, y si tu pregunta es si lo que le dio chispa al proyecto fue la burla de una mujer, no estarías muy errada. Pero no fue una cuestión de inseguridad o vanidad; al principio, fue verdadera curiosidad. Como una especie de apuesta. ¿Por qué Rhea lo veía posible para contratar profesionales para un trabajo y no para buscar pareja? ¿No se supone que ambas cosas se tratan de encontrar a la persona indicada y de la satisfacción?

River tenía un buen punto.

–Como sea, ella no fue la única persona que se burló de la idea. –Inclinó la cabeza y se rio por lo bajo mientras revisaba las etiquetas.

–¿A qué te refieres?

–Imagina ser una genetista joven bastante respetada y que todo el mundo se entere de que planeas aplicar todo tu conocimiento a un experimento para averiguar quién se enamorará de quién.

–¿Se burlaron de ti muchas personas?

Movió la cabeza de lado a lado, una mezcla de sí y no.

–Los científicos suelen criticar a otros científicos y lo que eligen hacer con su tiempo y su conocimiento.

–Se parece al mundo de la literatura y a Fizzy.

–¿Ah, sí? –Arqueó las cejas–. ¿Qué quieres decir?

–No tienes idea de lo que la gente dice sobre sus novelas románticas. Las llaman "basura" o "placer culposo", como si fueran algo de lo que avergonzarse. Incluso en las entrevistas. Suelen preguntarle qué piensa su padre de que su hija escriba escenas eróticas.

–Sí, lo entiendo. Al principio, casi todos los que me conocían me preguntaban: "¿Estás tan desesperado por encontrar una novia?". Obviamente, ignoraban por completo que, en el año 2018, quince por ciento de la población estadounidense usaba sitios de citas y que el mismo quince por ciento gastaba al menos tres mil millones de dólares al año en las suscripciones de esos sitios. Imagina que ese número aumente a un cuarenta y dos coma cinco por ciento…

–El porcentaje actual de personas solteras de más de dieciocho años –completó Jess. Sus miradas colisionaron y mantuvieron el contacto visual mientras compartían ese momento profundo, e inesperadamente sensual, de amantes de las estadísticas–. Bueno –apartó la vista un segundo y volvió a mirarlo–, estoy segura de que tú serás quien ría último y, además, yo creo que es increíble. –River se la quedó viendo, pasmado–. De verdad. Es solo que… –Jess hizo una mueca y la pregunta obvia osciló en el aire, como un columpio que se balancea por el viento–. ¿Te molesta que no crea que nuestro puntaje sea real?

–En realidad, no. Tu escepticismo es admirable. –Esbozó una sonrisita autocomplaciente–. Además, tenemos la cantidad suficiente de datos, por lo que tengo la certeza de que sé lo que estamos haciendo. Tan solo tendrás que pensar cuál será tu postura si el resultado vuelve a ser el mismo.

–¿Cuáles son *tus* expectativas?

–Creeré que es real si el test dice que somos biológicamente compatibles, pero tampoco soy un loco de la ciencia, Jess. Soy consciente del objeto de estudio. –Se quitó los guantes y los colocó en la bandeja–. Nadie va a obligarte a que te enamores de mí.

Cuando River bajó la mirada, Jess pudo estudiarlo sin vergüenza. Su piel era olivácea y suave, el dejo de una barba incipiente, labios carnosos. No lo sabía con certeza, pero creía que debía tener unos treinta y cinco años. Se imaginó cómo se vería en el futuro, con el cabello canoso y con arrugas a los costados de los ojos al sonreír.

Se removió un poco en la banqueta, afectada por una extraña sensación.

–Cuando viste que el primer test había tenido un resultado de noventa y ocho puntos, ¿cuál fue tu primera reacción?

–Miedo. –River se paró y se colocó otro par de guantes.

Esa… no era la respuesta que esperaba. Jess lo siguió con la mirada, observándolo mientras llevaba el exhibidor con los tubos de ensayo hacia la campana química.

–¿Miedo? ¿En serio?

–Más de noventa puntos implica que nos adentramos en un rango de puntajes que podrían afectar nuestras estadísticas. –Metió los tubos de ensayo dentro de la campana y luego se quitó los guantes, volviéndose hacia Jess–. Ya habíamos detectado grandes resultados en parejas con *hasta* noventa puntos de compatibilidad. Recibimos los resultados de las evaluaciones de conducta y de estado de ánimo, y la escala era completamente lineal. No sabíamos con qué nos íbamos a encontrar. ¿Se mantendría de la misma forma? ¿Cómo se vería el gráfico con respecto a la compatibilidad emocional? Lo más sensato sería obtener una curva sigmoidea, ya que puede aplanarse cuando el puntaje de satisfacción emocional supere los ochenta puntos, formando así una asíntota. Pero imaginar que a mayor compatibilidad biológica podamos obtener *menor* compatibilidad emocional… eso fue lo que me asustó. La realidad es que no queremos que se forme una campana de Gauss, pero tampoco contamos con muchos datos como para asegurar que eso va a pasar.

Dio la impresión de haberse escuchado divagar, porque se quedó callado de repente y se sonrojó.

El River cohibido era mucho para ella. Jess disimuló la debilidad:

–*Eres demasiado* cerebrito.

–Solo digo que, si la compatibilidad emocional real decae ante puntajes más altos, se reduciría el rango de posibles parejas y se haría más complicado sostener que los emparejamos correctamente.

–Sin embargo, eso no fue lo que sucedió, ¿verdad? –señaló–. Todas las parejas están felices.

–Las que conocemos, sí, pero, como dije, solo hay un par en lo más alto de la escala. –Se sentó frente a la campana química, se puso un par de guantes nuevo, los roseó con alcohol y se colocó un segundo par encima.

No dejaba nada librado al azar. Hasta Jess sabía que podría haber preparado la muestra sobre la mesa del laboratorio, pero no le sorprendía que River hubiera utilizado la técnica estéril. Aun así, la ansiedad que sentía en el estómago había alcanzado su pico más alto: si el resultado volvía a ser noventa y ocho, tendría que encontrar una nueva explicación, aun cuando comenzaba a creer que River Peña no era el peor ser humano del planeta Tierra.

Jess señaló con el mentón las dos máquinas idénticas que estaban al otro extremo del laboratorio.

–¿Esas son las máquinas de DúoADN?

River levantó la vista un segundo en la misma dirección que ella y asintió.

–Les dimos el nombre supercreativo de DúoADN 1 y DúoADN 2. –Podía percibir su sonrisa en su tono de voz–. DúoADN 2 está fuera de servicio por el momento, el técnico vendrá a repararla la próxima semana. Volverá a estar lista para mayo, eso espero. Eres bienvenida de quedarte a pasar el rato si gustas, pero debo comunicarte que el análisis tarda ocho horas, por lo que no obtendremos el resultado hasta mañana temprano.

–¿Una noche de viernes muy alocada para ti? –bromeó.

Pero River estaba de espaldas, por lo que Jess no pudo ver si al menos había esbozado una sonrisa.

–Por lo general, me la paso aquí, de todos modos. –River se enderezó, interesado en el tema de conversación.

–Suenas como el novio soñado.

River soltó una risita, apreciando el chiste tanto como Jess había imaginado que lo haría. Se dio cuenta de que le estaba dando permiso de retirarse. Se puso de pie y se acomodó la manga:

–Creo que me iré a casa, Juno me espera.

–Mañana te llamo –le dijo, aún dándole la espalda–. Independientemente del resultado.



ONCE

–Ma, ¿sabías que la primera montaña rusa se construyó para que las personas dejaran de ir a burdeles?

Jess apartó la mirada de la computadora para mirar a la niña de siete años en pijama, recostada cabeza abajo sobre respaldar del sofá. El cabello le había crecido hasta la cintura y Paloma se armó su propio nidito sobre los almohadones, donde caía.

–Disculpa, niñita, ¿cómo sabes lo que es un burdel?

Juno la miró por encima del libro que estaba leyendo.

–Lo escuché por ahí.

Jess la señaló con la barbilla.

–¿El libro sobre lagartijas que trajiste de la biblioteca menciona los burdeles?

–No, lo escuché en una película que miramos con el abuelo.

Jess se inclinó sobre la mesa, apoyando el codo cerca del cuenco de avena sin terminar y miró a Ronald, que se veía muy inocente sentado en la silla reclinable resolviendo un crucigrama.

–Fue en un programa de Historia que pasaban en la tele –respondió, despreocupado. Volteó la página–. En pocas palabras, un documental.

–¿Un documental sobre burdeles? ¿No podía esperar hasta que tuviera, no sé, diez años?

Juno, aún de cabeza, le sonrió victoriosa.

–Busqué el significado en el diccionario que *tú* me compraste.

Maldición.

Paloma salió corriendo justo antes de que la niña se deslizara por el sofá y se desplomara en el suelo. Riéndose, Juno se incorporó y echó la cabeza hacia atrás, tenía todo el pelo

enmarañado.

–Era una película de Billy el Niño.

Jess se volvió hacia Ronald una vez más.

–*¿Demasiado jóvenes para morir?* –preguntó, incrédula–. ¿Mi hija de siete años vio *Demasiado jóvenes para morir*?

–En mi defensa –empezó a excusarse, sin todavía despegar la mirada del crucigrama–, estábamos viendo *Frozen* otra vez y me quedé dormido. Cuando me desperté, había cambiado de canal y se veía interesante. ¿Acaso no quieres que aprenda Historia?

La niña se acercó a su madre dando saltitos y le echó un vistazo a la pantalla de la computadora. Era evidente que Jess estaba desesperada; literalmente había buscado *proyectos de arte para niños de segundo grado* en Google.

–Ya sé lo que quiero hacer para mi proyecto –le dijo Juno–. Quiero hacer un parque de diversiones de cinta adhesiva con una montaña rusa y personas en miniatura gritando, un carrusel y una rueda de la fortuna.

–Cariño, me encanta que tengas grandes aspiraciones, pero eso es muy complicado. –Jess se quedó en silencio unos segundos. Además del gran tamaño que tendría la maqueta, construirla implicaría mucho desorden y aguantar alrededor de cinco mil pedacitos de resto adhesivo pegados en Juno, en Jess, en los muebles y hasta en la gata–. Por otra parte, me preocupa que le cuentes a la señora Klein en qué te inspiraste para construir una montaña rusa.

–Jamás le diría que sé lo que es un burdel.

–¿Por qué mejor no empezamos por dejar de decir *burdel*? –Jess le acomodó un mechón de cabello por detrás de la oreja a Juno–. ¿Y si hacemos un collage de un globo aerostático? Podemos recortar imágenes de revistas y pegarlas en una cartulina.

La niña no parecía interesada en lo absoluto.

Jess volvió a mirar la pantalla y cliqueó una lista de ideas para proyectos.

–Estos molinillos se ven bonitos. O… ¿qué te parece un puente hecho con palitos de helado?

Juno negó con la cabeza, arqueando una de sus tupidas cejas. *Hola de nuevo, Alec.* Tomó un libro de la pila que había sobre la mesita de café y buscó una página que enumeraba los diez mejores parques de diversiones de todo el mundo.

–Quiero hacer algo increíble y presentarlo en el Festival de Arte de North Park. –Señaló una foto antigua–. Este es el Switchback Gravity Railroad. Es uno de los que construyeron para que la gente dejara de ir a los… –se inclinó hacia delante y susurró–: *burdeles*. –Se enderezó y volvió a hablar con normalidad–. Pero no quiero hacerla porque solo va a diez kilómetros por hora; o sea, un poco más rápido que la silla de ruedas eléctrica que Nana Jo tuvo que usar cuando se fracturó la rodilla.

Ronald se rio.

–Creí que atropellaría a alguien conduciendo esa cosa.

Juno pasó la página, revelando una montaña rusa muy colorida, cuya vuelta era tan grande que a Jess se le revolvió el estómago de solo imaginarla.

–Creo que quiero hacer la Full Throttle, de Magic Mountain –decidió–. Como ya no trabajas en Twiggs, quizá mañana podamos ir allí como parte de los Domingos de Hacer Algo Nuevo.

La noche anterior, Jess había llamado a Daniel de regreso a casa desde GeneticAlly.

Cuando le informó que renunciaba, él se sintió aliviado. Jess no tenía futuro como barista.

–Me queda muy lejos para ir en auto –le dijo a Juno.

–Podemos ir en tren –canturreó Juno.

–Me parece que el tren no llega hasta allí –respondió Jess, imitando la canción.

–Sí llega. E l abuelo ya se fijó. –Juno se acercó más y posó su nariz contra la de Jess.

Jess le echó un vistazo al abuelo, de nuevo; pero ni la culpa lo había hecho despegar la vista de su crucigrama.

–¿Tienes la altura suficiente para subirte a esa cosa?

–Les pondremos doble suela a sus zapatos –sugirió el abuelo, a lo que Juno respondió con un chirrido ensordecedor mientras corría para derrumbarlo.

Jess se masajeó las sienes y miró hacia arriba, cuando su móvil vibró. Un número desconocido iluminó la pantalla. ¿Quién llama un sábado a las 8:15 de la mañana?

Se le aclaró la mente: *River*.

Debería responder. Debería. Seguramente ya tenía los resultados. Pero no logró que su pulgar se deslizara por la pantalla. Así que dejó que vibrara en la mano hasta que la llamada se desvió al buzón de voz.

No le daba pánico la posibilidad de que se confirmara el resultado, al contrario. Se había quedado despierta hasta más de las dos de la madrugada pensando en qué haría con el dinero: ahorrarlo para la universidad, comprarle un audífono mejor al abuelo, tener un pequeño colchón en el banco. Ahora que Jess había dado el salto y había firmado el contrato, no quería que se lo arrebataran.

Se apagó la pantalla de su móvil. Esperó… y esperó. No le llegó ningún correo de voz. Genial. Entonces tendría que devolverle la llamada.

Se concentró de nuevo en su laptop, sus dedos revoloteaban sobre el teclado. Se había resistido de hacerlo, pero la urgencia era demasiado tentadora. Tipeó "Dr. River Peña" en la barra de búsqueda y presionó ENTER. La página se llenó de resultados: artículos científicos, publicaciones de exalumnos de la Universidad de California en San Diego, premios. LinkedIn, ResearchGate. Cliqueó en la sección de imágenes y la pantalla se plagó de miniaturas de baja calidad. La primera foto, según el epígrafe, era de cuando cursaba su posdoctorado e investigaba en la División de Medicina Genética de la UCSD. También había otras más recientes: fotos con inversores en diferentes eventos de recaudación de fondos. En todas había salido relajado, *sonriente*. Jess sintió que una ira defensiva la sofocaba; no estaba preparada para ver esa sonrisa perfecta e irregular que le llegaba hasta los ojos. Ya había captado al pasar algunos destellos de esa sonrisa, pero siempre como parte de una diversión engreída o con notas de vergüenza. Nunca lo había visto así: resplandeciente y sincero. De frente a ella.

–Ay, ¿quién es?

–Nadie. –Cerró de golpe la laptop y tomó su café con toda la sutileza de un criminal de dibujos animados–. Solo estaba… –Con la mente aclarada, volvió a abrir el libro de Juno–. Entonces…, ¿elegimos la montaña rusa?

Juno la examinó detenidamente, con cara de desconfianza; pero enseguida la cambió al darse cuenta de que se había salido con la suya:

–¡Sí! –Cerró el libro, lo apiló junto con los otros y corrió a su habitación–. ¡Voy a buscar los horarios del tren en tu iPad!

Jess le iba a decir algo, pero justo su teléfono vibró sobre la mesa. Era un mensaje de

texto de un número desconocido.

¿Te gustaría ir a cenar?

Soy River.

Los pulmones se le llenaron de helio.

¿Eso quiere decir que obtuvimos el mismo puntaje?

David envió el gráfico por correo electrónico.

Te llamé para compartirte el resultado.

¿Entonces es un sí?

Confirmado: 98.

Jess se quedó viendo fijamente la pantalla y se le agitó el corazón. Le galopaba, le dio un vuelco. Era real. Era *real*.

Sabía que era su turno de decir algo, pero sus manos se negaban a cooperar. Evitando responder, tocó el número y lo agendó en sus contactos con el nombre de *Americano Flebotomista*.

Finalmente aparecieron los puntos suspensivos que indicaban que estaba escribiendo.

¿Estás libre esta noche?

Con cuidado y de a una letra a la vez, logró responderle:

Bahn Thai. Park & Adams. 7:30.

Estaciona en el callejón de la parte trasera.

–Cinco letras, vertical –anunció Ronald–. La primera letra es *s*. "Br*inco*".

Dejando el móvil a un lado, Jess reposó la cabeza sobre sus brazos cruzados encima de la mesa.

–Salto –contestó.



–Te lo juro, Jessica, no he presenciado una crisis nerviosa por no saber qué ponerse desde Nicoline, la protagonista de mi novela C*asados por accidente*. –Fizzy dio un paso atrás para evaluar lo que debía ser el cambio de atuendo número 142–. Y, a diferencia de ella, tú no tienes que fingir que eres una muchacha virgen tratando de elegir qué ponerte en tu noche de bodas en la época victoriana. Así que relájate.

Jess se miró en el espejo. Se veía elegante, refinada e irreconocible con ese sujetador con

relleno y ese suéter con un escote en V tan profundo que parecía marcar el camino hacia el infierno.

–Fizzy, no puedo ir vestida así.

–¿Por qué no?

–En primer lugar, casi se me ve el ombligo. –Señaló el espejo.

Fizzy parpadeó.

–¿Y?

Jess se quitó el suéter, lo lanzó a la cama y se puso una camisa de cambray que había comprado en una boutique de Los Ángeles el verano pasado. Le quedaba un poco ajustada debido al sujetador que su amiga le había prestado, pero debía admitir que se veía muy bien (y sus pechos también).

Se colocó un collar doble, se metió la parte delantera de la camisa dentro de los vaqueros negros y se volteó a ver a Fizzy.

–¿Qué te parece?

Fizzy la miró de pies a cabeza, sonriendo.

–Te ves guapísima. ¿Cómo te sientes?

–Como si fuera a vomitar.

–Solo es una cena –se rio su amiga–. En el restaurante de *al lado*. Pedirán sopa de pollo, un poco de curry verde tailandés y, si en algún momento cambias de opinión, déjalo solo para que pague la cuenta y vuelve a casa. Escucha a tu intuición. Nosotras estaremos esperándote justo aquí.



No exageraba: en verdad estaban *justo ahí*. El restaurante que Jess había escogido quedaba al otro lado de la cerca, por lo que, cuando River llegó, ya estaba sentada en una de las mesas de afuera. Había llegado cinco minutos antes de la hora acordada, pero, a juzgar por su asombro, Jess supuso que le había arruinado el plan de llegar temprano, ponerse cómodo y relajarse mientras la esperaba.

Se detuvo en el lugar, sorprendido y con la guardia baja.

–Oh. –Miró a su alrededor–. Lo… Lo siento, creí que habías dicho a las siete y media.

Jess se dio el lujo de echarle un vistazo rápido. A pesar de que era sábado, supuso que acababa de salir del trabajo –porque vestía pantalones azul oscuro y una camisa blanca con los primeros botones desabrochados–, sin embargo, no se veía ni una arruga en su ropa y tenía el cabello húmedo y peinado.

–Así es. Vivo aquí al lado. –Señaló a su izquierda. River miró el edificio.

–Ah. –Corrió la silla para sentarse frente a ella y, esta vez, él fue quien la miró de arriba abajo. Su mirada la recorrió de la cabeza a los pies y rápidamente hacia la cabeza otra vez, dejando un rastro de calor por donde sus ojos habían pasado. Se aclaró la garganta–. Qué práctico.

Rama, el mesero musculoso de veintitantos, que también era el héroe de Jess porque se encargaba de echar a todo el que estuviera en la entrada del departamento del señor Brooks, se acercó a la mesa. Le sonrió de oreja a oreja y luego, se volteó hacia River.

–¿Qué onda, Jess? ¿Quién es tu amigo?

Excelente manera de dejar en claro que jamás había llevado a una cita a comer ahí.

–Cállate, Rama. Él es River.

Los dos hombres se dieron un apretón de manos. River aprovechó a estudiarlo mientras les servía unos vasos de agua.

–¿Les doy un minuto para ver el menú?

–Sí, genial.

Cuando Rama se fue, Jess alzó la barbilla.

–¿Vienes del trabajo?

River se llevó el vaso de agua a la boca y por supuesto que Jess no se quedó mirando cómo sus labios se abrían y tocaban el vidrio… Tampoco vio cómo se movía su nuez de Adán al tragar.

–Pasé por casa y me cambié. –Esbozó una sonrisita de lado–. No tengo novia, ni hijos ni mascota. En pocas palabras, mi trabajo es todo lo que tengo.

–¿Todos los científicos son así?

A juzgar por su ceño fruncido, Jess supo que estaba pensando en una respuesta honesta.

–¿Quizá? Quiero decir, cuando obtuvimos los primeros resultados del estudio sobre la atracción, satisfacer mi curiosidad… se convirtió en lo más importante, por así decirlo. Desde entonces, ha sido muy difícil pensar en otra cosa.

–Qué ironía –comentó–. Digo, porque te pasas todo el día pensando en citas y en relaciones románticas para otras personas, pero nunca para ti.

–Es que tomo cierta distancia –replicó–. Pasé tanto tiempo en el laboratorio, estudiando alelos y variables genéticas, que en los últimos dos años mi situación sentimental fue fácil de ignorar.

Jess no sabía muy bien cómo formular la siguiente pregunta, así que solo la escupió:

–¿Hay alguna parte de ti que sienta que esto es un inconveniente?

River se rio y volvió a beber agua. Justo en ese instante, regresó Rama.

–¿Listos para ordenar?

–Salvado por la campana –bromeó ella.

–Salvado –dijo mirándola a los ojos. Hizo un ademán con la palma hacia arriba para indicarle que ordenara primero.

Jess suspiró y se dirigió al mesero.

–Ya sabes lo que voy a pedir.

–Síp. –Se volteó hacia River–. ¿Y para ti?

–Un momento, ¿qué pidió ella?

–Sopa de pollo y curry verde tailandés –recitó Rama de memoria.

–Ah. –River frunció el ceño y volvió a abrir el menú–. ¿Qué…? ¿Qué otra cosa me recomiendas?

Jess lo miró boquiabierta.

–No me digas que ibas a pedir lo mismo.

River asintió, concentrado en el menú.

–¿Qué tal están los fideos borrachos?

–Exquisitos –confirmó ella–. Que sean dos sopas de pollo y dos entradas. –Se volvió hacia River–. ¿Quieres una cerveza o algo?

Parecía realmente agradecido por la forma en la que ella tomó el control.

–Agua está bien.

Devolvieron los menús y Jess observó a su cita, incrédula.

–Ahora, en serio: *no ibas* a pedir el curry.

–Te juro que sí.

No sabía de dónde le surgieron las ganas de reírse a carcajadas, pero las disimuló bebiendo un poco de agua bien fría.

–¿Tuviste que trabajar hoy? –preguntó, tenso. Era evidente que esperaba que Jess se hubiera olvidado de lo que le había preguntado antes de que Rama los interrumpiera. Honestamente, si él no quería responder, lo más probable era que ella tampoco quisiera saber la respuesta.

–Mi abuela siempre dice que, si no tengo que trabajar, el sábado es un día para pasar en familia.

–¿Vives con tu abuela? –preguntó él.

–Sí y no. Mis abuelos son los dueños del edificio. Ellos viven en el bungalow y yo en el apartamento que está en el otro extremo del jardín.

–Con tu hija. –Ella asintió–. ¿Cómo se llama?

En silencio, Jess negó con la cabeza, nerviosa.

–Soy consciente de que no forma parte del experimento. Solo quería hablar sobre nuestras familias, conocernos. –Sonrió–. Por ejemplo, yo tengo dos hermanas metiches.

–Ah, eres muy afortunado. Las mujeres metiches hacen que la Tierra siga girando.

–Estoy seguro de que les encantaría oír eso. –Se rio, contento y en voz alta–. Son más grandes que yo. Se llaman Natalia y Pilar y las dos son demasiado dominantes…

–Así que eres el menor. Ja. –Bebió un sorbo de agua–. Hubiera perdido esa apuesta.

Sonrió de lado, divertido.

–¿Por qué?

Rama volvió a aparecer con un cuenco grande de sopa caliente. Lo dejó en medio de los dos y hubo unos segundos de silencio ligero mientras llenaban sus cuencos individuales y se pasaban la salsa picante y los condimentos.

Jess se encorvó para inhalar el aroma –esa sopa ácida y picante era uno de sus platillos favoritos que la reconfortaban cuando tenía un mal día– y se dio cuenta de que River acababa de hacer lo mismo.

Él también lo notó, casi al mismo tiempo, y se sentó derecho.

–¿Por qué te sorprende que sea el hermano menor? –preguntó, retomando la conversación.

–Por lo general, los hermanos menores son menos intensos –explicó con una sonrisa, usando las palabras de River en su contra–. Los perfeccionistas como tú suelen ser los mayores.

–Ya veo. –Se rio y se encorvó de nuevo para probar la sopa. El gemido que profirió cuando la saboreó sería el protagonista de los sueños y las pesadillas de Jess.

–¿Qué hay de ti? –le preguntó él–. ¿Tienes hermanos?

–Soy hija única. –Negó con la cabeza.

River le dio otro sorbo a la sopa.

–Parece que los dos habríamos perdido una apuesta. Hubiera jurado que eras la mayor y que tenías, al menos, un hermano.

–¿Por qué?

–Eres responsable, inteligente y meticulosa. Eres mandona. Te imagino imitando el comportamiento de tus padres y…

Jess soltó una carcajada y se cubrió la boca con la servilleta que tenía en el regazo. La mera idea de heredar la personalidad de su madre le pareció ridícula.

–Lo siento, eso fue… –Volvió a colocarse la servilleta en el regazo–. No, soy hija única.

River asintió, comprensivo, y afortunadamente cambió de tema.

–Bueno, ya te conté cómo fue que me convertí en genetista. ¿Cómo es que se te ocurrió dedicarte a las estadísticas? La profesión te queda bien, debo admitir.

Jess arqueó una ceja.

–Eres muy competente –agregó él–, lo cual es reconfortante y atractivo.

Jess se dio cuenta de que evitó mirarla a los ojos a propósito. River no lo sabía, pero «competente» era el mejor cumplido que podría haberle hecho.

Bebió un poco de agua.

–Pero volviendo a mi pregunta…

–Me agrada el hecho de que los números no mientan –respondió Jess después de pensarlo un instante.

–Sin embargo, *pueden* llegar a ser engañosos.

–Solo si no sabes qué es lo que buscas. –Le dio otro sorbo a la sopa–. Siempre he sido amante de los números. Cuando era niña, contaba la cantidad de pasos que daba a dondequiera que fuera, la cantidad de pisos que tenía un edificio, de ventanas en cada piso… También intentaba adivinar la altura exacta de los edificios y cuando regresaba a casa, los buscaba en internet. Así que, cuando tomé mi primera clase de estadísticas, supe que eso era a lo que quería dedicarme. Me apasiona trabajar con estadísticas que tienen un significado más importante, como predecir terremotos o catástrofes naturales, campañas políticas, resultados de una encuesta de atención al cliente o…

–La genética –dijo él, con tranquilidad.

Ahh. El elefante en la habitación. Jess se sonrojó y desvió la mirada, una vez más, sorprendida por el hecho de que ese sujetador hiciera que sus pechos estuvieran mucho más cerca de su cara que de costumbre. Maldita Fizzy. Se aclaró la garganta.

–Exacto. Mientras tengas la cantidad suficiente de datos, puedes averiguar lo que sea.

–Te entiendo –dijo, manteniendo el tono relajado–. Es muy satisfactorio resolver pequeños acertijos todos los días. –Comieron unos minutos en silencio y Jess se preguntó si la forma en la que la miraba, recorriéndole el cuerpo desde el cuello hasta los brazos, era producto de su imaginación.

–¿Es la… –preguntó, entrecerrando los ojos y señalándole el antebrazo derecho. Ella se levantó la manga de la camisa– letra traducida de una canción de Fleetwood Mac?

–Ah. –Avergonzada, se cubrió el tatuaje con la mano izquierda–. Sí. –Intentó dar vuelta el brazo, pero River la detuvo tomándola de la muñeca y lo giró para inspeccionar la suavidad de su piel.

–"La dormenta solo aparece" –leyó en voz alta, sus ojos viajaron del tatuaje mal escrito a su cara–. ¿"Dormenta"?

Jess puso los ojos en blanco.

–Fue culpa de Felicity. –Esperaba que con solo mencionar el nombre de su mejor amiga fuera explicación suficiente.

Al parecer, lo fue, porque River se rio y pasó el pulgar por encima de las letras. No se parecía en nada al modo en que la había tocado la noche anterior. Ahora la acariciaba tomándose su tiempo, explorándola, y ella se derritió por dentro.

–Otra pieza del rompecabezas empieza a encajar.

–Fizzy tiene la otra mitad de la frase: "Cuando llueve", excepto que *llueve* está escrito con *b*. –Por la forma en la que la miraba y tocaba, tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder formar pensamientos y convertirlos en palabras–. Cuando cumplí veinticinco años, salimos a celebrar. Había sido una noche perfecta y, cuando llegué a casa, le envié un correo electrónico para agradecerle. Estaba demasiado borracha y mi abuelo creyó que era tan gracioso que me prohibió corregir los errores de ortografía. –Se encogió de hombros–. Al parecer, le había enviado la letra completa de la canción que habíamos cantado en el karaoke para probarle qué tan sobria estaba.

Le brillaban los ojos cuando volvió a mirarla de frente. Le soltó el brazo, su mirada parecía reflejar arrepentimiento.

–Qué buena historia.

Jess soltó una risita y bebió lo último que le quedaba de sopa.

–Mi abuelo es un monstruo.

–Un monstruo con buen sentido del humor.

–La verdad es que vivo con payasos –admitió.

–Eres una afortunada.

Algo en su tono de voz le llamó la atención. Lo miró a los ojos. No se lo escuchaba triste, precisamente, pero había un dejo de vulnerabilidad que la tomó por sorpresa.

–Así me siento. –Se devanó los sesos pensando en qué decir a continuación–. Cuéntame sobre los miembros de GeneticAlly. ¿Hace mucho que los conoces?

–A la mayoría los conozco desde el principio. Está David, por supuesto, que es amigo de Brandon desde la universidad. –Revolvió la sopa e hizo el cuenco a un lado cuando Rama les trajo el plato principal–. Somos un equipo muy unido.

–¿Alguno de ellos ha encontrado a su alma gemela? –le preguntó mientras empezaba a degustar la comida.

–Brandon, sí. Conoció a su esposa durante… –Miró hacia el cielo, pensando. Mientras tanto, Jess se deleitó observando sus pestañas oscuras y sus ojos marrones una vez más–. Creo que fue durante la tercera fase de las pruebas beta, hace cuatro años. Fueron un Match de Oro.

–Guau.

Él asintió, sirviéndose un poco de comida en su plato.

–Lo sé. Él fue el primero y fue algo increíble. –La frase "*nada que ver con esto*" parecía flotar entre ellos sin necesidad de que la dijeran en voz alta–. Luego, Tiffany, a quien conociste en la revelación de resultados catastrófica –guiñó un ojo y Jess estalló en carcajadas–, es la jefa del departamento de Análisis de Datos y conoció a su esposa, Yuna, en el momento en el que hicieron *match*. Si mal no recuerdo, su puntaje era de ochenta y cuatro y Yuna se mudó aquí desde Singapur para estar con Tiff.

–¿De cuántos países recolectaron muestras?

–Cincuenta y siete. –Ni siquiera tuvo que pensar la respuesta.

–Guau.

–Sí. –Se limpió la boca con la servilleta. River era la personificación de la elegancia y los buenos modales. ¿Acaso el hecho de que a Jess le sorprendiera que la cita no fuera un fiasco la volvía una mala persona? La conversación fluía entre los dos y no había silencios incómodos. Aún tenía la ropa intacta y aquel hombre la había llamado "competente". Era

la mejor cita que había tenido en siete años–. Los demás, si están solteros e interesados, se la pasan saliendo con distintas personas.

–¿Crees que a alguno le moleste no haber encontrado a un Match de Oro o a uno más alto? Quiero decir, ¿no te preocupa que todo se vuelva competitivo o una cuestión de estatus entre ellos?

River se la quedó viendo y, unos segundos después, parpadeó.

–Haces preguntas muy profundas y complejas.

De inmediato, se sintió mortificada.

–Lo siento, solo… –*Agh*–. Lo lamento.

–No, no. Todo bien. Es muy… considerado de tu parte.

–Solo quiero conocer la empresa –admitió. Una ola de calor le recorrió el cuerpo–. También quiero conocerte a ti, al experimento y saber cuál es tu opinión sobre todo esto. Quiero decir, aquí estamos. Dije que iba a poner de mi parte y a ser honesta.

–Lo sé –dijo él. Parecía que algo había cambiado en la forma en la que la miraba–. De verdad, lo aprecio.

–¿Y tú? –El corazón le martillaba en el pecho.

–No conozco otro modo de hacer esto. –Bebió un poco de agua–. Hace un rato me preguntaste si lo nuestro era un inconveniente. No lo es. No es un inconveniente, pero debo admitir que no sé qué pensar. Si me lo tomo en serio, cambiará toda mi vida. Si no lo hago, estaré tirando por la borda todo por lo que trabajé estos años.

–Lo cual también cambiará tu vida –dijo Jess, riéndose.

–Exacto –respondió riéndose también.

–Bueno, en ese caso, estoy dispuesta a formar parte del proyecto "Ser honestos pero cautelosos".

River se limpió los dedos con la servilleta y extendió la mano para estrechársela. Jess, con el corazón desbocado, se la estrechó. Su mano era pequeña en comparación.

–¿Ahora qué? –preguntó ella.

–Supongo que podemos vernos durante nuestros ratos libres –propuso. A Jess le dio vueltas la cabeza, intentando pensar cómo lo harían, hacia dónde iría su relación… y hacia dónde quería que fuera–. De acuerdo.

–Si no, podemos esperar hasta que Brandon nos indique cuándo será el primer evento público.

–Brandon Bezakuls –susurró Jess, en parte para deshacerse de la tensión que le generó imaginar que River y ella podrían tener una relación romántica a partir de esa noche y en parte porque no pudo resistirse–: Vamos, tienes que admitir que es un nombre genial.

Rama les dejó la cuenta en la mesa y River le agradeció y la tomó. Sin perder la oportunidad, con una cara de póquer admirable le dijo:

–El apellido de soltera de su esposa es Zemen.

–No te creo. –Jess se quedó boquiabierta.

–Es cierto. –Sonrió finalmente.

–¿Ella usa los dos apellidos? –Se inclinó sobre la mesa–. Por favor, dime que usa los dos apellidos.

River se rio.

–Solo usa uno.

Se escucharon unos pasos. Jess logró identificar el ritmo y el modo de pisar un

milisegundo antes de que unos bracitos le rodearan el cuello.

–¿Me guardaste un poco de curry?

Por encima de la cabeza de su hija, le dedicó una mirada de disculpa a River. Tomó a la niña en brazos y se separó de ella un poco, poniendo la cara seria más convincente que pudo.

–¿Qué haces despierta, cariño? Deberías estar en casa.

–Podía oír tu risa desde el jardín.

–¿Y qué hacías ahí?

–Le estaba ganando al abuelo a las damas.

–¿Abuelo? –lo llamó Jess.

–Es muy veloz –respondió Ronald, del otro lado de la cerca. Juno soltó una risita.

–La tengo –le avisó Jess. Se tranquilizó, le dio un beso en la frente a la niña y se volvió hacia River. Al parecer esto estaba pasando–. Perdón por la interrupción.

–No te disculpes. –Negó con la cabeza y le sonrió a Juno.

–Juno, este es el doctor Peña.

River le envolvió la manito con su mano enorme.

–River –dijo, dándole un apretón suave–. Llámame River.

Sentada en el regazo de su madre, Juno ladeó la cabeza, estudiándolo.

–Tienes un nombre peculiar, como yo.

–Así es. –Él asintió.

–¿Te gusta? –preguntó ella.

–Por supuesto.

–Mi segundo nombre es M-E-R-R-I-A-M, en honor a las montañas–. ¿Y el tuyo?

–Nicolas, por mi abuelo.

–Mmm. Ese es más normal, supongo. –Frunció los labios, decepcionada–. ¿Alguna vez se burlaron de ti por llamarte River Nicolas?

–Un par de veces –confesó–, pero prefiero que se burlen de mí por tener un nombre original que por tener el mismo que cientos de personas. Apuesto a que no hay nadie más que se llame Juno Merriam Davis. Solo tú.

Jess se reclinó en su asiento, desconcertada por las mariposas en su estómago.

Juno se removió en su regazo y del otro lado de la cerca que separaba el restaurante del complejo de apartamentos, se oyó el cascabel del collar de Paloma.

–Mi mamá se llama Jessica Marie Davis –dijo la niña, exagerando el tono alegre–. Una vez lo buscamos en internet y descubrimos que hay cuatrocientas personas con ese nombre. –Se quedó callada un segundo y, luego, con un tono bromista, agregó–: En California.

–Sí –captó la mirada de Jess y le sonrió a Juno–, pero apuesto que existe una sola persona como tu mamá en todo el mundo.

¿Q u é?

–Es cierto –concordó la niña, inocente.

River apartó la vista de inmediato, aclarándose la garganta, y Jess sintió que su corazón pendía de una liana y se columpiaba de un lado a otro en su interior.

River sacó su billetera y colocó cuatro billetes de veinte dólares dentro de la carpetita de cuero en la que había venido la cuenta.

–Quizá sea mejor que me vaya.

–Gracias por la cena. –Jess le dedicó una sonrisa.

–Cuando quieras. –Le sonrió a Juno una vez más y luego a Jess–. Lo digo en serio.

Se pusieron de pie y Jess dejó que su hija se trepara a su espalda, lista para que la llevara a la cama.

Al llegar al callejón, River se detuvo y, por encima del hombro de Jess, le echó un vistazo al edificio que tenía detrás. Se podían ver las delicadas puntas de la parra que colgaban de la cerca, balanceándose.

–Gracias por dejarme estacionar aquí.

–No hay problema, tenemos un espacio para invitados. Estacionar en la calle es una pesadilla.

–La gente se sienta en los autos que estén afuera –agregó Juno–. El señor Brooks se enoja *muchísimo*.

River frunció el ceño, tomándose el comentario en serio. Era adorable.

–¿De verdad?

–Es nuestro vecino –explicó Jess–. El edificio está lleno de personajes.

River miró su reloj mientras abría la puerta del auto.

–Ya veo.

Jess intentó detectar algún rastro de descontento, pero no lo encontró.

–Buenas noches, Jessica Marie y Juno Merriam.

Juno afirmó el agarre del cuello de su madre.

–Buenas noches, River Nicolas.



DOCE

Panecillos quemados, un zapato naranja extraviado, vómito de gato en la mochila de la escuela, café preparándose sin agua en la máquina y una madre gritándole a su hija que si no quería cortarse el cabello, tendría que dejar que se lo trenzara antes de irse a dormir. En otras palabras, la típica crisis de antes de las ocho de la mañana. Jess no tuvo tiempo de mirarse al espejo, mucho menos de revisar su correo, hasta que dejó a Juno en la escuela, lo cual la alegró, porque el e-mail que le habían enviado para avisarle que River y ella debían presentarse a una entrevista para el periódico *San Diego Union-Tribune* la habría hecho vomitar igual que la gata.

–Recibí tu correo –fue lo primero que le dijo a Brandon cuando le atendió la llamada.

–Ah, ¡fantástico! –Dientes, dientes, dientes: eso era lo único que podía imaginar–. Parece que la pasaron bien.

Se mordió en labio. Había ido bien. Mejor de lo que esperaba, de hecho. No se suponía que River fuera gracioso ni que supiera cómo caerle bien a su hija. Y aun así…

–Sí, así es.

–¿Te parece bien el horario de la entrevista de mañana? Ya sé que hay muy poca antelación.

–Es más un problema de valentía que de horario –admitió.

–¿Tú? –Rio–. Eres adorable. Basta.

–No estoy muy acostumbrada a la prensa –se apresuró a aclarar–. Ya sé que es a lo que accedí cuando firmé el contrato, pero una parte de mí esperaba que al principio solo fueran las citas, luego quizá unos cuántos tuits que pasaran desapercibidos, una pequeña entrevista sobre conocer gente por internet y, *finalmente*, llegaríamos a *Trib*.

–Michelle es quien se encargará de la entrevista –le aseguró Brandon–. Va a adorarte. Ella y River se conocen hace años.

Jess quiso preguntarle si esa era un código secreto para decir "tener sexo", pero mantuvo la boca cerrada.

Sin embargo, Brandon supo interpretar su silencio.

–Lo entrevistó hace varios años, eso es todo.

–Ajá. Entonces, mañana –dijo, mordiéndose el labio–. Mañana por la tarde en Shelter Island. –Un escalofrío le recorrió la espalda–. ¿Por qué ahí?

–Es el lugar ideal para tomar fotos. –Brandon confirmó su inquietud y Jess casi se ahoga con su propia saliva. Había revuelto todo su guardarropa para encontrar algo apropiado para la cita y lo mejor que pudo encontrar fue una camisa de cambray y unos vaqueros. A esto era exactamente a lo que le temía.

–Tengo que ir de compras.

–Jessica, en serio, cualquier cosa que te pongas estará bien.

–Brandon, si me vieras en este preciso instante, no dirías eso.

Él se rio.

–Me refiero a que te verás bien sin importar lo que te pongas.

¿Era posible? Le echó un vistazo a la camiseta de hilo de color gris clarito y a los pantalones gris oscuro que llevaba puestos. Para ser honesta, no podía posar junto a River "Adonis" Peña en la Bahía de San Diego usando nada de lo que tuviera en su armario.

Pero por otro lado, se suponía que un alma gemela debía amarte por lo que hay en tu interior, ¿verdad?

De todos los lugares hermosos que hay en San Diego –y sin duda había cientos–, pocos eran tan espectaculares como Shelter Island. Si tomaba la avenida Harbor hacia Scott, daba un giro a la izquierda en la calle Shelter Island y otro en la rotonda, llegaría a un extenso estacionamiento que daba a una de las mejores vistas de toda la ciudad: una vista panorámica de la bahía de San Diego y la silueta de los edificios en su máximo y deslumbrante esplendor. A la distancia se veía la ciudad de Coronado. Por la noche, el paisaje se volvía tan impresionante que parecía que estuvieras dentro de una postal.

Incluso durante el día –en especial después de la llovizna matutina que había dejado el cielo brillante y despejado–, era tan hermosa que, al bajarse del auto, Jess tuvo que tomarse unos segundos para contemplar la vista del centro de San Diego que tenía que aprender a apreciar más. A lo lejos, los edificios parecían espadas filosas y relucientes. Nubes grandes y pomposas adornaban el cielo y una hilera de botes se mecía en la orilla de la bahía. Sumado a eso, estaba River, luciendo unos pantalones negros, un tapado de color pardo sobre un suéter azul marino y su cabello al viento, como en una escena sacada de una novela de Jane Austen. ¿Sería raro que Jess se quedara ahí, solo… observándolo? ¿O que le tomara una o dos fotos? Nadie la juzgaría.

Por un segundo –literalmente, solo un segundo–, lamentó no haberse cambiado de ropa antes de salir de casa. Al final, se había decidido por unos vaqueros oscuros, una camiseta blanca y unas sandalias negras. Un atuendo sencillo y apropiado para la ocasión.

Aunque, quizá demasiado sencillo. Sentada junto a River, había una mujer. Jess supuso

que era Michelle. Era bonita, como solían serlo las reporteras, lo cual significaba que tenía el lujo de nunca ser la protagonista de sus propias historias, así que, no importaba mucho cómo se vistiera. Jess se sentía al mismo tiempo aliviada y ofendida de que ambas tuvieran puesto casi lo mismo, con la única excepción de que Michelle había tenido la brillante idea de ponerse un cárdigan encima de la camiseta blanca. Era una hermosa tarde a principios de febrero, pero a Jess se le había olvidado lo abierta que era Shelter Island. Si el viento continuaba soplando ráfagas heladas en su dirección, iba a congelarse.

River y Michelle terminaron su conversación en cuanto vieron a Jess. Se acercaron a ella y fue ahí cuando Jess notó al hombre detrás de ellos, montando lo que parecía ser casi un estudio de televisión. La producción era mucho más grande de lo que había imaginado.

Se le estrujó el estómago.

Michelle era aún más hermosa de cerca, se la veía determinada y sonriente. Y, como era de esperar, ahí estaba River, luciendo como un modelo de revista y tan fuera de su alcance que Jess no pudo evitar soltar una risita cuando se le acercó.

River se dio cuenta y le sonrió con inseguridad.

–¿De qué te ríes?

–De nada. –Levantó una mano y la dejó caer en señal de derrota–. Por supuesto, te ves… genial.

Se detuvo frente a ella y la miró de arriba abajo.

–Tú también. –Tenía la voz rasposa, como una lija.

–Mientes.

–Para nada. –Sonrió.

Es parte de la actuación, pensó Jess. *Hasta Drácula sería encantador*.

Luego, River se inclinó hacia delante y le besó la mejilla. Sucedió tan rápido que Jess se preguntó cuánto tiempo le tomó armarse de valor para hacerlo. Estaba tan sorprendida por aquel acontecimiento que River podría haberle tocado la frente con un solo dedo, al estilo ET. Era probable que Michelle estuviera presenciando aquella interacción y escribiendo el artículo en su mente bajo el título *Guau, su relación es totalmente falsa*.

Y el subtítulo *Y son terribles actuando*.

–Hola –fue lo único que dijo Jess, pues no lograba recordar otras palabras.

River le dedicó una sonrisa diferente a las demás, más personal, y le devolvió el saludo.

–Hola.

Corrección del subtítulo: *Y ella es terrible actuando*.

Michelle les recordó que aún se encontraba allí.

–Qué tiernos son.

Jess tuvo que morderse la lengua para evitar contestar: *No, no lo somos*.

Parecía que River también esperaba que hiciera algún comentario al respecto y le ofreció un guiño lleno de orgullo antes de girarse hacia la entrevistadora.

–Michelle, te presento a Jess. Jess, Michelle.

Ambas se estrecharon las manos y Michelle señaló en dirección a la orilla.

–¿Comenzamos? –Mientras se dirigían a sus puestos, señaló al hombre con todas las cámaras–. Jess, él es Blake. Tomará unas cuantas fotos. Conversaremos un poco mientras termina de montar todo. –Inclinó la cabeza en dirección a Blake–. Si lo ves en acción, no te preocupes, es porque está tomando fotos casuales. Te prometo que haremos que te veas increíble. Solo intenta relajarte lo más que puedas, sé tú misma.

Jess respiró hondo y exhaló todo el aire que pudo, esperando que, en el proceso, sus hombros volvieran a su posición normal.

Con toda la tranquilidad del mundo, como si se hubiera pasado el día entero entre camarógrafos en lugar de accionistas, River se sentó en una roca que le llegaba por debajo de la cintura y le hizo señas a Jess para que se sentara junto a él.

Dio tres pasos en su dirección, tambaleando, y se sentó. Mantuvo las piernas unidas para evitar recargarse contra su cuerpo, largo y sólido. Con facilidad, River la ayudó a acomodarse en una superficie lisa, más apegada a él, por lo que ahora Jess estaba en una posición más cómoda pero sentados de manera tal que daban la impresión de que eran una pareja íntima.

Lo cual distaba mucho de la realidad.

–Jess –la llamó Michelle y luego agregó–: Espero que no te moleste que te diga así. Como River te llamó de esa forma…

–Jess está bien.

–Genial. Hace un tiempo entrevisté a River para un reportaje sobre GeneticAlly, por lo que sé bastante del tema, pero esta es la primera vez que lo entrevisto como usuario. Antes de hablar con él, me interesaría saber cómo es que tú llegaste a formar parte de todo esto. ¿Qué fue lo que te llevó a hacerte el test?

–Para ser honesta, una amiga me arrastró a ello. Ella, River y yo solemos ir a la misma cafetería y uno de los empleados mencionó que River estaba por lanzar una especie de sitio web de citas, lo cual me sorprendió, porque –lo señaló–, a ver, tienes que admitir que se parece más a un profesor sexy de Historia Medieval, ¿o no?

Michelle se rio y asintió.

–Tienes toda la razón. –Anotó algo en su libreta.

–Nos invitó a visitar las oficinas, así que fuimos para allá. –Levantó la vista y se encontró con River sonriéndole con ternura. Era desconcertante y la distrajo de su actitud relajada y natural–. Así que fuimos.

–Y, ¿cómo fue para ti conocer a Jess? –le preguntó a River.

–No nos habíamos conocido oficialmente hasta ese día –explicó y se pasó una mano por el cabello, como el típico hombre guapo que era–. Y la vi. –La miró a los ojos y luego recorrió cada una de sus facciones con la mirada–. Hacía dos años que la veía de lejos en la cafetería, pero no sabía su nombre.

–¿Querías saberlo?

–Por supuesto que sí. –Le sonrió a Michelle–. Es decir, mira lo hermosa que es. –Señaló a Jess.

–¿Por encima del promedio? –No pudo evitar bromear ella.

River le sonrió, divertido pero tenso.

–Muy por encima del promedio. Solo un idiota diría lo contrario.

Michelle los observó con interés.

–Presiento que hay una historia oculta, pero pasemos a otro tema. Jess, ¿podrías contarme un poco sobre ti?

Mientras le hacía un resumen de su vida –sus estudios en la UCLA, su primer trabajo en Google y su trabajo reciente como estadística *freelance*–, sintió que el costado de la cara comenzaba a arderle al darse cuenta de que River tenía la atención puesta en ella. Por el rabillo del ojo, lo vio sonreír y asentir. Hasta podía oírlo murmurar en afirmación, de vez

en cuando como si fuera un novio orgulloso. Era bueno fingiendo.

–Y ¿cómo reaccionaron cuando recibieron el resultado de noventa y ocho puntos? –preguntó Michelle.

Jess podría responder con honestidad al menos esta pregunta:

–No creía que fuera cierto.

–Yo tampoco. –River se rio.

–Me imagino –dijo Michelle.

–Piénsalo –empezó él. Jess tomó un mililitro de aire cuando sintió los dedos de River entrelazarse con los suyos. Era demasiado bueno fingiendo–. Durante los últimos diez años, he visto miles y miles de resultados, pero jamás había visto un noventa y ocho. De todas las personas, ¿qué probabilidades había de que fuera *yo*?

–Diría que muy pocas.

–De hecho, casi ninguna –agregó River–. Jess seguramente podría calcular cuántas con exactitud.

–Seguro podría, sí –respondió ella, sonriente–. Ese puntaje es, como solemos decir los matemáticos, "más inesperado que la mierda".

Los dos estallaron en carcajadas y River le dio un apretón, como diciendo: "Bien hecho". O, al menos, es lo que ella interpretó. También podría haber querido decir "no digas la palabra con 'm' delante de la entrevistadora".

–Entonces, reciben el resultado y les tomó un tiempo aceptarlo. ¿Qué pasó después?

–Después –dijo River en un tono calmo y cálido–, fuimos a cenar.

–¿Cómo les fue?

River miró a Jess, sonriendo de oreja a oreja.

–Diría que bien.

–Entonces –canturreó Michelle–, ¿se podría decir que ya son una pareja oficial?

En ese instante, Jess sintió que le empezaba a sudar la mano que tenía entrelazada con la de River. De la forma más disimulada posible y sin que Michelle se diera cuenta, se libró del agarre y se limpió en su pantalón.

–Ehh… –dijo, entrecerrando los ojos en dirección al horizonte, como si la pregunta requiriera muchísima reflexión–. ¿River?

En cuanto pronunció su nombre, él respondió con determinación:

–Sí.

Michelle rio.

–Seh, somos pareja. Solo bromeaba –contestó Jess.

–Como mínimo estamos dispuestos a ver qué nos depara el futuro –agregó él, al mismo tiempo.

Con una sonrisa, Michelle volvió a anotar algo en su libreta. Jess fulminó a River con la mirada. Él hizo lo mismo. Quizá deberían haber anticipado preguntas como esa. Se voltearon con una sonrisa apretada en sus rostros, justo antes de que Michelle levantara la vista.

–En ese caso, se puede decir que es reciente.

–Muy reciente –respondieron al unísono y soltando una risita nerviosa.

River la tomó de la mano y le dio un apretón en señal de apoyo. Mientras tanto, Blake "el Fotógrafo" pululaba en el fondo, yendo de un lado a otro, planeando su ataque –o tomando fotos casuales–. Jess sintió que las manos comenzaban a sudarle de nuevo.

–Lo siento –murmuró.

River fingió toser y se cubrió la boca con su mano libre.

–No pasa nada.

–Hablando en serio –dijo Michelle–, creo que la mayoría del público querrá saber si se siente diferente. La primera vez que se vieron, que *realmente* se vieron, ¿sintieron algún tipo de revolución interna? Es decir, con un puntaje de noventa y ocho… sus células deben de haberlo sentido.

Esa. Justo esa. Había descubierto la debilidad de River. El aspecto biológico, la suposición de que el cuerpo podía tan solo *saberlo*. Jess aún no lograba superar la improbabilidad de la cifra. Él no conseguía superar que sabía que debería poder sentirlo en cada partícula de su ser.

–Atracción, sí –contestó él, sin dudarlo–. Sin embargo, como seres humanos, estamos programados para considerar los primeros encuentros a un nivel primitivo. Sexo. Emparejamiento. A fin de cuentas, somos animales.

Jess sintió que un calor le subía por el cuello y se le vino a la mente una imagen de River tomándola por detrás y mordisqueándole el hombro.

–Pero no estamos realmente programados para preguntarnos, a primera vista, si la otra persona será nuestra alma gemela. O, al menos, yo no estoy programado de esa manera. –Se encogió de hombros–. Puede que suene irónico, dado que mi objetivo es que otras personas encuentren a su otra mitad, pero, por algún motivo, nunca me hubiera imaginado que formaría parte de los hallazgos de DúoADN. De veras. Debido a que el lanzamiento será dentro de pocos meses y a que mis preferencias eran demasiado específicas, lo último que esperaba era recibir una notificación de mi propia aplicación. Así que, si la pregunta es si el resultado me tomó por sorpresa, la respuesta es sí… y no.

El cerebro de Jess parecía estar masticando y tratando de digerir cada una de sus palabras. Sonaba tan sincero…, pero ¿qué era real y qué era parte de la actuación?

La voz de Michelle la sacó de sus pensamientos.

–¿Jess?

Se aclaró la garganta.

–Como dije antes, me hice el test por impulso. No estaba buscando una relación. De hecho, acababa de prometer que no volvería a salir con nadie. –Michelle soltó una carcajada, comprendiendo a lo que se refería–. Así que, sí, estaba sorprendida. –Miró a River a los ojos y, puede que debido a que sus defensas estaban bajas, sintió que los huesos le zumbaban. La vibración le recorrió el cuerpo, sincronizándose con la sensación de estática de alta frecuencia que viajaba por su piel. Era tan apuesto que la hacía sentirse atontada–. Y a la vez no –agregó–. Una parte de mí no estaba para nada sorprendida.

–River, tengo que preguntarte: ¿compartir este hallazgo con el público es un conflicto de intereses?

–No me sorprende que creas que todo esto no es más que publicidad.

–¿Lo es? –sonrió Michelle.

–No.

–Pero, sin duda –la reportera señaló a su alrededor– se están aprovechando de la oportunidad.

–Es un descubrimiento fortuito, lo que no quiere decir que sea falso.

–Jess –continuó Michelle, inclinándose hacia delante–, ¿la presión de tener que

enamorarte de él es… intensa?

–Sí –admitió–. No tenía idea de cómo se sentiría encontrar a mi alma gemela. Es la primera vez que me ocurre, obviamente. Y, en este caso, cada sentimiento me hace dudar, incluso cuando parece real.

–River, ¿qué piensas de eso? ¿Te hace sentir incómodo?

–Para nada. –Sonaba sincero–. Los dos somos científicos. Llegar a conclusiones precipitadas va en contra de nuestra naturaleza.

–Puede que sea por eso por lo que hicieron *match* –reflexionó Michelle.

Jess y él intercambiaron una mirada. No pudo evitar imitar su nueva sonrisa, la que solo le dedicaba a ella.

–Es probable –concordó River, y se acercó a Jess para susurrarle al oído–: Proyecto "Seamos honestos pero precavidos". –La cercanía le provocó escalofríos.

Michelle dio un aplauso para cortar la tensión que había en el aire.

–¿Qué les parece si nos tomamos unas fotos por allá, donde están esas bancas? –Se puso de pie y, si notó la densa bruma emocional que rodeaba a Jess y a River, no mencionó nada al respecto. Blake y ella intercambiaron unas palabras y les hicieron señas para que se acercaran–. Queremos que se vea el mar de fondo, así que, necesitaríamos que se pararan justo… aquí. –Tomó a Jess de los hombros y la posicionó mirando al estacionamiento–. River, tú ponte al lado y un poquito detrás de ella. Exacto, así está bien, de la forma que estés más a gusto. Yo me voy a parar por allá. No vamos a escuchar nada, así que… hablen entre ustedes, que sea lo más natural posible. ¡Imagínense que están solos!

Jess quería dirigirle una mirada de profunda y genuina indignación. Esa era, en cierta forma, su segunda cita, ¿y les pedía que se quedaran ahí parados, conscientes de la cámara, mientras conversaban sobre temas personales? ¿Y, además, de forma natural? ¿Para un artículo que leerían cientos de miles de personas? Ni siquiera eran buenos actuando de forma natural cuando estaban solos.

–Sin presiones –murmuró Jess.

–Solo –dijo él, pensando en algún tema de conversación– cuéntame sobre tu… auto.

–¿Mi… auto?

River se rio por lo bajo y se acercó aún más a ella.

–Es lo primero que se me ocurrió. No creas que yo soy mejor que tú en esto.

–Lo había dado por sentado. –Fingió una gran sonrisa mientras Blake se preparaba para tomar las fotos–. Es decir, mírate.

–¿A qué te refieres? –preguntó River.

–¿Con qué?

–Con "mírate" –repitió. Jess rio.

Se oía cómo Blake presionaba el obturador.

–Me refiero a que esto es lo tuyo. Por supuesto que espero que seas el más relajado y confiado en todo esto de las citas y las apariciones en público. En cambio, yo soy…

–Si dices "corriente", te tiro al agua.

–Eso no era lo que iba a decir. –Rio.

Clic.

River exhaló lentamente y Jess sintió que su respiración cálida le acariciaba la nuca. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, sacudiéndole la espina dorsal.

Él lo notó.

–¿Tienes frío?

–Me estoy congelando –admitió.

Jess lo sintió moverse hasta quedar justo detrás de ella. En el momento en que estuvo a punto de preguntarle qué estaba haciendo, River extendió los brazos y se vio envuelta en su calidez, contenida contra una pared de calor. La había metido dentro de su abrigo, haciendo que quedara apegada a él.

Clic.

River no temblaba ni se balanceaba. La sostuvo con firmeza, presionándola contra su espalda como si fuera lo más normal del mundo. Jess perdió la cabeza.

–Jess, te estás sonrojando –rio Michelle.

Ni siquiera pudo fingir que su cercanía era normal.

–Seguro que sí.

–Así que, entiendo que, en cuanto a lo físico… –sugirió Michelle.

–Sin comentarios –la interrumpió él, serio.

Sin embargo, ahora, la imagen se dibujaba clara y chispeante en su mente: sexo con River. Él encima de ella. Sudando, gimiendo y dominándola. Su propio cuerpo la traicionó, arqueándose un poco hacia atrás, y el pequeño jadeo que se le escapó a River le hizo saber que su movimiento no había pasado desapercibido.

Michelle se volteó para discutir con Blake sobre algo de la cámara y Jess aprovechó la oportunidad y se separó unos centímetros para enfriarse, pero inmediatamente sintió que River le rodeaba la cintura con los brazos y la atraía hacia él.

–Tienes frío –le recordó en un susurro contra su cabello.

–Ya no tanto –balbuceó ella, y él soltó una carcajada. *Clic*.

Jess se mordió el labio inferior para contener la risa histérica que amenazaba con escapársele y le preguntó:

–¿Te has excitado?

–Es probable –le respondió al oído. El tono de su voz denotaba una mezcla de vergüenza y de obviedad.

–Dios mío. Lo único que hiciste fue acercarte a mí. –Jess agachó la cabeza, conteniendo la risa… *Clic*. *Clic*.

Pero eso solo hizo que su trasero se pegara aún más contra él y que a River se le escapara un jadeo

–Jessica. –La presionó aún más contra sí.

Finalmente, dejó de contener la carcajada. Por un momento había sido poseedora de todo el poder del Universo. Jess acababa de provocarle una erección al formidable River Peña. *Clic*.

–Te lo estás gozando demasiado –protestó él.

–Por supuesto que sí. Y, según parece, tú también.

–Me sentiría mejor si no tuviéramos compañía. –*Clic*.

–¿Acaso estás coqueteando conmigo?

–Parece que sí. –Estaba tan sorprendido como ella.

–¿Nos *agradamos* al menos?

–Aún no lo decido. –River acomodó los brazos, pesados y firmes, alrededor de ella. *Clic*–. Creo… –Suspiró–. Bueno, no sé tú, pero estás empezando a agradarme.

Era más fácil tomar coraje mirando el estacionamiento en vez de su atractivo rostro, mientras la tenía acorralada en sus brazos, impidiendo que se escapara:

–No sabré mucho sobre las almas gemelas, pero no voy a negar el deseo. –Se volteó a verlo. Sus bocas estaban a punto de rosarse.

River se relajó y se quedó mirándole los labios.

–¿Eso es cierto?

El tono de su voz la trajo devuelta a la realidad y Jess, finalmente, reunió el valor para mirarlo a los ojos. Algo se derritió en su interior. C*lic*.



TRECE

Jess quizá debería haber imaginado que la imagen de ella envuelta en los brazos de River sería la foto perfecta, pero jamás se le ocurrió que fuera a aparecer en la primera plana del periódico *San Diego Union-Tribune*.

Fizzy dejó caer una copia en la mesa, antes de siquiera quitarse el bolso.

–Santo cielo, Jessica Davis.

Jess se llevó la taza a los labios para disimular la mueca de su rostro.

–Lo sé. Lo vi esta mañana en mi iPad.

–Se ven demasiado tiernos.

–Basta. –Bajó la taza.

Fizzy se aclaró la garganta y leyó en voz alta:

–"La pareja tiene un aura resplandeciente y el aire nervioso de un nuevo amor. Es evidente que, sin ser consciente de ello, Jess se apega a él al escucharlo hablar. River la observa como si hubiera esperado toda la vida para dar con ella, pero, a pesar de la clara demostración de que el amor está en el aire, cuando vieron el resultado del test por primera vez, ninguno de los dos creía que fuera real. 'Ambos somos científicos', explicó Peña. 'Llegar a conclusiones precipitadas va en contra de nuestra naturaleza'. Aun así, es imposible no creer que sea real cuando se los ve juntos…".

–De veras, para, por favor –protestó Jess.

–No, no. –Fizzy levantó la mano y pasó a la siguiente página–. Esta es mi parte favorita: "Cuando el viento comenzó a soplar y a Jess le dio frío, River la envolvió en su abrigo. El fotógrafo y yo nos quedamos en silencio, siendo testigos de la historia de amor que se desplegaba frente a nosotros. Puede que GeneticAlly recién se esté adentrando en el mar

de apps de citas, pero está claro que lo está haciendo bien".

Cuando terminó de leer, se encontró a Jess con la frente apoyada en la mesa, esperando a que el edificio colapsara.

–¿Podemos parar ahora?

–Si no queda otra… –Oyó a Fizzy doblar el periódico y dejarlo en la mesa–. ¿La pasaron bien?

–No –respondió automáticamente, como por acto reflejo. Se sentó derecha. La mentira flotaba en el aire entre ellas–. ¿Sí? –Le dio un sorbo a su café, pero como aún estaba muy caliente, empezó a toser–. Quiero decir, *no*. No en el sentido que tú crees. Todo fue raro e incómodo, pero ¿bien? –Fizzy entrecerró los ojos–. Deja de hacer eso.

–¿Qué cosa?

–Deja de mirarme así.

–Debes de tener el cerebro frito –se burló.

–Es un hombre apuesto, ¿de acuerdo? –admitió Jess–. Así que sí, su presencia me ha dejado secuelas.

–Parece que quisieras que te comiera como postre. –Señaló la foto en la que se veía a su amiga sonriendo como una tonta.

–Nop. –Se acomodó en su asiento y se recogió el pelo en un moño–. Ya no quiero hablar del tema.

–Como dije: frito. –Fizzy se la quedó viendo, maravillada, y sacudió la cabeza para salir del trance y empezar a preparar su laptop. Se pusieron a trabajar: una escribía y la otra analizaba datos. Aun así, Jess podía sentir la mirada de su amiga puesta en ella de vez en cuando, examinándola como una muestra bajo la lente de un microscopio. El peso de su escrutinio era tal que podía sentirlo en el cuerpo, como si estuviera detrás de ella, ejerciendo presión sobre sus hombros. Para su suerte y la del disco duro externo que estaba en la mesa, Fizzy apartó la mirada justo a tiempo, antes de que Jess encontrara algo para lanzarle.

Sabía que era probable que su mejor amiga tuviera cientos de preguntas. Ella también las tenía. ¿Qué demonios se suponía que hacían? ¿Qué pensaba de que le atrajera físicamente alguien que ni siquiera estaba segura de que le agradara? ¿Qué debería hacer con ese fuego que le ardía en las entrañas? Con todo ese cuestionamiento interno, se le pasó por alto que estaban por ser las 8:24.

La puerta se abrió y la campanilla dio un exultante tintineo que hizo que a Jess se le detuviera el corazón.

Paso, paso, paso.

River recorrió el lugar con el porte de un rey que se abre paso entre sus súbditos y Jess sintió que el aire cambiaba a su alrededor, un cambio evidente en la presión atmosférica.

Fizzy se inclinó de lado y divisó a River. Abrió los ojos como platos.

–Mierda.

No hizo falta que Jess se diera la vuelta para saber que todos tenían los ojos puestos en él. Y luego, aunque estuviera dándoles la espalda, percibió cómo se volteaban hacia *ella*.

Haciendo caso omiso a su instinto, se volteó. ¿Acaso River le sonreía… a la gente? Tenía las mejillas sonrojadas y esbozaba su clásica sonrisa de lado.

–¿Qué diablos le hiciste? –exclamó Fizzy con asombro.

–Que *no* tuvimos…

–Está sonrien…

–Ya lo sé. Es raro. Cállate –le ordenó. Pero su amiga no se quedó callada.

–Cuando de verdad tengan…

–*¡Shhh!* –Jess se inclinó hacia delante.

Fingió estar muy muy inmersa en su trabajo, pero fue inútil. Supo que, una vez que le entregaran su café, River se dirigiría hacia allí.

–Hola. –Dejó dos tazas sobre la mesa.

Las dos lo miraron embobadas. Era tan guapo e imponente que lo único que Jess consiguió responder fue un simple:

–¿Qué?

Él señaló las tazas: un *flat white* y un *latte* de vainilla.

–Pensé que quizá pronto necesitarían tomarse otro –explicó.

–Gracias –respondieron a la vez en un tono monótono que se asemejaba al de un robot sexual.

La comisura izquierda de su boca se frunció.

–De nada. –Le sostuvo la mirada a Jess y su peso encendió el detonador que haría que la bomba de su libido explotara–. ¿Leíste la entrevista?

El cuello y las mejillas se le sonrojaron al recordar cómo se sintió tenerlo detrás de ella.

–Esto… Sí, la leí.

River sonrió, esperando a que dijera algo más, pero a Jess le fue imposible desvestirlo mentalmente y, a la vez, intentar formular palabras.

–A mí me pareció que Michelle hizo un buen trabajo –dijo él, al fin.

¿Por qué le costaba tanto respirar?

–Un muy buen trabajo. Fue… simpática, a pesar de que mencionó lo de mis manos sudorosas.

River se rio y negó con la cabeza.

–Estuviste genial.

–Gracias. –El River de su imaginación yacía en el suelo, debajo de ella y desnudo, lo cual explicaba por qué le tomó unos cuantos segundos agregar–: Tú también.

–Bueno… –Miró la hora en su reloj pulsera–. Nos vemos después. –Con una última sonrisa de lado, se dio media vuelta para dirigirse a la salida de la cafetería con su café americano en la mano. Paso, paso, paso. La campanilla de la entrada sonó triste por verlo partir.

Fizzy lo siguió con la mirada y se quedó observando la puerta por la cual se había ido.

–¿Qué rayos acaba de pasar?

–Nos compró café. –Jess sonaba extremadamente relajada, para nada sorprendida–. Cálmate, Fizz. –Pero en su cabeza, una vocecita gritaba en letras mayúsculas.

–Mi vagina acaba de abrirse como una flor –dijo Fizzy, con los ojos aún clavados en la puerta.

–No.

–Como una maldita *flor*.

Jess se tomó la cabeza con las manos. Iba a ser un día muy largo.

Horas más tarde, la atención de Fizzy regresó al periódico.

–Mira esta maldita química. –Habían ido a almorzar, pero como ambas tenían un plazo de entrega que cumplir, decidieron regresar a la cafetería para avanzar un poco más, antes de dar por terminada la jornada laboral–. La química entre ustedes chorrea de estas malditas páginas. Dime que no crees una palabra de lo que dice.

–Ya basta.

–Van a poner cachondos a todos los habitantes de esta ciudad. *Todo* el mundo estará tocándose esta noche.

–Dios mío, ¿podrías…? –Se calló de repente al darse cuenta–. Ay, *mierda*.

–¿No puedes solo follártelo y luego describir…?

–Fizz, en serio. Espera un segundo. –Jess la miró. El efecto del gesto de River ya se había disipado y, entonces, la invadió una oleada de temor y preocupación, recorriéndola de pies a cabeza–. Hoy es lunes.

–¿Y?

–Juno y el abuelo van a la biblioteca los lunes.

–¿Y?

Jess golpeó con el dedo índice su ejemplar del periódico.

–Fizzy, ¡hay como setenta copias del *Union-Tribune* en la biblioteca! ¡Mi hija va a ver esta foto de mí envuelta en el abrigo de River como una gata en celo! ¿Sabes cuántas preguntas suele hacerme sobre las vértebras de las jirafas? ¿Tienes una idea de cuántas preguntas hará sobre esto?

A la velocidad de un rayo, Fizzy se puso de pie, volteó a la izquierda, luego a la derecha y guardó la laptop en su bolso. Jess la imitó, guardando sus cosas como si la cafetería estuviera en llamas.



Por lo general tardaban diez minutos yendo a pie desde Twiggs hasta la biblioteca de University Heights. Esta vez, tardaron seis.

Justo antes de entrar, Fizzy se detuvo con las manos sobre las rodillas.

–Mierda. ¿Por qué demonios elegí una profesión tan sedentaria? Cuando los zombis nos invadan, será mi fin.

Jess se recargó contra la parada de autobús, jadeando.

–El mío también.

–Si el plan era llegar rápido, podríamos, no sé, ¡haber tomado un taxi!

–Entré en pánico, ¿de acuerdo? –Se paró derecha y la fulminó con la mirada–. Caminar ayuda a que se me pase. –Respiró hondo, asombrada por su inmensa falta de aire. *Agregar a la lista de pendientes: Hacer más cardio*. Miró la hora en su reloj pulsera–. Juno salió de la escuela hace cuatro minutos, lo que significa que estarán aquí en, aproximadamente, diez minutos. Tenemos que ponernos manos a la obra.

–¿Qué podría salir mal? –Fizzy se echó el cabello hacia atrás.

Subieron por la rampa que conducía a la entrada con actitud despreocupada, sonriéndole a una anciana que andaba por ahí. *Nada raro por aquí. Tan solo una típica visita a la biblioteca para esconder todos los ejemplares que tengan del periódico*. Emily, la bibliotecaria favorita de Juno, se encontraba en el mostrador usando la computadora. Jess

ralentizó el paso hasta detenerse completamente.

–¿Qué estamos esperando? –preguntó Fizzy cuando se chocó con su amiga.

–Emily está ahí –susurró. Su hija la adoraba, en parte porque era un amor de persona y sabía dónde se encontraba cada libro y en parte porque tenía el cabello teñido de rosa y conducía una motocicleta azul con brillos–. Si me ve entrar, querrá saludarme. Entonces, Juno nos verá y estaremos acabadas.

–Una bibliotecaria amigable. Esas son las peores –dijo con sarcasmo y entornando los ojos.

–Cállate. –Jess le lanzó una mirada fulminante por encima del hombro.

–Tú cállate. El mero hecho de estar aquí me hace sentir como una criminal –susurró Fizzy a sus espaldas–. ¡Hace tiempo que no renuevo mi tarjeta de la biblioteca!

–No es como si fuera a sonar una alarma. No la necesitas para ingresar. –Una persona se acercó al mostrador, a quien Emily escuchó con atención, le sonrió, asintió y le hizo señas para que la siguiera. Sujetó la mano de su amiga–. Andando.

Pasaron por la puerta y se dirigieron directo hacia el fondo, cerca del sector de adultos, y se escondieron detrás de una estantería, donde divisaron a un hombre mayor de pie frente a la gran selección de periódicos. Fizzy miró a su alrededor, nerviosa.

–¿Puedes parar? –susurró Jess, exasperada–. Escribiste toda una saga de romance y suspenso sobre una asesina a sueldo. Solo vamos a esconder periódicos. ¿Por qué me da la impresión de que esto te parece mucho más complicado que aquella vez que, en medio de un partido de billar, se te ocurrió que podrías apostarle a una pandilla de ángeles del infierno que podríamos patearles el trasero sin problemas?

–No me gusta que me presionen, ¿de acuerdo? Por lo general, soy yo la que te arrastra a hacer algo estúpido. Esto es al revés.

Jess volvió a mirar hacia donde estaba el señor y protestó cuando notó que aún seguía ahí.

–Justo ahí hay seis ejemplares que tienen la foto en la portada. Solo tenemos que tomarlos todos.

Una señora se acercó por el pasillo y ambas fingieron actuar normal. Fizzy se recargó contra una biblioteca, mientras que Jess fingió estar sumergida en un libro de recetas con caracoles que había tomado de un estante. La mujer las observó con cautela y siguió su camino.

Fizzy le quitó el libro de las manos y lo devolvió a su lugar.

–¿Es necesario que hagamos esto? –Miró a su alrededor–. Esto se siente incorrecto.

Jamás imaginó que su mejor amiga pudiera tener un lado miedoso.

–¿Recuerdas cuando estabas escribiendo *Mi alter ego* y me pediste que me pasara una pierna por detrás de la cabeza para "ver si una persona normal podía hacerlo"? –Hizo comillas en el aire.

–Más o menos. –Fizzy frunció el ceño, pensando.

–Me lastimé un tendón de la pierna y apenas pude caminar por una semana. Lo hice por ti y por tu libro. Y encima le dijiste a Daniel que había tenido un desgarro vaginal mientras tenía sexo. Me lo *debes*.

–Quiero que sepas que voy a matar a tu personaje en el próximo libro de *El corsé carmesí*.

No era la primera vez que la amenazaba con lo mismo y, sin duda, tampoco sería la

última.

–Seguro.

Se asomaron por un costado de la estantería una vez más y se alegraron al ver que, finalmente, no había moros en la costa. Jess ya podía verse declarando en la estación de policía, sentada frente al oficial malo, bebiendo café fangoso de un vasito de polietileno y mirando los videos de la cámara de seguridad que la captó merodeando por la sección de adultos, robando una pila de ejemplares de *Union-Tribune* y huyendo. Para sus adentros, le prometió a Juno y al condado de San Diego que se ofrecería a hacer servicio comunitario leyéndole cuentos a los niños hasta que su hija cumpliera los dieciocho si lograba evitar que la niña viera el periódico… o a ella.

Caminaron por la biblioteca como si tuvieran todo el derecho de llevarse dos pilones de periódicos y de acomodarlos cuidadosamente detrás de una hilera de novelas de Mary Higgins Clark.

–¿Esos son todos? –preguntó Fizzy, sonrojada, mientras echaba un vistazo alrededor por encima de su hombro.

–Sí. Vámonos de aquí.

Caminaron hacia la salida y se detuvieron en seco a metros de la puerta. Jess jaló de ella, se escondieron detrás de una pared y asomaron la cabeza, justo a tiempo para ver a Juno y al abuelo atravesar la puerta.

–Dios mío –murmuró Fizzy–. Eso estuvo cerca.

–Sí. –Volvió a asomarse con el corazón desbocado, mientras los veía dirigirse directo hacia el área de los periódicos–. Vámonos. Dejará solo a mi abuelo y se irá directo a la sección de no ficción para niños. Tenemos treinta segundos.

Fizzy asintió y, con Juno y Ronald dándoles la espalda, aprovecharon para salir corriendo de la biblioteca.

Fizzy se quedó el tiempo suficiente para beber una taza del famoso té helado de Nana Jo y anotar en su libreta los detalles de su pequeña aventura, y luego regresó a su casa para crear contenido para sus redes sociales y alistarse para su cita con Rob. Jess recibió unos cuantos mensajes de River, que le comentaba sobre la posibilidad de tener que ir a una fiesta, por lo que Brandon les enviaría un correo electrónico con toda la información… sin duda nada que justificara el calor que le subía por la espalda. La idea de contarle sobre la pequeña hazaña que había vivido era tentadora, pero se detuvo por miedo a iniciar una conversación que en realidad no quisiera tener. No le preocupaba que River hubiera conocido a Juno, pero tampoco estaba segura de querer que la vuelva a ver. Ese era un problema para la Jess del futuro, pero, después del día que había tenido, lo único que quería la Jess del presente era servirse una copa de vino y comer espagueti.

Mientras ordenaba el departamento y preparaba la cena, recayó en su nuevo –y todavía extraño– hábito: recordarse a sí misma que ya no tenía que preocuparse por sus problemas económicos, al menos, no por un par de meses. Era la primera vez que gozaba del lujo de tener un resto de dinero y le parecía casi indulgente considerar usarlo para pagar por adelantado un año de la póliza del seguro o gastarlo en paracetamol de marca en lugar de la versión genérica. Qué alocada.

Paloma se refregó en sus pies y, cuando Jess echaba la pasta en la olla con agua hirviendo, la puerta se abrió de golpe y Juno entró corriendo.

–¡Mamá, conseguí *Cómo construir las mejores montañas rusas del mundo en diez simples pasos*! –Se quitó los zapatos en medio de la sala de estar, abrió la mochila y volcó todo su contenido en el suelo, por donde su madre acababa de pasar la aspiradora.

Jess dejó la cuchara de madera a un lado y se volteó, dándole la espalda a la estufa y recargando su peso contra la encimera. ¿Se veía culpable?

–Yo era la segunda en la lista de espera, pero alguien se olvidó de irlo a buscar. Así que, cuando fui a la biblioteca, Emily dijo que podía llevármelo. –Lanzó el libro a la mesa e hizo una pausa para tomar aire, al fin–. Tengo que empezar a hacer mi proyecto.

–Hola a ti también. –Para apaciguar al pequeño torbellino de energía, Jess le pasó un brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia sí para darle un beso en la coronilla–. ¿Dónde está el abuelo? –Lo buscó con la mirada en el jardín, pero no lo vio.

Juno se fue a la sala de estar y regresó a la cocina cargando una carpeta azul de la cual sobresalían, al menos, una docena de hojas.

–Nana y él fueron a un restaurante de comida de Etiopía. –Derribó una pila de sobres que había en la mesa y desparramó las hojas frente a ella. Jess los volvió a recoger–. Las instrucciones dicen que se necesita un rectángulo de cartón que mida veintidós centímetros de ancho y treinta de largo, pero también puedo usar uno de noventa por ciento veinte. –Hizo una pausa–. ¿Tenemos eso?

–¿Que si tenemos un pedazo de cartón de un metro y medio rondando por la casa? Lo siento, ya no nos queda. –Revolvió la pasta y apagó la estufa–. Cariño, ¿por qué no lo hacemos de un tamaño más manejable? ¿En dónde pondríamos algo tan grande?

Juno miró alrededor y señaló la mesa del comedor.

–¿Y dónde comeríamos?

–En la casa de la nana y el abuelo.

Jess la miró por encima del hombro mientras colaba la pasta.

–¿Qué más necesitas para el proyecto?

–Cinta de papel, de la grande. Muchísima. ¿Sabías que, en Filadelfia, alguien hizo un capullo de mariposa de cuarenta metros de alto con cinta adhesiva? ¡Esos son más de treinta mil metros de cinta! Puedes subirte en él y todo.

–Guau. –Sacó dos platos de la alacena y los dejó en la encimera.

–También necesito pegamento, cinta adhesiva y cartulina para hacer a las personas. –Señaló el iPad de Jess, que estaba a unos metros–. ¿Puedo buscarlo en internet?

–"Por favor" –le recordó Jess, como de costumbre, mientras servía los espaguetis y les ponía salsa de tomate.

Juno tomó a Paloma en brazos y tocó la pantalla del iPad para encenderla.

–¿Cómo te fue hoy en la escuela? –le preguntó, justo cuando una imagen apareció en la pantalla.

La foto de River y ella.

La portada de *Union-Tribune* que había visto esa mañana.

Mierrrrrrr…

–¡Mamá! –exclamó su hija–. ¡Eres tú y River Nicolas!

¿Era posible que la sangre abandonara por completo el cuerpo de una persona sin que esta sangrara?

–¿Es tu novio?

¿Qué se suponía que tenía que decirle? ¿Que solo fingía salir con River porque le *pagaban* por ello? ¿Que solo eran amigos y que les tomaron una foto en la que, casualmente, estaban entrelazados el uno con el otro? ¿Cómo era posible que intentara proteger a Juno con todas sus fuerzas y, aun así, acabara siempre metiendo la pata?

Terminó de servir la cena con las manos temblorosas.

–Este… –Buscó las palabras correctas, entró en pánico, comenzó a sudar y empezó a dar vueltas–. Solo estábamos…

No soy como mi madre. No estoy descuidando a mi hija. Puedo explicarlo.

Pero antes de que Jess pudiera responder, Juno ladeó la cabeza y dijo:

–Te ves linda con el cabello así. –Y luego, su atención se vio acaparada por el plato que yacía delante de ella, así de rápido–. Ayy, ¡espagueti! –Dio un bocado enorme, cerrando los ojos mientras degustaba.

Estupefacta, Jess solo pudo observarla mientras la niña se llevaba el vaso a la boca y volvía a dejarlo en la mesa, con un bigote de leche en el labio superior. Le dedicó una sonrisa triunfadora a su madre.

–Después de cenar, ¿puedo ordenar la cinta por internet?

–Sí, puedes comprar toda la que quieras.

–¡De acuerdo! –Enrolló más pasta con el tenedor–. ¿Puedo escoger distintos colores? ¿Como azul, naranja, verde y rojo? –Dio otro gran bocado y Jess regresó a la cocina.

Abrió el refrigerador y sacó una botella de vino.

–Claro –le dijo y se sirvió un poco. *¿Rosa? ¿Morado? ¿A lunares? Lo que quieras, cariño.* Jess nunca había tenido el lujo de ser irresponsable con sus gastos; se sentía extraño pero maravilloso. Vio cómo Juno terminaba su cena y tomaba el iPad de nuevo. La oyó tararear mientras agregaba los materiales que necesitaba al carrito.

Quienquiera que haya dicho que el dinero no compra la felicidad, definitivamente, nunca había presenciado la cara de su hija.



CATORCE

Trevor y Caroline Gruber eran dos accionistas de GeneticAlly. Después de que se publicó la entrevista en *Union-Tribune* quisieron invitar a Jess a tomar un cóctel para conocerla, con Brandon y otros patrocinadores importantes. "Son personas humildes, Jess. Vas a amarlos", le había dicho Brandon para convencerla y, afortunadamente para él, resultaron ser unos amores de personas.

Trevor era una especie de prodigio de la tecnología oriundo de Detroit, y Caroline era ortopedista pediátrica de Rhode Island. Caminos cruzados, amor verdadero y el resto es historia.

El hecho de que eligieran aportar unos cuántos millones de dólares para una empresa cuyo objetivo era conectar personas con sus almas gemelas le dio esperanzas a Jess de que ni ellos ni el resto de los invitados se verían como el hombrecito de Monopoly. Había miles de buenas inversiones en el campo de la biotecnología, un área que se encontraba en un gran apogeo, pero, como alguien que trabajaba con datos y ayudaba a las compañías a evaluar los riesgos, probablemente –bajo otras circunstancias– no invertiría en GeneticAlly.

Dicho eso, con solo echarle un vistazo a River cuando fue a buscarla a su casa, le hubiera entregado su billetera y la contraseña de su cuenta bancaria a cualquiera que se las pidiera. Vestía un traje azul marino hecho a medida. Zapatos lustrados. Cabello casi demasiado largo pero perfecto, ojos deslumbrantes, su nuez de Adán, que más de una vez había imaginado lamer desde que hicieron la entrevista en Shelter Island, hacía una semana. Brandon la había convencido de que no se tirara desde lo más alto del edificio cuando le prometió que GeneticAlly le enviaría un vestido y un estilista para que se

encargara de su maquillaje y de su peinado. Un gesto muy generoso y considerado de su parte que solo sirvió para resaltar el hecho de que era un evento importante, lo cual hizo que Jess terminara respirando dentro de una bolsa de papel para calmar los nervios.

Y justo cuando acababa de autoconvencerse de que era lo suficientemente extrovertida y bonita como para aguantar la noche entera prendida del brazo del doctor River Peña, lo vio bajarse de su automóvil luciendo como todo un fortachón. El traje elegante y el vehículo de alta gama le hacían emanar una energía sexual implacable.

Jess imaginó que se tiraba de un puente. Era su fin. Les había abierto la puerta a los pensamientos lujuriosos y ahora le asaltaban la mente en una avalancha. Para ser honesta, si alguna vez llegaban a tener sexo, él tendría que cumplir con las altas expectativas de Jess: el River de su imaginación era un animal en la cama.

Se acercó a darle un beso en la mejilla. Al menos esta vez estaba preparada, pero lo que no esperaba era la nueva sensación que la golpeó. Olía… diferente.

Al igual que ella, River inhaló profundamente.

Hablaron al mismo tiempo:

–¿Te pusiste perfume?

–¿Te pusiste colonia? –La voz de Jess sonó más alto. *¿Acaso se está sonrojando?*

–Un poco. Mis hermanas… –Se aclaró la garganta–. Me dijeron que fuera a Neiman Marcus y probara nuevas fragancias.

Jess imaginó que tomaba un arco y puñado de flechas y le apuntaba a la vendedora que había osado a embadurnarle la piel con diferentes colonias y se le había arrimado lo suficiente como para olerlo de cerca.

–¿Tus hermanas te dijeron que compraras… colonia?

–Están muy interesadas en todo esto. –Suspiró avergonzado, pero Jess supo que solo fingía.

¿Sus hermanas estaban interesadas en ellos? No estaba segura de si le daba ternura o miedo.

–Qué dulces –fue lo único que pudo decir.

–Por no decir otra cosa. –Soltó una risita irónica.

–Bueno, a mí me parece que hueles bien. –La palabra "bien" le quedaba corta. Jess quería comérselo entero y beberse lo que quedaba del frasco.

–¿Qué es ese aroma? –River se le acercó de nuevo.

Por un momento, se quedó pasmada al darse cuenta de que estaban *oliéndose* mutuamente. Y, además, podían diferenciar de quién provenía cada perfume. ¿Eso era normal? ¿Era raro? Decidió dejarse llevar.

–Es… De acuerdo, suena extraño, pero es melón. Es una fragancia de melón, de esos que tienen una bolita… –No sabía cómo expresarlo–. No es un perfume como tal, sino más bien ¿una esencia? Es un frasquito con una bolita… –Cerró la boca y se limitó a hacer el gesto de rodar la botellita en su muñeca–. El perfume me da dolor de cabeza, pero este no me hace nada. –Sintió que le ardían las mejillas.

–Me gusta. –Parecía tener problemas para encontrar las palabras adecuadas–. Mucho.

¿Qué era eso que percibía en su voz? Como una especie de tensión. Se escuchaba como si delante de él hubiera una bandeja del filete más jugoso y dijera: "*Puedo resistir la tentación de comerte*", cuando lo que moría por decir, en realidad, era: "*Ven a mí*".

¿Era posible que River Peña… la deseara de *esa* manera?

Jess tenía que bajar un cambio. Puede que desde que se acurrucaron en Shelter Island se hubiera obsesionado un poquito, pero no podía dar por sentado a dónde quería llegar River con todo esto.

Además, mientras subían al automóvil, Jess recordó que pronto estarían en un penthouse, en el cóctel de los accionistas de la empresa. Eso quería decir que River –y el resto de los invitados– esperaba que lo mirara con deseo, por el bien financiero de GeneticAlly. Jess lo conocía lo suficiente como para saber que elegía sus palabras con cuidado. Hasta donde sabía, sus hermanas podrían estar *realmente* interesadas, no solo para fastidiar o husmear. La obvia atracción que sentía por él ayudaba a que la empresa diera más confianza –lo que, a su vez, ayudaba a su bolsillo– y a demostrar lo que había declarado todo este tiempo ante la ciencia. Sabía muy bien lo importante que era para él que el mundo viera el impacto de su hallazgo.

Y, francamente, mira lo que Jess estaba dispuesta a hacer por treinta mil dólares. Si bien no eran grandes sacrificios permitir que GeneticAlly le pagara los vestidos e ir a una fiesta elegante de la mano de un científico que emanaba un gran magnetismo sexual, treinta mil dólares eran nada en comparación con lo que River estimaba ganar: millones.

–¿En qué piensas? –le preguntó él, rompiendo el silencio.

Decir la verdad no haría ningún daño.

–Ah, solo cuestiono cada decisión que he tomado en la vida.

Eso lo hizo reír.

–Yo también.

Lo dudo.

–Dame un ejemplo.

La miró unos segundos y volvió a concentrarse en el camino, tomaban la 163.

–¿De verdad?

–De verdad.

Tras una larga pausa, durante la cual Jess supuso que había decidido no responder, al final, dijo:

–De acuerdo, cuando te pusiste ese vestido, ¿pensaste en mí?

Se puso roja como un tomate, del pecho a la frente. Miró hacia abajo, inspeccionando su atuendo. Era un vestido azul oscuro con tirantes negros. Tenía bordadas unas delicadas bolitas metálicas esparcidas por toda la tela, asemejando un cielo estrellado. El sutil encaje negro que rodeaba sus pechos gritaba "ropa de noche en combinación con ropa de noche", pero Juno y Fizzy –sus pequeñas parlanchinas– se habían quedado sin palabras cuando salió del cambiador, por lo que Jess decidió dejarse llevar por sus reacciones, en lugar de preocuparse porque enseñaba demasiada piel.

–Sé que te pagan por asistir a la fiesta –agregó–. Entonces, esa es mi pregunta: ¿pensabas en mí?

–Yo me pregunto lo mismo, pero por la colonia –contraatacó ella, con un nudo en la garganta–. Y a ti te pagan mucho más.

–Es posible. –Rio.

–Pero es cierto. Si somos convincentes esta noche, ganarás mucho más que solo treinta mil dólares. Tus hermanas te dijeron que compraras una colonia nueva. Ese es un consejo astuto en el arte de la seducción, sobre todo si viene de accionistas.

–Así es –reconoció él.

Volvieron a sumirse en el silencio; Jess se negaba a responder hasta que él lo hiciera. Apostaría sus treinta mil dólares a que él pensaba lo mismo.

–Así que… arte de la seducción, ¿eh? –insistió él, sonriéndole burlón, antes de volver la vista al frente.

–Ese aroma te queda muy bien –admitió ella con timidez y le dio mucha vergüenza lo desafinada que le salió la voz. Se aclaró la garganta.

Jessica Davis, contrólate.

River se acomodó en su asiento.

–Bueno, si sirve de algo, ese vestido… también te queda muy bien. –Su voz se oyó rasposa y tosió, cubriéndose la boca con el puño.



Dos jóvenes apuestos de aproximadamente veinte años se acercaron cuando River detuvo el auto delante del edificio.

–Todas estas cosas de clase alta hacen que me ponga más nerviosa –admitió Jess en un susurro, después de que River llegara a su lado y le entregara la propina a los aparcacoches, que resultaron ser los sobrinos de los anfitriones.

Se le acercó un poco más, mirándola con preocupación.

–Ya verás que todos los invitados son increíblemente amables.

–Estoy segura de que sí. Es solo que, hasta ayer, la prenda más elegante en mi guardarropa era el otro único vestido que me viste usar. Este cuesta más de dos meses de las clases de ballet de Juno.

–Pues, si te hace sentir mejor, valió cada centavo.

–Sí, gracias –dijo, alisando el frente del vestido con las manos–. Tan solo continúa diciéndome lo bonita que me veo y estaré bien. Ah, y vino. El vino también ayudará.

Riéndose por lo bajo, River dejó que entrara primero al edificio. Lo único que había en el vestíbulo era el escritorio del personal de seguridad, un hermoso sofá de cuero y dos elevadores en el otro extremo.

El guardia levantó la vista cuando se acercaron.

–¿Están aquí para el evento de los Gruber?

Jess sintió la mano de River posarse en su espalda y ahí fue cuando perdió la poca cordura que le quedaba.

–River Peña y Jessica Davis –confirmó él y el guardia tachó sus nombres de la lista. Luego, llamó al elevador desde su lugar.

–Súbanse al de la derecha –les indicó–, los llevará directo al penthouse.

Mientras las puertas se cerraban, recordó todas las veces en las que había estado en un elevador con River, el silencio incómodo y el desprecio implícito que había entre ellos. Volver a esos tiempos parecía mucho más sencillo que la inmensurable e incontrolable atracción que sentía.

–Creo que debería aclarar una cosa. –Rompió el silencio. Jess lo miró con curiosidad, él mantuvo la vista en la pared de enfrente–. Sobre mis hermanas.

–¿Sí? –No tenía idea de hacia dónde se dirigía la conversación, pero el ritmo del segundo elevador más lento del mundo sugería que iba a tener tiempo de sobra para averiguarlo.

–En verdad, *son* accionistas. Aportaron dinero antes de comenzar el proyecto, pero no

me refería a eso cuando dije que estaban "interesadas". –Finalmente se volteó a verla–. Por lo de la colonia.

–Está bien. –Jess reprimió una risita. Estaba muy serio.

–Creen que esto –hizo una seña en medio de los dos– es muy… –se quedó callado y le dedicó una sonrisa burlona– *muy* emocionante, pero –se apresuró a agregar–, por favor, no te sientas presionada por su entusiasmo.

–Está bien –repitió, asintiendo.

–Si te digo esto ahora es porque allá arriba hay mucha gente que, como ya sabes, estará muy interesada, económicamente hablando, en cómo interactuemos y no quiero que pienses que todo es parte de la actuación. –Se llevó la mano al bolsillo del saco y tomó su móvil. Lo encendió, abrió la aplicación de fotos y empezó a deslizar la pantalla. Encontró lo que buscaba, al fin, y se lo enseñó.

Por un momento, Jess no tenía idea de qué estaba viendo. Pensó que era el doble añoñado de River. Parecía tener unos veinte años, pero su postura sugería que era incluso más joven y mucho menos seguro de sí mismo.

–¿Sabes quién es? –preguntó él.

Tenía miedo de adivinar. No había forma de que ese jovencito flacucho, encorvado y desalineado fuera…

–Soy yo. –Siguió deslizando. Le enseñó unas cuantas fotos más de su yo de una realidad paralela.

–Esos pantalones cortos a cuadros y una camiseta a rayas fueron una decisión muy valiente –se burló ella.

–Me mudé de casa a los dieciséis –dijo, justo cuando las puertas se abrieron

Jess sintió que el estómago le daba un vuelco, porque, durante los últimos diez segundos, se había olvidado de dónde estaban. Salieron del elevador y River se detuvo en medio del pasillo que llevaba a la puerta de entrada del fastuoso penthouse.

–Me gradué antes de la secundaria e ingresé a la universidad de Stanford cuatro meses antes de cumplir diecisiete.

–Mierda.

–En esa foto tendría unos veinte años, aunque nunca lo habrías adivinado y, como puedes ver, sin la influencia de mis hermanas no sabía cómo vestirme.

Jess rompió en carcajadas, lo que le sacó una sonrisita.

–Si no fuera por ellas, seguiría usando esos pantalones a cuadros.

–No, por favor. Tus hermanas hacen un muy buen trabajo.

–Es su forma de ser. –Se rio–. Cuando estaba en la secundaria, se mudaron a la Costa Oeste para continuar con sus estudios… y no fue siempre… Sienten que tienen que cuidar de mí. –Se humedeció los labios y miró hacia el frente, hacia la puerta, antes de mirarla a ella–. En fin, lo que quiero decir con todo esto es que, cuando me puse la colonia, no lo hice pensando en todas las personas que estarían presentes. Lo hice pensando en ti.

No supo qué otra cosa responder más que:

–Gracias por decírmelo.

Tenía sentimientos encontrados: por un lado, la confesión de River la había excitado, pero, por el otro, también la había espantado.

Para su suerte, él no pareció necesitar una respuesta más amplia. Se paró derecho,

volteándose hacia la puerta doble del penthouse de los Gruber y respiró hondo. Jess esperaba a que tocara el timbre, pero no lo hizo.

Después de un prolongado silencio incómodo, ella le preguntó:

–¿Te encuentras bien?

–Detesto este tipo de eventos –admitió.

No era muy difícil deducirlo. Era obvio: River no era un cretino hosco y desalmado, era *tímido*. Tener que hacer esto como parte de su trabajo debía ser una tortura para él. Jess lo tenía muy claro, como si acabara de leerlo en un panfleto titulado *Instrucciones para comprender a tu alma gemela*. Analizar cada una de sus interacciones previas desde ese nuevo punto de vista la había ayudado a entender que River no se parecía en nada a Brandon, todo sonriente y fácil de llevar. River se sentía en su zona de confort cuando estaba sentado frente a la campana extractora del laboratorio, solo él con sus tubos de ensayo y millones y millones de pares de nucleótidos.

Jess tendría que ser la valiente esta vez. Extendió la mano y la entrelazó con la de él. El calor comenzó a subirle desde la punta de los dedos, quemando cada partícula de su ser, hasta llegarle a los hombros y a expandirse por su pecho.

–Podemos hacerlo –lo alentó ella.

River le apretó la mano.

–No tenemos alternativa.

–Solo no nos separemos, ¿de acuerdo?

–Sí –susurró–. Buen plan.

Juntos, respiraron hondo para tomar fuerza. River extendió la otra mano y tocó el timbre.



QUINCE

En cuanto la puerta se abrió de par en par, la conmoción que había en el lugar dio paso al caos, cuando todos los invitados comenzaron a golpetear sus copas, a acomodarse la ropa y las joyas. Se oyó un coro de voces susurrar sus nombres y *¡Ya llegaron!*, seguido de una ronda de aplausos.

Uno de los empleados se hizo a un costado, justo cuando un hombre alto de tez oscura y rostro anguloso se abría paso entre la gente en dirección a ellos, luciendo casualmente apuesto en un traje elegante. Le dedicó a Jess una sonrisa que, en cierta forma, transmitía una vibra cálida, como si dijera *"puedes confiar en mí"*. Extendió la mano y, unos cuantos pasos más atrás, se aproximaba una mujer trotando en tacones más altos que un rascacielos.

–Trevor Gruber –se presentó el hombre.

–Jess Davis. –Le estrechó la mano.

–Es un placer conocerte. –Abrazó a River–. Qué bueno verte, viejo. Ella –le dijo a Jess cuando la mujer menudita de rasgos asiáticos llegó a su lado– es Caroline, mi esposa. Muchas gracias por venir.

–¡Hola! –Caroline abrazó primero a Jess y luego a River. Tenía un vestido ceñido al cuerpo que a la vez caía con tanta gracia que a Jess le dieron ganas de felicitarla. Cuando la mujer dio un paso hacia atrás, otro empleado apareció de la nada.

Caroline esbozó una sonrisita traviesa y se giró hacia el camarero para tomar un vaso largo de la bandeja que sostenía. Le puso el trago en la mano a River.

–¿Ves? Solo había que dar un paso, justo como te lo prometí. –Él se rio y ella se puso de puntillas, le dio un beso en la mejilla y le susurró–: Te dije que no sería tan malo.

Jess la amó.

River echó un vistazo por encima de ellos hacia el fondo de la habitación.

–¿Dices que *esto* no es tan malo?

Jess siguió la dirección de su mirada y estimó que debía haber más de cincuenta personas en aquella enorme sala de estar con ventanales altísimos y vista a la Bahía de San Diego y al Puente del Coronado. Todos los invitados vestían ropa formal y todos tenían los ojos puestos en la pareja de Diamante.

Estuvo a punto de ofrecerles a los anfitriones un cumplido por la hermosa vista, pero, al ver la expresión de River, se tragó sus palabras. Estaba pálido y había comenzado a sudar. Se llevó el vaso a los labios, se deleitó ante el sabor y murmuró el nombre de una bebida alcohólica que Jess no logró comprender y le agradeció a Caroline en voz baja.

Esta vez, sonriéndole a Jess, la mujer se volteó y tomó otra cosa de la bandeja del camarero: una copa de vino blanco.

–River mencionó que te gusta el vino blanco abocado. –Lo miró en busca de confirmación–. Este es un *viognier marsanne*.

–*Gesundheit* –bromeó ella y, afortunadamente, Caroline se rio. ¿River recordaba lo que había ordenado aquella vez que cenaron con David y Brandon?

Se había puesto colonia solo para ella.

Era obvio que ese vestido hacía que River quisiera devorarla como a un filete jugoso.

Caroline se giró para quedar de frente a la multitud.

–Todos se mueren por conocerte, Jess. –Volvió a ponerse de espalda–. Pero dejemos que se cansen un poco, primero. Esta es mi fiesta. –Entrelazando su brazo con el de Trevor, se inclinó hacia delante en complicidad–. Nos encantó la entrevista del periódico. River es mi hombre favorito, además de mi marido. ¿Y esas fotos? Santo cielo. ¿Esa en la que estás metida dentro de su abrigo? –Le dio un golpecito en el brazo a Jess–. Que no te quepa duda: caí muerta. Pero me temo que la fiesta se me fue de las manos en cuanto le mencioné la idea a mi amiga Tilly. –Hizo un gesto en el aire, en dirección hacia donde debía haber estado Tilly antes–. Le dije: "¿No sería divertido invitar a Jess y a River?". Ella le escribió a Brandon y así es como se convirtió en *esto*. –Puso los ojos en blanco en señal de disculpa–. Me refiero a que me imaginaba solo una *cena*. Como era de esperar, los dos se encargaron de invitar a todo el comité directivo de GeneticAlly y a los inversores, antes de que siquiera se lo dijera a mi esposo.

Trevor se rio y asintió.

–Así que, ¿ahora entiendes? Hay más personas preocupadas por la fiesta.

–¡Yo no estaba preocupada! –insistió Jess, con una sonrisa forzada.

–Hablaba de River –bromeó Trevor.

–Vamos. –Caroline la tomó del brazo. Tanteando y sintiendo una rara sensación de pánico, Jess intentó tomar la mano libre de River antes de que quedaran separados–. Quiero presentarte a algunas personas.

Por supuesto que él ya conocía a cada uno de los presentes; ella era la novedad allí.

En primer lugar, les presentó a los Watson-Duggars, un matrimonio de cincuenta y tantos años, que, en tan solo treinta segundos y con muy poca sutileza, había sugerido que sería genial si River y ella pudieran casarse antes del lanzamiento. Luego siguieron los Liu, que eran los propietarios del edificio. La señora Liu admitió en un susurro que llevaban veintisiete años de casados, pero que no se habían sorprendido cuando se enteraron de

que eran un Match de Carbón. ¡Qué incómodo!

Los Roma parecían querer encontrar fallas en la posible conexión que había entre ambos y, mientras le preguntaban sobre la historia que les había contado River –la mayoría de las cuales respondió mal–, Jess tuvo que repetirse mentalmente que no intentaban atacarla, sino que solo buscaban proteger su dinero.

Albert Mendoza no paraba de mirarle el escote del vestido. Aún peor, Jess temía que su esposa se acercara a tocarle los bíceps a River, dado por la forma descarada en la que lo miraba, con ojos llenos de deseo. El doctor Farley McIntosh y su marido eran reconocidos arquitectos que vivían en San Diego y solo les interesaba saber si Jess había oído hablar de alguno de sus tantos edificios.

Durante todo ese rato, la mano de River que tenía entrelazada con la suya había empezado a sudar cada vez más.

Pasaban de un grupo a otro, como si fueran una pareja de recién casados en la recepción de su boda. Eran la atracción principal del evento y estaban allí para que los tocaran, empujaran, interrogaran y cuestionaran:

"¿Puedes sentir la conexión cuando lo miras?".

"¿El sexo con tu alma gemela es, ya sabes…, increíble?".

"¿Cuánto falta para que suenen las campanas de boda?".

"¿Ya conociste a las hermanas de River?".

"¡Tendrán unos hijos preciosos!".

"¿Qué sucedería si llegaras a obtener el mismo puntaje con otra persona?".

Jess y River respondieron todas las preguntas como pudieron, aferrados el uno al otro y con una sonrisa fija en el rostro, pero la última pregunta hizo que Jess se detuviera en seco e inventara la excusa de que necesitaba ir al baño urgente. Siguiendo las indicaciones de River, caminó derecho hasta el final del pasillo y se detuvo en la segunda puerta a la izquierda. El penthouse era enorme y ella solo quería escapar, explorar y comprobar cuántas habitaciones estaban amuebladas.

Sin embargo, le bastaba con poder separarse unos minutos de la multitud y quedarse en un lugar tranquilo. El corazón le latía desenfrenadamente, martilleándole el pecho. Si no le hubieran hecho un maquillaje tan hermoso, se habría echado agua en la cara, así que se limitó a apoyarse sobre el lavamanos y a respirar hondo. Cada vez que lograba convencerse de que tenía todo bajo control, volvían a dispararle otra pregunta, como si fueran balas. Al principio, no había creído que el resultado fuera real y, luego, no le importó si lo era o no, porque… necesitaba el dinero. Después, creyó que el puntaje podía ser correcto, pero no le había interesado porque no buscaba una relación. Maldición. Y ahora, al estar todo el rato junto a River, sabiendo que tendrían que enfrentar la noche como un equipo, hacía que lo que se suponía que era parte de la actuación se sintiera demasiado real. Cuando alguien le preguntó sobre la posibilidad de tener otra alma gemela, le dieron ganas de vomitar.

Demasiadas preguntas, demasiado rápido.

Se lavó las manos, se retocó el labial y se miró al espejo para darse ánimo. La fiesta debía haber costado miles de dólares. Tenía puesto un vestido por el que no había pagado ni un centavo. ¿Quién demonios fingía ser? *Solo tienes que sobrevivir a esta noche y podrás volver a casa.*

Cuando salió del baño, River la esperaba afuera, recargado contra la pared de enfrente y

con un pie cruzado por encima del otro. La pose lo hacía ver tan seguro de sí mismo, tan sensual, que Jess apretó con fuerza las piernas por acto reflejo.

Se paró derecho.

–¿Te encuentras bien?

–Sí, solo… –Señaló a sus espaldas–. Solo necesitaba un momento.

–Yo también. –Una sonrisa de alivio se asomó en sus labios.

Jess suspiró lentamente.

–Este no es mi mundo. –El efecto de su cercanía cosquilleaba en su interior y sintió que no tenía el control de sus palabras–. Espero no estar arruinándolo.

La expresión de River cambió y dio un paso hacia ella.

–Tú… No. Lo estás haciendo increíble. –Le echó un vistazo al pasillo por donde había venido–. Y lamento que Brandon no esté aquí, esto es más lo suyo que lo mío.

–Entiendo –murmuró Jess–. Los accionistas quieren ver los frutos de su inversión. –De inmediato, se dio cuenta de que a él, aunque pensaba lo mismo, no le gustaron sus palabras–. Debe ser raro para ti conocer a toda esta gente y tener que presentarte como uno de los hallazgos científicos más grandes, y no como el líder de la investigación.

–Sí. Puede que solo tres personas sepan aunque sea algo de mi vida personal y, ahora, toda esta gente que no conozco siente que tiene derecho a hacer comentarios sobre nuestra intimidad y a exigir que nos casemos pronto.

Jess soltó una risa nerviosa.

–Exacto.

–Estaba pensando –dijo él, levantando la vista hacia el techo–, cuando Esther Lin nos preguntó sobre, ya sabes, encontrar a otra alma gemela…

Jess esperó a que terminara la frase, con el corazón latiéndole a toda velocidad.

–¿Estuviste casada con el padre de Juno? –preguntó, al fin.

Soltó el aire que había estado reteniendo.

–No. –Hubo un largo silencio, durante el cual sintió que River podría estar esperando una respuesta más elaborada, pero estaban parados en el medio de un pasillo en una fiesta y, para ser honesta, no sabía qué tanto había para contar de su relación con Alec. Viéndolo en retrospectiva, nunca habían tenido un vínculo muy sólido. El embarazo no fue lo que los hizo terminar, solo aceleró el proceso–. No está en nuestras vidas –consiguió decir, finalmente–. Nunca lo ha estado. Terminamos antes de que Juno naciera.

La respuesta había saciado su curiosidad. Se dieron media vuelta y comenzaron a caminar, sin prisa, por el pasillo, en dirección a la fiesta.

–El otro día dijiste que siempre has vivido cerca de tus abuelos. ¿Tus padres fallecieron o…?

–Mi madre ha tenido problemas de adicciones, aún los tiene, y les cedió mi custodia cuando tenía seis años. Jamás conocí a mi padre.

–Oh. –River se volteó a verla, asombrado–. Guau. –El dolor en su mirada parecía genuino. Jess asintió despacio con la cabeza, sin saber hacia dónde mirar.

–Lo mismo digo.

–Lo siento mucho, Jess.

–No lo sientas. De veras, Nana Jo y el abuelo son las mejores personas que he conocido. Desde pequeña supe que mi vida sería mejor con ellos.

–Suena a que son increíbles.

De repente, se sintió expuesta. Ahí estaba: su exnovio se había negado a criar una hija juntos, su madre la había abandonado para seguir el camino de las drogas, la habían criado sus abuelos y aún seguía viviendo con ellos. River tenía dos hermanas que lo adoraban tanto que lo ayudaban a vestirse para que alcanzara todo el potencial de su sensualidad.

–¿Qué es esa cara? –preguntó él, inclinándose en su dirección–. ¿Dije algo malo?

Se puso nerviosa al darse cuenta de lo rápido que la había descifrado. En su pecho se formó una sensación de pánico que no lograba comprender del todo, haciendo que quisiera buscar una vía de escape. En las historias de romance, era la protagonista la que asistía a ese tipo de fiestas, no la mejor amiga. ¿Qué hacía ella ahí?

Como siempre, el humor fue su mejor mecanismo de defensa.

–Solo me imaginaba cómo se debe sentir que tu Match de Diamante cargue con semejante historia.

–Todos cargamos con nuestro pasado. –respondió River, serio.

A Jess se le borró la sonrisa.

–¿En serio?

–Sí, pero, vamos, te conozco lo suficiente como para saber que tú no tienes una carga. –Le sostuvo la mirada y a ella se le hizo imposible mirar hacia otro lado–. Tú eres dueña de tu propia vida, Jess. Eso es lo que me gusta de ti. Tomas lo que quieres y dejas el resto en el camino. Tú tienes el control.

Tenía razón. Se paró más derecha, inclinándose hacia él.

–¡Ahí estás! –exclamó una voz–. River, ven acá. Y trae a tu novia.

Aún mirándola a los ojos, River batallaba por esconder su sonrisa.

–¿Lista para socializar un poco más, noviecita mía?

Jess rio.

–Mi batería se ha recargado lo suficiente, así que sí.

La tomó de la mano y la guio de vuelta a la fiesta, en dirección hacia donde se encontraba el anciano bajito que había gritado su nombre. Debía tener alrededor de ochenta años y tenía puesto un traje negro desgastado con unos anteojos redondos de marco de alambre. A su lado se encontraba una mujer de pelo blanco. Tenía una trenza ancha enroscada en la coronilla y unas facciones delicadas. No estaba maquillada y llevaba puesto un vestido negro simple con un cuello de encaje y un collar de perlas. Sorprendentemente, era incluso más bajita que su marido.

–¿Cómo fue que los convencieron de venir? –preguntó River con una amplia sonrisa.

–Caroline sobornó a Dorothy –respondió el hombre con un acento alemán muy marcado.

–Y por "sobornó" –intervino ella–, se refiere a que Caroline me prometió que tendría oportunidad de hablar contigo.

River se acercó a darle un beso en la mejilla.

–Johan, Dotty, les presento a mi Jessica.

Mi Jessica.

Al corazón le dio tal regocijo que hizo que le temblaran las piernas.

–Jess, ellos son Johan y Dotty Fuchs.

Ni siquiera le dio tiempo de recuperarse; la pareja se le había echado encima con intención de abrazarla.

Jess se agachó un poco para estar a su altura y les correspondió el abrazo.

–Hola. Es un placer conocerlos, señor y señora Fuchs.

–Johan y Dotty fueron el primer Match de Diamante de DúoADN. Su nieta los trajo de visita a la empresa en 2014 y tenía razón: obtuvieron un puntaje del noventa y tres por ciento. Fueron los primeros en el rango de los noventa puntos.

Dotty asintió, dándole un apretón en el brazo a su marido.

–Nos casamos en 1958. Así que ya son sesenta y tres años juntos.

Jess no se emocionaba con facilidad; amaba a su hija y a sus abuelos con toda su alma, pero no lloraba cuando pasaban un anuncio publicitario emotivo en la televisión y era la única persona que conocía que podía escuchar *Someone Like You*, de Adele, sin derramar ni una sola lágrima. Sin embargo, algo la conmovió. Se le hizo un nudo en la garganta, las lágrimas saladas amenazaban con salir.

En medio del profundo momento emotivo, en un esfuerzo por mostrarse respetuosa y entusiasmada, le echó un vistazo a la vestimenta de Johan. Tenía puesto un bléiser y pantalones de vestir, pero debajo llevaba una camiseta normal, no una camisa, con un anillo de benceno rodeado por átomos de hierro, en vez de carbono, estampado en el centro y debajo se leía la frase RUEDA FÉRRICA.

–Ya sé que es un evento elegante, pero me la puse por River –explicó Johan al notar su asombro–. Adora los juegos de palabras mediocres sobre ciencias.

–¿De verdad? –preguntó ella, volteándose a verlo.

El señor Fuchs se aclaró la garganta y levantó un dedo.

–¿Qué dijo Gregor Mendel cuando descubrió la genética? –Esperó unos instantes, para luego exclamar–: ¡Alelubias!

Era un chiste malo, pero la forma en la que lo contó fue excelente. Además, puede que sea el viejito más bajo y dulce que Jess haya conocido jamás. Se reiría de todos sus chistes siempre, sin dudarlo.

–Qué ingenioso –replicó River. Le brillaban los ojos–. ¿Cuál es la forma más rápida de identificar el sexo de un cromosoma? –Esperó–. Mirándole los gen-itales.

Los tres lo abuchearon.

–El potasio y el oxígeno tuvieron una cita –continuó Johan, cada vez más entusiasmado por la manera en que se desenvolvía el juego–. Les fue OK.

Dotty lo abucheó, al mismo tiempo que Jess comentaba:

–De acuerdo, ese fue tierno.

–Quisiera ser adenina –dijo River, guiñándole un ojo– para emparejarme a TI.

Los tres exclamaron "awww" al unísono y, luego, todos se voltearon a ver a Jess con expectativa. Le tomó unos segundos darse cuenta de que le tocaba a ella contar uno.

–Mmm… –Buscó en todos los recovecos de su cerebro, tratando de encontrar un chiste de química–. Bien, ¿alguno conoce algún chiste sobre el sodio? –Con una sonrisa en su rostro, estudió sus reacciones–. ¿O Na?

El señor y la señora Fuchs intercambiaron una mirada.

–Creo que no –dijo Dotty, frunciendo el ceño–. ¿Qué tal tú, cariño?

–No, ese es… –balbuceó ella.

–No me sé ninguno –contestó Johan–. Bueno, veamos. Es un tema muy específico. Sodio… Chistes sobre sodio…

–No, ese es el… –intentó explicar, pero desistió al ver que seguían de debatiendo entre sí.

–Lo siento, querida –se disculpó Dotty–. No sabemos ningún chiste sobre el sodio, pero ha sido un enorme placer conocerte. –Se dirigió a River con una sonrisa–: Qué bueno fue verte, cariño. Cuídala mucho, ¿sí?

–Lo haré. –Se agachó para besarla en la mejilla otra vez. Los vieron alejarse tomados de la mano.

El silencio se asentó entre River y Jess.

–Guau –susurró ella, riéndose avergonzada.

–Los chistes que requieren una explicación suelen ser los mejores –dijo él, mirándola a los ojos.

–Por algo me llaman "La desalmada de la fiesta".

–¿En serio? –preguntó.

–Pues, si no lo hacen, deberían. –Le sonrió de oreja a oreja–. Son demasiado tiernos.

–¿Verdad que sí? También son las personas más amables del planeta.

–Qué bueno que ya estuvieran casados cuando se enteraron de que eran un Match de Diamante.

River asintió, suavizando su expresión.

–Supongo que te quita un poco de presión.

Jess quería apartar la mirada, pero no lo consiguió. Sus sentimientos por él iban creciendo, pero no de manera lenta y controlable. En la última hora habían aumentado exponencialmente, como una ola formándose en su interior. De ese mismo modo imaginaba que un tsunami arrasaría con San Diego: calmo al principio, hasta que, de repente, una pared de agua rompía en la costa. Se quedó viéndolo embobada y en lo único que podía pensar era en las ganas que tenía de que River la tocara.

Se oyó un tintineo que comenzó como un sonido sutil, apenas perceptible, pero se fue incrementando hasta convertirse en un ruido estrepitoso de cubiertos de plata golpeteando copas de vidrio. Jess miró a su alrededor, confundida. En ese entonces comprendió que River, por el contrario, seguía sin entender lo que estaba sucediendo.

–Mierda –susurró ella.

–¿Qué ocurre? –preguntó él, en el momento exacto en que todos los invitados comenzaron a corear: "Beso, beso, beso".

Los ojos de River se abrieron como platos y Jess presenció el instante en que cayó en la cuenta.

–Ay, Dios.

–No pasa nada. –Esbozó una sonrisa cálida y se paró frente a él. El público los rodeaba. Él era muy tímido y ella, superreservada. ¡Era una pesadilla! Pero no era para tanto. ¡Eran almas gemelas! Según la imagen de su relación que le habían pintado a toda esa gente, ellos se besaban *todo el tiempo*.

River imitó su sonrisa, aunque Jess esperaba que la suya fuera más convincente.

–Deberíamos habernos imaginado que sucedería algo como esto –balbuceó él.

–Bueno, pues, no fue así –respondió ella en un susurro, pasándole una mano por el pecho. La sensación era igual a estar sumergida dentro de una botella de champán caliente–. No tenemos que hacerlo si no quieres.

–No, hagámoslo –dijo, acercándose cada vez más y jugando con un mechón de su cabello–. Es decir, a menos que tú no quieras.

Su aliento olía a una mezcla de menta y whisky. Para ser honesta, Jess se moría por

besarlo.

River la miró, pidiéndole permiso; el ruido se volvía cada vez más fuerte. Pero luego, apartó la mirada, nervioso.

–Ey, solo soy yo.

–De acuerdo. –Su expresión se relajó y asintió, respirando entrecortadamente.

Posó la mirada en los labios de Jess.

¿De verdad nos vamos a besar?

River dio un paso adelante.

Parece que sí.

Se inclinó un poco y le pasó una mano por el cuello para tomarla de la barbilla, dejando un rastro de calor en su piel. Inclinó la cabeza –Jess dejó de respirar– y posó sus labios sobre los de ella.

En ese preciso momento, exhalaron aliviados, y todo lo que los rodeada se desvaneció: el ruido, las luces, los invitados. Jess sintió cómo a River se le aflojaba el cuerpo al confirmar que habían tenido razón al pensar que se sentiría así de bien. Un beso corto y, después, uno más largo; solo sus labios sobre los de ella, separándose y volviéndose a tocar.

Una gran cantidad de neuronas se reactivaron y le recordaron a Jess que tenían cincuenta pares de ojos puestos en ellos, pero ni siquiera eso pudo evitar que lo tomara de las solapas del saco para profundizar el beso.

Reprimió un gemido cuando River le rodeó la cintura con el brazo que tenía libre, sus dedos se extendían por debajo de sus costillas. Se sentía tan bien que la excitación produjo un torbellino en su interior, que iba desde la garganta hasta debajo del ombligo. River se separó apenas. Jess pensó que el momento había llegado a su fin, y probablemente *deberían* detenerse, pero luego se dio cuenta de que River solo estaba cambiando de posición, así que se acercó a él desde un nuevo ángulo y le enredó los dedos en el cabello.

Se le escapó un jadeo casi imperceptible. Creyó que solo él lo había escuchado, pero, al parecer, fue lo que lo trajo de vuelta al presente, pues dio un paso hacia atrás, quedando tan solo a milímetros de distancia de su rostro.

Se quedaron así, estupefactos, mirándose a los ojos con la respiración agitada. Puede que hubieran pasado solo unos cuantos segundos, pero el rumbo de su relación había cambiado en el momento exacto en que sus bocas se tocaron. Ella deseaba mucho más y, a juzgar por la mirada de River, supo que el sentimiento era mutuo. No había duda de que la atracción física era recíproca.

Jess dio un respingo cuando toda la habitación rompió en aplausos y conmoción. Apartó la mirada unos instantes y luego volvió a centrarse en River. Su atención, al parecer, seguía fija en sus labios.

–Me parece que acabamos de hacerle ganar mucho dinero a tu empresa –masculló ella con una gran sonrisa. Se tocó los labios con la mano, sintiendo el hormigueo.

Él seguía sin reaccionar. Ella tampoco sabía si la había oído.

–Supongo que muchos te habrán dicho que tienes lindos ojos –murmuró River, acariciándole la clavícula con la yema del dedo–, de un azul maravilloso e intenso.

De seguro podía sentir cómo a Jess se le estaba por salir el corazón. Daba la impresión de que se hubiera olvidado de que no estaban solos.

–Pero yo prefiero tu boca –continuó.

–Ah, ¿sí? –fue lo único que pudo articular Jess.
–Sí –respondió, dándole un beso en la frente–. No a cualquiera le sonríes así.



DIECISÉIS

Gracias al amigo del amigo de un amigo, el día jueves Jess se reunió con un posible nuevo cliente. La verdad es que no tenía espacio en su agenda para nada más –*¿quién diría que tener una relación falsa consumiría tanto tiempo?*–, pero el dinero fácil se acabaría en mayo, cuando GeneticAlly hiciera el lanzamiento, y no quería quedarse seca después de eso.

Kenneth Marshall era dueño de una pequeña empresa de ingeniería en Wyoming y se hallaba de visita en la ciudad para reunirse con sus propios clientes. Habían quedado en almorzar en su hotel, lo cual le daba el beneficio adicional de poder admirar la vista panorámica de la bahía de San Diego y del Centro de Convenciones. Por desgracia, Shelter Island y el penthouse de los Gruber también estaban dentro de su campo visual, por lo que tuvo que hacer un esfuerzo descomunal por concentrarse en su conversación sobre el estudio de probabilidad y el análisis de regresión, en vez de pensar en el beso abrasador de la fiesta.

¿Cómo era posible que alguien hubiera aprendido a besar de esa manera? ¿Habría tomado clases? O quizá habría mirado videos en YouTube, como cuando Jess tuvo que buscar un tutorial para reparar la válvula de llenado del retrete. Se había pasado la noche anterior recordando sus labios, la pasión con la que la había tomado del mentón y reflexionando sobre lo absurdo que era que ese beso la hubiera dejado más satisfecha que todas las veces que había tenido sexo en su vida.

Pensándolo bien, tener sexo con River la mataría.

Quedó más que encantada con Kenneth cuando terminó la reunión y, aún más, después de que él se ofreciera a pagar un adelanto para asegurarse un lugar en su agenda a fines de

mayo. En lugar de dirigirse al estacionamiento, salió a la terraza para contemplar el paisaje. Las gaviotas volaban y las olas del mar movían los botes atracados en el puerto. Tomó una foto con el celular y se la envió a Fizzy, que había viajado a Los Ángeles para reunirse con su agente.

Si bien Jess había vivido toda su vida en California, casi nunca iba a la playa. Al principio, siempre le daba la impresión de que era demasiado ajetreo –la arena, la multitud, encontrar un lugar para aparcar el auto–, pero una vez que ponía un pie ahí, se preguntaba por qué no lo hacía más a menudo.

Casi como el sexo.

Volvió a recordar el beso, la forma en la que River había ladeado la cabeza para capturar sus labios con más intensidad y cómo él había contenido la respiración y luego exhalado un hilo de aire entrecortado una vez que se separaron. Se preguntó si, de haber estado solos, hubieran sido capaces de detenerse. Se preguntó si era tan bueno en la cama como lo era besando.

Su móvil comenzó a sonar y la sobresaltó. Esperaba encontrarse con la cara de Fizzy ocupando toda la pantalla, pero, en su lugar, aparecieron tres palabras: HOSPITAL SCRIPPS MERCY.

–¿Hola? –atendió de inmediato, con la vista fija en el horizonte mientras el corazón le martilleaba en el pecho al ritmo de: "Juno, Juno, Juno".

–¿Podría hablar con la señorita Jessica Davis? –preguntó una mujer al otro lado. En el fondo se oían voces, el tintineo de la llamada del elevador, teléfonos que sonaban y el murmullo distante de una radio.

–Soy yo. –En sus latidos resonaba el nombre de su hija.

–La llamo desde el Hospital Scripps Mercy. La señora Joanne Davis se encuentra aquí. Su abuelo, Ronald, pregunta por usted. Por favor, venga lo más rápido posible.



No recordaba haber esperado al aparcacoches, ni haber conducido, ni la caminata desde el estacionamiento, ni haber hablado con alguien de la recepción, pero jamás olvidaría la imagen de su abuela acostada en una cama de hospital. Jess se quedó clavada en la puerta, del lado de afuera de la habitación. Se oía el zumbido y los pitidos de las máquinas que rodeaban a Nana; Ronald permanecía al lado de su esposa, sosteniéndole la mano. Joanne tenía las dos piernas inmovilizadas, con una férula en cada una. En el brazo izquierdo tenía una vía intravenosa. El olor a antiséptico hacía que a Jess le picara la nariz. Una enfermera que salía de la habitación le pasó por al lado, así que aprovechó la oportunidad para entrar.

–¿Nana?

Ronald giró la cabeza en su dirección, en su rostro se reflejaba cada punzada de dolor que sentía su abuela. Abrió la boca para decir algo, pero no le salieron las palabras.

–Aquí estoy –le dijo Jess, acortando la distancia entre ellos para darle un abrazo–. ¿Qué pasó?

–Se cayó.

–Estoy bien –respondió Joanne con la voz temblorosa–. Solo perdí el equilibrio.

Ronald le apretó la mano, con los ojos puestos en ella. Él era la persona más fuerte y

centrada que conocía, pero en ese momento parecía que hasta la brisa más suave podría derribarlo.

–Creen que se trata de una fractura de fémur –explicó él–, pero estamos esperando a que venga la doctora. Estábamos jugando a los bolos en el salón nuevo que inauguraron en Kearny Mesa y se resbaló. –Se cubrió la boca con una mano–. Le hicieron unas radiografías hace veinte minutos, pero nadie nos dice qué demonios…

Nana hizo una mueca de dolor y él empalideció aún más, si es que eso era posible.

–Está bien, está bien –intercedió Jess, apartándolo de al lado de la cama y ayudándolo a sentarse en una silla–. Tú quédate aquí y yo iré a ver qué ocurre. ¿Le han dado algo para calmar el dolor?

–Creo que por la intravenosa. –Le temblaban las manos mientras se peinaba los delgados mechones de su corto cabello, que estaba todo alborotado.

–Regreso enseguida. –Se acercó a su abuela para que pudiera verla mejor–. Nana, ahora vuelvo.

–Disculpe –Jess detuvo a la primera enfermera que se cruzó en el pasillo–, vengo de la habitación 213. ¿Podría decirme qué tiene la paciente Joanne Davis?

–¿Eres familiar?

–Sí, soy la nieta.

–Le hemos suministrado analgésicos para el dolor. Pronto estarán listos los resultados de las radiografías. –La enfermera le señaló a una mujer en un ambo de color azul que venía caminando por el corredor, en dirección a ellas–. Ahí viene la doctora Reynolds. Ella te lo explicará todo.

La doctora la acompañó de vuelta a la habitación. Ronald había movido la silla al costado de la cama para volver a tomarle la mano a Joanne, que tenía la frente sudada y estaba sufriendo por el dolor, pero se esforzaba por ocultarlo.

La doctora Reynolds los saludó y, en eso, llegó una nueva enfermera a tomarle los signos vitales a su abuela. La doctora colocó la radiografía sobre una caja con luz y procedió a explicarles que Nana tenía una fractura subtrocantérea, que iba desde el cuello del fémur hasta la parte inferior del trocánter menor.

–Tendremos que operarla. Le colocaremos una varilla de forma vertical, justo por aquí. –Con un dedo, fue trazando una la línea en la radiografía por el costado del hueso–. Y, luego, pondremos un clavo que va unido a la cadera, en diagonal hacia arriba. En este caso, no será tan largo porque la fractura se encuentra en la parte superior del fémur. Llegará hasta aquí, probablemente. –Señaló en la imagen hasta dónde llegaría–. Después, insertaremos otra varilla, que irá a través de la fractura hacia la cadera. Esto es mucho más resistente que el propio hueso, por lo que se recuperará bastante rápido, no tardará mucho en poder volver a caminar. Eso sí: nada de bolos durante, al menos, ocho semanas.

–¿Por cuánto tiempo tendrá que quedarse aquí? –preguntó Ronald.

–Si todo sale según lo planeado y si logra recuperar la movilidad pronto, diría que cinco días. Puede que menos. –Se encogió de hombros–. Si surge alguna complicación o si llegara a haber algún riesgo, quizá deba quedarse más tiempo.

A Jess se le hizo un nudo en el estómago. Se imaginó a su abuelo durmiendo en la incómoda silla del hospital, noche tras noche hasta que le dieran el alta a Nana, y supo que sería una tortura para él. Intentó imaginarlo durmiendo en su propia cama mientras su abuela pasaba la noche en el *hospital*, pero eso le pareció aún menos probable. Si se

turnaban para hacerle compañía a Nana, tal vez podría convencerlo de que comiera, descansara y se valiera por sí mismo. Le echó un vistazo a su reloj, reorganizando su itinerario y los plazos de entrega en su mente.

De a poco, comenzó a entrar en pánico: Juno saldría de la escuela en menos de una hora, la doctora Reynolds se había retirado y a su abuela se le estaban cerrando los ojos debido a los efectos del sedante.

–Abuelo –lo llamó en un susurro–, tengo que hacer unas llamadas, ¿sí? Enseguida vuelvo.

Él asintió con la cabeza, aturdido y entumecido. Jess se excusó y salió al corredor.

Había una falla en su plan de emergencia: Fizzy se encontraba en Los Ángeles. Tampoco contaba con sus abuelos, por obvias razones. Revisó la agenda de su celular, sintiéndose muy muy sola. Vacilante, con el dedo sobre el contacto de su madre, evaluó todas las consecuencias posibles que derivarían de esa decisión: Jamie llegando puntual, pero con un cigarrillo en la mano; Jamie llegando tarde y Juno esperándola, sola y asustada; Jamie llegando a tiempo, sin fumar, pero llenándole la cabeza a Juno con sus críticas y sus burlas; Jamie llegando a tiempo, sin fumar ni llenándole la cabeza a Juno con estupideces, pero vería la botella de vino que guardaba en el refrigerador y diría ¿por qué no?

A Jess no le agradaba ninguna de esas opciones. Se dejó caer en una silla, desanimada.

Su móvil comenzó a sonar y el nombre de River apareció en la pantalla.

No lo pensó dos veces y atendió después del primer tono.

–¿River? –La voz se le quebró.

–Hola. Yo… –Silencio–. ¿Está todo bien?

Jess se limpió las lágrimas, le temblaba la mandíbula.

–No.

–¿Qué ocurre? –El tono de su voz se tiñó de preocupación.

–Estoy en el hospital –dijo, ahogada.

Del otro lado de la llamada, se escuchó como si River se hubiera puesto de pie.

–Ay, no.

–Nana se quebró la cadera y necesito que alguien se ocupe de ir a recoger a Juno de la escuela. –Se limpió las lágrimas, otra vez–. Ya sé que esto no es parte del trato, pero Fizzy está de viaje y mi madre…

–No, oye. Por supuesto que puedo ir por ella. ¿Dejarán que me la lleve?

–Puedo llamar para… –Las lágrimas se intensificaron. Jess agachó la cabeza, llevándose una mano a la cara–. Santo cielo, tenía una videoconferencia a las cuatro. Y mañana…

–¿Por qué no hacemos una lista? –intervino él, intentando tranquilizarla. *Sí, necesito un plan.* Orden. Sus neuronas pendían de un hilo–. Primero lo primero: llamar a la escuela. Te enviaré por mensaje una foto de mi permiso de conducir con todos mis datos. Tú solo tienes que leérselos en voz alta, ¿está bien? Llama a la escuela y avísales.

–Está bien.

–¿Tiene alguna actividad los martes después de clases?

Se le empezó a despejar la mente, pero los pensamientos aún se le cruzaban en cámara lenta. Visualizó el calendario que estaba colgado en la cocina y los casilleros decorados con corazones que Juno había dibujado y su letra redonda.

–Ballet, pero no pasa nada si no va. ¿Puedes traerla para acá? Estoy en el hospital Scripps Mercy.

–Jess, puedo llevarla a su clase de ballet.

–No, está bien. Yo… –Negó con la cabeza, ya había cruzado demasiados límites.

–Te juro que no es molestia y, además, estoy seguro de que tenerla allí contigo tampoco te ayudará.

Se quedó callada, tenía razón.

–He ido a cientos de espectáculos de ballet. ¿Te acuerdas de mis hermanas, las metiches? Ya sé lo que es un *plié* y todo.

Jess dejó salir un suspiro, no una risita ni un sollozo, estaba demasiado agotada para discutir.

–Nunca han estado separados –le contó ella. Necesitaba que alguien más supiera lo mucho que se amaban sus abuelos–. Hace cincuenta y seis años que están juntos. No sé qué sería de mi abuelo si algo llegara a pasarle a Nana Jo.

–Todo va a estar bien –la animó River. Jess asintió con la cabeza. Tenía que empezar a creérselo, también.

Llamó a la escuela e hizo todos los arreglos para que River pudiera ir a buscar a su hija. Una vez que estuvieron juntos, le envió una foto de ambos haciendo caras locas y, luego, otra de Juno sentada en el asiento trasero de su reluciente Audi negro, con el cinturón de seguridad puesto. Para ser honesta, la niña parecía más que *feliz* de estar ahí. Jess ya se veía venir todo lo que tendría que padecer para que se comprara un auto nuevo "como el de River Nicolas".

Unas horas más tarde, se llevaron a Nana Jo al quirófano y una enfermera le entregó a Ronald un bíper, parecido al que se usaba en los restaurantes.

–Cuando haya alguna novedad, empezará a vibrar –le explicó–. Acérquese a la recepción y lo podremos al tanto de la situación. Si no hace nada, es porque no hay noticias.

Durante ese tiempo en la sala de espera, lo único que Ronald hizo fue sostenerle la mano a Jess y dar vueltas por los pasillos. Cuando regresó de su última caminata, tenía los ojos rojos. Se desplomó en la silla y se volteó a ver a su nieta.

–¿Nada aún? –preguntó.

–Nada. –Le tomó las manos y las colocó sobre su regazo–. ¿Recuerdas esa vez que Nana nos regaló unos guantes de jardinería, sin darse cuenta de que el "estampado floral" era, en realidad, hojas de marihuana?

–Estaba segura de que eran hojas de arce japonés. –Se rio por lo bajo–. Juno todavía dice: "Esa es la flor favorita de Nana", cada vez que la ve en una camiseta o en un cartel.

Al final del pasillo, se escuchó el sonido de una risita muy familiar. Jess levantó la vista y se encontró con River y Juno ingresando a la sala de espera. La niña todavía llevaba puesto el leotardo y las mallas de color rosa, pero se había cambiado las zapatillas de ballet por sus botas favoritas, unas texanas también rosas, que resonaban en el piso de linóleo con cada paso que daba. Tenía el cabello recogido en un moño torcido; se aferraba a River con una mano y en la otra llevaba un ramo de girasoles. La imagen de ellos dos tomados de la mano hizo que a Jess se le cortara la respiración.

–Ahí está mi niña. –A su abuelo se le iluminaron los ojos.

–¡Trajimos sándwiches! –exclamó ella, bajito. Jess se volvió hacia River. Él debía de

haberle explicado que estaban en un hospital y que había gente enferma intentando descansar. No recordaba ni una sola vez en la que Juno Merriam Davis no hubiera entrado corriendo y gritando a los cuatro vientos, llamando a su abuela.

La niña le entregó las flores a su mamá y le dio un beso, para luego subirse al regazo de Ronald de un salto.

Jess se puso de pie y River le dio una bolsa de papel blanca.

–No te hubieras molestado.

–Supusimos que preparar la cena sería la última de tus preocupaciones.

–Gracias, porque estoy muerta de hambre. –Percibió el olor a carne que emanaba de la bolsa y se le hizo agua la boca.

–¿Cómo está Joanne?

–Sí, ¿cómo está Nana Jo? –preguntó Juno.

–Todavía sigue en el quirófano –explicó Jess–. Nos aseguraron que va a estar bien, solo estamos esperando. –Le pasó un emparedado a su abuelo y, con el suyo, señaló al pedazo de encanto masculino que tenían en frente–. Abuelo, te presento a River Peña. River, mi abuelo, Ronald Davis.

–Es un placer conocerlo, señor Davis. –Se acercó a estrecharle la mano–. Jess me ha hablado muy bien de usted.

–Lo mismo digo –afirmó, correspondiéndole el saludo. Jess tuvo que morderse el labio para reprimir una sonrisita–. Y gracias por cuidar de nuestra querida Abejita. Ha sido un día un poco agitado.

–No fue nada. A veces, es divertido llevar a un Muppet al ballet.

Juno se meneó vigorosamente sobre las piernas del abuelo, llevándose los dedos a los oídos y frunciendo la cara.

–Ahí está –dijo River, mirándola con ternura.

La niña se quedó quieta de repente. Al parecer, había recordado algo.

–¿Nana tendrá que volver a usar la silla de ruedas eléctrica?

–No lo sé –respondió el abuelo–. Tendré que buscar mis botas de punta de acero, por si acaso.

En ese preciso momento, el bíper se activó en las piernas de Jess: se había encendido una luz roja y había empezado a vibrar. Ronald se puso de pie de inmediato, dejando a Juno sentada en su asiento, tomó el dispositivo y salió disparado a la recepción.

–Debe ser para avisar que ya terminó la cirugía –comentó Jess, viéndolo irse.

–Entonces, no te retengo más. Muchas gracias por pasar la tarde conmigo, Juno Merriam –dijo River mirándola–. Hacía mucho que no iba a una clase de ballet.

–De nada –contestó ella–. Puedes venir a verme otro día.

–Bueno, lo pensaré. –Esbozó una sonrisa y se volteó a ver a Jess–. Llámame si necesitas algo.

–Lo haré. –Quiso decirle tantas cosas, pero las palabras se le quedaron atoradas en el pecho, en un tumulto de emociones encontradas. Gratitud, deseo, temor y nostalgia. No quería que se marchara. Quería ponerse frente a él, rodearlo con sus brazos por debajo del saco, esconder el rostro en su cuello y decirle en un susurro cuán agradecida estaba. Pero, en vez de eso, simplemente dijo–: Gracias, River.

La cirugía de Nana Jo había sido un éxito. La trasladaron a la sala de recuperación y, Ronald aprovechó para hacerle compañía. Mientras tanto, en la sala de espera reservada para los familiares de los pacientes, Jess y Juno disfrutaron de un picnic que constaba de sándwiches, frutas y galletas,

–¿Qué tal la pasaste con el doctor Peña?

–Yo le digo River Nicolas y él me dice Juno Merriam –la corrigió, con la boca llena de gajos de mandarina–. Me llevó al estudio y conoció a mi maestra. Iba a esperarme donde se quedan los otros padres, pero le pedí a la señorita Mia que lo dejara quedarse a ver la coreografía de la muestra. Se quedó sentado junto al espejo y nos vio bailar. Mamá, ¡River Nicolas vio lo bien que bailamos!

–Apuesto a que quedó muy impresionado. –A Jess se le estrujó el corazón de solo imaginar a aquel hombre de un metro noventa sentado con las piernas cruzadas frente a un grupo de pequeñas bailarinas.

–*Después*, fuimos a comprar un pretzel y el ramo de flores. Ahí fue cuando se le ocurrió que quizá ustedes tendrían hambre, así que también compramos los sándwiches. –Continuó degustando la fruta y, luego, se detuvo a mirar a su madre con los ojos bien abiertos–. ¿Puedes creer que le conté que no te gusta la cebolla y dijo que a él tampoco?

–Vaya, no lo sabía. De todos modos, fue un gesto muy lindo de su parte que nos trajeran la cena. –Le pasó una mano por el cabello cobrizo.

–¿Ahora sí es tu novio? –La miró a los ojos durante un breve instante y apartó la mirada en una muestra de timidez poco común en ella–. Es que hoy me recogió de la escuela como lo haría un padre.

–Ah. –Jess sintió una punzada en el pecho–. Bueno, somos amigos. Yo no podía ir a recogerte, así que él se ofreció a darme una mano, como lo hacen los amigos.

–Ah. –Juno parecía desilusionada.

–Aun así, me alegra que te agrade. –Le dio un beso en la frente–. Ha sido un día largo, ¿verdad?

–No tengo sueño –replicó la niña, en medio de un bostezo–. Apuesto a que Paloma se está preguntando en dónde nos metimos.

Mientras limpiaban los restos de comida, Jess soltó una risita al ver que a su hija la vencía el sueño con cada segundo que pasaba. Ella se creía que era una niña grande, pero, apenas daban las ocho de la noche, el cansancio la golpeaba como un maremoto. Como Nana Jo dormía, se despidieron del abuelo. Jess le hizo prometer que él también descansaría un poco y, a su vez, ella le prometió que regresaría a la mañana siguiente. Alzó a Juno, sus bracitos le rodearon el cuello y las piernitas, la cintura.

Las puertas del elevador se abrieron cuando llegó a la planta baja y, al poner un pie afuera, se quedó helada. Se encontró a River sentado en una silla junto a la salida. Se acercó a él mientras acomodaba a la niña en sus brazos.

–Dios mío, River. ¿Cómo es que aún sigues aquí?

Él apartó la mirada de su celular y se puso de pie de inmediato.

–Hola.

–Hola. –Soltó una risita, incómoda. La culpa la invadió–. No quise que te sintieras

obligado a quedarte.

Se lo veía avergonzado y cansado. No estaba segura de porqué, pero eso hizo que le dieran ganas de llorar.

–Quería saber cómo seguía tu abuela –respondió.

–Es una mujer fuerte. Todo salió bien. –Sonrió–. Ahora está dormida, pero estoy segura de que, cuando despierte, va a estar fastidiando a los doctores para que le permitan irse mañana mismo.

–Me alegro. –Se metió el celular en el bolsillo y le echó un vistazo a Juno, que dormía colgada del hombro de su madre como un costal de papas–. También quería agradecerte por confiar en mí. –Se asomó de costado, con el fin de comprobar que la niña estuviera completamente dormida–. En el auto mencionó algo sobre… ¿Krista y Naomi?

–Son sus mejores amigas de la escuela.

River chasqueó la lengua, viéndose apenado.

–Supongo que tuvo un mal día. No me dijo mucho al respecto, pero parece que no la trataron muy bien en la hora del almuerzo. Solo quería que lo supieras.

A Jess se le encogió el corazón. Su alegre y risueña hija no le hablaba mucho sobre cómo le iba en la escuela; si se lo había contado a River, entonces había tenido un día verdaderamente horrible.

–Hablaré con ella. Muchas gracias. Eres increíble.

–*Ella* es increíble. Estás haciendo un excelente trabajo como madre.

Tuvo que tragar dos veces antes de formular la siguiente frase:

–Gracias por decir eso. –Jess se llenó de orgullo. Juno era una niña fantástica, lo cual era prueba de que ella era una buena madre… la mayoría del tiempo. No era sencillo, pero, día a día, lo iba logrando. Sin embargo, el cumplido de River había desatado algo en su interior. De repente, ella también se sintió exhausta.

–Te acompaño hasta el auto.

Se dieron media vuelta y cruzaron la salida, adentrándose en la humedad y el frío de la noche. Una vez que llegaron a su coche, Jess metió la mano en el bolso para buscar las llaves.

–¿Necesitas ayuda? –preguntó con una risita nerviosa, sintiéndose inútil.

–Nah. Deberías haberme visto cuando Juno era más pequeña. Era capaz de cargar con el asiento para bebés, la bolsa de los pañales, el carrito y las compras del supermercado a la vez. Como pulpo, haría un trabajo excelente. –Con el llavero en la mano, oprimió un botón y destrabó las puertas.

–No me cabe duda.

River le abrió la puerta y Jess depositó con cuidado a su hija en el asiento trasero y le abrochó el cinturón de seguridad. Aun después de que se incorporara y cerrara la puerta, él seguía ahí. Había oscurecido y no quedaba casi nadie en el estacionamiento. Se podía oír el cantar de los grillos entre los arbustos. Jess se preguntó si volvería a besarla. El deseo que sentía por él parecía haberse expandido por todo su cuerpo, como una estrella.

–De nuevo, gracias.

Permanecieron en silencio unos segundos y River comenzó a acortar la distancia entre ellos. En el último segundo, desvió la cabeza hacia la izquierda y le posó los labios en la comisura de la boca. Ella fácilmente podría haberse volteado hacia un lado o hacia el otro y ambos lo sabían. Podría haber convertido ese besito en algo más íntimo o podría haberlo

rechazado. En vez de eso, permaneció inmóvil, perdida en un limbo de confusión, sintiendo su boca tan cerca, su cálida respiración le enviaba ondas de electricidad por toda la piel. Estaba dividida entre ser precavida o dejarse llevar por el deseo. Necesitaba proteger a su pequeña familia, pero también anhelaba su boca y su calor. Necesitaba comprobar que lo que había entre ellos no era del todo falso, pero también quería sentir sus manos quitándole la ropa.

Estaba actuando como una cobarde.

River se separó y le regaló una última sonrisa.

–Buenas noches, Jess.

Antes de que pudiera alejarse más, lo tomó de la mano.

–River, espera.

La miró con el ceño fruncido, expectante, pero, entre más tiempo pasaba observándolo, más cambiaba la expresión de River, de preocupado a comprensivo. Finalmente, giró la mano y entrelazó sus dedos.

–¿Te encuentras bien?

Jess asintió, tragándose el nudo que tenía en la garganta. Le puso una mano en el pecho y, esta vez, fue ella la que acortó la distancia. River no se movió ni un milímetro mientras ella posaba sus labios sobre los suyos. Cuando se apartó, él la observó inmóvil, con una expresión indescifrable. De no haber estado tan exhausta, se habría sentido como una completa idiota.

–Sí. Lo siento. Solo… quería hacer eso.

River estiró la mano y le puso el cabello detrás del hombro.

–¿Aunque no tuviéramos público? –preguntó en un susurro.

–Me sorprende que hayamos podido hacerlo *con* público.

Una sonrisa se formó en el rostro de River, empezaba en sus ojos y terminaba en sus labios, curvados hacia arriba en una sutil expresión de alivio. Inclinando la cabeza, unió su boca a la de ella; la invadió la misma sensación de estar flotando, nublándole los pensamientos, como un narcótico. Le dio una serie de besos cortos y dulces, para, finalmente, ladear la cabeza y jalar de su labio inferior, sin dejarle más alternativa que abrir la boca para que pudiera saborearla.

El primer contacto que hizo con su lengua se sintió como una dosis de adrenalina directo al corazón, otorgándole una claridad electrizante y corriendo por sus venas a una velocidad increíble. Dejó salir un suspiro involuntario y el sonido encendió algo en River. La rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí.

Jess sintió la repentina necesidad de fusionarse con él. Sus ganas de besarlo intensamente aumentaron de manera exponencial. Nunca antes había sentido algo así. Ni siquiera en la fiesta en el penthuose. Solos, en medio del estacionamiento del hospital, rodeados por la oscuridad de una fría noche de febrero y con el viento húmedo colándoseles dentro de la ropa, River no dejó espacio entre ellos. Le pasó la mano caliente por debajo del suéter y se aferró a ella, presionándole la parte baja de la espalda.

No podían evitar soltar gemidos ahogados llenos de lujuria cada vez que se separaban para tomar aire, por lo que rápidamente sus bocas se juntaban en busca de más. La tomó con decisión. Con una mano la sostenía de la espalda y con la otra le recorrió el cuello, le acarició el mentón y la deslizó entre su cabello. Jess se dio cuenta de lo fácil que sería para él devorarla. Una chispa se formaba cada vez que juntaban sus labios, haciéndolos

estremecer. River se estaba conteniendo a tal punto que los brazos le temblaban. Jess se imaginó recostada en la cama, viéndolo gatear hasta posicionarse sobre ella, ansiaba saber cómo se sentiría dejarle hacer lo que quisiera con su cuerpo. *Rogándoselo*.

River interrumpió el beso, con la respiración agitada, y apoyó la frente contra la suya.

–Jess.

Ella permaneció ahí, esperando a que dijera algo más, pero al parecer eso era todo: la exhalación de su nombre.

Poco a poco, llenando sus pulmones de aire fresco y puro y apartándose del efecto embriagador de su torso presionado contra ella, logró volver al presente. El viento hizo que se le erizaran los pelitos de la nuca; se oía el zumbido del foco de un poste de luz.

–Guau –susurró Jess.

–Lo mismo digo.

River dio un paso hacia atrás y la observó, como si un hilo invisible los mantuviera unidos. Se quedaron callados, pero tampoco hacía falta decir nada.

River retiró la mano que tenía debajo de su ropa. Ahora que no tenía su calor, Jess sintió el frío de su ausencia. La sensación se intensificó cuando se recargó contra su auto y le dio escalofríos.

De repente, cayó en la cuenta.

El auto.

Juno.

Jess se dio media vuelta, horrorizada. Después de varios minutos, fue consciente de que su hija podría haber visto la escena por la ventanilla. Suspiró aliviada al constatar que la niña aún seguía completamente desmayada de sueño.

¿En qué estaba pensando?

River se alejó un poco, pasándose una mano por la nuca.

–Mierda. Lo siento.

–Dios mío. –Jess se cubrió la cara con las manos. Estaba agitada, pero esta vez por otro motivo diferente–. No, yo lo empecé. Lo… siento.

Dio la vuelta hasta llegar del lado del conductor, miró por encima del automóvil y se encontró con los ojos de River. Estaba perdiendo la cordura. Todo avanzaba demasiado rápido y le daba la sensación de que ninguno de los dos tenía el control de la situación.

–Gracias –le dijo, consciente del peso de la mirada comprensiva y calculadora de River. Se imaginó que ella misma se tomaba de los hombros y se sacudía. Apenas lo conocía. Estaba dejando que todo ese asunto de las almas gemelas le nublara el juicio.

–Buenas noches –murmuró él.

–Buenas noches –respondió con voz rasposa. Temía que pudiera leer el pánico, el deseo y la confusión en su rostro. Con los ojos como platos y respirando con dificultad debía parecer una lunática, pero la mirada de River denotaba ternura, como si viera en ella, exactamente, a la persona que quería ver.



DIECISIETE

Ronald no contestaba el teléfono. Probablemente, se había olvidado de cargarlo.

A pesar de haber ingerido una dosis de café del bueno y del apoyo emocional de su mejor amiga –Fizzy había vuelto de Los Ángeles a la madrugada–, Jess decidió beber el café insípido del hospital para subsistir durante el día y se puso en marcha. Al llegar a la habitación de Nana Jo, se encontró con su abuelo de pie al lado de la cama, solo… observándola con preocupación. Seguía conectada a los monitores, con una pierna elevada y enyesada desde la cadera hasta la rodilla, pero dormía plácidamente. Aun así, con solo echarle un vistazo a Ronald, supo que desde que Juno y ella se habían ido la noche anterior no había cerrado los ojos más que para pestañear.

Se acercó a él, lo abrazó por detrás y le dio un beso en el hombro.

–Hola.

Le dio unas palmaditas en la mano y se dio la vuelta.

–Hola, cariño.

–¿Te has pasado toda la noche de pie?

Su risa salió en forma de tos.

–No…, pero sí me la pasé caminando de un lado a otro. Hay demasiados chequeos, pitidos y luces que se encienden y se apagan. Me alegra que ella haya podido descansar a pesar de todo eso.

–Lo cierto es que tiene una cama y la ventaja del efecto de los analgésicos –replicó ella–. Debes estar agotado.

Él asintió con la cabeza y se llevó la mano a la cara. Con sus dedos gruesos, se rascó la mejilla, donde comenzaba a aparecerle una barba incipiente.

–Solo me preocupo por ella.

Jess abrió la boca para decir algo, pero la cerró de inmediato. ¿Qué caso tendría decirle que se tomara un descanso de treinta minutos? Jessica Davis lo conocía bien. Ni siquiera consideró pedirle que fuera a su casa a ducharse y a dormir un par de horas en su propia cama.

Entonces, lo mejor sería ofrecerle un poco de energizante en forma de cafeína.

–Voy por un café, ¿quieres?

–Sí –dijo con voz áspera, mostrándose agradecido–. Y también algo para comer, por favor.

Jess le dio otro beso en el hombro.

–Claro que sí. Vuelvo enseguida.

En el pasillo, era imposible ignorar el caos y la tensión que circulaba en el ambiente. Las enfermeras entraban a distintas habitaciones a dejar equipos y los doctores leían los informes de los pacientes con el ceño fruncido. De fondo se oían pitidos asincrónicos que emanaban de todas partes.

Jess comenzó a pensar en la esperanza de vida después de una fractura de cadera. Las estadísticas decían que la tasa de mortalidad el último año había oscilado entre el 14 y el 58 por ciento, con un promedio del 21,2. El índice de supervivencia disminuía conforme a la edad, por supuesto; afortunadamente, los más vulnerables eran los hombres y el porcentaje de movilidad podía llegar a condicionar el resultado de forma significativa. Nana era mujer y una persona activa…

Lo cual, en el mejor de los casos, quería decir que la probabilidad de que su abuela falleciera ese año era remota.

Jess, sin ninguna emoción en el rostro, ordenó los cafés en la cafetería y compró una ensalada de frutas y una rosquilla para su abuelo. Se inclinó sobre los vasitos de polietileno e inhaló el aroma, en un intento por engañar a su cerebro y así evitar que le diera un ataque de pánico. Su cuerpo apenas registró el olor de la infusión aguada.

Se sentó en una de esas sillas incómodas y se tomó unos minutos para revisar su casilla de correo. Kenneth Marshall le había enviado unas cuantas muestras de conjuntos de datos y una distribuidora de joyería al por mayor de Chula Vista le había mandado una consulta a través de su página web. Tendría que reprogramar la reunión que había tenido que cancelar el día anterior y comenzar a investigar sobre epidemiología analítica para poder interpretar algunos datos que había enviado la UCSD. No había forma de que lograra terminar todo eso, hacer que su abuelo descansara un poco, hablar con el cirujano de Nana e ir a recoger a su hija a la escuela. Al menos, Juno se había ido corriendo entusiasmada hacia Krista y Naomi, por lo que tenía una preocupación menos.

Bebió un sorbo de café y le mandó un mensaje a Fizzy:

Mi casilla de correo es una locura.

Por cierto, creo que tendré que quedarme aquí

para que el abuelo pueda descansar un rato.

A los pocos segundos, llegó la respuesta de su amiga, en la cual anticipaba la pregunta

que Jess estaba por hacerle:

¿Eso significa que me toca cuidar

a Juno hoy? ¡Síííííííí!

Cerró los ojos y echó la cabeza hacía atrás. Se sintió agradecida y culpable a la vez.

Muchas gracias. No volveré muy tarde.

No tengo nada más que hacer.

Rob está en un viaje de trabajo

y echaba de menos a tu hija.

Muchas gracias. De veras, lo siento.

Te prometo que estaré de vuelta

lo antes posible.

Basta, lo digo en serio.

De repente, se le llenaron los ojos de lágrimas y fue la sensación de ardor lo que la trajo de vuelta al presente. Su abuelo debía estar muerto de hambre; Nana despertaría pronto. *Contrólate, Jess.*

Al regresar al piso de ortopedia, al final del pasillo, se oían voces provenientes de la habitación de Joanne. Jess percibió el murmullo de su abuelo, el susurro y las palabras arrastradas de su abuela… y, por último, aquella voz suave y profunda que la había tenido dando vueltas toda la noche.

Cuando dobló al final del corredor, vio a River de espalda a la puerta junto a Ronald, que estaba de pie al lado de la cama de Nana. Su abuela estaba despierta, con los ojos vidriosos pero con una sonrisa de oreja a oreja. Desde atrás, daba la impresión de que su abuelo se paraba más derecho, en comparación con las últimas veinticuatro horas; en la mano izquierda, tenía un vaso descartable.

–Me alegro de verla despierta –decía River–. Ayer conocí al señor Davis, pero no había tenido la oportunidad de conocerla a usted.

Nana no la había visto aún, pues el cuerpo de River la tapaba casi por completo, pero Jess logró captar cómo le sonreía. No podía culparla; el doctor Peña era, sin duda, mucho más guapo de lo que lo había descrito.

–Bueno, corazón, es muy dulce que vinieras a visitarme. Jess nos ha contado muchas cosas sobre ti.

Eso lo hizo reír.

–¿De verdad? Oh-oh.

–Pues –canturreó su abuela, soltando una risita–, debo admitir que no tantas como me gustaría. Esa niña es como una tumba.

–Así es. –Esta vez, se rieron los tres al unísono y Jess los fulminó con la mirada desde su escondite–. Me da gusto ver que se siente mejor.

–Es probable que pronto me den permiso de levantarme y empezar a caminar. –Nana Jo hizo una mueca de dolor mientras se sentaba en la cama.

–Así es –asintió Ronald–. ¿Estás lista para intentarlo, caramelito?

–Voy a hacer lo mejor que pueda –susurró, nerviosa.

Jess se había quedado petrificada en el lugar, sin saber qué decir ni qué hacer. Sus abuelos no parecían sentirse incómodos en lo más mínimo ante la presencia de River.

–Parece que tienes un negocio bastante moderno ahí en La Jolla –comentó el abuelo.

River asintió con la cabeza, metiéndose una mano en el bolsillo.

–Eso esperamos. Si alguna vez quisieran realizarse el test, serían una gran incorporación al grupo de los Match de Diamante.

Nana soltó una carcajada e hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

–Ay, eres muy dulce.

–Pero tiene razón –dijo Ronald, inclinándose para darle un beso en la frente–. ¿Qué dices? ¿Deberíamos comprobar si estamos destinados a estar juntos?

Joanne le dio un golpecito en el pecho, todavía riéndose, y Jess repentinamente volvió a sentir la extraña necesidad de llorar.

Sin embargo, cuando intentó dar un paso hacia atrás para quedar fuera de vista, sus zapatos rechinaron contra el linóleo y todos miraron en su dirección. River se dio la vuelta y le sonrió.

–Hola, Nana –la saludó, dirigiéndose a su lado. Le dio un beso en la mejilla y le preguntó–: ¿Cómo te sientes?

–Mucho mejor ahora que tengo a estos dos hombres guapísimos y a mi nieta favorita conmigo.

River soltó una risita y le entregó a Jess un vaso con café de Twiggs.

–No creo que hayas tenido tiempo de pedirte tu *flat white*. Fizzy me contó que no habías pasado por allí esta mañana.

Sus ojos se encontraron un breve instante y ella fue la primera en apartar la mirada. Se sonrojó al recordar la sensación de sus labios sobre los de ella.

–Dejé a Juno en la escuela y vine directo para acá. –Depositó el vaso con el café horrendo del hospital en el alféizar de la ventana, en caso de emergencia, y dejó la comida que le había traído a su abuelo en la mesita que estaba al costado de la cama–. Gracias –le dijo a River, tomando el vaso que le ofrecía. Sus dedos se rosaron y se sintió como incentivo para arrancarse la ropa.

River cerró la mano y la metió en el bolsillo delantero del pantalón.

–Solo quise pasarme de camino al trabajo.

–Es muy considerado de tu parte.

Nana Jo la miró con el ceño fruncido, como diciendo: "¿Eso es todo lo que tienes para decirle?", y cuando River giró la cabeza hacia uno de los monitores que había comenzado a emitir un pitido, le respondió encogiéndose de hombros, desesperada, *¿Qué más quieres que diga?*

Joanne puso los ojos en blanco y Jess se volvió hacia River, quien, por desgracia, había logrado captar el final de su conversación no verbal. Se aclaró la garganta y se levantó la manga de la camisa para ver su reloj.

–Será mejor que me vaya.

–Gracias por venir –fue lo único que pudo articular Jess.

–Por supuesto –dijo, titubeante–, fue un placer.

Jess decidió volver a intentarlo:

–¿Te acompaño a la salida?

Él asintió y juntos salieron de la habitación.

–Lamento si les molestó que apareciera así de la nada –se disculpó apenas pusieron un pie afuera.

–No. –Señaló el café–. Esto es lo que me ayudará a sobrevivir el día de hoy.

–Bueno, me alegra oír eso –murmuró, confundido.

Lo que realmente la ayudaría sería adentrarse en sus brazos y dejar que él se encargara de todo por unas horas. River parecía dispuesto a convertirse en esa clase de persona.

El beso de la noche anterior se había sentido como caer en un mar lleno de estrellas. Jess podría haber permanecido horas sumergida en sus brazos, sin necesidad de salir a respirar. Pero ese no era el momento de perderse en su propio mundo, imaginando el sexo con River.

Se paró derecho.

–Tengo algo para Juno. –Metió la mano en su morral y sacó unas cuantas hojas de papel–. Información sobre montañas rusas que imprimí anoche.

Jess tomó los papeles sin siquiera mirarlos, porque no podía dejar de mirarlo a él. El corazón le latía cada vez más rápido y de un segundo a otro su mente había dejado de funcionar.

Eran esos pequeños y simples gestos: los emparedados, el café, recoger a su hija de la escuela, investigar sobre las montañas rusas…

Juno estaba hecha de puro amor. "Es que hoy me recogió de la escuela como lo haría un padre". Iba a encariñarse con River, pero si la relación no prosperaba, una vez que terminara el experimento, no lo volvería a ver. Su hija conocería lo que es el abandono, después de todo lo que Jess se había esforzado por rodearla de vínculos y amor duraderos.

Ella también sentiría la pérdida, no lo podía negar. No quería que River se convirtiera en alguien preciado e indispensable para ella. Jamás había necesitado de nadie más que no sea las pocas personas dentro de su círculo. No sabía si era capaz de confiar ciegamente en otra persona.

No era justo para él, en especial después de todo lo que había hecho por ella en las últimas veinticuatro horas, pero no podía evitar sentir el miedo que la acechaba, trepando por sus extremidades, como una enredadera.

–Gracias –logró articular, levantando los papeles un poco.

River frunció el ceño, confundido por su tono inexpresivo.

–De acuerdo… Bueno, eso era todo. –Se acomodó la correa del bolso por encima del hombro, arqueando una ceja. Jess no actuaba como la mujer a la que había besado la noche anterior en el estacionamiento–. Te veo luego.

Se dio media vuelta muy despacio y comenzó a caminar hacia el elevador.

Paso, *paso*, *paso*.

Algo se removió dentro de ella.

–River. –El sonido de su voz resonó al final del corredor, en un peculiar tono de desesperación–. Espera.

Lentamente, se volteó, mirándola con cautela.

–Lo lamento, hoy… –Se acercó a él y se detuvo a unos centímetros de distancia, luchando por encontrar las palabras adecuadas–. Lo lamento, hoy no estoy muy conversadora. En verdad te agradezco mucho que me hayas dado una mano con Juno ayer y adoro que me hayas traído café.

Él se limitó a observarla, esperando a que dijera algo más.

–Es solo que… nada de esto forma parte del contrato. Quiero que sepas que soy consciente de eso. Jamás querría aprovecharme de tu generosidad.

Si había pensado que su expresión de antes era seria, estaba muy equivocada, porque después de decir aquello, sus labios se volvieron una línea recta, al igual que sus cejas.

–Tienes razón –dijo él. Bajó la mirada, manteniendo la vista fija en sus zapatos durante unos segundos y luego esbozó una sonrisa tensa–. Perdona si te hice sentir incómoda ayer… u hoy. Llámame si necesitas algo más.

Empezó a darse la vuelta de nuevo y la imagen de él alejándose hizo que a Jess le entrara la desesperación. Quería que se quedara, quería que se quedara *justo ahí*, pero ese mismo sentimiento era el que también hacía que quisiera empujarlo y hacer que se fuera.

–No sé qué hacer con lo que siento –admitió Jess de manera precipitada.

River se volvió hacia ella y soltó una risita irónica.

–Somos dos.

–Tú y tu empresa van a ganar muchísimo dinero. ¿Cómo podría olvidarlo? ¿Qué habría hecho si no hubieras podido ir por Juno? Pero la duda siempre está aquí –dijo, llevándose el dedo índice a la sien y dándose golpecitos–, la duda de si es real. Que me engañes a mí es una cosa, pero es diferente cuando se trata de mi hija.

La expresión de River se relajó.

–No vine aquí por el valor de las acciones de la empresa, Jess. Ya te lo dije: el dinero no tiene nada que ver.

–Eso es lo que diría una persona adinerada.

River suspiró, mirando hacia el costado y luego a ella.

–¿Te parece que lo de ayer fue pura actuación? –Como no dijo nada, dio un paso adelante y suavizó el tono–. ¿Entiendes lo que trato de decirte? DúoADN puede hacer que nos conozcamos, pero no puede hacer que nos enamoremos el uno del otro. No tiene forma de conocer tu pasado o el mío, ni de predecir qué es lo que nos asusta ni de obligarnos a estar juntos. Todo eso depende de nosotros, no del algoritmo.

Jess cerró los ojos y se pasó la mano por el rostro. Lo que decía tenía tanto sentido… pero, aun así, tenía miedo.

Odiaba con todo su ser que su obsesión por él no la dejara nunca en paz. La atracción que sentía por River era de otro mundo, pero también había emociones de por medio. Era el tipo de atracción que te calaba hondo.

Esa nueva y dulce tortura hacía que lo quisiera en cada aspecto de su vida. Durmiendo a su lado. Cenando juntos. Sosteniéndole la mano en el hospital. River era amable, considerado y sensible. Era muy inteligente y gracioso a su manera. Tenía todo lo que siempre buscó en una pareja, incluso si recién se dio cuenta cuando lo tuvo enfrente diciéndole que dependía de ellos intentar ser algo más o no.

Jess profirió un chillido, nerviosa.

–Tengo miedo, ¿de acuerdo? No quiero salir lastimada y, *mucho menos*, que Juno salga

lastimada. Nunca… –Se interrumpió y volvió a empezar–. Juno nunca ha experimentado la pérdida de alguien a quien ama.

La expresión de River se suavizó y dio otro paso adelante.

–Yo tampoco quiero eso para ella, pero no soy un soldado ni un robot. No vine aquí en representación de GeneticAlly. Vine aquí porque estoy dejándome llevar por lo que *siento*. –La miró un momento a los ojos , hasta que algo en su mirada cambió, volviéndose más comprensiva y relajada–. Quizá no sepas esto, pero soy muy malo para fingir emociones. –Jess se rio en medio de un sollozo–. Y entiendo que todo es más complicado debido a Juno, pero ¿qué otra cosa puedo hacer, más que pedirlo? De verdad, *quiero* pasar tiempo contigo.

–*Estamos* pasando tiempo juntos –respondió ella, simplemente.

–¿Asistiendo a eventos publicitarios y conversando en los pasillos del hospital? –Frunció el ceño–. ¿Es suficiente para ti?

¿Sería capaz de ver el *no* que brillaba en sus ojos?

–Ahora mismo, no sé qué otra posibilidad tenemos.

–¿A qué te refieres? –Acortó la poca distancia que quedaba entre ellos y le tomó la mano. A diferencia de él, estaba helada. Echó un vistazo alrededor–. Esto es parte de mi vida, Jess. Las emergencias, las responsabilidades y tener que lidiar con distintos problemas al mismo tiempo… no son más que una fracción de ella. También hay momentos de paz y tranquilidad, al igual que buenos momentos y momentos en los que podemos ir por más.

–No soy muy buena en esa otra parte.

–No lo había notado. –Esbozó una sonrisa burlona, lo que la hizo reír.

–¿Qué me estás queriendo decir?

–Pensé que era obvio. –De repente, se había vuelto tímido.

–¿En serio?

–En serio.

–*Quiero* estar en tu vida y traerte café. Quiero llevarte a cenar y que ordenemos la misma comida y escucharte hablar sobre cuáles eran las probabilidades de que nos hubiéramos conocido. Quiero que odiemos asistir a fiestas elegantes, juntos. –A Jess se le escapó una carcajada y River bajó la voz–. Quiero que me llames cuando me necesites y que lo primero que me digas al atender el teléfono no sea una disculpa. Quiero poder besarte junto a tu auto al final del día. –Tragó–. Quiero tenerte en mi cama.

Jess temía que se le derritieran los pies, que de la nada aparecieran llamas ardientes y le treparan por las piernas hasta quemarla y dejarle un agujero en el medio del cuerpo. Quería todo lo que River había mencionado, pero si se permitía enamorarse de él, no habría escapatoria.

–Puedo ver que no sabes qué decir –dijo, acercándose a darle un beso en la mejilla–. No pasa nada. Cuando estés lista, ya sabes dónde encontrarme.



DIECIOCHO

—Abuelo, ¿por qué no te vas a casa un par de horas?

La ignoró.

–¿Una palabra de doce letras, sinónimo de "viejo"?

–Diría "Ronald Davis", pero tiene once.

Nana soltó una risita desde la cama, donde miraba televisión sin volumen, aún bajo los efectos de los fármacos.

–¿Y bien? –insistió, cansado e irritado.

Jess negó con la cabeza.

–Nop.

–¿A qué te refieres con "nop"? –farfulló él.

–No voy a ayudarte –le dijo–. Apestas y te estás quedando dormido en la silla.

–Tiene razón –intervino Joanne.

Levantó la cabeza y miró a Nana, después a Jess, y regresó al crucigrama, con expresión cabizbaja.

–¿"Octogenario"? –Contó las letras con los dedos y bufó–. ¿"Septuagenario"? –Triunfante, procedió a completar la respuesta.

–Son trece letras –replicó Jess–. Me parece que olvidaste contar la u.

Ronald dejó caer el crucigrama en la mesa, frustrado por la derrota.

–Ve a descansar –le pidió Nana, soñolienta–. No es necesario que me vigiles todo el día.

–No es mi culpa que no pueda quitarte los ojos de encima. Eres demasiado hermosa.

Joanne puso los ojos en blanco, fingiendo molestia. Sin embargo, esas palabras le habían iluminado la expresión.

–De acuerdo, iré a casa a darme una ducha y a dormir. –Se puso de pie y se estiró; profirió un gemido ahogado cuando le tronó la espalda. Le dio un beso en la frente a Nana y se volteó a ver a Jess por encima del hombro–. ¿Me prometes que no la dejarás sola? –Jess le perdonó el tono acusatorio porque sabía que estaba exhausto.

Estuvo a punto de bromear sobre que la dejaría sola en caso de que tuviera hambre o estuviera muerta de aburrimiento o si un enfermero sexy le proponía besuquearse en el cuarto de limpieza, pero no era el momento idóneo.

–No la haré –prometió. Luego agregó–: Prehistórico.

–Maldición, ¿por qué no se me ocurrió? –susurró su abuelo antes de dirigirse a la mesa y completar el crucigrama.



Ronald regresó al hospital alrededor de las tres de la tarde. Lucía muchísimo más aseado y apenas más descansado. Unos segundos después, llegó el fisioterapeuta para que Nana comenzara las sesiones de kinesiología. Que su abuelo hubiera llegado justo a tiempo fue un gran alivio para Jess, porque su abuela, quien siempre fue muy valiente, necesitó de la ayuda de los tres para tranquilizarse y convencerse de que no le pasaría nada por poner peso sobre la pierna.

Jess no tenía tiempo de ponerse a llorar al ver a Nana tan vulnerable y asustada. Les tomó una hora hacer que se pusiera de pie y diera diez pasos hasta la puerta, donde la esperaba la silla de ruedas en la que la llevarían hasta la sala de fisioterapia, y otra hora realizando pruebas de fuerza y de equilibrio.

Para cuando Joanne estuvo de vuelta en la habitación, eran pasadas las cinco de la tarde y, aunque Jess había estado sentada la mayor parte del día, se sentía tan agotada mentalmente que lo único que quería hacer era meterse en la cama de una vez –por Dios, habría estado más que dispuesta a echarse a dormir en el suelo–. Pero eso no era todo: quería pasar tiempo con Juno mientras estuviera despierta. Y también comer. La última vez que había comido había sido a las diez de la mañana, cuando compró un pastelito y el estómago le rugía.

Le mandó un mensaje a Fizzy para avisarle que haría que le enviaran la comida a casa, se montó en el auto, llamó a Rama para hacer el pedido y encendió la radio, de donde emergió el suave arrullo de The National. La música llenó el ambiente y lo sintió como una dosis de calma embriagadora.

You said love fills you up…
I got it worse than anyone else

Se le tensaron los hombros y apagó la radio.

En medio del silencio, River invadió sus pensamientos. Paradójicamente, la mezcla del caos y el hastío del hospital le habían ayudado a contener las lágrimas, pero sumida en la oscura soledad de su auto, ya no pudo contenerse más.

"Pensé que era obvio.

Quiero escucharte hablar sobre cuáles eran las probabilidades de que nos hubiéramos conocido".

–"Quiero tenerte en mi cama" –repitió en voz alta.

Aparcó el auto en su lugar de siempre en el callejón y escuchó el ralentí del motor hasta que se apagó. Podía oler el curry verde desde allí. Le agradeció a Rama en su mente.

Cuando entró al departamento, se encontró con Juno y Fizzy en medio de un partido de cartas mientras cenaban. Llevaban gorros de papel hechos a mano y su amiga había maquillado… demasiado a Juno.

–Estamos grabando unos tutoriales de maquillaje para mi madre –le explicó Fizzy, acercándose a darle un abrazo.

Jess aguantó la risa al ver los labios de la niña, exageradamente grandes.

–Ya veo.

Tentada a dejarse vencer por el letargo, consideró solo echarse al suelo, pero tenía tantas ganas de abrazar a su hija que le dolían los brazos. Se acercó a la mesa, levantó a Juno y la sentó en su regazo. Mientras la pequeña terminaba de comer, Jess reposó la cara contra su espalda, entre sus pequeños omóplatos.

–Te extrañé, Abejita.

–¡No fui a ninguna parte, tontita! –La niña se dobló por encima del agarre de su madre e hizo una maniobra para llevarse un bocado a la boca.

Una vez que comieron hasta reventar, Juno se sentó en el sofá a ver *El rey león* en lo que las dos amigas se escabullían a la cocina con dos copas de vino.

–Odio que te vayas de viaje –la acusó Jess en medio de un bostezo–. Quiero que sepas que te culpo por lo de ayer.

–Me parece justo. –Bebió un sorbo y se mordió el labio, estudiándola con los ojos entrecerrados–. Juno dice que *River Nicolas* la recogió de la escuela y que la llevó a la clase de ballet, ¿es cierto?

Jess agitó una mano, en señal de que no estaba lista para hablar del tema.

–¿Cómo va todo entre tú y Rob "El Bancario"?

–Fogoso y de maravilla.

–¿Irá a tu casa esta noche? –le preguntó, arqueando una ceja.

Fizzy negó con la cabeza girando su copa con un suave movimiento de muñeca.

–Está de viaje, ¿recuerdas? Lo que significa que tendrás que contarme todo sobre River. –Tomó asiento y le dio unos golpecitos a la silla al lado de la suya.

–Ah, cierto. –Jess se desplomó en su asiento y reposó la cabeza sobre los brazos–. Estoy muy cansada, Fizz.

–Cuéntame qué sucede. Te ves… –Estiró la mano y le quitó el cabello de en medio para poder verle la cara–. Al juzgar por tu apariencia, no parece que solo se deba a la preocupación por tu abuela.

Jess se sentó derecha y poco a poco soltó todo, con lujo de detalles. Confesó que estaba comenzando a tener sentimientos por River –sentimientos demasiado grandes para considerar en un momento en el que todos los problemas parecían llamar a su puerta, esperando que los resolviera–. Confesó que no sabía si confiar plenamente en sus intenciones, a pesar de que él juraba que eran honestas. Le contó sobre la fiesta de cóctel, sobre la sesión de besos en el estacionamiento más increíble que había experimentado en su vida y sobre cómo no podía quitárselo de la cabeza. Relató cada mínimo detalle que se le vino a la mente, como si estuviera purgándose de todos sus pecados.

–¿En verdad dijo eso? –susurró Fizzy, cuidando que su voz no llegara a los pequeños

pero excelentes oídos de la niña en la habitación de al lado–. ¿En verdad dijo esas palabras: "te quiero en mi cama"? ¿Así como si nada?

Jess asintió.

–¿Mientras te miraba a los ojos?

–Contacto visual constante y ardiente, como diciendo: "Voy a darte duro hasta que toques el cielo con las manos".

Fizzy gimió, buscó su libreta en el bolso y escribió lo que acababa de decirle.

Jess volvió a apoyar la cabeza en sus brazos y suspiró profundamente.

–Solo necesito algo de tiempo para procesar todo esto. Está sucediendo demasiado rápido.

Fizzy dejó caer el bolígrafo y soltó una risita burlona.

–Ay, por favor. No me digas que lo vas a hacer.

–¿Hacer qué? –La miró indignada.

–Llevan semanas conociéndose y ahora me dices que él te dijo que quiere llevarte a cenar y escucharte hablar de estadísticas, que quiere estar ahí para ti sin que sientas remordimientos, hasta admitió que te quiere en *su cama*. Ese pobre hombre está *enamorado*, Jess, y tú vas a… ¿qué? ¿Simplemente, ignorarlo?

Jess la observó, aún sin comprender.

–Estás buscando una excusa para no hacerte cargo de lo que sientes –continuó–, pero es obvio que este tipo te trae loca.

–No creo que "loca" sea…

–Tienes miedo y es demasiado cliché.

Jess soltó una risa, estupefacta.

–Guau, ve al grano, Felicity.

–Crees que sentir algo por River te hace egoísta.

–A ver, toda esta situación hace que me aleje de Juno y de mi trabajo –replicó ella–. En los últimos dos días, apenas he pasado tiempo con mi hija.

–¿Y?

–¿Qué…? Yo… –De repente, se puso nerviosa–. Es mi hija, quiero verla.

–Por supuesto que quieres verla, pero también la compartes con tus abuelos y conmigo. Hoy nos divertimos muchísimo las dos y me gustaría poder verla más seguido. Pero actúas como si pedir ayuda fuera egoísta, crees que querer algo para ti misma te hace egoísta, crees que pasar tiempo lejos de Juno te hace egoísta y, si eres egoísta, entonces te estás convirtiendo en tu madre.

Oírlo en voz alta se sentía como una bofetada.

–Sin embargo, no eres tu madre. –Fizzy le tomó la mano y le dio un beso en el dorso–. No te pareces en nada a Jamie Davis.

–Ya lo sé. –La voz se le quebró.

–Y, si pudieras hacer cualquier cosa después de que Juno se fuera a la cama, ¿qué harías?

Estuvo a punto de decir *dormir*, pero en lugar de eso respondió:

–Iría a la casa de River.

Los ojos negros de su amiga brillaron por el triunfo.

–Entonces, ve. Yo me quedaré con la niña el tiempo que necesites.

–Fizz, no tienes que hacerlo.

–Ya lo sé. –Le dio otro beso en la mano–. Esa es la idea. Tú haces cosas por mí porque me quieres y yo hago lo mismo. Dah.

Jess rebuscó en su cerebro una última excusa. Para su suerte, la encontró y era una buena.

–No sé dónde vive.

–Bueno, podrías enviarle un mensaje o… –Fizzy estiró la mano por encima de la mesa para tomar una hoja y se la entregó. En ella, se leía el nombre *River Nicolas Peña* y una dirección de North Park en letras pequeñas y apretadas.

–Aguarda un momento –dijo Jess, soltando una risa de asombro–, ¿cómo llegó eso aquí?

–Yo me pregunté lo mismo cuando lo encontré en la mochila de Juno –contestó, fingiendo confusión– y ella me explicó que quería enviarle por correo unos dibujos de Paloma. Qué amable de su parte haberle dado su dirección.

Cuando River abrió la puerta, casi se le cae la mandíbula.

–Jess. –Se acercó a tocarle el hombro, preocupado–. ¿Qué haces…? ¿Estás bien?

De repente, se había quedado sin palabras. Lo tenía en frente, vistiendo una camiseta de Stanford desgastada y unos pantalones holgados que le colgaban apenas por debajo de la cadera. Estaba descalzo y se notaba que recién había salido de la ducha; tenía el cabello mojado y peinado hacia atrás y sus labios se veían suaves y perfectos. Al verlo de esa forma, casual y descalzo, Jess supo que él era su alma gemela.

–Quería verte.

Su expresión cambió y se apresuró a mirar por encima del hombro de Jess y, luego, de nuevo a ella. Se relamió los labios.

–¿Juno está…?

–Con Fizzy.

La miró a los ojos, con la respiración entrecortada. Jess no recordaba quién había dado el primer paso: si él la había tomado del brazo para hacerla entrar o si ella había entrado por su propia cuenta, pero lo que sí sabía era que no había pasado mucho tiempo ahí afuera –unos tres segundos quizá– antes de que tirara de ella hacia el interior de su casa y la apoyara contra la puerta. River colocó una mano a cada lado de su cabeza, la observó estupefacto durante unos instantes y le plantó un beso en la boca sin poder contener los gemidos.

La sensación que le generaron sus labios, la fuerza justa y el ángulo perfecto convirtieron el deseo de Jess en un apetito sexual imparable. Le temblaban las manos mientras se aferraba a la suave tela de la camiseta de River. En el instante en que hizo contacto con su lengua, la golpeó una ola de lujuria tan intensa que quiso dar una gran bocanada de aire para poder resistir la mayor cantidad de tiempo sin tener que apartarse. Así que se separó para poder respirar.

–No puedo creer que estés aquí –susurró él. Comenzó a besarle el mentón y bajó por su cuello, mordisqueando y succionando–. ¿Viniste para esto?

Jess asintió con la cabeza. Unas manos codiciosas la tomaron del suéter y comenzaron a subir por su torso, en busca de piel. River le quitó el suéter y esos segundos sin sentir su caricia fueron como una tortura para Jess, que lo atrajo hacia sí tomándolo por el borde

de la camiseta para quitársela lo más rápido que le permitieran sus dedos ansiosos. Sintió sus abdominales y su piel, suave como el terciopelo, un deleite para sus manos ardientes.

Con una sonrisa, murmuró una disculpa sobre sus labios cuando le atascó, sin querer, el codo en la manga.

–No pasa nada –susurró él, lanzando la camiseta a Dios sabe dónde. La miró a los ojos durante un segundo estremecedor, el cabello le caía por la frente, y volvió a besarla.

Mientras le dejaba un camino de besos que empezó en el cuello, bajó por el hombro y terminó en la parte interna de las muñecas, Jess se concentró en recorrerle el torso con las puntas de los dedos, queriendo memorizar cada detalle. River tenía hombros anchos, pero no enormes, definidos pero no voluminosos. Su pecho era igual, y más abajo también, donde sus abdominales se contrajeron bajo su tacto. Se moría de ganas de atacar su cuerpo, de morderlo y saborearlo. Cuando le pasó las uñas por la espalda y por encima de la curva de los hombros, delineando la silueta perfecta de sus clavículas, a River se le cortó la respiración.

Mirándola a los ojos, le pasó una mano por la espalda y le desabrochó el sostén. Tenía las palmas cálidas y ásperas. Jess no quería pasar por alto ni el más mínimo cambio en su expresión, cada reacción a lo que ella le hacía sentir. La forma en la que la miraba –arqueando una ceja, denotando una desesperación dulce– la hizo sentir como si estuviera conectada al Sol por vía directa. Lo hizo retroceder y se dejó caer de rodillas, al borde del delirio y embriagada por el deseo.

–Oh, Dios –jadeó él cuando le bajó los pantalones y la ropa interior. River le pasó los dedos entre el cabello, despeinándoselo, y en una voz que cada vez se volvía más rasposa empezó a rogar que le diera algo más que el calor de su respiración. Jess levantó la vista y, cuando sus ojos se encontraron, el apetito sexual que la invadió era insufrible. Jamás se había sentido tan deseada ni tan poderosa. Era la primera vez que ansiaba algo con tanta intensidad; quería sentirlo en todo su cuerpo al mismo tiempo y devorarlo poco a poco.

La voz de River pasó de ser jadeos y plegarias a gruñidos y advertencias; con un gemido, se echó hacia atrás y la tomó del brazo para ayudarla a ponerse de pie. La envolvió en un abrazo y apoyó el mentón sobre su cabeza mientras recuperaba el aliento. En ese entonces, al haber detenido el frenesí, Jess notó lo agitada que estaba, cómo parecía que sus corazones retumbaban en el pecho del otro de lo fuerte que latían.

Ojalá nunca me acostumbre a esto, pensó ella, aferrándose a él. *Si esta noche es para ser egoísta, entonces este es mi deseo egoísta: espero que nunca nos acostumbremos a esto*.

River se alejó y le acarició el pecho, las costillas y el sacro con mucha avidez. Jess cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia a un lado cuando comenzó a besarle el cuello. Provocándola, jugueteó con el botón de sus vaqueros.

–¿Puedo quitártelos?

Jess asintió y River se los desprendió, sonriendo de lado. Mientras se los bajaba, se sacudía para librarse de sus propios pantalones. Se estiró hacia un costado, tomó algo y lo echó al suelo. Jess se dio cuenta de que se trataba de una manta acolchada que había en el sofá cuando la ayudó a recostarse con mucho cuidado.

Tocó la manta con la espalda y enseguida tuvo las caderas de River entre las piernas. Le dio un beso tierno y comenzó a descender por su cuerpo, succionando y besándole los pechos, explorando y acariciando sus caderas y su ombligo, antes de depositar un beso ahí también. Jess sintió el clímax como si hubiera destapado algo en su interior y se hubiera

liberado por completo; se aferró al cabello de él y cerró los ojos ante la sensación de éxtasis.

A tientas, buscó el bolso que debió de haber tirado en alguna parte tan pronto como su espalda tocó la puerta y, en medio de la niebla de lujuria, hurgó en él hasta dar con el envoltorio de aluminio.

En cuanto oyó que lo abría, River levantó la cabeza y ascendió nuevamente por su cuerpo, dejando besos a su paso. Sabía a ella, pero gimió como un hombre al borde del colapso cuando Jess lo tomó y le colocó el condón.

De repente, él se tensó, así que ella detuvo los movimientos y posó las manos sobre sus caderas.

–¿Demasiado rápido? –le preguntó Jess.

River negó con la cabeza y esbozó una sonrisa.

–Solo quería asegurarme.

Jess asintió, incapaz de hablar.

–Dilo –pidió él, dándole un beso–. Yo estoy seguro. ¿Y tú?

Sus manos no podían cubrir tanto terreno como deseaba; aun teniéndolo encima, necesitaba sentirlo más cerca.

–Sí, estoy segura –respondió, al fin–. Por favor.

River presionó la frente contra su sien, dejando que fuera ella quien tomara la iniciativa. Por un instante ninguno se movió y durante esos escasos segundos, Jess experimentó una sensación punzante de dolor mezclado con alivio. Con cuidado y sin moverse, la besó –tan tierno y persuasivo– y ahí fue cuando finalmente pudo respirar.

–¿Te encuentras bien? –La volvió a besar en la boca y tomó un poco de distancia para observar su expresión–. Podemos parar.

¿Acaso era una broma? Por supuesto que no. Como la reina del drama que era, estaba segura de que se moriría si lo intentara.

–No, no pares.

–De acuerdo. –Sus besos se deslizaron por su mentón y Jess pudo percibir su sonrisa–. No lo haré.

Volvió a besarla y se alejó.

–Lo siento, no sé por qué estoy temblando –susurró River, riéndose por lo bajo. Al tocarlo, Jess pudo comprobar que era cierto y su respiración se reguló un poco, pues entendió que no estaba sola en el sentimiento; era una desesperación de tal magnitud que podría echarse a llorar.

River se movía con lentitud y poco a poco iba incrementando la velocidad, adentrándose en su cuerpo una y otra vez, profiriendo un gemido gutural con cada embestida y…

… y, de forma inesperada, Jess sintió que estaba cada vez más cerca de su liberación, la tensión se acumulaba como burbujas en una botella de champán a punto de estallar.

–Voy a… –fue lo único que alcanzó a decir antes de que el orgasmo la golpeara como una onda expansiva que despedía el fuego en su interior y le daba la bienvenida al alivio, que la llenó por completo. Estaba tan inmersa en su propio clímax que no alcanzó a contemplar la expresión de River durante el suyo, pero jamás olvidaría la forma en la que gimió su nombre en su cuello mientras su cuerpo se tensaba.

Después de una breve pausa en la que solo se oía el sonido de sus respiraciones agitadas, River se apartó, aguantando su peso en sus brazos para no aplastarla, y la miró a los ojos.

Tenía el cabello alborotado, los rizos negros le caían sobre la frente, pero Jess tuvo la extraña sensación de estar viéndose al espejo; su mirada denotaba la misma sorpresa e incredulidad que ella sentía. En ese preciso momento, lo entendió, por fin: toda su vida había estado equivocada, había creído que estaba destinada a ser una persona extremadamente cuidadosa y a pasar desapercibida; sin embargo, solo había hecho falta que una pieza encajara a la perfección en el rompecabezas para que su percepción diera un giro de ciento ochenta grados.

–¿Puedes quedarte –le preguntó River, regulando la respiración–, pasar la noche aquí?

A Jess se le estrujó el corazón y, acariciándole el pecho y el vientre, empapados de sudor, respondió:

–No lo creo.

Asintiendo, River se separó, apenado, y Jess inmediatamente lo echó de menos. Sentado sobre sus talones, le acarició la pierna, desde la cadera hasta la rodilla.

Ese hombre que, hasta hacía un mes, solo conocía como Americano, una persona arrogante, egoísta y reservada, ahora maravillaba a Jess. Esa persona tímida y encantadora que tenía enfrente, que había aparecido sin que se lo pidiera, que le dio la posibilidad de elegir, que le preguntó si estaba segura y le dijo que podían detenerse. Sentía que todo se le estaba saliendo de las manos y que el eco de su nombre había quedado tatuado para siempre en su interior.

Los hombros de River subían y bajaban al compás de su respiración, aún agitada; cerró los ojos y trasladó las caricias nuevamente a sus caderas, por encima del ombligo.

–No hace falta que lo diga, ¿o sí?

–Puede que no –coincidió Jess, mirándolo a los ojos–, pero quiero que lo digas de todos modos.

De alguna manera, siempre había sabido cómo se vería sin un solo centímetro de tela encima; aun así, se dio el lujo de mirarlo de pies a cabeza.

–Fue increíble, ¿verdad que sí? –dijo, al fin–. Siento que no soy el mismo de antes.

–Estaba pensando lo mismo.

River soltó una risita.

–No puedo creer que lo hayamos hecho en el suelo. De todos los lugares donde imaginé que lo haríamos, ese fue el único que no se me ocurrió.

–Es probable que tampoco te hubiera dejado ir más allá de la entrada.

–Una mujer decidida. Me gusta.

Con ojos hambrientos y curiosos, Jess lo siguió con la mirada cuando se puso de pie y, sin avergonzarse por su desnudez, cruzó el vestíbulo en dirección a la cocina, de un estilo elegante y austero. Ni siquiera se había tomado un minuto para conocer su casa, pero había sido necesario, pues era tal cual la había imaginado: concepto abierto, de líneas simples, muebles minimalistas y decoración sutil. No había rastro de dibujos de hipopótamos en el refrigerador ni de calcetines desperdigados por el suelo.

River regresó segundos más tarde y se lanzó encima de ella como un animal salvaje.

–Ahora no podré dejar de pensar en esto.

–Yo pienso en esto todo el tiempo –admitió Jess, riéndose.

–¿En qué piensas? –preguntó bajito.

Miró hacia el costado, recordando.

–Mmm. Shelter Island…

–Yo igual.

Volvió a mirarlo a los ojos.

–Y el beso de la fiesta…

–Obviamente.

–El beso afuera del hospital.

–Estuve a punto de preguntarte si podía acompañarte a tu casa.

Jess estiró el brazo y le acarició el labio inferior con el pulgar.

–Me alegra que no lo hicieras. Habría dicho que sí, pero no estaba lista.

–Lo sé. –Empezó a mordisquearle la punta del dedo–. Espero que hoy lo hayas estado.

Asintió, embobada por la imagen de su boca alrededor suyo.

–Lo estaba. Fue tal cual lo imaginé. No, fue mucho mejor de lo que lo imaginé.

–Quiero que sepas que te deseaba desde antes de lo de Shelter Island –murmuró él.

Jess se echó hacia atrás, sorprendida.

–¿Desde cuándo?

–Desde nuestra conversación afuera de GeneticAlly, la noche que descubrimos que éramos almas gemelas. Empecé a preguntarme cómo se sentiría besarte. –Inclinó la cabeza y le dio un beso rápido en los labios–. Y también el día de la cena con David y Brandon. –Otro beso–. En el laboratorio, cuando te saqué sangre y en nuestra primera cita. Para resumir, cada vez que pensaba en ti.

–¿Crees que eso es porque el algoritmo dice que se supone que tienes que sentirte atraído hacia mí?

River negó con la cabeza.

–Creo en el algoritmo, pero tampoco tanto. Me negaba a creer que fuera real, al igual que tú.

Lo miró a los ojos, deslizando una mano por su pecho. Empezó a sentir dolor en la espalda y River debió haberlo notado en su expresión, porque se levantó y la ayudó a ponerse de pie.

Se agachó y se subió la ropa interior. Luego tomó la manta y se la echó alrededor de los hombros. La tomó de la mano y caminó hasta el sofá. Hizo un ademán para indicarle que se sentara primero, pero ella se limitó a darle un empujoncito y a subírsele a horcajadas. Jess abrió la manta y los envolvió a ambos con ella, colocándola a la altura de sus cuellos.

River le acarició los muslos y suspiró profundamente.

–Vas a matarme.

De repente, todo le pareció un sueño.

–Para ser honesta, no puedo creer que esté aquí y que acabáramos de tener sexo en el suelo de tu casa.

River se acercó a darle un beso y soltó una risita contra su boca.

–¿Juno sabe que estás aquí?

–No.

–¿Sabe que estamos…? –Arqueó una ceja.

–Me ha preguntado un par de veces si eras mi novio, pero… –Negó con la cabeza–. No quiero decírselo aún.

River frunció el ceño, como diciendo: "Me parece justo", apartó la manta de los hombros de ella y, con los dedos, empezó a dibujarle espirales sobre la clavícula.

–Pero supongo que Fizzy sí sabe.

–Ella fue la que, prácticamente, me echó de mi casa y me dio el papel con tu dirección.

La miró a los ojos, cayendo en la cuenta.

–Mierda, olvidé contarte sobre los dibujos de gatos y que le di mi dirección. No quise adelantarme, pero esa niña es persuasiva.

Jess sacudió una mano, soltando una risita.

–Créeme, ya conozco todos sus trucos. Por eso bromeamos con que es hija de Fizzy y mía.

–Aun así, me disculpo por no habértelo dicho.

–¿Bromeas? –Lo besó–. *Yo* me disculpo, porque estoy segura de que te habrá hecho sentir culpable, haciéndote cuestionar todas tus decisiones, hasta que, finalmente, cediste.

River rompió en carcajadas, echó la cabeza hacia atrás, dándole una buena vista de su cuello.

–Supongo que no debería sorprenderme que sepas exactamente lo que pasó.

–Si de algo estoy segura es de que no heredó de mí esa persuasión de genio malvado.

La sonrisa de River flaqueó ante la insinuación del nombre de Alec. Le tomó un mechón de cabello y se lo enrolló en el dedo.

Jess se aclaró la garganta.

–Ni de su padre, claro está. Como dije: también es hija de Fizzy.

–¿Nunca ve a su padre?

–Su nombre es Alec y no.

–Entonces, ¿nunca…?

–¿Intentará compartir la custodia? –lo interrumpió, anticipando el final de la pregunta. Negó con la cabeza–. No, me cedió la custodia completa antes de que Juno naciera.

River bufó, asombrado.

–Menudo imbécil.

Aunque su reacción le resultaba reconfortante, no la necesitaba.

–Agradezco que lo haya hecho.

Le sonrió con timidez y, por un segundo, reconoció al viejo River, al hombre callado que aún no la había explorado ni la había hecho extasiarse.

–¿Qué? –le preguntó, trazando una línea sobre la arruga en su frente con el dedo.

–¿Juno ha conocido a alguno de tus novios?

Jess soltó una carcajada y él la atrajo más hacia sí, pero ella se alejó.

–¿Eso eres? ¿Mi novio?

–Lo dije como una suposición.

–Porque ellos no eran mi alma gemela. –Jess sonrió.

–Porque ellos no eran tu alma gemela. –Le besó el cuello.

–Creo que la pregunta debería ser si he tenido novio desde que nació Juno –murmuró, dejando un camino de besos en su mentón.

River se tensó y se apartó para mirarla a los ojos.

–¿No tiene siete años?

–Así es. He salido con algún que otro hombre, pero no diría que alguno de ellos haya sido mi novio.

Continuó dibujando figuras sobre su clavícula mientras tarareaba.

–Guau.

–¿Te parece raro?

–No lo sé. Tampoco estoy seguro de qué habría hecho si tuviera un hijo.

–¿Sueles tener muchas citas?

River metió las manos por debajo de la manta y las posó sobre las caderas de Jess, lo que hizo que le costara concentrarse en formular palabras, incluso cuando respondió:

–No muchas, solo unas cuantas. Puede que dos por mes. Es que paso mucho tiempo en el trabajo.

–No en los últimos días.

–Es cierto. –Sonrió–. Esta semana he estado muy ocupado visitando a mi Match de Diamante.

Jess le dio un beso cargado de pasión.

–Gracias por ser tan persistente.

–Uno de los dos tenía que serlo.



DIECINUEVE

–De acuerdo, ponte uno en cada mano. –Aguardó a que Juno se colocara los guantes de cocina–. Está caliente, así que ten mucho cuidado.

La niña abrió la puerta del horno y ambas retrocedieron haciendo una mueca cuando el calor les golpeó el rostro. Jess la ayudó a retirar la bandeja de galletas y a dejarla en la encimera para que se enfriaran. Todo el departamento olía a canela y avena, el sabor favorito de Nana Jo.

Juno emitió un gruñido, como un animal salvaje muerto de hambre, y se asomó por encima de la bandeja para inhalar el aroma.

–Nana va a estar muy feliz. ¿Cuándo vuelve a casa?

Con la ayuda de una espátula, pasaron cada galleta a la rejilla para que se enfriaran.

–Dentro de tres días. Por lo general, los pacientes se quedan pocos días, pero como es una mujer mayor, quieren asegurarse de que pueda levantarse y caminar antes de darle el alta.

Juno frunció los labios, pensando.

–Entonces, ¿el domingo?

–Así es.

–Puede que lo nuevo de este Domingo de Hacer Algo Nuevo sea traer a la abuela del hospital. Nunca lo hemos hecho.

–Me parece un plan excelente.

–Podemos acurrucarnos en el sofá y ver películas todo el día. Nana de seguro va a estar muy cansada.

–Creo que tienes razón. Le encantará la idea.

–Podríamos llevarle las galletas hoy, porque el viernes es la pijamada en la casa de Naomi. –Dio un grito ahogado, como si acabara de recordar algo–. ¿Te conté que adoptó un perrito? Es mitad caniche, por lo que es muy tierno y no pierde pelo. –Se volteó a hacerle ojitos a su madre–. Un perrito no se comería a la gata.

–Cariño, no tenemos suficiente espacio aquí. Tal vez cuando tengamos una casa con un patio grande para que pueda correr. –Con mucha sutileza, desvió el tema de conversación–. Entonces, el viernes es la pijamada…

La niña bufó, pero no insistió.

–Sí y, por cierto, ¿el sábado me dejas pasar la tarde en la casa de Naomi? Y, luego, el domingo es cuando vuelve Nana.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Jess ante la mención de Naomi. Cuando le preguntó a Juno sobre el tema, le dijo que habían tenido una pelea, pero daba la impresión de que ya habían hecho las paces. Si bien sabía que era necesario que los niños aprendieran a resolver sus conflictos por su cuenta, su instinto maternal no le permitía mantenerse al margen.

–¿Estás segura de que quieres ir a la pijamada? –preguntó Jess–. Podríamos ir juntas al cine o al zoológico.

–Estoy segura. Es el cumpleaños de Naomi y ya le compré el regalo. Va a hacer una fiesta hawaiana.

–¿Le compraste el regalo?

–Cambié mis vales de buena estudiante por dos brazaletes y pegatinas con purpurina.

Jess le chocó los cinco.

–En el armario hay unas bolsas de regalo, podemos elegir una y hacerle una tarjeta, también.

Con ese plan definido, empezaron a llenar otra bandeja con lo que había sobrado de la masa, cuando sonó el timbre.

–Terminemos esta tanda rápido, así podemos ir a ver a Nana antes de que acabe el horario de visitas. Usa la cuchara para tomar los bollos y echarlos a la bandeja. Vuelvo enseguida. No toques el horno.

Cuando llegó a la sala de estar, el corazón le dio un vuelco al ver a River por la ventana.

Miró hacia abajo, echándole un vistazo a su atuendo y profirió un quejido. ¿Alguna vez empezaría a vestir otra cosa que no fuera ropa deportiva?

River levantó la cabeza cuando abrió la puerta y a Jess se le cortó la respiración. Esbozaba una sonrisa tímida y a la vez pícara. Aun debajo de la ropa se le notaban los músculos de los hombros, y Jess tuvo ganas de arrancársela.

–Hola. –Intentó no perder la cordura.

–Espero que no te moleste que haya venido –murmuró.

–Para nada. –Tragó–. ¿Quieres… quieres pasar?

Cruzó el umbral y dudó por un segundo, antes de inclinarse y besarla con suavidad. Un escalofrío le recorrió las venas y, aunque solo duró un instante y River se separó antes de que los descubrieran, Jess supo que de todos modos ya estaba roja como un tomate.

–Hola –repitió él, bajito.

–Hola.

–¿Te sientes bien?

–Ahora que estás aquí, definitivamente. –Asintió con la cabeza.

Con una amplia sonrisa, River miró por encima ella y Jess lo observó a él, siguiendo el movimiento de sus ojos, como si intentara ver su apartamento a través de su mirada. Si bien no era pequeño, tampoco era muy espacioso. Había gastado mucho dinero en el sofá amarillo y en las sillas de un color azul vibrante, pero no era lo mismo pintar las gavetas de la cocina que comprar unas nuevas y, en lugar de decoraciones, sus paredes estaban cubiertas de fotos enmarcadas y proyectos escolares de su hija.

–Tienes un hogar muy bonito –le dijo, volteándose a verla–. Es muy acogedor.

Jess cerró la puerta mientras se reía por lo bajo.

–*Acogedor* quiere decir *pequeño*. Creo que todo el departamento cabría perfectamente en tu sala de estar.

–Sí, pero mi casa parece una tienda de mobiliario. –Sonrió al ver una foto de Jess y Juno en la playa–. No es un hogar.

–¿Quién es? –Se oyó gritar a la niña desde la cocina, seguido del sonido de arrastre del banquito en el que estaba parada y el de sus pisadas en dirección a la sala de estar–. River Nicolas, ¿viniste a ayudarnos a hornear galletas?

–¿Es una broma, Juno Merriam? –Se saludaron con una complicada coreografía que constaba de un bailecito, golpes de nudillos y choque de palmas–. Siempre estoy dispuesto a hornear galletas.

–Guau, ¿qué fue eso? –preguntó Jess.

La ignoraron –obviamente se trataba de un saludo secreto– y la niña esbozó una sonrisa.

–Son para Nana Jo. ¿Te gustaría ver mi habitación?

–Me encantaría. –Sonrió–. Pero primero, ¿te molesta si hablo con tu madre un momento?

–¡Está bien! Iré a ordenar mis juguetes. Ah, ¡mamá dijo que vamos a adoptar un perrito! –Salió corriendo por el pasillo–. ¡Te espero!

–Dije que cuando tuviéramos un patio más grande –gritó Jess y se volvió hacia River, que estaba intentando reprimir una risita–. Debo advertirte: su habitación es un desastre, así que eso nos garantiza unos cuantos minutos para conversar tranquilos –le dijo, en confidencialidad.

Cuando lo miró a los ojos, se encontró con que River tenía los ojos puestos en sus labios. Estaba tenso y se pasaba la mano por el cabello.

–Quizá podemos hablar afuera.

–Por supuesto. –De repente, los nervios la invadieron–. Juno, estaremos en el patio. Danos diez minutos.

Apenas salieron, fuera del campo visual de la niña, River tomó a Jess del brazo y la atrajo hacia sí. Posó sus labios sobre los de ella y la apoyó contra la puerta. La besó con un hambre voraz, igual que ella. Sin embargo, no duró demasiado, pues tuvo que separarse debido al riesgo que corrían. Cuando sus miradas se encontraron, sus ojos brillaban con esa ardiente intensidad que ella conocía muy bien.

Suspiraron, River escondió el rostro en su cuello y bufó, frustrado.

Jess soltó una risita.

–Sí, también yo.

Le acarició la nuca, disfrutando del momento de tranquilidad. River le rodeó la cintura con los brazos; estaban tan pegados que podían sentir los latidos del otro. Aunque no podían permanecer así por mucho tiempo, Jess cerró los ojos e inhaló su aroma. El

extraño vacío en su pecho desapareció.

Era un gran alivio para Jess verlo tan involucrado como ella. Ansiaba volver a tocarlo y sentir los efectos del contacto vibrando en sus huesos. Se sentía fatal por no poder invitarlo a quedarse, pero también le preocupaba no saber cómo harían para ocultar su relación a Juno ni si era lo correcto. Estaba segura de que todo eso podía leerse en su rostro cuando se separó y lo miró a los ojos.

En ese instante, recordó algo.

River se apartó, alarmado, cuando la oyó dar un grito ahogado.

–¿Qué?

–Adivina: ¿quién tiene una hija que mañana por la noche se va a una pijamada en la casa de Naomi?

–Si la respuesta no es "tú" –dijo, frunciendo el ceño–, entonces tendré que admitir que no me gusta mucho este juego.

Jess rio.

–¡Exacto! ¡Soy yo!

–¿Eso significa que la mamá de Juno también tendrá una pijamada?

–Así es.

River se acercó y la besó en el mentón, la mejilla, los…

Su celular empezó a vibrar contra la pierna de Jess.

–Mejor guardemos la vibración para mañana –bromeó ella, cuando lo vio sacarlo del bolsillo.

Él reprimió la risa atendiendo la llamada con un simple:

–Hola, Brandon. –Hizo una pausa, prestándole atención y negando con la cabeza, en un intento por aguantar la carcajada, al ver a Jess haciendo una imitación de la sonrisa dientona de su colega. Su expresión cambió a una de asombro–. ¿Cómo dices? Espera un segundo, espera, espera, Jess está conmigo. –Puso el altavoz y sostuvo el celular en medio de los dos.

–Ah, ¡excelente! –exclamó Brandon–. ¿Cómo estás, Jess?

Se acercó al teléfono.

–Bien, ¿y tú?

–De maravilla y, como le comentaba a River, pronto ustedes también estarán de maravilla, porque *The Today Show* quiere entrevistarlos.

Levantó la vista de inmediato y articuló un *¿Qué?*

River, con los ojos como platos, se encogió de hombros.

–Ya grabaron unas tomas para un segmento sobre GeneticAlly –continuó Brandon–, pero, cuando se enteraron de que teníamos un Match de Diamante, cambiaron de opinión y quieren entrevistarlos a ambos en Nueva York mañana mismo. ¿Qué les parece?

–¿Mañana? –dijo Jess. La mente le iba a mil por hora. Tendrían que tomar un vuelo nocturno e ir directo al estudio de grabación. Debería aceptar sin dudarlo, para eso le pagaban, pero a Nana le darían el alta el domingo y el lunes ya debería empezar la terapia física en el centro de rehabilitación. Alguien tenía que cuidar de su abuelo y Juno jamás la perdonaría si tuviera que faltar a la pijamada de su amiga por un cambio de planes–. Esto…

–No podrá ser –intervino River–. Si quieren tener la entrevista en los próximos días, quizá podrían grabar aquí nuestra parte.

Jess abrió la boca para decirle que no era necesario, que encontrarían otra solución –es decir, por el amor de Dios, se trataba de *The Today Show*–, pero él negó con la cabeza, decidido.

–Es mejor si graban allá –insistió Brandon.

–Sí, lo entiendo –replicó River, cubriéndole la boca a Jess con la mano para evitar que dijera algo solo porque se sentía culpable–, pero la abuela de Jess acaba de salir de una cirugía y necesita hacerle compañía. Trabajas en publicidad, Brandon. Sé que puedes convencerlos.

Escondida detrás de su mano, lo observó con muchas ganas de besarlo hasta que los dos tuvieran que separarse para respirar. ¿Cómo era posible que supiera exactamente lo que necesitaba?

Hubo una pausa breve antes de que Brandon volviera a hablar.

–Cuenten con ello. Veré qué puedo hacer y los llamo luego.

–Gracias. Avísanos cuando tengas noticias. –Colgó la llamada.

Se hizo un silencio entre ambos.

–Bueno, bueno. Hola, señor Ejecutivo Decidido.

–¿Te gustó? –Inclinó la cabeza, arqueando una ceja con actitud provocadora.

–Fue tan Americano. –Se puso de puntitas y lo besó.

–Bueno –dijo él y le dio un beso–, debo admitir que también hay un motivo egoísta por el que quiero quedarme.

–Por la pijamada y las vibraciones, ¿cierto?

–Sí. –Frunció el ceño–. Pero… también por mis hermanas.

–¿Y eso?

–Vinieron de visita desde San Francisco. –Hizo una mueca–. Es posible que les haya mencionado que nos encantaría ir a cenar con ellas mañana por la noche. Siempre puedes decir que no.

Jess lo miró entusiasmada.

–¿Conocen alguna historia vergonzosa sobre ti?

–Todas.

–¿Alguna sobre tus días de adolescente?

–No te das una idea. –Rio–. Estoy seguro de que traerán las fotos de aquella vez que me dieron un corte de cabello antes de un baile escolar. Me quedó muy mal. Fue durante una época de mi vida en la que todo lo que decía mi ortodoncista era palabra santa, así que usé el arco extraoral las veinticuatro horas del día. Estoy cien por ciento seguro de que voy a arrepentirme de esto.

TRANSCRIPCIÓN DE LA ENTREVISTA PARA THE TODAY SHOW

Natalie Morales [voz en off]: ¿Qué pensarías si te dijeran que tener citas es cosa del pasado, que encontrar a tu alma gemela está tan solo a una muestra de saliva de distancia? Puede que suene demasiado bueno para ser cierto, pero aquí en San Diego, California, una empresa emergente de biotecnología asegura ser capaz de hacer exactamente eso. GeneticAlly te ayudará a encontrar a tu alma gemela a través de una serie de test de personalidad, resonancias magnéticas y, por supuesto, análisis de ADN. Con la ayuda de un algoritmo patentado, llamado DúoADN, compararán tu ADN con el de cientos de miles de otros individuos

en la base de datos de GeneticAlly. Luego, su propio software se encarga de clasificar tu porcentaje de compatibilidad, en un rango de categorías que van del uno al cien: Match de Carbón, de Plata, de Oro, de Platino y de Titanio. Tres de cada cuatro Matches de Titanio encuentran relaciones estables. Pero ¿qué hay de aquellas parejas que superan los noventa puntos? Se los llama Matches de Diamante. Hasta la fecha, ha habido tan solo cuatro y, en un giro inesperado, uno de ellos es parte del equipo de GeneticAlly. Se trata, para ser más específica, del científico que inventó todo esto y encabezó la investigación: el doctor River Peña, un genetista de treinta y cinco años de edad. Peña empezó su investigación en los laboratorios del Instituto Salk.

River Peña: Mi objetivo era encontrar un factor genético común en parejas que estaban en relaciones amorosas estables desde hacía más de dos décadas.

Natalie: ¿Cuántas parejas participaron del estudio en esa etapa inicial?

River: Trescientas.

Natalie: Y, ¿qué fue lo que descubrió?

River: En todas las parejas que afirmaron estar contentos con la relación, descubrí que existía un patrón de compatibilidad en doscientos genes.

Natalie [voz en off]: Pero el doctor y sus colegas no se detuvieron allí. Aquel estudio, que al principio contó con mil sujetos de prueba, terminó recibiendo más de cien mil y, de esa manera, el patrón de doscientos genes se convirtió en un experimento patentado en el que se hallaron más de tres mil quinientos genes.

Natalie: Los seres humanos tenemos alrededor de veinte mil genes, ¿verdad?

River: Entre veinte y veinticinco mil, sí.

Natalie: Y se dice que GeneticAlly ha logrado encontrar una correlación entre esos tres mil quinientos genes que conducen a un patrón de compatibilidad. Parece un montón.

River: Lo es. Pero piénsalo de este modo: nuestros genes determinan en qué nos convertiremos, la forma en la que reaccionamos a distintos estímulos, la forma en la que aprendemos y nos desarrollamos. Es probable que tres mil quinientos sea solo el comienzo.

Natalie [voz en off]: GeneticAlly planea su lanzamiento para mayo y espera tener sus kits de prueba de ADN a la venta, tanto en tiendas físicas como online, un mes después. Debido a las ganancias de los sitios de citas, que hoy en día superan los novecientos millones de dólares anuales solo en los Estados Unidos, los inversores no paran de llegar.

River: La compatibilidad no se limita únicamente a las relaciones amorosas. Imagina que encuentras a la niñera que mejor congenia con tus hijos o al doctor más adecuado para tratar a tus padres o al equipo perfecto para sacar adelante a tu empresa.

Natalie [voz en off]: El cielo es el límite. Ahora, volvamos al puntaje de los Match de Diamante. En enero,

Jessica Davis, una especialista en estadística de treinta y cinco años, se hizo el test de ADN en un momento de desesperación.

Jessica: Me había olvidado por completo del tema hasta que recibí un mensaje de GeneticAlly en el que me pedían que fuera a sus oficinas.

Natalie [voz en off]: Jessica era la usuaria 144326. ¿Quién fue su match? El usuario 000001, el doctor Peña.

Natalie: ¿Cuál era el puntaje más alto que habían recibido hasta ese entonces?

River: Noventa y tres.

Natalie: ¿Y cuántos puntos obtuvieron Jessica y tú?

River: Noventa y ocho.

Natalie [voz en off]: Noventa y ocho. Eso quiere decir que, de tres mil quinientos pares de genes que se necesitan para obtener el puntaje de compatibilidad, el noventa y ocho por ciento de ellos resultaron ser compatibles.

Natalie: River, siendo la cabeza de la investigación, ¿cómo reaccionaste?

River: No lo podía creer. Hasta nos hicimos un análisis de sangre para estar seguros.

Natalie: ¿Y?

River: Noventa y ocho.

Natalie: Entonces, podría decirse que, biológicamente hablando, ustedes dos serían compatibles de todas las formas posibles. ¿Cómo se siente?

Jessica: Es... indescriptible.

Natalie: ¿Hay atracción?

River: [risas] Definitivamente hay atracción.

Natalie [voz en off]: Me parece que "atracción" se queda corto. Detrás de cámaras, la producción comentaba que sentían que había algo entre la pareja, algo que podía sentirse en el aire.

Natalie: ¿Qué sigue ahora? ¿Ya son novios?

Jessica: Digamos que... estamos disfrutando del tiempo que pasamos conociéndonos.

River: [risas] Lo que ella dijo.

[De regreso a las conductoras]

Savannah Guthrie: ¿Es mi impresión o hace calor aquí?

Natalie: ¡Estaba a punto de decir lo mismo! Estoy sudando.

Savannah: GeneticAlly hará su lanzamiento en todo el país en mayo. Debo admitir que creo que esto podría ser un hallazgo revolucionario para la industria de las aplicaciones de citas.

Natalie: Sin duda.



VEINTE

Había sido un día tan caótico que Jess no había tenido tiempo de sentirse nerviosa por la cena con las hermanas de River hasta que estuvieron a punto de entrar al restaurante. Justo frente a las puertas de vidrio, se le pegaron los pies al suelo y se vio obligada a retroceder unos cuantos pasos y a recargarse contra la pared del lado de afuera.

–Ay, mierda. –Apoyó la espalda y levantó la vista hacia el incandescente cielo crepuscular. Había sido un buen día, mejor que bueno, perfecto; entonces, ¿por qué estaba entrando en pánico?

River, que había seguido caminando, se volteó a verla cuando ya no la sintió a su lado, y volvió sobre sus pasos.

–¿Te sientes bien?

–Estoy a punto de conocer a tu familia.

Le sonrió con comprensión y se llevó una mano al bolsillo de sus pantalones de vestir hechos a medida. Pantalones perfectos, camisa perfecta, rostro perfecto. Sumido en una calma perfecta, esperando a que se aplacara la ansiedad.

Veía a la gente caminar por la acera y a los autos pasar por la Quinta Avenida y doblar en G Street.

–Jamás he hecho esto –confesó Jess. Un escalofrío le subió por la nuca–. Me refiero a conocer a la familia de alguien. Alec y yo nos conocimos en la universidad y sus padres vivían en Florida. Nunca los conocí.

River la estudió, sus largas pestañas le rosaban las mejillas con cada parpadeo. Al final, se apegó a ella y posó las manos en su cintura.

–Te prometo que esta noche será más tortuosa para mí que para ti.

–Es fácil decirlo cuando tu época oscura ha quedado en el pasado. –Se señaló la frente–. ¿Acaso no ves el grano que me salió por el estrés?

–Nop, lo siento. Solo veo belleza. –Inclinó la cabeza y la besó–. Las tres van a reírse a costa mía y luego, después de la cena, regresaremos a mi casa. Puede que esta vez consigamos llegar a la cama.

–Caballero, ¿acaso está intentando sobornarme con una sesión de sexo alucinante?

River rio, le brillaban los ojos bajo la luz tenue. Entre más la observaba, más la tranquilizaba. Su mirada era tan expresiva. Transmitía paz, sí, pero también atracción, felicidad y algo más, algo que se asemejaba a la adoración.

–Me gustas mucho, Jessica Marie –murmuró.

–Tú también me gustas. –A Jess se le estrujó el corazón.

–Y, si te hace sentir mejor, yo tampoco le he presentado una novia a mi familia. –Entrelazó los dedos con los de ella y la guio hacia el interior del restaurante.

Era espacioso y estruendoso, la música resonaba en los altavoces y las carcajadas y las voces de los comensales retumbaban en las paredes. El techo era alto y en el centro del recinto había una barra; la decoración era moderna y ecléctica. Los sillones y los sofás, intercalados, creaban una estética estrafalaria. La iluminación estaba diseñada a partir de esferas, vasijas y frascos de vidrio que colgaban del techo de una soga gruesa. Una mesera de baja estatura los llevó a través de los pisos de madera hasta su mesa, situada debajo de unas letras metálicas gigantes que formaban la palabra COMIDA.

Las dos mujeres, sentadas una al lado de la otra, despegaron la vista de sus cócteles cuando sintieron que estaban cerca. No se podía negar el parecido. Una tenía cabello azabache y largo con puntas y flequillo rectos que, bajo el esplendor de las luces, se veía suave y brilloso como la seda. La otra era un poco más joven y de pelo rizado con reflejos rojo cobrizo. Ambas compartían los ojos avellana de River, la piel olivácea perfecta y los labios en forma de corazón. Los genes de la familia Peña eran una maravilla.

Hablando a los gritos, una por encima de la otra, se pusieron de pie y envolvieron a su hermano en un estrecho abrazo grupal y en cuanto se separaron, empezaron a fastidiarlo.

–¡Tienes el pelo demasiado largo!

–Voy a contarle a mamá lo delgado que estás. ¡Tus pantalones parecen bolsas de basura!

Jess las imitó y miró los caros pantalones negros de River, sin una sola arruga. No lucían para nada como bolsas de basura, pero valoró la broma. Estaba claro que toda la familia parecía ser capaz de entrar y salir de una revista de modas sin ningún problema.

River logró zafarse y se peinó el cabello alborotado con la mano; tenía manchas de lápiz labial en las mejillas, que ambas mujeres intentaron limpiar.

–Jess, te presento a las ridículas de mis hermanas, Natalia y Pilar. Por favor, no les creas ni una palabra de lo que digan.

La mayor, Natalia, se acercó a darle un fuerte abrazo a Jess.

–Santo cielo, eres muy bonita. –Se volteó a ver a Pilar–. ¿No es bonita?

–Demasiado bonita para él –dijo, jalando del brazo de Jess para envolverla en otro abrazo.

–Es un placer conocerlas. River me ha hablado mucho de ustedes.

Natalia lo miró con los ojos entrecerrados.

–Estoy segura de que fue así.

Se sentaron y ordenaron unos cócteles para los recién llegados y aperitivos para compartir. Le contaron que su madre era farmacéutica y su padre, corredor de seguros. Natalia estaba casada y era analista de investigaciones en Palo Alto, mientras que Pilar había retomado sus estudios de enfermería y vivía con su novia en Oakland. Era evidente que adoraban a su hermano. Sin embargo, como River había mencionado, amaban molestarlo.

–Bueno… –empezó Natalia, apoyando el mentón en la mano–, me contó un pajarito que, antes de todo esto, ustedes dos no se llevaban bien.

Jess se volvió hacia River, esperando a que él respondiera y ahí fue cuando empezaron a surgirle dudas. ¿Sabían que le estaban pagando? ¿Qué tan honesta podía ser en sus respuestas?

River fulminó a Natalia con la mirada.

–Lo que intenta preguntar mi hermana, con la sutileza que la caracteriza, es si me comporté como un imbécil.

Intercambiaron una sonrisa y Jess se enderezó en su asiento.

–Ah, sí, definitivamente.

–¡Ey! Tampoco para tanto.

Lo miró.

–Dijiste que era "completamente corriente".

Pilar silbó por lo bajo.

–Niño, ¿acaso estás mal de la vista?

–¡No se lo dije a la cara! –se defendió él y luego se volvió hacia Jess–. Y, en mi defensa, la primera vez que me hablaste, llevabas…

–Hazme caso, no sigas –murmuró Pilar, riéndose.

–… una camiseta holgada y deteriorada.

Todas lo observaron con mala cara. Después de unos segundos de silencio, River bufó.

–Me comporté como un imbécil.

Pilar alzó el mentón.

–Jess, ¿te puedo contar un secreto familiar importante?

–Si me fuera de aquí sin haber escuchado uno, estaría devastada.

Se rio.

–Entiendo que mi hermano se vea de cierta manera ahora, pero no siempre ha sido así. Ser tan quisquilloso con la ropa de los demás habría sido la última de sus preocupaciones.

–Eso he oído, pero no estoy segura de que sea cierto.

Pilar apoyó los codos sobre la mesa y empezó a toquetear la pantalla de su teléfono hasta que, en apenas un segundo, encontró la foto que buscaba… Parecía que la hubiera guardado en una ubicación muy accesible. Jess se quedó perpleja cuando se la enseñó.

–No te pases. –Miró a River y de nuevo a la foto–. Ese no eres tú.

Un niño escuálido con corte de hongo y un arco extraoral la observaba desde el interior del móvil. Se pasó tanto tiempo estudiando la imagen, en un intento por encontrar un parecido entre su novio y aquel niño, que River acabó por apartar el teléfono, riéndose avergonzado.

–Siguió vistiéndose como ñoño hasta los veintiún años –agregó Pilar.

–Es cierto. –Rio–. Sin embargo, me las apañé bastante bien.

–Es verdad –dijo Natalia–. Recuerdo que en la secundaria había un jugador de fútbol

que no lo dejaba en paz. Anthony algo. River le dio clases a la mitad del curso para mejorar el rendimiento académico. Anthony reprobó y lo expulsaron del equipo.

–A eso se le llama solucionar problemas –balbuceó River mientras se llevaba el vaso a los labios.

–Hizo lo mismo cuando competí contra Nikki Ruthers por una vacante en el consejo estudiantil –comentó Pilar–. Se ofreció a darles clases grupales a todos los que votaran por mí. Gané por una amplia diferencia de votos.

River tomó del plato, con mucho cuidado, una endibia grillada envuelta en prosciutto.

–Fue el verano más largo de toda mi vida.

–De acuerdo, eso es muy tierno –dijo Jess, tomándolo de la mano por debajo de la mesa y dándole un leve apretón.

–Sé que es difícil de creer con esa fachada de hombre malhumorado, pero solía ser el niño más dulce que pudieras conocer. –Natalia le acarició el brazo a su hermana–. ¿Recuerdas cómo seguía a la abuela a todos lados?

Pilar hizo una mueca, fingiendo ternura.

–¡Hasta veía las telenovelas con ella!

–Maldición, esa no me la vi venir –farfulló River.

–Yo soy dos años mayor que River –le explicó Natalia a Jess– y Pilar es un año mayor que yo, por lo que, en cierta forma, fue también como nuestro bebé. Nuestros padres trabajaban todo el día y, en ese entonces, no había forma de que pudieran costear el campamento para tres niños, así que pasábamos todos los veranos con la abuela. Nuestro hermanito era como su pequeño ayudante y cada tarde se sentaban juntos a ver telenovelas.

River examinaba los aperitivos como si fueran los conjuntos de datos de su algoritmo.

–¿Así que eres un fanático encubierto de las telenovelas? –se burló Jess–. Todos tenemos una identidad secreta, ¿pero esa? Hubiera sido mucho más fácil suponer que eras un asesino a sueldo.

–Solo exageran –se defendió él y luego soltó una risita–. ¿Un asesino a sueldo? ¿En serio?

–No lo escuches, Jess –dijo Natalia–. Ha visto tantas que se obsesionó. Siempre pensé que de adulto querría ser actor o algo parecido, pero si lo piensas bien, todo su interés por encontrar esa ecuación de las almas gemelas cobra sentido.

Jess se volteó a mirarlo y se encontró con sus ojos puestos en ella, observándola con una expresión de felicidad tan adorable que se sentía casi como si la hubiera arropado en sus brazos allí mismo.

–Sí, si lo piensas bien, tiene mucho sentido –coincidió.



Entre la sensación de sus manos entrelazadas sobre el muslo de River y la calefacción del Audi, Jess se sentía más que contenta.

–Me divertí mucho –murmuró, un poco mareada por todo el vino que había bebido y con el estómago lleno de comida deliciosa.

–Natalia me mandó un mensaje hace un momento, dice que te adoraron y que, si lo arruino todo, me van a castrar.

Jess hizo una mueca de dolor.

–Por favor, no lo arruines. Tienes un gran y hermoso…

River la miró, sonriendo de lado.

–… sentido del humor –terminó la frase, devolviéndole la sonrisa–. La castración no haría más que opacarlo.

–Me alegra saber que te gusta tanto mi sentido del humor –dijo, volviendo la vista al frente.

–Podría decirse que es mi debilidad –bromeó.

La miró de nuevo, con una expresión de entre diversión y sorpresa.

–Santo cielo, mujer. ¿Cuánto vino has tomado?

–La cantidad justa.

Se habían quedado en el restaurante hasta tarde, comiendo, bebiendo y riéndose lo que Jess no había reído en años. Se había sentido cómoda hablando con las hermanas de River, casi como cuando estaba con Fizzy. Por la forma en la que hablaban una encima de la otra y no se tomaban sus comentarios muy en serio, parecía que estaba cenando con amigas de toda la vida, y no con personas que acababa de conocer. Y, en ese preciso instante, la alegría fluía por todo su interior, esparciendo calor y dulzura. Nana Jo iba a estar bien, Juno estaba creciendo como debía ser, Fizzy estaba enamorándose de alguien y, por primera vez, Jess tenía dinero, acompañado de una sensación de tranquilidad, y a un hombre a su lado. Se volteó a contemplar el perfil de River.

–Me gustas.

–Tú también me gustas. –Le apretó la mano–. Muchísimo.

¿Así era cómo se sentían la felicidad y la estabilidad?

Con el mentón señaló la casa. Ya estaban cerca.

–¿Vamos a ponernos salvajes?

–Por supuesto que sí. –Se rio mientras aparcaba el auto y después de apagar el motor, se acercó a darle un beso.

Una vez dentro, River encendió una lámpara que había en la amplia sala de estar y la luz de la cocina y se excusó un momento para ir a buscar un vaso de agua para ambos. Jess le envió un mensaje a la mamá de Naomi para ver cómo iba todo y se complació de leer que Juno estaba pasándola de maravilla.

Guardó el teléfono y, sentada en el sofá, se giró para ver a River deambulando en la cocina.

–No sé qué hacer ahora que nadie me necesita.

River regresó con dos vasos, los dejó en la mesita junto al sofá y se arrastró hasta quedar encima de Jess. Le besó el cuello y fue subiendo hasta llegar a sus labios.

–Yo te necesito.

Se hizo hacia atrás y sonrió; parecía que solo estaba intentando sonar provocador, pero Jess vio la sinceridad en sus ojos. El cariño comenzaba a aflorar en su interior, el suave cosquilleo del enamoramiento.

Ella también empezaba a necesitarlo.

Su móvil había quedado aplastado bajo su espalda, así que lo tomó y lo dejó en el suelo. Siguiéndolo con la mirada, River le preguntó:

–¿Cómo está Juno?

–Bien. La mamá de Naomi dice que están viendo una película en el jardín, al lado de la piscina.

–Entonces, ¿está todo bien con sus amigas?

Jess se encogió de hombros.

–A veces sucede que una de ellas está cansada o enojada o es un poco brusca y eso crea un torbellino de drama que dura toda una semana hasta que se olvidan del tema. He aprendido que es mejor que las madres nos mantengamos al margen. Los niños pelean. En algunas ocasiones, no lo toleramos y decidimos intervenir, pero, al final, acabamos empeorándolo todo.

River le dio la razón; se posicionó sobre ella, recargando su propio peso sobre los codos, y jugueteó con las puntas de su cabello. Aún conservaba los rizos que se había hecho en la mañana para la entrevista. Enrolló un mechón en su dedo, distraído.

–Apuesto a que debe ser difícil evitar ser demasiado sobreprotectora. Así fue como me sentí cuando me contó sobre la pelea de camino a su clase de ballet y eso que apenas estoy empezando a conocerla.

Jess estiró la cabeza y lo besó. De repente, recordó algo.

–No puedo superar el hecho de que seas fanático de las telenovelas. Ahora entiendo por qué Fizzy y tú se llevan tan bien.

River escondió el rostro en su cuello.

–Hacía mucho tiempo que no pensaba en ello. Las hermanas siempre recuerdan todo.

–¿Cómo es que pasaste de las telenovelas a estudiar genética?

–Mi abuela falleció cuando tenía catorce años –explicó, levantándose. Luego volvió a sentarse y colocó las piernas de Jess sobre su regazo–. Vivió con nosotros durante los últimos siete años de su vida; ella fue lo más alegre de toda mi infancia. Mis padres no se llevaban muy bien y, sin mi abuela como mediadora, su resentimiento lo opacó todo.

Con el ceño fruncido, Jess envolvió una de sus manos con las suyas.

–Tampoco son personas muy… cálidas por naturaleza, por lo que después del fallecimiento de mi abuela el ambiente se volvió muy callado. A mi padre nunca le gustó que me sentara a ver telenovelas con ella. No lo entendía… y cuando intenté verlas después de su partida, como una manera de seguir conectado a ella, fue la gota que rebalsó el vaso para él. Quería que pusiera los pies sobre la tierra y pensara en un futuro que me permitiera mantener una familia.

–Mi madre, Jamie, es más o menos igual –sonrió con sorna–, solo que, en su caso, vivía recordándome qué era lo que querían y buscaban los hombres, es decir que, para ella, era mejor que pasara el tiempo tratando de encontrar a alguien que cuidara de mí que aprendiendo a ser independiente.

Esta vez, River frunció el ceño.

–Siempre fui un buen estudiante, así que, simplemente… me volví mejor. La ciencia apareció en mi vida por sí sola.

–Antes de que Natalia lo mencionara en la cena, ¿no se te ocurrió pensar alguna vez que todo eso está, en cierto modo, relacionado a lo que te dedicas hoy? Estoy segura de que tu abuela estaría *encantada*.

–Jamás se me había ocurrido, pero creo que tienes razón. Imagina cuántas historias de amor seremos capaces de construir.

Jess ladeó la cabeza, contemplándolo. No podía creer que tuviera la suerte de acostarse con ese hombre.

–¿Qué? –River se sintió cohibido.

–¿Eres consciente de lo bueno que estás y de lo maravilloso que eres? Creo que me gustas más que antes.

River esbozó una sonrisa tímida de lado.

–¿Cómo es posible? Pensé que ya te había enamorado.

Jess se estiró y comenzó a quitarse la camisa lentamente, mirándolo a los ojos con una sonrisa pícara.

–Me pareció haber escuchado que nos pondríamos salvajes.



VEINTIUNO

Una mañana, cuando estaban a una calle de la escuela, Juno se detuvo de repente.

–¿*Ahora sí* es tu novio River Nicolas?

–Estamos yendo a la escuela. ¿Qué te hizo pensar en eso? –Jess cambió de tema.

–Solo quería saber si se van a ver hoy.

Estaba intentando sacarle información, por lo que se tomó unos segundos para pensar muy bien en la respuesta.

–Quizá nos veamos más tarde en Twiggs.

–Ah. –Juno la miró desde abajo–. Es que me pareció ver sus cosas en casa.

Jess se ruborizó, la mente le iba a mil por hora. La semana anterior, todas las mañanas River se había pasado una hora en el departamento después de dejar a Juno en la escuela y antes de que tuvieran que irse a trabajar, pues era el único momento de privacidad que tenían en el día, pero no tenía idea de que había dejado evidencia de su visita. Supuso que, en medio del trance del sexo en el suelo, en la cama, en la ducha, sobre el tocador y una vez en la isla de la cocina, hasta un científico fanático del orden era propenso al descuido.

–Ah –musitó, sin saber qué decir.

–Ayer se olvidó unos pantalones cortos –dijo como si nada, mirando al frente.

–Ah. –Jess se devanó los sesos tratando de encontrar una explicación adecuada para una niña de siete años, pero imaginarse a River sufriendo durante la jornada laboral por no llevar puesta la ropa interior hizo que se le escapara una risita–. Quizá pasó por casa para cambiarse la ropa sudada cuando volvió de correr.

–Sí, puede ser. –Juno asintió y pateó una rama que se le atravesó en el camino.

Se detuvieron en la esquina y Jess la miró de frente, necesitaba ver su reacción ante la pregunta:

–¿Cómo te sentirías si estuviéramos saliendo?

–Me gustaría –respondió, distraída. Se volteó hacia al parque de juegos, en busca de sus amigas.

La acunó con suavidad la mejilla para que le prestara atención.

–¿Estás segura? Porque eso implica que, a veces, pasará tiempo con nosotras, haciendo cosas los tres juntos.

A juzgar por la mirada de su hija, sabía que no la estaba escuchando.

–Ya lo sé.

–Aun así, eres lo más importante para mí. Juno empezó a girar la cabeza hacia el costado otra vez.

–Ya lo sé.

Dios santo, ese no era el momento ni el lugar para tener esa conversación.

–Juno –la llamó, un poco más firme–, mírame.

–¿Qué? –Se espabiló.

–Es muy importante para mí que escuches esto. Me preguntaste acerca de River, así que quiero decírtelo ahora. Tú eres mi familia. Somos solo tú y yo, nada ni nada cambiará eso jamás, ¿sí?

–Ya lo sé, mami. Me agrada River y sé que me quieres.

Desde lejos, se oyó a Naomi y a Krista gritaban su nombre. Juno hizo un esfuerzo por contener su entusiasmo dando saltitos en el lugar, pero, como era muy obediente, mantuvo la vista fija en su madre, esperando el beso de despedida.

Se lo dio en la frente.

–Te amo, Juno Merriam.

–¡Yo también te amo, Jessica *Nicolas*! –Con una risita alegre, salió corriendo hacia sus amigas.

Jess le alborotó el cabello, mientras River le dejaba un rastro de besos por todo el cuerpo y esbozó una sonrisa pícara al verla despatarrada en la cama, como una muñeca de trapo.

–Eso fue genial –susurró ella.

La besó una vez más, agitado pero sonriente, y se dejó caer a su lado, exhausto.

–Me alegro.

Jess giró de lado, quedando apenas encima de su pecho y le sonrió.

–¿Cómo se sintió haber ido a trabajar sin ropa interior?

River dejó escapar una risa, que también sonó como un gemido, y se pasó la mano libre por la cara.

–¿No te parece que me habría dado cuenta de que no la llevaba puesta antes de ir a trabajar?

–Eres un adicto al sexo.

Suspiró y comenzó a besarla, sonriendo en el proceso, hasta que se detuvo de repente, cuando cayó en la cuenta de lo que había sucedido.

–Mierda, ayer lo hicimos en la cocina. –La miró con culpa–. Juno los encontró, ¿no es así?

Jess sacudió la mano, restándole importancia.

–Pensó que eran pantalones cortos.

–Lo siento mucho, Jess. –Hizo una mueca, avergonzado.

–En serio, no pasa nada. –Lo miró a los ojos con el mentón apoyado en la mano–. Aunque tuve que decirle que estamos saliendo. Espero que no te moleste.

–Por supuesto que no. –River reprimió la sonrisa.

–Para ser honesta, me sorprende que sus amigas no le hayan hecho preguntas sobre la entrevista de *Union-Tribune* ni de nuestra aparición en *The Today Show*.

–¿Se lo tomó bien?

Jess se estiró para darle un beso, pues le fascinó que esa haya sido su primera pregunta.

–Creo que está muy feliz de que estemos juntos, River Nicolas. –Volvió a recostarse en su pecho y agregó–: No quiero que se preocupe por que todo vaya a cambiar de un día para el otro.

Le peinó el cabello con sus largos dedos y la miró con la visión borrosa.

–Te preguntaría en qué estás pensando, pero estoy segura de que la respuesta sería algo como "edición de ARN" o "enzimas de restricción".

–En realidad, señorita sabelotodo, estaba pensando en lo preciosa que eres.

Su cerebro hizo cortocircuito; la adrenalina le corría por las venas y no sabía cómo usar las palabras para articular una respuesta.

–Ah. Entonces… *no* era edición de ARN.

River sonrió e inclinó la cabeza para besarla.

–No. –Se recostó sobre la almohada–. Pensaba en que soy muy feliz.

Jess sintió que cada célula de su cuerpo gritaba de emoción.

–Tal como lo predijo tu algoritmo supermoderno.

–Jamás me he sentido así –confesó, ignorando su broma–. ¿Es muy pronto para decirlo?

A Jess se le cortó la respiración.

–Claro que no.

–Hace años que me siento como un extranjero, pero contigo me siento en casa.

Jess escondió la cara en su pecho y cerró los ojos, intentando no hiperventilar.

–¿Te encuentras bien?

–Sí, solo estoy intentando no enloquecer –dijo e inmediatamente agregó–: En el buen sentido. Enloquecer por lo enamorada que estoy.

–Está bi…Oh. –Cuando lo miró, alarmada por su tono, River esbozó una sonrisa nerviosa y se hizo hacia atrás para poder verla mejor–. Tenía intención de decirte esto apenas llegué, pero…

–¿Pero yo te estaba esperando desnuda en la cama? –lo interrumpió con una sonrisa de oreja a oreja.

–Exacto. –Rio–. El lunes vamos a recibir a gente en la oficina.

–¿De acuerdo?

La observó y se rio al darse cuenta de que no había entendido.

–El lunes vamos a recibir al equipo de la revista *Gente* en la oficina. Creo que nos reuniremos con ellos por la mañana. –Agitó un dedo entre los dos, en referencia a que la reunión la incluía a ella también–. Y, por la tarde, David, Brandon, Lisa y yo daremos una

entrevista. Así que, a menos que Fizzy y tú vayan a esconder todos los ejemplares de la revista que venden en el supermercado, creo que fue una buena idea que Juno se haya enterado hoy.



Después de un Domingo de Hacer Algo Nuevo en el que lo nuevo había sido que River acompañara a toda la familia Davis al zoológico y que Jess caminara con él tomada de la mano en público, llegó el lunes y, por primera vez, Jess no se despertó con un ataque de nervios. Ya empezaba a acostumbrarse a todas esas situaciones de mucha presión –entrevistas, fiestas, sesiones de fotos–, pero, sin duda, era de gran ayuda que su relación con River se sintiera como un hecho sin precedentes, merecedor de alfombra roja, fuegos artificiales y un coro de ángeles.

Haber dormido juntos la noche anterior también le había ayudado. River solía ser cauto y reservado con el resto de las personas, pero, como amante, era expresivo y generoso y, a la hora de dormir, se ponía mimoso: pasaba toda la noche abrazado a ella, en una cucharita grande y larga.

Cuando la alarma sonó a las seis de la mañana, se levantó a la velocidad de un rayo, aún un poco somnoliento, se colocó la ropa –revisando que, esta vez, tuviera todas las prendas consigo–, le dio un beso y se escabulló en silencio, antes de que Juno se despertara.

Media hora más tarde, llamó a la puerta para "sorprenderlas" con café y chocolate caliente.

Juno apareció arrastrando los pies y los tres se sentaron a desayunar. Mientras tanto, River se puso a revisar unos documentos; Jess sintió que le rosaba la pierna por debajo de la mesa, lo que le hizo acordar que, hasta hacía menos de una hora, había estado junto a ella en la cama. Intentó no dejarse llevar por el recuerdo y, en su lugar, se imaginó a los tres desayunando en familia, sumidos en la tranquilidad, todas las mañanas por el resto de sus vidas.

–¿Por qué te despertaste tan temprano para ir a comprar café? Mamá tiene una cafetera en la cocina –dijo la niña, tomando una cucharada de cereales, adormilada.

River y Jess se tensaron.

–Ah, ¿sí? –consiguió articular él después de unos segundos. No se oía para nada convincente.

Ambos siguieron con la vista la dirección del dedo de Juno hasta la encimera.

–Ah, no lo sabía. Gracias –murmuró River. Miró a Jess con disimulo por encima de la cabeza de la pequeña, pidiéndole auxilio y ella tuvo que morderse el labio para no romper en carcajadas.

Juntos llevaron a Juno a la escuela, cada uno tomándola de una mano. La niña daba unos pasitos, tomaba carrera y ellos la hamacaban.

–Tienes que crecer, ma. River Nicolas me hamaca mucho más alto.

River se regodeó mirando a Jess.

Y todo eso se sentía como el traqueteo cuesta arriba en una montaña rusa, en el momento previo a la adrenalina de la caída.

Por lo que, con más razón, Jess estaba aterrada.

Pero todo estaba bien, pues había demasiadas cosas que la distraían de la preocupación y del miedo. En cuanto llegaron a GeneticAlly –el estacionamiento estaba más concurrido que nunca–, estalló el ajetreo y el entusiasmo. Lisa los saludó en la entrada y los puso al tanto del itinerario tan pronto como se bajaron del auto. La entrevista de Jess y River era la primera en el orden del día y duraría dos horas; más tarde, él y la reportera, Aneesha, se reunirían con David, Lisa y Brandon cerca del Instituto Salk. Antes de que siquiera llegara a dejar el bolso, escoltaron a Jess hasta la oficina de Lisa, donde la esperaba el equipo de maquillaje y peinado, que rápidamente se puso manos a la obra.

–Luces como si te hubieran traído hasta aquí colgando cabeza abajo –bromeó Aneesha. Era una mujer afroamericana hermosísima, con una piel reluciente y las mejillas rosadas más perfectas que Jess había visto en su vida–. Te ves conmocionada.

Jess se rio; la maquilladora le retocaba el rostro.

–No estoy, por decirlo de alguna manera, *acostumbrada* a este tipo de trato.

Durante los siguientes veinte minutos, descubrió que Aneesha Sampson había entrevistado a Brad Pitt el fin de semana anterior, que su risa era incontrolable, que había apodado a River "Keanu Banderas" y que le encantaba usar escotes profundos y pendientes largos que le rozaban el hombro. Jess no sabía si quería casarse con ella o ser ella.

–Si les parece bien, vamos a empezar en el laboratorio –anunció Aneesha mientras salían al corredor–. Solo necesitamos a River, por ahora.

Lisa se veía un poco agobiada.

–Jess, ¿estarás bien esperando sola aquí?

–Tengo mucho trabajo. –Levantó su laptop–. Así que, tan solo dime en dónde puedo instalarme…

Mientras Aneesha se dirigía al elevador y Lisa contestaba un mensaje en su teléfono, River se acercó a Jess y la besó.

–Bueno, te veo en un rato. Te amo.

–¿Qué dijiste? –Los oídos le zumbaban y abrió los ojos como platos.

River la miró a los ojos, boquiabierto, pero no se retractó, sino que… se rio. Movió la cabeza hacia un costado…

–No planeaba decírtelo aquí, pero, según parece, los pasillos y las audiencias son nuestra onda.

Lisa se dio media vuelta para atender una llamada y Jess esbozó una sonrisa de oreja a oreja, le rodeó el cuello a River con los brazos y llenó la cara de besos.

–Yo también te amo.

Era tan obvio, que no entendía cómo no se habían dicho *Te amo* desde el primer día.

Sin dejar de sonreír y con un brillo ardiente como un rayo en la mirada, River le besó la mejilla y luego se acercó a susurrarle al oído:

–Te veo en un rato.

–River, te están esperando –lo llamó Lisa, haciéndole señas de que siguiera derecho por el corredor.

Le dio un último beso y desapareció en el interior del elevador. Lisa regresó.

–Jess, te diría que fueras a la oficina de River, pero están preparando los equipos para tomar las fotos allí. ¿Por qué no te quedas en la de David, por ahora? –Señaló la oficina a sus espaldas–. No le importará.

–Donde sea, estaré bien. –Levantó la laptop.

Lisa probó girar la perilla y luego sacó un juego de llaves y abrió la puerta. Hizo una mueca de disgusto.

–¿Segura que te parece bien? Ya había olvidado lo desordenado que es, nunca entro aquí.

Y es que… *Guau*. La oficina de David era lo opuesto a la de River; mientras que él no tenía más que su computadora sobre el escritorio, el de David parecía que lo habían encontrado entre los escombros de un derrumbe. Estaba colapsado de fichas impresas, vasos descartables, servilletas usadas, notas adhesivas y pilas de artículos periodísticos. Sus estanterías estaban llenas de polvo y de un montón de souvenirs de convenciones y seminarios: una pelota antiestrés con el logo de Merck, un vaso térmico con el logo de Sanofi, una molécula de ADN de plástico de Genentech y varios bolígrafos.

Pero, a ver, River Nicolas Peña acababa de decirle que la amaba. Lisa podría haberla llevado hasta Bourbon Street un sábado a la mañana y Jess no se habría inmutado en lo absoluto.

–Más que bien.

–Te llamaremos cuando Aneesha esté lista. –Le sonrió una vez más y se fue a toda prisa, cerrando la puerta al salir.

Jess le echó un vistazo al escritorio de David y consideró sentarse a trabajar con la laptop sobre el regazo, pero llegó a la conclusión de que podía apoyarla con mucho cuidado encima de todo el revoltijo de papeles sin afectar el desorden en lo más mínimo. En lo que esperaba a que se encendiera la computadora, aprovechó para husmear una pila de documentos científicos. Había hojas y hojas repletas de cientos de filas de datos. Un escalofrío le recorrió la espalda. Era posible que allí estuviera la explicación de por qué River y ella eran un Match de Diamante, después de todo, a ambos les fascinaban los números.

Casi en la base de la montaña de papeles, se asomaba la esquina de uno de ellos. Algo le llamó la atención; había algo escrito en la parte superior izquierda; lo sacó con cuidado y le quitó el sujetapapeles.

Usuario 144326.

El corazón se le aceleró al darse cuenta de lo que estaba leyendo. Eran sus datos. Debajo de su número, había otro: Usuario 000001.

River.

Debajo, en negrita, se leía lo que habían escuchado miles de veces durante el último mes: "Cociente de compatibilidad: 98".

Nunca había visto los datos brutos de su test, pero tenerlos en sus manos se sentía extrañamente maravilloso.

Bueno, te veo en un rato. Te amo. Las palabras de River se repetían en su mente.

Sin dejar de sonreír, estudió las filas y filas de números con mucha admiración. En la esquina superior izquierda se hallaban los números de usuario y el puntaje de compatibilidad y en la derecha, la información del experimento: fecha, hora, qué máquina DúoADN se había empleado, etcétera. Debajo de eso había unas sesenta filas de

números, divididas en tres amplias columnas. Las páginas siguientes contenían números sólidos.

Se le erizaron los pelos de los brazos al darse cuenta de que estaba sosteniendo la prueba de que había alrededor de tres mil quinientos genes que la unían a River. ¿Realmente era posible que sus células predijeran su conexión, su amor? ¿Estaba destinada a sentirse así de feliz desde el día en que nació, a pesar de que Jamie no estuviera muy presente en su vida, de que sus compañeras de equipo se burlaran del alcoholismo de su madre a sus espaldas, de que Alec se quedara mudo observando el test de embarazo por unos cuántos minutos para luego decir: "Nunca quise tener hijos"? De todos los hombres que había conocido, ¿River había sido el indicado todo ese tiempo?

Se sintió mareada y extasiada a la vez. Regresó la mirada a la hoja y se acercó aún más al escritorio para poder leer con atención cada detalle. Las primeras dos columnas de cada conjunto de datos contenían lo que supuso era la información de cada gen: el nombre del gen y el número de sesión de GenBank. La tercera columna mostraba el porcentaje de compatibilidad bruto con un número que parecía oscilar entre el cero y el cuatro. Casi todos estaban por encima de 2,5. Lo que quería decir que, de alguna forma, el algoritmo de red neuronal había procesado todas esas cifras y, al final, había aparecido el *noventa y ocho*. Allí mismo, Jess entendió que los datos eran ciencia, obviamente, pero también se sentían como magia. Ahora era creyente, ¡que alguien la lleve al altar de la genética!

Acarició la página, queriendo sentir que podía tocar el contenido.

La prueba más reciente tenía fecha del 30 de enero, un día después de que River le sacara sangre con tanta delicadeza. Ambos se habían sentido tan incómodos con la presencia del otro, tan tímidos. Reprimió la risa ante el recuerdo. Mierda, en ese momento no lo sabía, pero él ya la deseaba.

Levantó la mirada para confirmar que la puerta de la oficina de David estuviera cerrada y tomó una foto. Era consciente de que no debería haberlo hecho, ya que podría considerarse ilegal –y, además, podría haberle pedido una copia a River–, pero también sabía que querría verlo una y otra vez. Pasando las páginas, empezó a tomar fotos de cada una, de cada hilera con números. Todas tenían algunos valores encerrados en un círculo, con anotaciones y comentarios en los márgenes por ser absolutamente increíbles, supuso.

Quizá lo haría enmarcar y se lo obsequiaría en el futuro.

Quizá cada uno elegiría su gen favorito y luego se tatuarían el valor correspondiente.

Quizá estaba comenzando a sonar como una de las protagonistas de las novelas de Fizzy y, tal vez, debería callarse de una vez por todas.

Sonriendo como tonta, pasó a la página siguiente, lista para tomar otra foto, pero se detuvo. Este otro conjunto de datos pertenecía a la primera prueba de DúoADN que había hecho, la de la muestra de saliva. Algunas celdas estaban encerradas en un círculo con lápiz y había notas en los márgenes, apenas legibles. Jess estaba maravillada con la forma en la que estaban redactados sus datos. Su mente le recordó que sus genes podían develar mucho más que solo el amor y la conexión emocional.

Y aún quedaba mucho por leer. Pasó más hojas, esperando encontrarse con notas y correspondencia, pero, en su lugar, encontró otra primera página. *¿Un duplicado?* No. Esa era diferente, de alguien más, de una prueba que se había realizado en el año 2014.

"Usuario 05954

Usuario 05955

Cociente de compatibilidad: 93".

Pensó que quizá David tenía una pila de Matches de Diamante. Sin embargo, se topó con una coincidencia en la esquina superior derecha. Comparó las tres carátulas: esa, la de River y la suya.

La fecha de la prueba era diferente en los tres casos, pero la hora era exactamente la misma.

En cada una.

Parpadeó, empezando a dudar. Regresó a las primeras páginas para asegurarse. En efecto: en los tres casos, la prueba había finalizado a las 15:45:23.

Se le hizo un nudo en el estómago. Estadísticamente, eso era… casi improbable. De los 86 400 segundos que hay en las veinticuatro horas del día, hay solo un 0,0012 por ciento de posibilidad de que *dos* eventos ocurran en el mismo segundo. Incluso si hubiera pensado que las pruebas, por lo general, comenzaban y terminaban casi a la misma hora –por ejemplo, dentro del mismo parámetro de cuatro horas–, aun así las probabilidades eran del 0,007 por ciento, es decir, las chances de que la prueba de Jess y la de River, hechas el mismo día, y la de otra persona, realizada en otra fecha, hubieran terminado a la *misma* hora eran de 7 en 100 000. ¿Pero las tres con distinta fecha? Era casi imposible. Las probabilidades –Jess cerró los ojos para hacer la cuenta– de que tres pruebas al azar terminaran en el mismo segundo en días diferentes eran, aproximadamente, de 1 en 2 500 000.

Intentó usar el sentido común. Ignoró el zumbido en sus oídos. Quizá las máquinas estaban programadas para comenzar y terminar a la misma hora para minimizar ciertas variables. Era posible.

Con excepción del 29 de enero. River había empezado la prueba casi inmediatamente después de haberle tomado la muestra de sangre. De hecho, se había colocado dos pares de guantes y se había dirigido a la campana extractora antes de que ella abandonara la habitación. A la mañana siguiente, le había enviado un mensaje para invitarla a salir y le había dicho que el resultado estaba confirmado. Pero, aunque la fecha en el informe impreso fuera correcta, ¿cómo era posible que River hubiera obtenido la confirmación a la mañana, si la prueba había finalizado a las 15:45? ¿Le había mentido sobre la confirmación? No sonaba a algo que él haría.

–¿Qué mierda? –suspiró, confundida. *Debe… Debe haber algo que haya pasado por alto.*

Le ardían los pulmones. Tenía el estómago revuelto. Los ojos le dolían de la concentración. No podía parpadear. Y luego –sintió que se le clavaban agujas en el corazón–, Jess notó que las tres pruebas se habían realizado en la máquina DúoADN 2. Recordaba haber visto ambas máquinas la noche que River le tomó la muestra de sangre y haberle preguntado por ellas.

–¿Esas son las máquinas de DúoADN?

–Les dimos el nombre supercreativo de DúoADN 1 y DúoADN 2. DúoADN 2 está fuera de servicio por el momento, el técnico vendrá a repararla la semana próxima. Volverá a estar lista para mayo, eso espero.

Un pensamiento se le cruzó por la mente. Estaba frenética. Iba y venía entre ambas páginas con sus respectivos conjuntos de datos, leyendo con detenimiento las columnas que figuraban en cada hoja. Intentó hallar las diferencias entre los datos de su resultado con el de la otra pareja.

Pero no lo logró, pues eran idénticos. Cada valor, hasta donde sabía, era exactamente el mismo. Entre más tiempo pasaba observando el informe, más borrosa se le volvía la visión. Eran demasiadas filas. Demasiados dígitos. Era como buscar una aguja en un pajar mientras su cabello y la montaña de paja estaban en llamas. Además, pensó desesperada, en el caso de puntajes tan altos como estos, tal vez la mayoría de los datos brutos *tendrían* que ser idénticos. ¿Qué estaba pasando por alto, entonces?

Sintiendo un peso en el pecho, Jess entendió que los números encerrados en círculos en la primera hoja de datos estaban marcados por una razón en particular. Su mirada se posó en el círculo que había en el informe original con fecha del 19 de enero.

Se llevó una mano a la boca, no paraba de temblar. En la página donde aparecían los datos de River y los de ella se leía:

OT-R GeneID 5021 3.5

Mientras que en el de la otra pareja:

OT-R GeneID 5021 1.2

Dentro de otro círculo en el original –como resultado del gen PDE4D– ellos tenían 2,8. El corazón se le subió a la garganta. La otra pareja tenía 1,1.

Solo tuvo un pequeño resto de voluntad para comprobar dos valores más: un 3,1 del AVP para River y de ella, un 2,1 para la otra pareja y un 2,9 del DRD4 para ellos, un 1,3 para los otros.

Hasta donde alcanzaba a notar, los únicos valores que no eran iguales –puede que solo treinta de un conjunto de datos de tres mil quinientos– eran los que estaban marcados con un círculo en el primer resultado de DúoADN, con el propósito de diferenciarlos con facilidad. De no haber sido por la hora y el misterio de DúoADN 2, Jess podría haberse autoconvencido de que aquellos valores estaban marcados porque señalaban lo que tenían de distinto en comparación con la prueba de la otra pareja, pero sabía que el motivo por el que tenían una marca no era porque eran especiales, sino para tener un registro de cuáles se habían modificado. Alguien había cambiado, adrede, un puntaje de compatibilidad de noventa y tres para convertirlo en noventa y ocho.

"Johan y Dotty fueron nuestro primer Match de Diamante", le había contado River en la fiesta. "Su nieta los trajo de visita en 2014 y tenía razón: obtuvieron noventa y tres puntos".

Tenía ganas de vomitar. Con manos temblorosas, tomó fotos de cada página del informe que estaba casi segura de que pertenecía a Johan y Dotty Fuchs. Estuvo a punto de tirar la pila de papeles dos veces. Se agachó para guardar la laptop en el bolso y el celular en su bolsillo, tenía todo el cuerpo tenso y entumecido y se sentó a esperar a que Aneesha la fuera a buscar; Jess no tenía ni idea de cómo haría la entrevista después de lo que acababa de descubrir.

Ella y River jamás habían sido un Match de Diamante.



VEINTIDÓS

En los últimos veinte minutos, River le había preguntado unas cuatro veces si se encontraba bien.

¿Cómo no? Si cualquiera que tuviera dos dedos de frente se habría dado cuenta de que algo no iba bien, pero no podía hablar de ello todavía, mucho menos allí en GeneticAlly. Y, aun si hubiera podido, no estaba segura de estar preparada para oír su respuesta a una pregunta muy simple: *¿Lo supiste todo este tiempo?*

Así que puso buena cara, fingió alegría y respondió a las preguntas de Aneesha. Sin embargo, la preocupación de River fue un recordatorio constante para Jess de que la conmoción que sentía se veía plasmada en toda su cara.

Les tomaron unas fotos al aire libre y otras en el laboratorio, riéndose y mirándose con ojos llenos de amor. Pero, detrás de esa sonrisa, la duda invadía los pensamientos de Jess, como una sirena. Hasta que supiera la respuesta, no podía permitirse pensar demasiado en la siguiente pregunta, aunque no dejara de darle vueltas en la cabeza: *¿Lo que siento es, siquiera, real?*

Estadísticamente hablando, era mil veces más probable que River y ella encontraran a su alma gemela en un Match de Carbón a que obtuvieran un Match de Diamante auténtico en toda su vida. Por lo que, aun si su verdadero puntaje de compatibilidad fuera del veinticinco por ciento, no significaba que no fueran el uno para el otro. No obstante, era mucho más fácil dejarse llevar por aquellas primeras impresiones cuando los números le daban la razón.

Pero estaba sacando conclusiones apresuradas y sin la información completa, sin los datos, y era lo último que debía hacer. Se imaginó que tomaba todos esos pensamientos

intrusivos, los hacía una bolita y los prendía fuego. Cada cosa a su tiempo y ese no era el momento de tener una crisis nerviosa.

Aneesha dio por finalizada la entrevista y les dio unos minutos para que se despidieran, antes de que River y el equipo de *Gente* tuvieran que unírseles a David y a Brandon. Tan solo pensar en David hizo que a Jess se le retorciera el estómago. Y si River lo sabía… no sabía qué haría; sus emociones serían demasiado fuertes, inmensurables e imposibles de controlar.

En cuanto estuvieron a solas, River la llevó a Jess a un rincón y la miró a los ojos.

–Siento que me perdí de algo –murmuró–. ¿Estás enojada conmigo?

Esa era una pregunta que sí podía contestar. Habría sido muy complicado responder a *¿Estás bien?* entre susurros, con Aneesha y el fotógrafo a pocos metros de distancia.

–No, no estoy enojada contigo, pero ¿podemos vernos luego?

Se rio, confundido.

–Claro que sí. Había dado por sentado que…

–Solo nosotros dos.

La sonrisa de River se evaporó y, en su lugar, frunció el ceño. Dio un paso adelante, deslizando una mano a lo largo del brazo de Jess y entrelazando sus dedos con los de ella, que estaban helados.

–¿Hice algo malo?

–No lo sé. –Odió decirlo, pero era la verdad–. Sucedió algo –admitió– y necesito hablarte al respecto, pero ahora no es el momento adecuado. –Tragó–. Sé que no está bien que te lo diga así nada más y estoy segura de que estarás preocupado hasta que podamos discutirlo.

–Obviamente.

–También yo. Créeme cuando te digo que no es el lugar indicado y que necesitaremos más de los diez minutos que tenemos antes de que Aneesha y tú tengan que irse.

River la miró y pareció entender que eso era lo único que iba a obtener en ese momento.

–De acuerdo, te creo. –La acercó a su pecho. No había nada que Jess quisiera hacer más que rodearle la cintura con los brazos y perderse en el olor cítrico de su colonia. Sin embargo, se quedó dura en el lugar, sin moverse ni un milímetro–. ¿Hablamos después? –le preguntó, separándose para mirarla a los ojos, tomándola de los codos.

–Sí. –Su teléfono vibró y lo sacó del bolsillo trasero, pensando que se trataba de un correo de un cliente o un mensaje de su abuelo para preguntarle si volvería a cenar, pero no. Era un mensaje de Fizzy e inmediatamente se alarmó, toda la presión que sentía en el pecho se le subió a la garganta.

Te necesito. Es URGENTE.

Alerta de mejor amiga.

–Lo siento –murmuró–. Es Fizzy. Me…

Le respondió enseguida:

¿Te encuentras bien?

Estoy a salvo y no estoy herida,

pero no. No me encuentro bien.

Con el corazón desbocado, levantó la vista hacia River. Odiaba tener que irse así sin más, pero debía hacerlo.

–Tengo que irme, es importante.

–*Jess*… –La tomó del brazo. Su tono era una mezcla de preocupación y exasperación.

–Me necesita. Fizzy nunca me necesita. Llámame cuando termines.

River asintió y dio un paso atrás, dejándola ir.

Jess se dio media vuelta y, mientras se dirigía a la salida, escribió:

¿En dónde estás?

En mi casa. ¿Vienes?

Sí. Llego en 20.



Cuando llegó, se encontró con la entrada principal abierta. Detrás de la puerta mosquitera, el interior de la casa estaba a oscuras. No se escuchaban gritos ni llanto, lo cual la tranquilizó, pero podía oír la voz de Bon Iver, que salía de los altavoces de la sala de estar. Para alguien como Fizzy, cuyo gusto musical se inclinaba más hacia los ritmos movidos que a las baladas, la música de Bon Iver le dio a Jess una buena razón para preocuparse.

Y así fue como River pasó a estar en un segundo plano. Jess era una experta separando sus emociones. Como cuando Jamie se presentó el día de su graduación de la secundaria luego de cuatro días seguidos de consumir drogas y se paseó por todas las bancas, buscándola entre el mar de estudiantes y, treinta segundos después, empezó a trepar por encima de Jerome Damiano y de Alexa Davidson para llegar hasta su hija y los guardias de seguridad del campus tuvieron que sacarla a rastras. A pesar de la situación, Jess se puso de pie y se dirigió al frente del auditorio cuando anunciaron su nombre.

Recordó también la vez que Alec rompió con ella una hora antes de defender su tesis ante todo el departamento de matemática estando embarazada de seis meses. Hizo el enojo y la decepción a un lado y se presentó ante el panel de profesores con una sonrisa y unas diapositivas de un diseño precioso, y se sacó un diez.

Con solo echarle un vistazo a Fizzy recostada en posición fetal en el sofá, con los ojos hinchados y el cabello en un moño despeinado, atípico en ella, una imagen familiar le vino a la mente.

Jess se sentó a su lado y colocó las piernas de su amiga sobre su regazo.

–Cuéntame.

–Está casado –dijo, sin más, limpiándose la nariz con el antebrazo.

–¿Quién?

–Rob. –Fizzy la miró con los ojos llenos de lágrimas.

–¿Rob "El Bancario"?

–Sí.

–¿Casado? ¿Con una persona?

–Sí.

–¿No era amigo del hermano de Daniel? –Jess la miraba sin poder creerlo–. ¿Cómo es que él nunca te dijo nada?

–Al parecer es el amigo de un amigo de un amigo y Rob se casó en algún momento durante los últimos años, cuando ya no se reunían tan a menudo.

–Qué… *basura de persona*. –Estaba boquiabierta–. ¿Cómo te enteraste?

–Fuimos a Twiggs y me lo dijo.

–¿En público?

Fizzy asintió, su expresión era sombría.

–Se sentó en tu silla.

Jess dio un grito ahogado.

–¡¿Cómo se atreve?!

–Ya lo sé.

–¿Y qué hiciste?

–Me levanté –Fizzy respiró hondo, tomando fuerzas–, le pedí a Daniel un vaso de agua helada y se lo tiré encima.

–*Te aplaudo* –susurró, impresionada.

–Creo que lo había empezado a carcomer la culpa de que lo descubriera. Una noche, en Little Italy, nos encontramos a un conocido suyo y me presentó como "mi amiga Felicity". En ese momento, pensé: "Está bien, aún nos estamos conociendo", pero ahora sé la razón. –Su cara se contrajo–. Me gustaba mucho, Jess, y ya sabes cómo soy –dijo entre hipos–, a mí no suele gustarme nadie. Le cocinaba, hablábamos de libros y hasta teníamos chistes internos… y resulta que el maldito está casado. Estoy segura de que quería que lo perdonara por haberme dicho la verdad. O sea, estaba realmente sorprendido de que estuviera tan molesta. –Se limpió la nariz otra vez.

–Ven aquí. –Bajó las piernas de su amiga y la atrajo hacia sí. La abrazó fuerte mientras lloraba en sus brazos.

–¿Sabes qué es lo más loco? –La camisa de Jess amortiguaba su voz.

–¿Qué?

–Que acabamos de enviar su muestra de saliva por correo.

–¿A GeneticAlly? –preguntó Jess y Fizzy asintió–. Creí que habían decidido no hacerlo.

–¡Así era! –Se lamentó.

–Dios, qué imbécil. ¿Qué demonios esperaba que fuera a suceder?

–¡Exacto! –Se rio entre sollozos–. ¿Qué pasa si descubrimos que somos perfectos el uno para el otro y no importa porque está casado? ¡No quiero saber si nacimos para estar juntos!

El recordatorio de River se asomó en algún rincón de su mente, como pidiendo permiso para salir. Jess negó con la cabeza. Aún no era el momento.

–Bueno, según el funcionamiento de la app, puedes configurarla para que sus cuentas no puedan hacer match y así nunca lo sabrás, pero de todos modos estoy bastante segura de que no está destinado a estar ni a dos centímetros de tu perfección, amabilidad ni sensualidad, amiga. Cualquiera que haga algo como eso debe estar podrido por dentro.

Apuesto a que su ADN parece moho.

–Parece fibras de mucosidad –coincidió Fizzy.

–Podría continuar con esta metáfora por horas, pero solo se volverá cada vez más asquerosa. –La estrujó en sus brazos–. Lo siento, linda. Me gustaría saber dónde vive para ir a arrancarle la cabeza, metérsela tan profundo por el trasero hasta que pueda lamerse su propia oreja.

–Su esposa estaría allí. Supongo que esa es la razón por la que nunca fuimos a su casa.

–Qué basura de persona –escupió Jess con rabia.

Fizzy se limpió en su camisa y se hizo para atrás, inspeccionándola. Al observar el rostro y el cabello de su amiga, la curiosidad borró el ceño fruncido de su expresión.

–¿Por qué estás tan producida? –Se sorbió la nariz.

–Tuvimos una entrevista para la revista *Gente* en las oficinas de GeneticAlly.

Fizzy, con los ojos hinchados y llorosos, bufó y se dejó caer de espaldas sobre los almohadones del sofá.

–Dios, te envié la alerta de mejor amiga en medio de una entrevista con *Gente*. –Después de unos segundos de reflexión, se levantó y rodeó a Jess con los brazos–. ¡Y aun así viniste!

–Sería muy conveniente para mí guardarme los puntos de amiga de oro que acabo de ganar y no decirte que ya habíamos terminado cuando enviaste el mensaje, pero la mentira invalidaría los puntos. Y habría venido de todos modos, lo juro.

–Pero, ahora mismo, podrías estar teniendo sexo de celebración con tu alma gemela y yo podría haber recurrido al queso y al vino para darme consuelo.

Alma gemela. En su imaginación, Jess fulminó con la mirada a las emociones que amenazaban con escaparse del rincón donde las había confinado.

–Prefiero que acudas a mí, antes que al queso y al vino. –Hizo una pausa y agregó–: Además, River sigue en la entrevista.

–Es un honor ser tu segunda opción.

–La tercera –le recordó.

–Eres la peor. –Se echó hacia atrás, riéndose.

–Tal vez, pero igual te quiero.

–Yo también te quiero. –Se volteó a ver el reloj en la pared–. Hablando de eso, ¿no tienes que ir a recoger a tu primera opción de la escuela?

–Es lunes. El abuelo irá por ella y luego visitarán la biblioteca, como siempre. Tengo tres horas libres para hacer todo lo que me pidas para hacerte sentir mejor.

No se movieron del sofá, donde hicieron un festín de queso y galletas mientras miraban *Sentido y sensibilidad*. Después, Jess le dio un último abrazo y se fue a su casa. Le dio de comer a Juno, la bañó, le hizo mimos y la arropó –y se sirvió una copa de vino– antes de permitirse liberar sus emociones.

Y una vez que lo hizo, los pensamientos sobre River opacaron todo lo demás. El lado bueno de haberlo hecho todo a un lado había sido que había podido seguir con su día con total normalidad; el lado malo, era que no estaba preparada mentalmente para tener esa conversación con River.

No tenía sentido retrasarla aún más, así que tomó su móvil y le mandó un mensaje:

¿Puedes venir?

La respuesta llegó de inmediato, como si hubiera estado esperando con el teléfono en la mano.

Sí. ¿Ahora?

Perfecto.

Lo envió y enseguida agregó:

Espera.

Tipeó tan rápido como pudo, pues sabía que ese "Espera" muy probablemente lo había hecho entrar en pánico.

Esto puede sonar un poco extraño,

pero ¿has visto los datos brutos

de nuestro informe alguna vez?

Por supuesto que sí.

Jess se mordisqueó el pulgar, pensando en cómo expresar lo siguiente sin darle la oportunidad de inventar una excusa, si es que había estado involucrado en la falsificación de datos desde el principio. Quería poder leer su expresión cuando se lo dijera. Por otra parte, si tenía una copia del informe en su casa, quería que la trajera.

Para su suerte, River le ahorró la molestia.

Tengo el gráfico. ¿Quieres que lo lleve?

Jess exhaló un hilo de tensión, lento y sofocante.

Eso sería fantástico.

Lo lamento, debería habértelo ofrecido

hace mucho. ¿De esto querías hablar?

Decidió evadir la pregunta.

¿Ya estás en camino?

Sí.

River vivía solo a diez minutos. Esa vez llegó en ocho. Antes de toda esa locura, si se hubiera aparecido en su puerta después de que Juno estuviera dormida, se habría lanzado a sus brazos, pero aquella noche, parecían ser conscientes de que las muestras de afecto tendrían que esperar.

Sin decir una palabra, se adentró en el departamento con la respiración agitada, debido a la carrera desde el auto, supuso Jess.

–Hola.

–Hola. ¿Qué tal estuvo el resto de la entrevista? –Reprimió un sollozo que pareció haber surgido de la nada.

River asintió, pasándose una mano por la frente, intentando recuperar el aliento.

–Bien. Sí, creo que salió bien. ¿Cómo está Fizzy?

–Rob es casado. –Jess caminó hasta la mesa, negando con la cabeza, y se desplomó en una silla.

–Bromeas. –Se descolgó el morral del hombro y lo dejó sobre la mesa.

–No y tal parece que acaban de enviar su kit de DúoADN por correo.

River hizo una mueca.

–Mierda.

Se quedaron callados. Era difícil ignorar la presión de lo inevitable de la conversación.

–Bueno… –Sacó un documento del bolso y se lo entregó. Daba la impresión de que era muy valioso, estaba arrugado y gastado, como si lo hubieran manipulado y examinado cientos de veces–. Nuestros datos. –Volvió a limpiarse la frente–. ¿Vas a decirme qué ocurre?

Un colorido diagrama acaparaba toda la página, la prueba magistral de las habilidades computacionales de la tecnología de la actualidad y el mejor amigo de cualquier experto en estadísticas: el análisis de componentes principales. Después de examinarlo durante unos cuantos segundos, Jess confirmó que era el mismo que había visto en la oficina de David.

El gráfico constaba dos ejes: las etiquetas del eje vertical Y iban del cero al cuatro, que eran las variables compuestas que ya conocía, mientras que el eje horizontal X tenía doce etiquetas diferentes, que Jess supuso que representaban las categorías de las familias génicas que comprendían el análisis de DúoADN: la neuroendocrina, la inmunoglobulina, el metabolismo, la transducción de señal, el CPH de clase I y II, los receptores olfativos, las proteínas reguladoras, las proteínas transportadoras, las proteínas de choque térmico, las proteínas SNARE, el canal iónico, FCF y FCF-R. Cada uno de los miles de puntitos simbolizaba el puntaje correspondiente a cada gen, clasificados por color y por categoría.

Era la forma más fácil y rápida de estudiar los puntajes brutos –Jess pudo reconocer de inmediato tendencias que no había percibido en la tabla–, pero, debido a que había muchos datos, era evidente que si eso era lo único que River había leído, le habría sido prácticamente imposible detectar que era casi idéntico al gráfico que había visto hacía diez años.

Y, aún más importante, en ese documento no figuraba la información que le había desencadenado la duda: la fecha, la hora y la máquina en la que se había realizado la prueba. Solo aparecían los números de usuarios, el puntaje de compatibilidad y, bien chiquita, en la esquina inferior derecha, se leía la fecha en la que se había generado el diagrama.

Era probable que River no tuviera idea. Un tenue rayo de esperanza iluminó la pesadez en su estado de ánimo.

–¿Así es como examinan los datos? –le preguntó, intentando sonar lo más casual posible.

River soltó una risita.

–Apuesto a que debe ser enloquecedor para una experta en matemática el no poder ver números reales, pero para nosotros los diagramas de dispersión son más eficaces. Hacen que sea más sencillo identificar los valores atípicos y saber si tenemos que rehacer la prueba por el motivo que fuera. –Le señaló un grupo grande de puntos que había en el gráfico. Aquí se puede ver que, sobre todo, nuestros genes de metabolismo y de inmunoglobulina son muy coincidentes. Al parecer, el valor más bajo que tenemos es el de las proteínas reguladoras, pero no influye en nuestro resultado de forma significativa, porque, de todos modos, es bastante alto. Pasados los ochenta puntos, la mayoría de los gráficos lucen similares.

Jess se abstuvo de suspirar aliviada. Eso confirmaba que era probable que no se hubiera dado cuenta a simple vista de que alguien habían manipulado los datos.

–¿Cómo hacen para crear los diagramas?

–En realidad, estos son los datos brutos. Aquí aparece todo lo que está en las tablas. Tiffany trabajó con el equipo de Caltech e hicieron que la red neuronal generara este gráfico para que nos fuera más fácil de estudiar, pero existe la posibilidad de crear uno por cada pareja que haga *match*.

–Fizzy tendría un millón de estos –bromeó.

River soltó una carcajada.

–En teoría, sí. No los importamos a la app ni los generamos con tanta frecuencia, a menos que nos lo soliciten, porque los archivos son muy pesados. No obstante, si así lo quisieras, se podría crear un diagrama de dispersión como este para comparar tu ADN con el de todas las personas del mundo. Solo que no sería muy útil. –La miró a los ojos, con un dejo de timidez–. Pero, por supuesto, hicimos uno para nuestra prueba. Quería examinarla bien de cerca. Al principio, porque estaba escéptico y, luego, porque me parecía algo maravilloso.

A Jess se le llenaron los ojos de lágrimas y apoyó la cabeza en la mesa. La sensación de alivio que le recorrió el cuerpo tuvo el mismo efecto que un dardo tranquilizante. Sentía la cabeza pesada e, incapaz de contenerlo, se le escapó un sollozo.

–Mierda… Jess. –River se acercó y la atrajo hacia sí–. ¿Qué ocurre, amor?

Era la primera vez que la llamaba así y eso la hizo llorar aún más. Por un lado, saber que no la había engañado la dejaba tranquila, pero, por el otro, tenía que decirle que su puntaje real no era noventa y ocho. Estaba enamorada de él y odiaba que la noticia fuera a causarle tanto daño. River no volvería a confiar en David. Antes de que Jess apareciera en su vida, todo su mundo había girado en torno a GeneticAlly.

–Odio tener que decirte esto.

–¿Qué cosa? Solo dilo. –River se tensó.

Jess se puso de pie, saliéndose de su agarre y se dirigió a la cocina para traerle las fotos que había impreso hacía un rato. Le temblaban las manos cuando se las entregó.

River parecía estar bastante familiarizado con el informe, porque lo reconoció de inmediato.

–¿De dónde las sacaste?

–De la oficina de David –confesó–. Enójate conmigo si quieres, pero primero tienes que verlas. Encontré el informe en su escritorio cuando Lisa me dejó instalarme allí mientras esperaba a que me entrevistaran. No era mi intención husmear, pero cuando vi que eran nuestros números de usuario, me entró la emoción. Tal como dijiste, es maravilloso poder tenerlo en tus manos y saber que así comenzó todo. –Se mordió el labio–. Cuando empecé a leerlo, algunas cosas me resultaron extrañas.

River frunció el ceño, aún sin poder detectarlas.

–¿Como cuáles?

Jess se limpió las lágrimas.

–Tómate unos minutos para mirar las fotos.

Lo dejó solo, así podía estudiarlas con calma, y se dirigió a la cocina para servirse un vaso de agua. El frío le hizo arder en la garganta.

Treinta segundos más tarde, se oyó un *¿Qué mierda?* proveniente de la habitación contigua.

Jess cerró los ojos. El ritmo con el que daba vuelta las páginas se incrementó, el crujido del papel sobre la mesa sonaba a desesperación.

–Jess. –Supo que estaba apretando la mandíbula debido a la tensión en su voz–. ¿Puedes venir, por favor?

Respiró hondo, dejó el vaso en el lavabo y regresó al comedor. Se lo encontró de pie, con los brazos apoyados en la mesa, encorvado, sin despegar la mirada de las imágenes.

–¿Quién marcó estos valores?

–No lo sé. –Se colocó detrás de él y lo abrazó, apoyando la frente en el espacio que había entre sus omóplatos. Suspiró aliviada. Ahora que River estaba al tanto de la situación, pensó que podrían resolver todo ese misterio juntos–. ¿Te encuentras bien?

River se rio con amargura.

–No. ¿Qué demonios es esto? ¿Acaso es real?

–¿Tú lo sabías? –le preguntó en voz baja.

–Por supuesto que no –dijo con los dientes apretados.

Jess cerró los ojos y lo abrazó más fuerte. River no se inmutó; de hecho, Jess se dio cuenta de que se había quedado completamente tieso entre sus brazos y, en ese instante *–no sabía cómo no se le había ocurrido antes–*, entendió que, aunque ella le tuviera fe a la magia de las anomalías estadísticas, era probable que River viera el puntaje de compatibilidad adulterado y se diera cuenta de que nunca habían estado destinados a estar juntos.



VEINTITRÉS

Después de unos segundos de silencio, Jess dio un paso atrás y dejó caer los brazos a los costados. River ni siquiera se inmutó, aún estaba muy enfrascado leyendo con detenimiento la infinidad de hileras de números, pasando las páginas y repitiendo el ejercicio una y otra vez. Jess tenía el corazón en la garganta.

–Debería haberme dado cuenta –bufó con la cabeza gacha, derrotado.

–¿Cómo? –le preguntó, incrédula–. Hay tres *mil* quinientos valores. A esta altura del proceso, habrías enviado la información a la caja negra y, al final, hubieras obtenido una versión tan simplificada que serías incapaz de detectar una anomalía.

–No lo entiendes –dijo, dándose media vuelta y pasándole por al lado, en dirección a la sala de estar–. No sabes cuánto tiempo me he dedicado a estudiar los datos de los Fuchs. Debería haberme dado cuenta.

–Ni siquiera un cerebro como el tuyo es capaz de memorizar tres mil quinientos números de hace una década. –Quiso acariciarle el brazo en un intento por consolarlo, pero él se encogió de hombros y se volteó de cara a la ventana.

River se llevó las manos a la cabeza y se tiró del cabello, protestando por lo bajo.

–Esto es una catástrofe.

Jess clavó la mirada en su espalda. Tenía razón. Si bien era una revelación trágica y David tendría que enfrentarse a las consecuencias de sus acciones, ¿podría ser que también formara parte de una serendipia? Es decir, aun así, sus caminos se habían cruzado.

–Sé que tienes muchas cosas en la cabeza, pero quiero que sepas que te amo. Esto no cambia nada.

River se tensó, como si estuviera pensando en cómo reaccionar y, de golpe, miró la hora en su reloj pulsera.

–Mierda. Es probable que David siga en la oficina. Necesito ir para allá ahora mismo.

Jess se giró lo más rápido que pudo.

–De acuerdo. Sí. Me parece bien. –*Un plan*. Tomó su celular, buscó en favoritos el contacto de Ronald y tocó el número. Ya estaba llamando cuando se lo llevó a la oreja–. Solo déjame para pedirle a mi abuelo que se quede con Juno…

–Jess. –Estiró el brazo y le quitó el teléfono con delicadeza. Miró la pantalla y finalizó la llamada antes de que atendiera.

–¿Qué haces? No puedo irme y dejar…

Oh.

River aún tenía los ojos puestos en el móvil. Observaba la foto que tenía como fondo de pantalla: Juno a los cuatro años disfrazada de pulpo para Halloween. No despegaba la vista de la imagen. Desde que vio el informe no había mirado a Jess ni una sola vez.

–Necesito hablar con él a solas.

–Tiene que ser una broma. –Rio, irónica.

–Se trata de mi empresa, Jess.

–Pero esto también me involucra. Tengo derecho a saber por qué lo hizo.

Los hombros de River se tensaron.

–Si *es* que lo hizo. No sabemos si fue un descuido o un error o… alguna especie de fallo informático. Lo conozco desde hace años, tengo que darle una oportunidad de explicarse y debo hacerlo yo solo.

–¿De verdad esperas que me quede aquí sola de brazos cruzados? –Jess apretó la mandíbula.

River asintió.

–¿Vendrás cuando termines?

–No lo sé. –Respiró hondo y, por fin, la miró a los ojos–. Lo lamento, en serio tengo que irme. –Guardó todo en su morral y emprendió su camino hacia la salida. Jess lo siguió, a River no le alcanzaban los pies para caminar más rápido. Su mente se hallaba en otra parte.

Lo observó desde la puerta, reviviendo el recuerdo de ver a alguien a quien amaba marcharse de su vida.

–*River*.

–Luego te llamo –musitó y se perdió en la oscuridad del jardín.

Pero nunca llamó. Jess se había quedado despierta hasta casi las tres de la mañana pegada al teléfono y mirando la televisión de a ratos. Al final, se acomodó como pudo en el sofá y se quedó dormida. Cuando despertó, se encontró con el televisor todavía encendido; no había noticias de River.

Empezó la mañana con un humor de perros.

–Juno, estoy preparándote el almuerzo. ¿Puedes dejar en paz a la gata y vestirte de una vez, por favor?

La niña le hizo puchero mientras seguía jugando con Paloma con un palo con plumas.

–No sé qué ponerme.

–Anoche te dejaste ropa preparada. Alcánzame los trastes, Abejita.

–Pero hoy tengo Educación Física y quiero ponerme *leggings*.

Jess estaba segura de que su hija tenía una especie de radar capaz de detectar cuándo su paciencia se encontraba al límite y la ponía a prueba hasta que terminaba por explotar como si fuera un deporte olímpico.

–Entonces, ponte *leggings*.

–No sé dónde están.

–Tienes, al menos, diez.

–Quiero los negros con estrellitas.

–¿No los habías puesto en el cesto de ropa para lavar? –Sacó el cuenco con uvas del refrigerador y metió unas cuantas en la lonchera de Juno. Su celular descansaba boca abajo a un costado, sobre la encimera, pero lo ignoraba por completo. Estar mirándolo a cada rato solo la hubiera hecho sentir peor.

La niña se puso a rodar por el suelo y chilló cuando la gata empezó a comerse su cabello.

–Creo que sí.

–Entonces, fíjate si están en la secadora. –Le empacó un potecito con puré de manzana, una bolsa de bastoncitos de zanahoria y la última golosina de yogurt y se hizo una nota mental para comprar más.

–¿Puedes buscarlas por mí? –Más risas, más chillidos y nada de vestirse.

–*¡Juno!* –gritó. Su voz había sonado tan fuerte que hasta ella misma se asustó. Sin decir ni una palabra, Juno se puso de pie y se fue de la sala. Jess limpió la encimera con frenesí y cerró la puerta del refrigerador con tanta fuerza que volvió a abrirse. Miró la hora en su reloj pulsera. Mierda. El estruendo que hizo la puerta al cerrarse sobresaltó a Paloma, que salió corriendo despavorida por el pasillo y, en el proceso, se subió a la mesita de café y volcó el cuenco de cereales a medio comer de Juno. Gota a gota, la leche y el arroz inflado sumergido en ella mancharon el suelo.

–¡¿Cuántas veces tengo que repetirte que no se puede comer en la sala?!

–¡Fue culpa de Paloma!

–¡Vístete de una vez! –Su voz pareció hacer eco por todo el departamento, que de repente había quedado en absoluto silencio.

Su hija regresó a su habitación dando pisotones y haciendo puchero. Jess se desplomó en el sofá, exhausta. Apenas iban a dar las ocho. Caminaron hasta la escuela sumidas en un silencio incómodo; Juno estaba enojada, pero no tanto como su madre lo estaba consigo misma. Se le vinieron a la mente todas las veces que Jamie había tenido una pelea con cualquier hombre con el que estuviera saliendo y cómo terminaba desquitándose con ella, con Joanne o con Ronald.

Para cuando llegaron a las barras trepadoras del patio de juegos, Jess sintió que la culpa la carcomía.

Con la intención de arreglar las cosas, se puso en cuclillas en el pasto frente a Juno.

–¿Tienes el boceto de tu proyecto para la feria de arte?

La pequeña asintió, pero no la miraba a los ojos, sino que miraba por encima del hombro su madre, en dirección a los juegos. Tenía el ceño muy marcado.

–¿Y guardaste la lonchera en la mochila?

Asintió otra vez, cortante.

–Lamento haber gritado. No dormí bien anoche y me levanté de mal humor. Debería haber contado hasta diez.

–¿Puede venir a recogerme el abuelo?

Sintió la traición como un puñal en el pecho.

–Va a estar con Nana Jo en el centro de rehabilitación. No tengo ninguna reunión, así que yo puedo venir por ti.

–¿Y River Nicolas?

El puñal se clavó aún más profundo. No era que Juno quisiera que la fuera a recoger alguien en particular, sino que no quería que fuera su madre, en específico. Jess sabía que no tenía sentido sentirse mal por eso –su hija estaba molesta y eso es lo que los niños hacen cuando están molestos–, pero comportarse como una madre terrible era lo último que le faltaba. ¿Cómo haría para explicarle que no tenía idea de dónde estaría River a la tarde? ¿Ni la semana siguiente? ¿Ni el año próximo?

Si Jess fuera como su madre, tendría dos opciones: esperarla en la puerta de la escuela con un regalo que no era para nada del interés de su hija o decirle que era una maldita consentida y no presentarse en lo absoluto. *No soy mi madre*. Envolvió a Juno en un abrazo.

–Le preguntaré, pero, de todos modos, vendré a la salida. Te amo muchisísimo.

La niña se relajó en sus brazos, al fin.

–Yo también te amo muchisísimo.



Fizzy y ella llevaban veinte minutos sentadas en la mesa de siempre en Twiggs, pero a Jess todavía le faltaba iniciar la sesión en su computadora.

–Tierra llamando a Jess.

Desvió la atención de la ventana.

–Perdona, ¿qué decías?

–Te pregunté cómo está Nana.

–Cierto. –Agachó la mirada y la fijó en la espuma que sobresalía de su *flat white* intacto–. Se encuentra bien. Más que bien, de hecho. Tiene que hacer fisioterapia ambulatoria todos los días por un par de semanas. Está haciendo ejercicios de fortalecimiento y algunos con peso sobre la pierna operada. Tiene buena densidad ósea, por lo que no hay riesgo de que algún clavo vaya a salirse de lugar. Es como un rayo en la silla de ruedas eléctrica.

–¿Y tu abuelo?

–Está más tranquilo ahora que mi abuela está en casa con él. Ha enamorado a todo el personal del centro de rehabilitación, así que, obviamente, siempre se sale con la suya.

–Déjame buscar mi cara de sorpresa –dijo Fizzy y se quedó callada e inmóvil, al mismo tiempo que Jess encendía la pantalla de su celular. Aún nada–. ¿Quieres contarme qué te pasa?

–¿A mí?

–Jess –Fizzy sonrió–, mi intuición de mejor amiga está funcionando en su máxima capacidad, al cinco mil por ciento, nivel celestial. ¿Piensas que no me doy cuenta cuando

algo anda mal contigo? ¿Qué es lo que te preocupa? ¿Nana Jo? ¿Las amigas de Juno que parecen salidas de *Los niños del maíz*?

Jess se rio por primera vez en todo el día. El problema era que no podía hablar con nadie del tema. No solo no tenía derecho a divulgar información sobre el incidente, sino que tampoco estaba segura de la *gravedad* del asunto.

–Estoy bien, fue una mala noche y, esta mañana, terminé desquitándome un poco con Juno, eso es todo. –Se llevó la taza a los labios–. ¿Alguna noticia de Rob?

–Estoy convencida de que ha intentado llamar, pero bloqueé su número. También lo bloqueé en Instagram, Facebook, Snapchat, WhatsApp, TikTok, Twitter y... –Tomó su celular, tocó la pantalla un par de veces y agregó–: LinkedIn.

–¿Usas todas esas redes?

Fizzy se encogió de hombros y arrancó un trozo de su pastelillo. Jess extendió el brazo por encima de la mesa y le tomó la mano que tenía libre.

–¿Vas a seguir saliendo con otros candidatos de DúoADN?

–¿Quién sabe? Mi erección social está muy flácida últimamente.

–Esa oración tiene tanto sentido –replicó con sarcasmo.

Se oyó el sonido de la campanilla de la entrada y la mirada de Jess voló a esa dirección. *River*. Miró la hora en su celular. Eran más de las nueve. Había llegado tarde.

Se abrió paso entre las personas que esperaban cerca del mostrador y se dirigió directo a su mesa. Su cabello estaba más alborotado que de costumbre y sus ojos se veían cansados e hinchados, pero su ropa estaba impecable y su porte, perfecto. Jess odiaba lo traicioneros que podían ser sus instintos, que su cuerpo quisiera olvidar tan rápido que la había abandonado y no la había llamado el día anterior, y que solo anhelara ponerse de pie y lanzarse a sus brazos.

–Hola –la saludó y se volvió hacia Fizzy–. Me enteré de lo de ese idiota.

–Decidí ponerle el tierno apodo de "El Imbécil".

–Bueno, quería evitar que te llegara una notificación de match, así que desactivé esa función de tu perfil de forma temporal y le denegué el acceso a la aplicación a El Imbécil. Es probable que el sistema le haya enviado la factura del kit de ADN dos veces por accidente, pero, por supuesto, yo no sé cómo algo así pudo pasar. Con un poco de suerte, su esposa será la que lo descubra cuando revise el correo.

Fizzy esbozó una sonrisa de agradecimiento y le tomó la mano.

–Sabía que, de todos los amantes que tuvo mi amiga, tú ibas a ser mi favorito.

Jess se limitó a observarlos interactuar como si nada, como si todo fuera normal, pero no era así. No había vuelto a mirarla. En el centro de su corazón se formó una pequeña fisura.

River soltó una risita nerviosa.

–Bueno, esto es tuyo si lo quieres. –Le entregó a Fizzy un sobre con el logo de DúoADN estampado en el frente.

Recelosa, lo tomó y lo dio vuelta.

–¿Esto es lo que creo que es?

–Es tu puntaje de compatibilidad con Rob.

Lo soltó como si quemara.

–Agh. No me veo capaz de abrirlo.

Como era de esperar, River se quedó callado y solo le dedicó una mirada empática.

–Es tu decisión.

–¿Qué pasa si dice que somos compatibles? –se lamentó Fizzy con un tono tan débil que resultaba desgarrador–. Me niego a estar con un hombre que engañó a su esposa, sin importar que la biología diga que somos el uno para el otro. –Deslizó el sobre hacia él–. Tíralo a la trituradora.

–¿Segura? –le preguntó, sin tocar el sobre.

–Si creyeras que existe una posibilidad de que Jess y tú no fueran almas gemelas, ¿querrías saberlo?

Tenía que ser Felicity Chen la que diera justo en el clavo y sin siquiera saberlo.

La mirada de River fue de inmediato hacia Jess y luego la desvió hacia el costado, dolido. Tomó el sobre y lo guardó.

–Tal vez. No lo sé. –Cuando Jess notó que tenía la respiración entrecortada, creyó que lo vería explotar. ¿Acaso River necesitaba realizar otra prueba para estar seguro de lo que sentía por ella?

–¿Podemos hablar un minuto? –preguntó Jess.

La miró a los ojos y asintió una sola vez con la cabeza.

Jess le hizo un gesto a su amiga –a quien sin duda no se le había pasado por alto el comportamiento extraño de ambos–, lo siguió hasta la salida y lo enfrentó apenas pusieron un pie afuera de la cafetería.

–Hola –dijo, seria.

–Sé que no te llamé anoche y lo lamento –se disculpó de inmediato, llevándose una mano temblorosa a la cabeza–. Era demasiada información para procesar.

–¿Te importaría compartirla conmigo?

–Confesó todo… absolutamente todo. Ambos, Brandon y él.

Sintió que le temblaban las piernas.

–¿*Ambos*? –Necesitaba sentarse.

–Sabían que me lo tomaría en serio, que… –Hizo una pausa y respiró hondo–. Sabían que, por un puntaje como ese, daría lo mejor de mí para hacer que funcionara.

–Mierda.

–Cambiaron los valores a partir de la prueba de los Fuchs. Habían tenido razón cuando dijeron que la noticia le traería un montón de publicidad a la empresa. Para ser honesto, no tengo ni la más remota idea de a qué nos enfrentaremos.

–¿Cuál fue nuestro puntaje real?

River se encogió de hombros.

–David interrumpió el análisis de las muestras porque no quería que quedara rastro de nuestros datos.

Lo observó estupefacta. ¿Ni siquiera tenían puntaje de compatibilidad? ¿*Jamás* había existido?

–¿Esta fue la primera vez que lo hicieron o hubo otras veces? ¿Todas las pruebas son falsas?

River se apresuró a negar con la cabeza.

–Yo mismo me encargaba de los datos de los usuarios hasta hace seis meses, cuando todo se volvió más caótico –explicó, sin detenerse a respirar. Nunca lo había visto así de agitado y con los ojos tan abiertos y rojos por el cansancio. El autocontrol que había tenido dentro de la cafetería hacía pocos minutos había empezado a colapsar allí mismo

en la calle–. Me refiero a cuando empecé tener reuniones con los inversores todos los días. David y Brandon juran que los únicos perfiles que manipularon fueron los nuestros. –Se llevó las manos a la cabeza y clavó la mirada en el suelo–. Tendré que asegurarme de ello.

–Es que no lo comprendo. Si solo iban a falsificar los datos de una sola pareja, ¿por qué involucrarme a mí? Tú eres guapísimo y puedes atraer a más público que cualquiera. Yo solo soy una madre soltera de clase baja de treinta años. ¿Por qué no hacerlo más fácil y elegir a una modelo o a una superestrella?

–David te vio cuando Fizzy y tú visitaron las oficinas. –Su voz se oía tensa–. Creyó que eras hermosa y que te verías bien en cámara.

Jess recordó ese día.

–Llevaba unos vaqueros y una sudadera. Parecía una adolescente.

–Hace casi trece años que nos conocemos. Según él, "sabe cuáles son mis gustos".

Lo miró sorprendida.

–Se refería a que me gustarías *tú* –se apresuró a agregar–. Para serte sincero, no se equivocó. –Intentó esbozar una sonrisita, que se pareció más a una mueca–. La idea les terminó de convencer cuando recolectaron más información sobre ti. Una especialista en estadística que vive en la misma zona y que cuida de sus abuelos. No se enteraron de la existencia de Juno hasta que…

–Yo les dije que no quería involucrarla.

–Exacto. –Giró la cabeza en dirección a la cafetería y la resolana le hizo entornar los ojos–. ¿No le has contado a Fizzy?

–¿Qué se supone que deba decirle? Hasta hace cinco minutos, no tenía ni idea de qué sucedía. –Dio un paso adelante y lo tomó de la mano, haciendo que descruzara los brazos–. Además, puede que esto sea una catástrofe para tu compañía, pero no para nosotros. –Intentó atraerlo hacia ella, pero River permaneció firme en su lugar; en su semblante no había rastro alguno de su novio centrado y considerado–. Ey, mírame. Sin importar cuál sea nuestro puntaje real, no me iré a ninguna parte. Las estadísticas no dicen lo que va a pasar, sino lo que *puede* pasar.

No le respondió ni tampoco la miró. En su lugar, inclinó la cabeza y con cuidado se salió de su agarre. Su silencio, denso y sofocante, la hizo desesperar.

–¿O no? –insistió.

–Sí, por supuesto. –River levantó la cabeza–. Es solo que esta mañana estoy un poco abrumado.

La respuesta no la tranquilizó.

–¿Qué pasará con ellos?

–Habrá una reunión de la junta de directivos y tendremos un debate muy serio. En el mejor de los casos, lo que hicieron se considera inmoral y, en el peor, ilegal. Lo más probable es que se decida despedirlos y contratar nuevo personal y que se tenga que volver a analizar todos los datos de los últimos seis meses, es decir, alrededor de catorce mil muestras. –Empalideció al entender la magnitud de ese número.

–¿Has vuelto a analizar nuestras muestras? –preguntó sin pensarlo dos veces.

–No –contestó él de inmediato, serio–. Eliminé mi perfil de la app.

No sabía si sentirse aliviada u ofendida.

No tenían un puntaje propio y, ahora, nunca lo tendrían. Le resultaba difícil creer que River no quisiera saber qué tan compatible era con su novia.

A menos que…

–Ah. –Se miró los zapatos, los de él estaban impecables, mientras que los de ella, gastados. Si bien los separaban pocos centímetros, lo sentía lejano–. Supongo que eso es todo.

Jess absorbió la preocupación que emanaba River, que, mezclada con su angustia, la hizo sentirse igual de preocupada.

–Ve –le dijo, al fin–. Es demasiado para digerir.

River suspiró, viéndola a la cara.

–Lo es.

La miró a los ojos por un instante que pareció durar una eternidad y se acercó a darle un beso rápido en la mejilla. Después de regresar a toda prisa a la cafetería para recoger su americano, no se volvió a detener en la mesa de Jess de camino a la salida.



VEINTICUATRO

Al día siguiente por la tarde, en medio del supermercado, Jess levantó la vista de la lista de compras y se dio cuenta de que Juno seguía estudiando la góndola con diversas variedades de cereales.

–Abejita, ¿puedes decidirte por uno? Aún tenemos que ir a casa, guardar todo, darte un baño y prepararte para dormir. –Miró la hora en su reloj pulsera, preocupada por la gran cantidad de trabajo pendiente. Ahora que ya no pasaba las noches con River, debería haber logrado ponerse al día y tener tiempo libre de sobra. Pero aun así… su capacidad para concentrarse había estado por los suelos y, cuando no estaba ocupada llorando con la mirada perdida en el horizonte, ayudaba a su hija con la tarea o acompañaba a sus abuelos en el centro de rehabilitación, como hacía unas horas.

Juno contempló las cajas coloridas con los ojos entornados, sopesando las distintas opciones. Cuando le dices a una niña de siete años por primera vez en su vida que puede elegir el cereal que quiera, eso supone una decisión muy importante.

–Mmm. –Se dio unos golpecitos en el mentón con el dedo índice–. Los Cinnamon Toast Crunch parecen ricos, pero los Trix son frutales. –Tomó la caja–. Llevo los Trix.

–Sabes que no son frutas de verdad, ¿no?

Su hija, siempre tan crédula.

–Sí, son de verdad. Mira, aquí dice "con sabor a frutas naturales".

Decidió guardarse la lección sobre publicidades engañosas para cuando estuviera de mejor ánimo y lanzó la caja dentro del carrito.

Después de haber gastado una cantidad desorbitante de dinero, mientras metían las bolsas en el maletero del auto, su móvil empezó a sonar. En la pantalla apareció un

número desconocido.

–Anda, entra. Yo guardaré el resto –le dijo a la niña y le hizo señas de que tenía una llamada–. ¿Hola?

–¡Jessie!

Una música estridente irrumpía la línea y tuvo que volver a leer el número.

–Sí, ¿quién habla?

–¿Jessie? Soy tu mamá.

–¿Mamá? No te oigo bien.

Del otro lado, se escuchaban ruidos de alboroto y risas amortiguadas y, segundos después, Jamie reapareció, la música se oía más baja después de que se hubiera ido a otra habitación. La sintió bufar y le pareció que le hablaba a alguien más cuando dijo:

–Esos idiotas no querían bajar el volumen.

Jess guardó la última bolsa y escuchó con atención, recargada contra el auto.

–¿De quién es el teléfono que estás usando? No reconocí el número.

–Conseguí uno nuevo. En el anterior no dejaba de recibir llamadas molestas.

A Jess se le paró el corazón. Acreedores. Era la tercera vez que su madre cambiaba de número en tres años. Ahora que podía oírla mejor, notó que arrastraba las palabras.

–Mamá, ¿has estado bebiendo?

–*Solunpoquito* –respondió en una sola sílaba de corrido, por lo tanto, lo que dijo a continuación carecía de credibilidad–: Solo cerveza, pero no estoy ebria. Te lo juro.

Con los ojos cerrados, Jess respiró hondo y cerró el baúl. *Dieciocho meses sobria* tirados a la basura.

–Mira, Jamie, estoy con Juno en la calle y tengo el auto lleno de compras del supermercado. Ya tengo tu número nuevo, así que después te llamo.

–No, espera. Cariño, necesito que vengas a buscarme.

Jess se esforzó por no demostrar su irritabilidad en su tono.

–Lo siento, hoy no puedo. Debo llevar a Juno a casa y aún tengo mucho trabajo pendiente. Ve a descansar y mañana hablamos. –Se dio media vuelta para ir a devolver el carrito.

–Jessie, creo que estoy en problemas.

–¿Qué clase de problemas? –Se detuvo a medio camino.

–Con la policía –contestó. Daba la impresión de que se había llevado una mano alrededor de la boca para evitar que la escucharan–. Conduciría yo misma hasta tu casa, pero bebí un poco, así que, probablemente, no debería hacerlo.

Jess regresó al auto.

–¿Es una broma? Mamá, no puedes venir a mi casa si la policía te está buscando.

–¿Eso es lo único que tienes para decir? ¿No estás siquiera un poquito orgullosa de mí?

Eso la dejó boquiabierta y, por unos cuantos segundos, no tuvo ni la más mínima idea de qué responder.

–¿Que si estoy…? ¿Por embriagarte? ¿Por haberte metido en problemas con la policía?

–Por no conducir –replicó con brusquedad–. ¿Sabes qué? No importa. Esperaré veinte minutos y conduciré yo misma.

–Mamá, espera. –Cerró los ojos y contó hasta cinco. Ya se estaba haciendo de noche. Sus abuelos habían salido con los amigos de la fuerza naval de Ronald, Fizzy trabajaba a contrarreloj y Jess tenía que dejar de ir corriendo a salvarla. River… River, evidentemente,

ya no formaba parte de su vida. Estaba sola.

–No conduzcas. Solo… envíame la dirección por mensaje. Voy para allá.



Jamie le envió la dirección de la casa de su amiga Ann, que vivía en Vista, a más de treinta minutos en auto. Jess la había visto un par de veces y sabía que no era la peor de todas las personas con las que se relacionaba su madre. Al final y al cabo, Ann era lo bastante responsable como para tener un hogar estable. Había unos cuantos autos estacionados en la entrada –no logró divisar el de su madre, pero eso no significaba nada– y la melodía de clásicos del rock se colaba por las ventanas abiertas.

–¿Quién vive aquí? –preguntó Juno, espiando por el parabrisas la casa de estuco naranja de dos pisos. Arrugó la nariz–. Huele igual a la tienda de cómics que visitamos una vez.

Marihuana. Olía a marihuana. Sin embargo, esa era la última de las preocupaciones de Jess.

–Una amiga de la abuela Jamie. –Le abrió la puerta trasera a su hija, la ayudó a bajar y la tomó de la mano–. No te sueltes en ningún momento y no hables con nadie. –Emprendieron el camino hacia la casa y Jess se detuvo de repente. ¿Con qué se encontrarían al entrar?–. Intenta no mirar… si puedes.

Juno asintió, aferrándose a la mano de su madre con la suya, toda sudorosa. Jess intentaba mantener a su hija alejada de todo lo malo, pero la niña sabía lo suficiente sobre la vida de su abuela como para no hacer demasiadas preguntas.

La puerta de entrada estaba entreabierta y la música de Def Leppard retumbaba por todas partes. Juno la miró confundida y Jess empujó la puerta y metió un pie adentro de la casa.

–¿Hola?

Jamie apareció en la sala de estar con un vaso lleno de un líquido de color ámbar, pero, apenas reconoció a su hija, lo dejó en una mesa abarrotada de porquerías. Estaba descalza y llevaba puesto un vestido veraniego que le llegaba hasta la rodilla. Jess afirmó el agarre de la niña y echó un vistazo a su alrededor. Había un hombre desmayado en el sofá y una mujer en la cocina hablando por teléfono mientras caminaba con nerviosismo de un lado a otro. Solo Dios sabía lo que sucedía en el piso de arriba.

–Mamá, ve por tus cosas. Es hora de irnos.

A Jamie se le iluminó el rostro al ver a su nieta y abrió los brazos.

–Ahí está mi pequeña. –Exclamó demasiado alto con una amplia sonrisa–. Ven a darle un abrazo a la abuela. –Juno retrocedió y se abrazó a la cintura de su madre, escondida detrás de sus piernas. Sintiéndose rechazada, Jamie se puso de pie y se volvió hacia Jess–. No pensé que llegarías tan pronto.

Si bien no parecía estar ebria al punto de desmayo, estaba pálida y un poco transpirada y se hamacaba en el lugar. Como si le hubiera leído la mente a su hija, se limpió el rímel corrido debajo de los ojos y se arregló el cabello con manos temblorosas.

–Es tarde –le dijo Jess con frialdad–. Juno tiene clases mañana. Todos aquí están, probablemente ebrios o drogados, tú incluida.

–¿Por qué siempre supones lo peor de mí?

Jess no estaba de humor para discutir. Tomó a Juno en brazos y se dio media vuelta en

dirección a la salida.

–Te espero en el auto. Si no sales en tres minutos, me voy.

Casi tres minutos exactos después, Jamie salió de la casa, todavía descalza, y se montó en el asiento del copiloto. Cuando las luces delanteras la alumbraron al pasar por delante del vehículo, Jess se dio cuenta de inmediato de que había perdido peso. Su madre siempre había sido delgada, pero solía adelgazar mucho más cuando consumía drogas.

–¿Dónde están tus zapatos? –le preguntó Jess, poniendo el auto en reversa y apartándose de la entrada. No tenía importancia, de todos modos, no volvería por ellos. Prefería darle sus propios zapatos antes de volver a poner un pie en esa casa.

Jamie se miró los pies sucios y frunció el ceño.

–Ah… No estoy segura.

Jess tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para enfocarse en conducir con cuidado. Estaba tan furiosa, tan decepcionada, que hasta tenía miedo de abrir la boca. Echando un vistazo por el espejo retrovisor, comprobó que Juno continuaba entretenida viendo *La dama y el vagabundo* en su móvil, con los audífonos bien colocados y los ojos pesados por el cansancio. Con un poco de suerte, se quedaría dormida antes de que se adentraran en la autopista.

Pasaron varios kilómetros sumidas en un silencio incómodo, en dirección al departamento de Jamie en el interior de la ciudad, su nuevo hogar desde hacía unos pocos meses.

–No hacía falta que vinieras –articuló Jamie sentándose derecha, intentando alivianar la tensión. Pocas veces Jess se había enojado de verdad con ella. Su madre se había olvidado de saludarla para las fiestas, se había perdido casi toda su ceremonia de graduación de la secundaria y le había mentido en la cara sobre su estado de sobriedad incontables veces, y siempre lo había dejado pasar. Jamie le había dado la vida. No tenía otra opción.

Pero en ese instante, más que nada, estaba exhausta.

–Tú fuiste la que me pidió que viniera por ti.

–Podría haber llamado un Uber o algo en la mañana.

–Dijiste que estabas en problemas.

–¿Yo dije eso?

Jess exhaló un hilo de aire muy despacio, tratando de no perder la paciencia. No valía la pena entrar en una discusión.

–Dijiste que llevabas dieciocho meses sobria; así que, ¿por qué estabas bebiendo en la casa de Ann?

–Solo tomé *una cerveza*. –Soltó una risa seca y se volteó a mirar por la ventanilla–. Pero, por supuesto, para ti eso es una catástrofe. Siempre me juzgas.

–No te estoy juzgando. Estoy molesta porque gasté ciento cincuenta dólares en comida que guardé en el maletero, incluyendo congelados que, muy probablemente, perdieron la cadena de frío. Estoy molesta porque dejé mis responsabilidades a un lado y, en vez de arropar a mi hija en su propia cama, tuve que arrastrarla a una fiesta llena de drogadictos y tú ni siquiera eres capaz de decirme la verdad. ¿Qué está sucediendo? ¿Cómo demonios te metiste en problemas con la policía?

–Es solo un estúpido malentendido.

–¿Con quién?

–Con Skin Glow. Ordené unos productos para vender, pero, ahora, la dueña dice que va

a presentar cargos si no le pago. Es absurdo. ¿Cómo se supone que voy a pagarle unos productos que todavía no vendí?

–¿Productos?

–Unas cremas, serums faciales, vitaminas. Ese tipo de cosas.

–Déjame adivinar: compraste mercadería a crédito e ibas a utilizar las ganancias para pagarle, ¿no es así?

–Sí.

–Mamá, estoy segura de que todo eso está en los términos y condiciones del acuerdo que tuviste que firmar cuando hiciste la compra.

Jamie negó con la cabeza.

–Cuando me entrevistaron, me dijeron que soy muy buena para las ventas y que ingresaría directo al nivel Azul y, créeme, eso no se lo dicen a cualquiera y Trish sabía que estaba tomando muchos productos. –Alzó el mentón–. Pero conocí a muchas personas que querían comprarlos y a muchas más que están interesadas, solo están esperando a que les depositen el sueldo.

Jess sentía que no podía respirar. Sabía lo que se avecinaba, pero no quería oírlo.

–Me atrasé un poco con el pago de algunas facturas, así que usé el dinero de las primeras ventas para pagarlas. Planeaba devolvérselo todo, pero aún no se ha dado la oportunidad y Trish no me deja en paz. Dice que hará la denuncia por robo de mercadería. –La miró, indignada–. ¿Puedes creerlo?

–¿Ordenaste productos, vendiste una parte y usaste el dinero para pagar las facturas en vez de usarlo para pagar los productos que habías comprado?

Jamie asintió, volviéndose nuevamente hacia la ventana.

–No es que no sea buena para vender. Si Trish confió en mí lo suficiente como para dejarme entrar al nivel Azul, ¿por qué no confía en que voy a vender el resto de la mercadería?

Jess se aferró al volante con fuerza.

–¿Cuánto? –Jamie no le respondió y los nervios hicieron que se le erizara la piel–. Mamá, ¿cuánto dinero debes?

–No lo sé, como diez mil.

La miró boquiabierta, con los ojos como platos, y tuvo que dar un volantazo para no salirse del carril.

–¿Diez mil dólares?

–Ya vas a empezar –masculló Jamie, poniendo los ojos en blanco.

–¿Ordenaste diez mil dólares de *máscaras faciales*? *¿Al por mayor*?

Jess era incapaz de comprender. Entonces cayó en la cuenta.

Trish, muy probablemente, no era la única persona a la que su madre le debía dinero.

–Tienes antecedentes por haber cometido dos delitos graves. –Las manos le temblaban sobre el volante–. En California solo se permiten tres. ¿Sabes lo que significa eso? Que, si esa mujer decide presentar cargos, podrían condenarte a veinticinco años de prisión.

Jamie le hizo un gesto, restándole importancia.

–No llegará a eso. Solo tengo que pagarle a Trish.

–Mamá… *¿cómo*? ¿Cómo vas a hacerlo?

Las fosas nasales de Jamie se dilataron y apretó la mandíbula.

–Con las ganancias de los productos que me quedan por vender.

–¿De verdad piensas que podrás venderles diez mil dólares de productos de cuidado para la piel a tus amigos? –La miró un segundo y volvió la vista a la carretera. Las amigas de Jamie tampoco tenían dinero.

–Sí, no será difícil, en serio. Todo el mundo ama estas cosas. Aunque… puede que necesite que me hagas un préstamo, para así sacármela de encima…

Jess la miró de nuevo.

–¿¡Qué te hace pensar que dispongo de esa cantidad de dinero!? –exclamó.

Su madre la observó con suspicacia. Después de una larga pausa, volvió a hablar:

–Se me ocurrió que podrías preguntarle a tu nuevo novio.

–¿Qué? –Sentía que le faltaba el aire.

–Los vi en *The Today Show*. –Tuvo el descaro de mostrarse ofendida–. Con ese muchacho que fundó una empresa que se supone que va a ser muy importante.

–No sé si seguimos… –Jess tuvo que obligarse a decirlo.

–Ni siquiera ibas a contármelo, probablemente, porque diste por sentado que me acercaría a ti solo para pedirte dinero.

Mirando hacia el frente, boquiabierta, pasó un poste de kilometraje y una señal de límite de velocidad.

–¿No es eso lo que estás haciendo?

–¡No como caridad! Dios, Jessica, ¡estoy diciendo que te lo devolveré en un mes! ¡Es solo que lo necesito ahora porque la arpía de Trish me tiene entre la espada y la pared! ¿Acaso nunca te has retrasado con el pago de una factura?

Jess se volteó hacia el asiento trasero y se sintió aliviada al ver que Juno se había quedado dormida. Volvió la vista al frente y parpadeó para impedir que se le cayeran las lágrimas. En realidad, sí tenía el dinero. Lo tenía reservado para pagar la ortodoncia de su hija, el seguro médico y para una emergencia.

¿Por qué no puedes simplemente comportarte como una madre?

–No pasa nada –dijo Jamie–. Me las apañaré y, si no, iré a prisión, pero, como sea, no es problema tuyo.

Le echó otro vistazo al espejo retrovisor. Juno dormía con la boca entreabierta y su cabecita rebotaba cada vez que pasaban por encima de un bache. Ya no podía seguir así.

–Te daré el dinero.

Jamie se volteó de inmediato.

–¿Sí? Te lo devolveré cuando reciba mi primera paga. Te lo juro, Jessie, antes de que pasara todo esto, Trish me dijo que jamás había visto a alguien que vendiera tan bien como yo.

Ingresó al estacionamiento de un edificio que hacía que el suyo pareciera un castillo en comparación, y aparcó en el primer espacio libre que encontró.

–Quédatelo –sentenció con frialdad–. Te lo voy a dar, pero no quiero que vuelvas a llamarme ni que te aparezcas por mi casa.

–¿Cómo dices? ¿Por qué…?

–Te transferiré el dinero, pero eso es todo. No quiero volver a verte nunca más.

Se quedaron en silencio, el ruido del motor era lo único que se oía. No sabía qué más decir. ¿Jamie siquiera pagaría su deuda o tomaría el dinero y se iría corriendo?

En verdad, no tenía importancia. Jess había llegado a su límite.

Jamie observó a su nieta dormir en el asiento trasero y su expresión pareció volverse

cada vez más seria mientras contemplaba el rostro pacífico de la niña.

Se volteó, resuelta.

–¿Todavía tienes los datos de mi cuenta?

Jess sintió que la tristeza y el alivio se arremolinaban en su interior, dejando un rastro de dolor ardiente a su paso.

–Sí.

Su madre asintió y lentamente se acomodó en el asiento, mirando hacia el frente.

–De acuerdo. –Posó una mano sobre la manija–. De acuerdo. –Abrió la puerta y se bajó del auto, adentrándose en la oscuridad del estacionamiento.



VEINTICINCO

Para su sorpresa, el mundo siguió su curso después de haber sacado a su madre de su vida.

La mañana siguiente, Jess y Juno comenzaron su rutina en armonía. La niña pareció entender que tenía que ser gentil con su madre y que no hacía falta que le recordara que se vistiera, ni que llevara los platos sucios a la cocina, ni que se lavara los dientes.

Caminaron de la mano a la escuela, sin soltarse en ningún momento.

–Se me ocurrió que esta noche podríamos ir a cenar a algún lugar especial –propuso Jess–. Solo nosotras dos.

Juno asintió con entusiasmo y se puso de puntitas para besarle la mejilla y luego salió corriendo para encontrarse con sus amigas.

Jess la observó hasta que sonó el timbre y la vio entrar a su salón. Tuvo que recordarse que, aun después de haberle transferido el dinero a Jamie, su situación económica había mejorado, en comparación con cómo era antes de que empezara toda esa locura. Tenía clientes nuevos y nueva visibilidad. Podría recomponerse.

Estaba mejor que nunca, lo sabía.

Y, mierda, tenía una hija increíble.



Seis días después, escuchaba a Fizzy, que no paraba de quejarse a través del micrófono de sus audífonos:

–No es lo mismo.

–Bueno, es lo que hay. Dijiste que no querías volver a la cafetería. –Jess observó la expresión frustrada de su amiga al otro lado de la videollamada.

–Lo sé, pero… ¿no echas de menos a Daniel?

–¿Y el buen café y la señal de wifi confiable? Por supuesto que sí –respondió Jess.

Otras cosas que echaba de menos:

A su novio.

Su felicidad.

Los diez mil dólares que le había dado Jamie.

La esperanza de que su madre pudiera cambiar.

Fizzy protestó nuevamente y se salió de cuadro para, de acuerdo con las suposiciones de Jess, prepararse otra taza de café mediocre.

Había tres cosas que su amiga no dejaba de recordarle desde que habían dejado de frecuentar Twiggs:

1. Que odiaba el café de filtro, pero le daba pereza comprar una simple máquina de Nespresso.
2. Su señal de wifi era un asco.
3. No ver personas le había arruinado la posibilidad de enamorarse de alguien a primera vista.

Sin embargo, a pesar de que el café que preparaba Jess tampoco era tan delicioso como el *flat white* de la cafetería y de que le costaba horrores concentrarse mientras trabajaba en el comedor, no tenía el coraje de volver a Twiggs ni de fingir que no había un millón de recuerdos en cada recoveco del lugar. Era donde había conocido a River, donde había recibido la notificación de DúoADN, donde también lo había visto por última vez y, lo más importante, donde no quería correr el riesgo de encontrárselo a las 8:24 algún día.

Aunque, para ser honesta, sería aún peor para ella enterarse de que él también había dejado de ir allí, de que había borrado por completo cada pedacito de historia que habían compartido.

Además, Fizzy tampoco insistía mucho en regresar a la cafetería. Antes de que lo bañara en agua helada, Rob había esparcido sus gérmenes infieles por toda su mesa. Por todos los cielos, en Twiggs vivía el recuerdo de las mujeres despreocupadas que solían ser. Las mismas que, hasta hacía dos meses, se comían a Americano con la mirada, chismoseaban sin remordimientos y no tenían el corazón roto. Jess echaba de menos a esas mujeres.

Pero trabajar desde casa tampoco estaba tan mal. Tenía que ahorrar dinero e incluso podría llegar a perder unos cuantos kilos, ahora que había dejado de consumir pastelillos de arándanos a diario. También podía dejar la puerta abierta, quedarse solo en camiseta y no llevar pantalones porque afuera hacía calor –y eso era mucho mejor que tener que usarlos–. Si Nana Jo llegaba a necesitar ayuda, podía llegar a ella en veinte segundos, después de haberse puesto pantalones.

Jess y Fizzy hacían de cuenta que estaban sentadas en la misma mesa; habían probado reunirse en persona, pero, en vez de trabajar, terminaron echadas en el sofá viendo Netflix a la media hora. Zoom era la mejor alternativa cuando tenían la presión de las fechas de entrega.

Su móvil sonó y Jess comprobó que era una notificación de Wells Fargo al mismo tiempo que Fizzy volvía a aparecer en la pantalla.

Su amiga se acomodó en su asiento y ajustó la posición del monitor.

–¿Por qué esa cara?

–Es probable que sea el banco de mi madre para avisar que recibió la transfe… –Se quedó callada y se acercó al dispositivo para ver mejor. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza–. Mmm, no. Esta cara es mi reacción al enterarme que *me depositaron* diez mil dólares.

–¿Devolución de impuestos, quizá? –Fizzy frunció el ceño, sin entender.

¿Acaso Jamie había rechazado el dinero? Abrió la aplicación y casi se le sale el corazón.

–Ah. Es un pago de GeneticAlly.

Fizzy se quedó muda y la observaba con los ojos como platos.

–C*ielos*. –Su expresión se relajó–. Pero… ¿no te parece oportuno?

–No puedo quedármelo. –Jess la miró apenada.

–Claro que sí. Tú cumpliste con tu parte del trato.

Sabía que su amiga tenía razón, pero no creía que tuviera importancia, al menos no para ella.

–Me pregunto si River sabe que la empresa me sigue pagando.

–Tal vez se les escapó ese pequeño detalle en medio de todo el escándalo –masculló Fizzy y luego sopló su café para enfriarlo.

–Imagina lo incómoda que sería esa conversación. "Sé que estás evitándome, pero solo quería darte las gracias por seguir pagándome para que sea tu novia. Es un alivio que solo me hayas dejado con el corazón roto, en vez de con el corazón roto *y* pobre".

¿Qué podía responder su mejor amiga? Lo único que pudo decirle una desconsolada a la otra fue:

–Lo lamento, cariño.

Jess casi se cayó de la silla cuando un fuerte golpe en la puerta mosquitera la hizo sobresaltar y a eso le siguió una voz profunda y rasposa.

–Ey, eh, Jess.

–Dios mío –susurró–. El repartidor de UPS vino a recoger un paquete y no tengo pantalones puestos.

Fizzy tomó su libreta.

–Repartidos de UPS… sin… pantalones –balbuceó mientras escribía. Jess estiró la parte de abajo de la camiseta lo más que pudo para cubrirse los muslos, tomó el sobre que iba a despachar de arriba de la mesa y se dirigió a la puerta arrastrando los pies.

Pat –un hombre de cincuenta y cinco años, ojos tiernos y piel arrugada debido a las horas que pasaba bajo el sol– era el mismo repartidor que habían tenido durante los últimos casi diez años. En cuanto entendió por qué ocultaba la parte inferior de su cuerpo detrás de la puerta, apartó la mirada y Jess le entregó el sobre que contenía los contratos ya firmados para Kenneth Marshall.

–Lo siento –farfulló ella–. Hagamos de cuenta que esto nunca pasó.

–Trato hecho. –Se dio media vuelta y se fue por el camino que llevaba a la entrada del edificio.

–Puede que trabajar desde casa no influya en mi inspiración para escribir novelas –le dijo Fizzy cuando regresó a la videollamada–. Es posible que ese sea el mejor comienzo para una historia que he estado cocinando en las últimas semanas. Tal vez haya llegado el momento en que, al fin, logre escribir algo que no sean escenas sexuales que terminan en

traumatismo de pene intencional y violento.

–Por favor, no escribas una novela romántica sobre mí y Pat, el repartidor.

–¿Sabías que los penes pueden sufrir fracturas y estrangulación? –Hizo una pausa–. Pero no lo busques en internet.

–Fizzy, te juro por Di…

Jess se sobresaltó aún más, si es que eso era posible, cuando se oyó un segundo golpe en la puerta. *¿Me habré olvidado de la estampilla?*

–Aguarda, Pat. Deja que me ponga los pantalones –clamó con desgano.

Una voz grave y suave resonó a sus espaldas y le provocó escalofríos.

–¿Quién es Pat?

Abrió los ojos como platos y se volteó a ver a su amiga con la boca abierta.

–¿Qué? –susurró Fizzy, inclinándose para los costados como si intentara ver lo que sucedía a través de la pantalla, su nariz y su boca se veían enormes de tan pegada que estaba a la cámara–. ¿Quién es?

–¡River! –exclamó Jess entre dientes.

Fizzy se reclinó en su asiento y le hizo señas de que se fuera.

–¡Ve! –masculló.

–¿Qué le digo? –preguntó Jess de la misma forma.

–¡Deja que él hable! –Lanzó unos puños al aire y olvidó que tenía que hablar en voz baja–. ¡Mándalo a la mierda! ¡Dile que va de mi parte!

River se aclaró la garganta.

–Hola, Fizzy –dijo con timidez desde su lugar.

–Ay, *fantástico* –bufó Jess, dirigiéndose hacia él dando pisotones y abrió la puerta mosquitera de un tirón.

River la miró a los ojos, agachó la cabeza y la levantó de inmediato. Lo vio sonrojarse. Cierto. No llevaba pantalones. Se quedaron de pie, enfrentados y River hizo un esfuerzo por mantener la mirada a la altura de sus hombros.

O quizá… Quizá no era un esfuerzo. Quizá no le suponía una dificultad. Quizá, para él, apagar sus emociones era igual que desconectar una máquina al terminar un experimento.

Si el puntaje es mayor a noventa: interés activado.

Si el puntaje es una incógnita: interés desactivado.

–Hola –musitó Jess. La verdad era que, aun si él podía olvidarse de sus sentimientos, ella no. Al contrario, el amor que sentía por él se había solidificado en su corazón: si no estuviera verdaderamente enamorada de él, entonces, ¿por qué se pasaba cada noche llorando hasta dormirse? ¿Por qué era la primera persona que había querido abrazar cuando llegó a casa la otra vez, después de haber dejado a Jamie?

Pero con solo verlo –por la manera en la que Jess se dio cuenta enseguida de que se había cortado el cabello hacía poco, de que seguía siendo el hombre más apuesto que hubiera visto, a pesar de las ojeras pronunciadas, y de que estar tan cerca de él hacía que la llama del deseo se encendiera en su interior–, la tristeza se disolvió y dio paso al enojo. Más que enojada, estaba furiosa. Habían pasado ocho días. Ocho días de completo silencio por parte de la misma persona que le había dicho que hacía tiempo que no se sentía como en casa hasta que la conoció, que la había besado como si la necesitara para poder respirar, que, de la nada, le había dicho *Te amo* y no se había retractado de sus palabras y que, luego, se había dado media vuelta y se había ido.

–¿Qué haces aquí?

River apretó la mandíbula y, con los ojos cerrados, tragó con dificultad.

–¿Quieres… ir a ponerte los pantalones?

Jess se limitó a observarlo, estupefacta. ¿Eso era lo primero que iba a decirle? ¿Que se fuera a vestir? Para ser honesta, la versión arrogante de River hacía que le fuera mucho más fácil obviar su amor y se dejara llevar por el odio.

–No. –Esperó a que la volviera a mirar y se llevó una mano a la cadera, ignorando, a propósito, el hecho de que su camiseta se había levantado–. ¿Qué haces aquí?

River apartó la mirada un segundo, exhalando un hilo de aire entrecortado y volvió a posar los ojos en ella.

–¿Puedo pasar?

Su primer instinto fue decirle que no. De hecho, no quería dejarlo pasar, porque tenerlo dentro de su propio espacio le haría recordar que, hasta hacía poco, había comenzado a reclamarlo como *suyo* también. Ya había tirado a la basura el desodorante que se había olvidado en el baño, las medias que había encontrado en la cesta de ropa sucia, la leche de avena que había dejado en el refrigerador. No obstante, sabía que era necesario que tuvieran esa charla. Tenían que romper de forma oficial.

Se hizo a un lado y lo dejó pasar, luego se dio media vuelta.

–Espérame aquí –gritó mientras se iba corriendo por el pasillo.

Cuando regresó, tenía los pantalones puestos, pero su estado de ánimo, si es que era posible, se había ensombrecido aún más. Pasar por delante de la habitación de Juno se asemejaba a exprimir un limón sobre sus heridas. River no solo se había esfumado de la vida de Jess, sino también de la de su hija. Su niñita, que nunca antes había experimentado el abandono, había perdido a dos personas en una semana. ¿Decirle que Juno había preguntado por él, al menos, cuatro veces podría considerarse un golpe bajo? Jess se reprochó a sí misma por haberle contado sobre su relación.

Al entrar a la sala, lo encontró sentado en el borde del sofá con las manos en medio de las piernas. River levantó la cabeza y, al verla, distendió los hombros, mostrándose apenas relajado.

–¿Por qué estás aquí?

–Esperaba que pudiéramos hablar. –Lo dijo como si fuera una obviedad, pero ¿acaso se trataba de una broma?

Lo miró boquiabierta.

–¿Qué te parece que intentaba hacer la semana pasada cuando te llamé y te mandé mensajes? Jamás respondiste.

River respiró hondo y largó el aire despacio.

–No estaba listo.

–Ah –musitó, perpleja–. Y yo aquí enloqueciendo porque pensaba que habíamos terminado. Me la pasé con el corazón roto, River. ¿Se supone que tengo que sentirme mejor porque no estabas preparado para tener una simple conversación?

–Vamos, Jess. Tú estuviste de acuerdo con que era demasiado para digerir. Estuve hasta el cuello de datos y como no volviste a llamar, no… no estaba seguro de si debía darte espacio.

–Ni se te ocurra convertirme en la mala de la historia. –Lo señaló con el dedo acusatoriamente–. Entiendo que la situación te haya desconcer…

–¿En serio? –la interrumpió con los ojos en llamas.

–Claro que sí, ¡a mí también me desconcertó!

–No es lo mismo –dijo en un tono cortante.

–Puede que no, pero no tenías ningún derecho a dejarme de esa forma.

–¿Qué? –Abrió los ojos como platos–. Yo no te dejé.

–Para tu información, que alguien decida evitarte durante ocho días no es sinónimo de estar planeando un elaborado gesto romántico. –Se cruzó de brazos y apoyó la espalda en la pared–. Y tú lo sabes. Sé que soy fácil de dejar, pero esperaba que fueras mejor que eso.

River se mostró dolido.

–No eres "*fácil de dejar*". Nada de lo sucedido tiene que ver con lo que siento por *ti*. Estuve hecho un maldito manojo de nervios debido al trabajo, preocupado por que tuviéramos que divulgar la verdad sobre la falsificación y porque toda mi compañía se fuera a la ruina.

Jess desvió la mirada y apretó la mandíbula en un intento por contener las lágrimas. ¿Estaba siendo injusta? River había visto su mundo entero desmoronarse y en lo único que ella podía pensar era en el vacío que su partida había dejado en su interior.

–Te entiendo, pero eso no significa que mis sentimientos sean menos válidos –replicó, tratando de mantener su voz estable–. Tuve una semana de mierda. Te necesité. Aun si tú estabas pasando por lo mismo, te necesité. ¿Y sabes qué? No tienes ningún derecho a borrarte del mapa, así como así. Ten en cuenta lo siguiente para el futuro, para la próxima mujer con la que estés: si dices amarla, le debes mucho más de lo que me diste esta semana.

Por unos segundos, River se limitó a observarla confundido y luego se encorvó, apoyando la cabeza en sus manos.

–Ya sé que no cambia nada, pero me sentía devastado. –No se movió por varios segundos–. Me humillaron por completo, Jess. Entiendo que son solo datos, pero fue lo peor que pudieron haberme hecho. Las personas que conozco hace casi quince años y en las que confié plenamente se aprovecharon de la fe que le tenía a esta tecnología. Jugaron conmigo y con el proyecto al que me he dedicado toda mi adultez, porque sabían que, de obtener un puntaje como ese, haría todo lo que estuviera a mi alcance para explorar las implicancias a nivel personal de ese resultado. –Levantó la cabeza y Jess notó que tenía los ojos hinchados–. Se burlaron de mí como científico y como hombre. –Tosió–. Sentí que todo el mundo se me reía en la cara.

–Yo no –le recordó–. Nosotros ya éramos mucho más que un simple número en un pedazo de papel y, si hubieras acudido a mí, habrías tenido a alguien de tu lado lista para luchar contra todos los que te habían hecho daño, lista para pelear por ti.

–Es que ni siquiera podía comprenderlo. Me… Me… –Batallaba por encontrar las palabras adecuadas. Se sentó derecho y la miró, se veía la sinceridad en sus ojos–. Me pasé días sin salir de la oficina. Releí cada renglón con datos de cada pareja con más de cincuenta puntos que hemos tenido. Sanjeev y yo nos pasamos las veinticuatro horas del día volviendo a analizar las muestras para asegurarnos de que la empresa no tenga que cerrar sus puertas.

–Aun así, podrías haber llamado.

River abrió la boca para defenderse, pero luego echó la cabeza hacia atrás mientras suspiraba y la miró a los ojos.

–Podría haber llamado. Debería haberlo hecho. Lo lamento, Jess. Cuando me pongo así, es como si el tiempo volara. Apenas he pasado por casa para darme una ducha y cambiarme la ropa.

Jess no pudo evitar dejar que sus ojos se pasearan por su cabello, estudiando su nuevo corte.

Parecía que le había leído la mente, porque negó con la cabeza de inmediato.

–Pasé por la peluquería antes de venir a verte.

–¿Para estar guapo para nuestra ruptura?

River se puso de pie a la velocidad de un rayo.

–¿Eso es lo que crees que estamos haciendo?

Jess profirió un jadeo.

–Perdona, ¿qué?

–¿Estamos terminando? –preguntó él con voz tensa.

–¿Qué otra opción tenemos? –Fingió mirar su reloj–. Es decir, ya pasó la hora de tener sexo y ha sido una semana de lo más extraña, pero en honor a los viejos tiempos…

–Jess –carraspeó–, detente.

Cruzó la habitación y se paró justo frente a él.

–*Tú* detente. ¿Por qué estás aquí? Entiendo que necesitaras espacio, pero yo me enamoré de ti. Juno te tomó muchísimo cariño también. –River reaccionó como si lo hubiera golpeado en el estómago y ella continuó–: ¿Sabes lo que significa eso? –Había comenzado a sentir un ardor en la garganta y se llevó una mano al pecho, mortificada–. Te dejé entrar a mi vida. Te di el poder de destrozarme si algún día decidías marcharte. Tú lo sabías y lo hiciste de todos modos. Puedo entender que tú también estuvieras atravesando un momento difícil, pero una llamada, un *mensaje*, habría sido suficiente y te hubiera esperado.

River se frotó la cara.

–Desearía haber hecho las cosas de otra manera. Lo arruiné todo.

–Ya lo creo.

–Lo lamento. –Agachó la cabeza–. No sabía cómo te sentirías una vez que no estuvieras obligada a estar conmigo.

Eso la sorprendió.

–River, jamás me sentí *obligada* a tener una relación contigo como la que teníamos antes de que todo acabara.

Se acercó más a ella, suspirando con exasperación.

–Deja de decir que se acabó.

–¡No entiendo qué es lo que crees que está sucediendo en este momento! No tienes ningún derecho a desaparecer de la faz de la Tierra por una semana y luego actuar confundido.

–¿Recuerdas lo que me dijiste la última vez que nos vimos? –preguntó él, acortando la poca distancia que quedaba entre ellos–. Dijiste: "Las estadísticas no dicen lo que va a pasar, sino lo que *puede* pasar", y tenías razón. Los Match de Diamante son tan raros que hay diez mil probabilidades de que dos personas encuentren a su alma gemela en un Match de Carbón antes de que obtengan un puntaje por encima del noventa por ciento con otra persona.

–Yo misma podría haberte dicho eso –murmuró ella y, con una sonrisita de lado,

agregó–: Y apuesto que ni siquiera utilizaste el método correcto para llegar a ese número.

River se rio sin gracia.

–Supongo que tenía que comprobarlo con mis propios ojos.

Jess no pudo evitar fulminarlo con la mirada.

River esbozó una sonrisa tímida, que se desvaneció al verla tan seria y callada.

–¿En serio quieres terminar?

Jess no sabía qué responder. No se esperaba que le diera la posibilidad de elegir. Lo había dado por hecho.

–No *quería*, pero, a ver…

–Es sí o no –la interrumpió en voz baja, mientras la tomaba de la mano–. Para mí, la respuesta es no. Te amo. Adoro a Juno. Tenía que aclarar mis pensamientos y, una vez que lo logré, la primera persona con la que quería hablar eras tú.

–Mi madre llamó hace una semana –le contó–. Estaba ebria en la casa de una amiga, en Vista. Era tarde, Juno tenía que ir a la escuela a la mañana siguiente. Tuve que conducir hasta allá para ir a buscarla y llevar a mi hija de siete años conmigo a una casa llena de drogadictos y, además, darle diez mil dólares a mi madre para evitar que fuera a la cárcel por haber robado una enorme cantidad de productos para la piel.

–¿Qué? –River empalideció.

–Le dije que, si le daba el dinero, no volviera a contactarme ni a mí ni a Juno nunca más. Cuando *yo* llegué a casa buscando aclarar mis pensamientos, la primera persona con la quería hablar eras tú, pero no tenía esa opción.

Había que reconocer que River no frunció el ceño ni hizo una mueca ni apretó la mandíbula en actitud defensiva. Se limitó a tragar y a asentir una vez, a asumir la culpa.

–Debería haber estado ahí para ti y odio no haberlo estado.

–¿Cómo sé que estarás ahí la próxima vez que te necesite? Sé que esto debió haber sido horrible para ti. Sin duda, puedo imaginar cómo te pones en medio de una crisis laboral, cómo no te despegas ni un segundo de tu trabajo. Sin embargo, en verdad hubiera deseado ser la persona a la que acudieras durante esta locura. Tú mismo lo dijiste una vez: siempre ocurren las cosas malas, así es la vida. Así que, si llegara a suceder otra catástrofe en la empresa y no supieras cómo procesarlo, ¿tendré que volver a preocuparme por que te encierres y no me dirijas la palabra por una semana?

–No. Voy a trabajar en ello, lo prometo.

Jess observó su rostro, sus ojos negros, sus pestañas gruesas, sus labios carnosos, su suave cuello, con el que fantaseaba con poder lamer y mordisquear hasta llegar a las clavículas más perfectas y marcadas del mundo. Dentro de ese cráneo se hallaba el cerebro de un genio y, cuando se permitía salir del laboratorio para relajarse, River Peña tenía la inteligencia emocional de un sabio que había vivido una eternidad. Hablaba con ella sobre estadísticas y el corazón del niño que solía ver telenovelas con su abuela todavía le latía en el pecho. *Me ama y adora a mi hija también*.

–Yo tampoco quiero que terminemos –confesó ella.

River agachó la cabeza, suspirando aliviado.

–Dios, te juro que no tenía ni idea de cuál sería tu decisión. –La tomó de la nuca y la atrajo hacia sí, envolviéndola en sus brazos–. Mierda, siento mucho lo de tu madre. Yo… Sé que es un tema delicado.

–Dejémoslo para otro momento –dijo Jess. Se separó un poco y le acarició los

pectorales–. ¿GeneticAlly se irá a la ruina?

River negó con la cabeza.

–Al final, el único resultado que falsificaron fue el nuestro. Todo lo demás estaba dentro del margen de error estándar.

La siguiente pregunta salió de los labios de Jess con un tono inseguro:

–¿Has vuelto a analizar nuestras muestras?

–Sí. –Metió una mano en el bolsillo del saco y de allí sacó un pequeño sobre sellado–. Esto es para ti.

De repente, la invadió una mezcla intensa de temor y de entusiasmo.

–¿Sabes cuál es el resultado?

Sonriendo, River se encogió de hombros.

–¿Eso es un sí o es un no?

–Sí –admitió mientras asentía–. Aunque no confiaba en nadie más para rehacer la prueba, me preocupaba que, en cualquier momento, algún curioso decidiera hacerla.

Jess se mordió el labio, sopesando el dilema que había surgido en su interior: ¿debía fijarse o no? Con voz tensa, respondió:

–No me importa cuál sea nuestro puntaje. Jamás me ha importado.

–Entonces, no lo abras. –Rio.

–¿Qué hay de *ti*? ¿Te importa el puntaje?

–No. –River negó con la cabeza despacio.

–Para ti es fácil decirlo porque ya lo has visto. –Pausó–. ¿Eso quiere decir que es malo?

–No. –Volvió a negar con la cabeza.

–¿Entonces es algo increíble? Es decir, ¿al final noventa y ocho era el puntaje correcto?

River se quedó callado y se mordió el labio inferior mientras negaba por tercera vez. Jess bufó frustrada.

–¿Ahora que lo sabes, te sientes mejor al respecto?

–Jess –murmuró–, si quieres saberlo, lo único que tienes que hacer es abrir el sobre.

Cerró los ojos y los apretó.

–No es que *quiera*. Entiendo que tuvieras que ver los datos, pero detesto que hayas necesitado verlos para decidir estar conmigo.

River reaccionó de inmediato, rodeándole la cintura con un brazo.

–No es así. Te lo juro: no me interesa el puntaje. Te amo porque lo siento de verdad, sin importar si se supone que estoy destinado a hacerlo o no.

Jess lo miró con sospecha y analizó sus palabras.

–De acuerdo, voy a suponer que somos un Match de Carbón.

Satisfecho con su respuesta, River asintió y se guardó el sobre.

–Me parece bien.

–Entonces, ¿es cierto?

–No –dijo con una gran sonrisa y ella protestó.

La expresión de River se relajó; llevó la mirada a sus labios y luego devuelta a sus ojos.

–¿Quieres que te lo diga o no?

–*No*. Ya conoces el dicho de los estadísticos: todos los modelos son falsos, pero algunos pueden ser útiles. –Él se rio–. No quiero saberlo, River.

–No volveré a preguntar. –Se apegó a ella y le pasó el otro brazo alrededor de la cintura–. ¿Está bien si hago esto?

Jess levantó la cabeza y asintió mientras lo admiraba. Se sentía bien volver a tenerlo así de cerca. Cuando cerró los ojos, logró conectarse con el deseo que borboteaba en su interior como una droga. Tenían unas cuantas horas para ellos solos antes de que Juno llegara de la escuela.

Posó una mano en su pecho y fue subiendo por el cuello hasta la boca. Con el pulgar le acarició el labio inferior.

–No puedo creer que estés aquí.

–Te eché de menos.

–No me fui a ninguna parte, siempre he estado aquí. –Jess le pellizcó el mentón cariñosamente.

–Me siento demasiado meloso. –Inclinó la cabeza y le besó la boca–. Te amo.

Jess sintió un nudo en la garganta y lo abrazó del cuello.

–Yo también te amo.

–Para su información –clamó una voz proveniente del iPad–, están locos si creen que no he escrito cada palabra de lo que dijeron.



Con una sonrisita traviesa, River se dio media vuelta, caminó hasta el dispositivo y, con un golpecito del dedo índice, terminó la videollamada. En cuanto se volvió hacia Jess, su sonrisa se tornó pícara.

–Tal parece que no soy el único que se había olvidado de su presencia.

La disculpa que musitó Jess se desvaneció en el aire cuando él se le acercó mirándola a los ojos con las pupilas dilatadas; la adrenalina le recorrió las venas, ardiente e insistente. La tomó de la cintura y comenzó a besarle el cuello.

–¿Por qué siempre tenemos público?

–No lo sé, pero me alegra que ahora estemos solos. –Cerró los ojos y se dejó llevar por la sensación que sus dulces besos le dejaban en la piel, desde la clavícula hasta el mentón.

River se agachó y la alzó tomándola de los muslos, haciendo que le rodeara la cintura con las piernas para cargarla hasta la habitación.

–¿Esto te parece bien?

–Si por "esto" te refieres a sexo de reconciliación sin niños en la casa, entonces sí. Me parece muy bien.

En el trayecto, los besos adquirieron una intensidad dolorosa que hacía que los labios le quedaran morados, demostrándole lo mucho que la había extrañado, aún más de lo que había expresado con sus palabras. Cuando la depositó en la cama y se posicionó sobre ella de ese modo tan ardiente y característico de él, le corrió unos mechones de cabello de la cara y le dijo:

–No hemos hablado mucho del tema porque en ese entonces era irrelevante, pero no he estado en una relación desde la fundación de GeneticAlly.

–¿En serio? –Jess se recostó sobre la almohada y lo observó intrigada.

River asintió.

–El trabajo se había vuelto mi prioridad –explicó con detenimiento–. Mi corazón no pertenecía a ningún lugar hasta que te conocí. Sé que no es excusa, pero ahora sé que debo tenerlo presente en caso de que haya otra crisis. –Hizo una pausa, pensativo–.

Cuando haya otra crisis. Me transformé en mi viejo yo tan rápido que todo lo demás desapareció. Hasta esta mañana, juraba que solo habían pasado dos o tres días desde la última vez que hablamos.

Jess se tomó un segundo para procesar sus palabras.

–¿Por qué no me lo dijiste apenas cruzaste la puerta?

–Quería obtener tu perdón antes de empezar a defenderme.

Lo tomó de la nuca y lo atrajo hacia sí. Al principio, la besó lento, absorbiendo el suspiro de alivio que se escapó de sus labios, pero luego, abrió más la boca para saborearla.

La provocación y el coqueteo le recordaron a Jess cómo se había sentido hacer el amor con él, cómo River podía llegar a ser dominante y gentil en partes iguales. Se volvió necesitada y sus manos se deslizaron por debajo de su camisa y se la quitó, queriendo sentir la suave y cálida fricción de sus cuerpos al juntarse. De un momento a otro, se encontraban desnudos en la cama, bajo el rayo de sol del mediodía que se filtraba por la ventana. River se estiró hacia la mesita de noche para tomar un condón y se puso de rodillas frente a Jess mientras abría el envoltorio de aluminio con los dientes.

Ella lo observó mordiéndose el labio a la vez que trazaba con los dedos un camino invisible sobre su propio vientre.

–Me encanta verte hacer eso.

River se miró las manos y sonrió.

–Ah, ¿sí? –Se posicionó sobre ella, apoyó una mano al lado de su cabeza y se inclinó para besarla–. Para mí, es mejor cuando tú lo haces.

Su sonrisa se tornó traviesa y seductora y, de repente, Jess sintió ese pulso familiar y electrizante palpitando en su interior como un segundo latido. Sin quitarle los ojos de encima, River empezó a moverse, despacio al principio, absorto en el éxtasis reflejado en su rostro. La vio sumergirse en él y luego, profiriendo un grito ahogado, llevó la mirada hacia el techo y se dejó llevar por el placer.

Permaneció sobre ella un rato largo, envolviéndola en sus brazos de forma protectora, con la cara escondida en el pliegue de su cuello. Una vez que recuperaron el aliento, River se deshizo del condón y luego se colocó en la misma posición. Jess jamás había tenido eso: alguien que fuera completamente suyo. Lo mantuvo apegado a su cuerpo, con los brazos alrededor de su cintura y las piernas sobre sus muslos, en silencio, enamorándose una vez más de él.



Y así fue como, unas cuantas horas más tarde, se despertaron en la misma posición, incómodos, transpirados y protestando en voz baja. River se separó y se recostó a su lado, ahuecando las manos debajo de su cuello entumecido. A su izquierda, Jess se quejaba mientras intentaba estirar las piernas.

–No quiero sonar paranoica, pero alguien debe habernos lanzado un dardo tranquilizante cuando estábamos hablando en la puerta. Nos desmayamos, literalmente.

River soltó una risita.

–No había dormido tanto desde que era un niño. –Se puso de lado y volvió a atraerla hacia sí, mirándola con dulzura y cansancio–. Parece que nuestros cuerpos necesitaban

que nuestros cerebros se apagaran por un tiempo.

–Tienes razón. –Lo besó, incapaz de cerrar los ojos. Creía que antes se había sentido segura en su relación, pero, al hacer el amor esta vez, algo distinto se consolidó entre ellos. Con la punta del dedo índice, trazó el contorno de su mandíbula, de sus labios y, en ese instante, un pensamiento se le vino a la mente–. ¿Puedo hacerte una pregunta sobre GeneticAlly o prefieres quedarte dentro de la burbuja un ratito más?

–Planeo quedarme a vivir dentro de la burbuja contigo, así que pregunta lo que quieras. No influirá en el efecto que me dejaste.

Ella esbozó una sonrisa, que luego desapareció.

–¿Qué pasará con el comité ejecutivo?

–David y Brandon ya no están. Los despidieron el mismo día que fui a verte a Twiggs. A Tiffany también.

Jess dio un grito ahogado.

–¿Ella lo sabía?

–Supongo que, de alguna manera, estaba obligada a saberlo –dijo y se frotó los ojos–. Los únicos miembros originales que quedamos somos Lisa, Sanjeev y yo. –Cuando se quitó la mano de la cara, se volvió hacia ella, relajado, y Jess notó lo exhausto que estaba–. Contratamos a un nuevo genetista de la Universidad de California en San Diego y al jefe del departamento de química de Genentech para que formaran parte del comité provisorio. Yo ahora soy el director ejecutivo y Sanjeev es director científico. Vamos a contratar a una nueva jefa del departamento de publicidad, que esperamos que comience la próxima semana.

–¿Tendrán que hacer alguna especie de comunicado oficial?

–Sí, mañana. Solo falta que Amalia nos confirme la oferta como directora de publicidad que le hicimos y luego se publicará la información del nuevo comité ejecutivo en la página web.

–No. –Negó con la cabeza–. Me refería a los resultados.

–¿Los resultados? –Frunció el ceño, confundido.

–Es que… –titubeó Jess, esperando no sonar insensible o entrometida–. Quiero decir, ¿qué hay de *Union-Tribune* y *The Today Show*? Además, la nota de la revista *Gente* sale este viernes, ¿o no?

River la observó con detenimiento un segundo y luego respondió:

–Tuvimos que mencionárselo a los auditores antes de salir a vender nuestras acciones en el mercado, pero, más allá de eso, no. No vamos a hacer una declaración pública.

–¿Eso es…? –De nuevo, odiaba que pudiera tomárselo como una ofensa–. ¿Eso es legal? Es decir…

–Jess.

–… nuestro puntaje original afectó el valor de las acciones de la empresa y…

River se acercó y la besó despacio. Se apartó.

–GeneticAlly no dará declaraciones.

Jess sintió los nervios aflorar en su pecho, haciéndola sentir como un bote en aguas turbulentas. ¿Estaba usando jerga legal con ella?

–De acuerdo –musitó frunciendo el ceño.

–Basta. –River estudió su reacción y se mordió el labio, sonriente.

–¿Basta qué? –Lo miró confundida.

–Sé lo que estás pensando: que estoy siendo inmoral o evasivo. No es así. Solo tienes que confiar en mí.

–Confío en ti. Es solo que…

La calló con otro beso, uno más duradero, profundo e incitador. Le acunó el rostro con la mano y volvió a posicionarse sobre ella.

–Escucha, no sé de qué otra manera responder a tu pregunta, así que te voy a besar hasta que dejes de hablar.

–Solo lo digo porque te amo y no quiero que tu empresa…

–*Jess*. –Le plantó otro beso en la boca, con ruido–. Dijiste que no querías saber nuestro puntaje. –La miró con atención–. Así que, vas a tener que olvidarte del tema.

Estupefacta, lo vio impulsarse hacia atrás. Salió de la cama, le dedicó una sonrisita burlona por encima del hombro y se metió en el baño. Se oyó el agua correr, Jess se había quedado mirando hipnotizada la puerta por la que acababa de verlo desaparecer. No iban a dar un comunicado a la prensa y River no parecía creer que fuera necesario. ¿Eso significaba que…?

Como por arte de magia, su corazón se había transformado en un pájaro que revoloteaba dentro de una jaula, esperando a salir.

River regresó, tomó su ropa interior, que había quedado tirada cerca de los pies de la cama, y se la puso. Jess tenía un millón de preguntas, pero no podía hacérselas.

Bueno, quizá solo una más. Frunció el ceño cuando vio que se estaba poniendo los pantalones.

–¿Te vas… a la oficina?

Se colocó el cinturón y, antes de ponerse la camisa, se acercó para besarla de nuevo.

–No, no voy a ir a la oficina. –Se quedó en silencio un breve instante, mientras se paraba derecho y luego agregó–: Pero ¿te parece si voy a recoger a Juno de la escuela?

Eso la hizo incorporarse de un salto, en busca de su teléfono. *Mierda*. Tenían dos minutos para hacer el trayecto de siete minutos a pie y llegar a horario.

–Quiero decir… me gustaría hacerlo –aclaró.

–Ya sé. Dame un minuto para… –Se puso de pie para buscar su ropa.

–Jess. –Le puso las manos en los hombros y, con gentileza, la sentó de vuelta en la cama–. Digo que *yo* quiero ir por ella. Déjame ayudarte. –Se peinó el cabello con los dedos y respiró hondo–. Si estás de acuerdo, claro. Tengo que reconciliarme con mis dos chicas.



VEINTISÉIS

Dos meses después.

En medio de la conmoción de padres y de niños parloteando entusiasmados sobre sus creaciones, Fizzy eligió ese momento para depositarle un pequeño objeto de plástico en la mano y cerrarle el puño.

¡Sorpresa!

–¿Esto es lo que creo que es? –Jess se detuvo en medio del pasillo atestado de gente y observó la memoria USB.

–Si piensas que es la nueva novela de Felicity Chen, *Match de carbón*, que sigue la historia de un científico guapísimo y una madre soltera sexy que se conocen a través de una app que te ayuda a encontrar pareja según tu ADN, entonces *sí*.

River se acercó por detrás, curioso, asomando el mentón por encima del hombro de su novia.

–¿Es igual de erótica que las demás?

–Puede que aún más. –Fizzy asintió con orgullo.

Alzó las cejas, asombrado.

–No sé si sentirme avergonzado –reflexionó– u orgulloso. –Pasó un brazo alrededor de la cintura de Jess y tomó la memoria USB–. La empezaré hoy mismo. –Al ver la mirada de Jess, agregó–: Considéralo un proyecto de investigación.

Ella se rio y River la tomó de la mano para guiarla a través del laberinto de mesas y exhibiciones. Jess sabía exactamente hacia dónde se dirigían, pues había llegado a la

escuela a la una de la tarde para ayudar a Juno a preparar todo. Durante casi un mes, River y Juno trabajaron hasta el cansancio en la montaña rusa. Decir que él había puesto más de su parte sería injusto –varias veces había encontrado a su hija despierta en medio de la noche revisando que el pegamento se hubiera adherido en cada uno de los dos mil puntos de contacto entre los palitos de helado–. Sin embargo, River había estado demasiado intenso al respecto, tal como esperaba. Habían decidido cambiar la cinta por un material más firme –léase: más grande y más fácil de moldear– y construyeron cuatro modelos de carritos diferentes para probarlos en la montaña rusa antes de decidirse por unas ruedas que tenían que comprar por internet a Alemania. Ahora, en el armario de la sala de estar, Jess tenía guardadas tres cajas de unos trenes de juguete que habían sobrado y no tenía ni idea de qué haría con ellas.

Al final, la montaña rusa midió ciento veinte centímetros de ancho por sesenta de alto. Había resultado ser una labor muy meticulosa y, después de unas cuantas noches de verlos trabajar con una alegría que le había hecho explotar el corazón, Jess entendió que no la necesitaban y que podía pasar ese tiempo leyendo o viendo televisión en la cama. Hacía tres días, River las había llevado a ambas a tomar un helado para celebrar que por fin habían terminado el proyecto.

En ese momento, supo que ni siquiera el lanzamiento oficial de GeneticAlly al día siguiente lo mantendría alejado de ellas. Aun así, esa noche tenían una cena con toda la empresa y esperaba que River se quedara en la oficina hasta tarde y, muy probablemente, tuviera que volver a irse temprano, antes de que ella despertara. El precio inicial de las acciones era mucho más alto de lo que la aseguradora había anticipado y todos estaban superansiosos deseando que no cayera después del cierre de los mercados. Si lograba mantenerse estable o si escalaba, cada miembro del equipo original de GeneticAlly –menos David, Brandon y Tiffany, que habían violado una cláusula importante de su contrato– ganaría más de diez millones de dólares de un día para el otro.

–¿A qué hora tienes que irte? –le preguntó.

River se encogió de hombros, distraído, y Jess ya no pudo obtener una respuesta de su parte, ya que habían llegado al puesto de Juno. Ambos sonreían con tanta felicidad que Jess estuvo tentada a preguntarles de quién era ese proyecto de la feria de ciencias y arte de segundo grado. Pero ¿cómo podría burlarse de sus caritas? A medida que los padres, los maestros y los demás estudiantes se acercaban a escuchar la presentación de Juno –River permaneció todo el tiempo de pie a su lado en silencio, mostrándose orgulloso–, Jess empezó a sentir el peso de los últimos meses presionándole el pecho como un saco de arena. Entendió que el destino también podía ser una elección: creer o no creer, permitirse ser vulnerable o no, entregarse por completo o no entregarse. Las lágrimas luchaban por salir y se volteó a ver a Fizzy fingiendo que se le había metido una pestaña en el ojo. Como buena amiga, sacó un pañuelo y un espejo de su bolso y se los entregó para evitar que perdiera la dignidad.

–River es increíble –susurró Fizzy, observándolo sin un ápice de incomodidad o de envidia en su expresión. Después de recuperarse del fiasco de Rob, se dio cuenta de que estaba lista para tomarse las cosas en serio, modificó sus preferencias en DúoADN y confiaba en que su Match de Titanio o más alto no viviera demasiado lejos.

Cuando el jurado terminó de examinar y calificar todos los proyectos, les pidieron a los estudiantes que se retiraran al auditorio para reunirse con sus familias y esperar los

resultados.

Era lo de siempre: hileras de sillas plegables y parloteo efusivo. Los niños más pequeños correteaban por los pasillos que se formaban, mientras los padres se tomaban unos minutos para ponerse al día. Hasta no hacía mucho tiempo, para Jess, un evento como ese habría avivado el sentimiento de soledad y decantado en varios días de arduo autoconvencimiento de que estar soltera era lo mejor, pero esa noche, se sintió dichosa de ser el centro de una familia sólida. Su perfecta comunidad ocupaba toda una fila: Nana Jo y el abuelo en una punta junto al andador de Nana; Fizzy a su izquierda y River y Juno a su derecha. Ya no más sillas vacías a su alrededor.

–No es que los otros proyectos hayan estado mal –le susurró River al oído–. Quiero decir, algunos eran horribles y otros eran geniales, pero, siendo completamente imparcial, creo que Juno debería ser la ganadora.

–¿Completamente imparcial? –Jess contuvo una risita. River tenía un gran espíritu competitivo y, al parecer, las competencias de segundo grado no eran la excepción–. Gane o pierda, estoy muy impresionada por lo que crearon juntos. –Le levantó la manga de la camisa y le echó un vistazo a su reloj. Eran las seis y media–. ¿No tienes que irte ya?

River siguió la dirección de su mirada. Ella se imaginó que, un par de meses atrás, él se habría levantado de un salto al ver la hora, pero esta vez solo suspiró, hizo cuentas y dijo:

–Están a punto de entregar los premios. Me iré después.

–¿Cómo te sientes con respecto a mañana?

El momento de la verdad.

–Nervioso –admitió–, pero sobre todo aliviado de que por fin haya llegado el día.

Le tomó la mano y Jess le besó los nudillos. Parecía que la traición de David le había quitado un peso de encima. Aunque las cosas habían salido muy mal, al final todo salió bien, incluso mejor. El nuevo comité ejecutivo se había fortalecido, tenía buena química y una relación estrecha. River se había encargado de volver a analizar cientos de muestras. Recientemente, había habido tanto revuelo sobre GeneticAlly en los medios que Jess era consciente de que muchos padres los habían reconocido y no porque sus hijos fueran al mismo año.

Y, por más que él insistiera en que era irrelevante, Jess sabía que su nuevo resultado como Match de Diamante había confirmado que River había descubierto un hallazgo auténtico y que lo había usado para que el mundo fuera mejor.

A su derecha, Juno hablaba con una amiga que estaba en la fila de adelante, debatiendo con gran entusiasmo sobre las virtudes de la serpiente del maíz en comparación con las de la serpiente real de California. Jess se hizo una nota mental para recordarle a River que no se le ocurriera decir ni una palabra sobre el tema.

–Juno es una niña tan curiosa y creativa –comentó él, observándola también–. Tenemos que asegurarnos de que la casa que compremos tenga suficiente espacio para guardar sus proyectos… –Se interrumpió de golpe.

Se miraron a los ojos mientras asimilaban la magnitud de lo que acababa de decir. "Tenemos que asegurarnos de que la casa que compremos". Estaban juntos, por supuesto, pero no habían hablado mucho del próximo paso en su relación.

River volvió la vista al frente, dándole a Jess una buena vista de sus mejillas sonrojadas.

–Planeaba decírtelo después, pero, hace un rato, uno de los maestros pensó que era el padre de Juno. Ella le explicó, aunque al principio dudó un poco. Me hizo pensar que,

quizá, no he sido tan claro con lo que quiero.

A Jess se le aceleró el corazón y notó que la mano que tenía entrelazada con la suya había empezado a transpirar. Giró la cabeza hacia la izquierda y constató que Fizzy y el abuelo seguían riéndose, viendo videos graciosos de cabras en Instagram.

–Mañana es el lanzamiento oficial –le recordó–. Esta conversación puede esperar.

–¿Por qué? –Se volteó a mirarla de cerca con una amplia sonrisa–. ¿Crees que vaya a ser un tema delicado o estresante?

–De acuerdo, ya entendí. –Sonrió mordiéndose el labio–. ¿Qué *es* lo que quieres?

–A ti. –Dejó las palabras flotando en el aire un momento. River la quería y la *quería* en todos los sentidos. Le brillaban los ojos de la misma forma que todas las veces que la despertaba con un beso en medio de la noche, se giraba para encender la lámpara y la ayudaba a recostarse encima de él.

Unos instantes después, se relajó y susurró con total sinceridad:

–Y a Juno. Puede que un perro también. –Espió por encima del hombro de Jess–. Quiero la locura de Fizzy y la comida de Jo, ir de pesca los fines de semana con Ron. Sé que es muy pronto para decidir nuestro futuro, pero cuando estés lista para dar el siguiente paso, sin importar cuál sea, puedes contar conmigo.

–¿Quieres que vivamos juntos?

River soltó una risita.

–Por supuesto que sí. Hay más espacio en mi casa, pero no se siente como un hogar y sé lo mucho que adoran vivir en el apartamento. Sin embargo, podríamos encontrar un lugar lo bastante grande para todos nosotros, con una cocina enorme y habitaciones en la planta baja para tus abuelos o, incluso, que tengan su propia vivienda al lado de la nuestra.

Jess estaba sin palabras. Ya tenía demasiado, se sentía casi codiciosa por querer más. Despertaba junto a él cada mañana o compartía en silencio la intimidad de las tareas más cotidianas, como ir al supermercado, armar un plan de gastos mensuales o tan solo... hacer catarsis. Se imaginó merodeando juntos por la casa al finalizar el día, poniendo el último vaso en el lavaplatos, protestando al unísono porque Juno volvió a dejar los calcetines sucios en el sofá. Se imaginó no teniendo que despedirse de él nunca más.

Di que lo quieres todo. No tienes nada que perder.

–En el verano –respondió ella con el mentón en alto, como retándolo a que se retractara–. En junio o julio. Si lo dices en serio, busquemos un hogar para nosotros.

River sonrió de costado con timidez.

–¿De veras?

No pudo resistirse, era demasiado dulce. Jess se inclinó hacia él y lo besó.

–De veras.

El beso no duró mucho, pues la señora Klein apareció frente al auditorio. River se sentó derecho y le tocó el hombro a Juno. Jess los observó mientras intercambiaban una mirada y luego se volvían hacia el frente. Tuvo que cubrirse la boca para disimular la risita. Siempre había bromeado con que su hija tenía parte de la personalidad de Fizzy, pero ahora debía admitir que se avecinaba una nueva influencia dominante, porque, exactamente al mismo tiempo, Juno y River abrieron los ojos como platos y se quedaron paralizados.

Entonces, Jess pidió otro deseo.

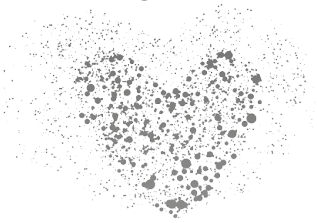
Y mientras todo el auditorio estallaba en aplausos y River alzaba a la niña para felicitarla

con un gran abrazo, Jess pidió más deseos por si acaso. Incluso si mañana las cosas no salían según lo planeado, GeneticAlly había hecho, al menos, un hallazgo extraordinario y espectacular.

Juno cerró los ojos y le rodeó el cuello con los brazos.

–¡Lo logramos, River Nicolas!

Sí, pensó Jess mientras los admiraba. *Lo logramos*.



AGRADECIMIENTOS

Sin duda, escribir un libro sobre el poder de los datos en una época en la que se suele desestimar constantemente la palabra de los científicos no fue intencional, pero henos aquí. Aunque la idea surgió en los comienzos de la pandemia, la fuimos desarrollando en cuarentena desde nuestros respectivos hogares, en estados diferentes, así que este libro se ha ganado un lugar muy especial en nuestro corazón por la distracción y la alegría que nos brindó durante un tiempo tan sombrío para la humanidad. Todo el proceso de escritura de esta historia nos ayudó a escapar de la realidad y resultó muy gratificante y por ese motivo (y por otro millón de razones) es un privilegio que podamos dedicarnos a esto.

También queremos agradecerle al grupo de personas espectaculares con las que no solo tenemos la suerte de poder trabajar, sino que, además, han sido nuestro apoyo incondicional durante el último año. Nos hemos turnado para darnos aliento mutuo, que es lo mejor que nos puede pasar en un año de porquería como este. Antes del 2020, nuestro amor por ustedes nos calaba hasta los huesos, pero ahora nuestra devoción nos cala hasta el ADN: Holly Root y Kristin Dwyer, siempre contarán con nosotras. Más allá de lo que has hecho por este libro, lo que nos brindan día a día como amigas y como colegas es invaluable, las adoramos a ambas. Kate Dresser, tu capacidad y tu calidez han sido el sustento de nuestras carreras y de nuestras almas aun cuando el mundo entero estaba en llamas (a veces, de forma literal). Gracias por estar siempre presentes –tanto a nivel emocional como profesional–, por ser atentas, entusiastas y comprensivas. Somos las autoras más afortunadas. Jen Bergstrom, gracias por siempre creer en nosotras y por haber creído en esta novela en especial. Tu idea sobre imprimir el libro en tapa dura aún nos hace emocionar. Nos has acompañado en cada etapa de nuestra carrera y eso significa mucho para nosotras. Rachel Brenner, siempre has sido muy optimista, incluso en los peores momentos. Gracias por incentivarnos, pero también –y lo decimos con toda la sinceridad y la seriedad– gracias por siempre *siempre* estar dispuesta a contar chistes malos.

A todo el equipo de Gallery –Molly Gregory, Aimée Bell, Jen Long, Abby Zidle, Anne Jaconette, Anabel Jimenez, Sally Marvin, Lisa Litwak, John Vairo, al equipo de ventas de Gallery y al de derechos de traducción: LOS ADORAMOS CON TODO EL CORAZÓN.

El escenario principal de la novela, es decir, el edificio donde viven Jess y Juno, ¡está inspirado en una vivienda real! Es un lugar muy querido para mí (Lauren) y del que, de hecho, son dueños mis adorados tíos, Sharon y Clayton Haven, quienes, al jubilarse, vendieron su casa con un millón de escaleras e hicieron realidad su sueño de vivir en un edificio y repartir los departamentos entre sus hijos y sus familias. Nos tomamos algunas licencias creativas con respecto a la ambientación para que se adaptara a la vida de Jess y de Juno, pero, en su mayoría, las descripciones del edificio están basadas en la realidad y pueden leer más sobre él en un artículo de *LA Times* del 15 de febrero del 2019 que se

titula "3 Generations in One Apartment Building? That Was the Grandparents' Idea" ("¿Tres generaciones en un solo edificio? Esa era la idea de los abuelos"). Mis tíos son dos de los seres más preciados del planeta y estoy en deuda con ellos, no solo por todas las noches alocadas, sino también por su entusiasmo, su apoyo y por haber creado un gusto por la aventura que se convirtió en su motivación en la vida. Encuentran lo positivo en todo y resulta muy inspirador (por ejemplo: a los setenta y cinco años, mi tío tuvo el placer de atestiguar el momento en que una lectora nos pidió que le firmáramos los pechos y hasta el día de hoy puedo escuchar su risa). Les será casi imposible encontrar a otras dos personas tan curiosas, consideradas y abiertas en el mundo. S y C, los amo con locura.

Gracias a Keith Luhrs, Iqra Ashad, Erica Lewis y a Rebecca Clark por todo su conocimiento científico y por leer el manuscrito. Para haber sido un concepto meramente teórico y, casi seguro, científicamente imposible nos ayudaron a acercarnos lo más posible. No hace falta aclarar que cualquier error que haya quedado sin revisar al respecto es culpa nuestra y solo nuestra.

A todos nuestros amigos en la comunidad lectora que nos han acompañado este año, los queremos muchísimo. Si logramos prosperar, es porque nuestra comunidad es fuerte, poderosa y amorosa: Kate Clayborn, Kresley Cole, Jen Frederick, Cassie Sanders, Sarah MacLean, Rebekah Weatherspoon, Sally Thorne, Sarah J. Maas, Jen Prokop, Leslie Philips, Alexa Martin, Sonali Dev, Gretchen Schreiber, Alisha Rai, Christopher Rice, Jillian Stein, Liz Berry, Candice Montgomery y Catherine Lu.

A esta altura, hemos pasado ocho meses encerrados con nuestras familias, así que no hay nada que no hayamos dicho (o gritado) ya… excepto lo siguiente, tal vez: ha habido desafíos y victorias, pero ninguno de los bajones ha sido a causa de que nuestro amor por ustedes flaqueara. Por eso, no hay duda de que somos muy afortunadas. Los amamos, R, C, K, O y V.

Esta sección estaría incompleta si no mencionáramos a Kim Namjoon, Kim Seokjin, Min Yoongi, Jung Hoseok, Park Jimin, Kim Taehyung y Jeon Jungkook. BTS ha sido un rayo de luz radiante en este año tan oscuro y trágico y adoramos a cada integrante como si fuera de nuestra familia. No hay más que decir. Las ARMY saben cómo es y *we purple you*.

A todos los libreros, bibliotecarios, lectores y a nuestros amados miembros del club CLo y Amigos: esperamos que, cuando les llegue este mensaje, estén a salvo, seguros, bien alimentados, rodeados de mucho amor, y cuando lean estas palabras sepan que les hablamos directamente a ustedes. Gracias por elegir nuestros libros y por ser los cimientos de una comunidad que se desmoronaría sin ustedes. Esperamos hacerlos felices: esa es nuestra única motivación.

Y, para terminar, nos decimos la una a la otra: eres mi mejor amiga y, aquí, eres la única. Y mira… acabamos de escribir un libro sobre almas gemelas. Qué curioso.



- **Título original:** The Soulmate Equation
- **Dirección editorial:** Marcela Aguilar
- **Edición:** Florencia Cardoso
- **Coordinación de arte:** Valeria Brudny
- **Coordinación gráfica:** Leticia Lepera
- **Diseño de interior:** Florencia Amenedo
- **Arte de tapa:** Amanda Hudson/Faceout Studio

© 2021 Christina Hobbs y Lauren Billings
© 2023 de la traducción del inglés al español por V&R Editoras S. A.

www.vreditoras.com
Publicado bajo un acuerdo con Gallery Books,
una división de Simón & Schuster, Inc.

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

-ARGENTINA-
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: editorial@vreditoras.com

-MÉXICO-
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: editoras@vreditoras.com.mx

ISBN: 978-631-300-017-3
Abril de 2023

Christina Lauren
La ecuación de las almas gemelas / Christina Lauren. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2023.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Andrea Silvana Valeri.
ISBN 978-631-300-017-3
1. Novelas Románticas. 2. Literatura Contemporánea. I. Valeri, Andrea Silvana, trad. II. Título.
CDD 813



Elegí esta historia pensando en **ti**
y en todo lo que las mujeres románticas
guardamos en lo más profundo
de **nuestro corazón** y solo en contadas
ocasiones nos atrevemos a compartir.
Y hablando de compartir, me gustaría
saber qué te pareció el libro...
Y hablando de compartir, me gustaría
saber qué te pareció el libro...

Escríbeme a
vera@vreditoras.com
con el título de esta novela
en el asunto.

VeRa

yo también
creo en el amor

vera.romantica



Ínidice de contenidos

UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
AGRADECIMIENTOS